

LA IGLESIA DE JESUCRISTO DE LOS SANTOS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS • JULIO DE 2001

LIAHONA





El río Susquehanna, por Linda Curley Christensen.

El páramo a lo largo del río Susquehanna en la zona rural de Pensilvania y Nueva York fue el escenario de uno de los acontecimientos más significativos de la Restauración. Dichos acontecimientos incluyen la restauración del Sacerdocio Aarónico por medio de Juan el Bautista, y la restauración del Sacerdocio de Melquisedec de manos de Pedro, Santiago y Juan, “declarando que poseían las llaves del reino y de la dispensación del cumplimiento de los tiempos” (D. y C. 128:20).

Informe de la Conferencia General Anual número 171 de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

Se anuncia el Fondo Perpetuo para la Educación; se llama a nuevas Autoridades Generales durante los acontecimientos que tuvieron lugar los días 31 de marzo y 1 de abril de 2001 en el Centro de Conferencias, Salt Lake City, Utah.

“**P**ara iniciar la conferencia simplemente deseo dar un informe muy breve de la Iglesia”, dijo el presidente Gordon B. Hinckley, la mañana del sábado, 31 de marzo de 2001. “Es más fuerte que nunca. No sólo ha aumentado en número, sino que considero que en general hay mayor fidelidad entre los santos”.

“Uno de los indicadores del crecimiento y de la vitalidad de la Iglesia es la construcción de templos”, dijo. “Seguiremos trabajando para llevar los templos a la gente, para que sea más conveniente para los Santos de los Últimos Días de todas partes recibir las bendiciones que sólo se pueden obtener en esas casas sagradas”. Agregó: “hemos visitado y autorizado un número considerable de lugares para edificar futuros templos”.

Durante la sesión del sacerdocio del sábado por la noche, el presidente Hinckley anunció el establecimiento del Fondo Perpetuo para la Educación, el cual ayudará a los jóvenes miembros de las áreas internacionales de la Iglesia —la mayoría de ellos ex misioneros— a obtener una educación o capacitación que de otro modo no podrían costearse. “Donde haya pobreza generalizada entre los de nuestro pueblo”, dijo el presidente Hinckley, “debemos hacer todo lo que podamos para ayudarles a elevarse, a establecer su vida sobre



Miembros admiran la ciudad de Salt Lake City desde un balcón del Centro de Conferencias.

el fundamento de la autosuficiencia que brinda la instrucción. La educación es la clave de la oportunidad... Ésta es una audaz iniciativa, pero creemos en la necesidad de que exista y en el éxito que tendrá”. El programa de préstamos se iniciará en otoño de este año.

Las sesiones de la conferencia las dirigieron el presidente Thomas S. Monson, Primer Consejero, y el presidente James E. Faust, Segundo Consejero de la Primera Presidencia.

En las acciones administrativas que se llevaron a cabo durante la sesión del sábado por la tarde se agregaron nuevos miembros a todos los cinco Quórumes de los Setenta. Dos miembros del Segundo Quórum de los Setenta fueron sostenidos al Primer Quórum, y otros cuatro hermanos fueron también llamados a ese quórum. Se sostuvo a seis nuevos miembros al Segundo Quórum. Al Tercero, Cuarto y Quinto Quórumes se agregaron 22 miembros, nuevos Setenta Autoridades de Área llamados de Canadá, Centroamérica, Japón, México, Sudáfrica, Sudamérica y los Estados Unidos.

Las sesiones de la conferencia se tradujeron en 49 idiomas para los visitantes. Las sesiones se transmitieron en vivo vía satélite a centros de reuniones de Estados Unidos, Canadá, Latinoamérica, Europa, el Caribe y Sudáfrica. Más de 1.500 estaciones de radio y televisión y sistemas de cable o de antenas parabólicas transmitieron todas las sesiones de la conferencia o partes de ellas. Todas las sesiones de la conferencia estuvieron a disposición en www.lds.org en inglés, tanto en audio como en video, y en 34 idiomas en audio solamente. Las áreas de la Iglesia en las que no se recibió la transmisión recibieron más tarde las cintas video de la conferencia. —Los editores.

LIAHONA, julio de 2001
Vol. 25, Número 7 21987-002
Publicación oficial de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, en el idioma español.

La Primera Presidencia: Gordon B. Hinckley,
Thomas S. Monson, James E. Faust

El Quórum de los Doce Apóstoles:

Boyd K. Packer, L. Tom Perry, David B. Haight,
Neal A. Maxwell, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks,
M. Russell Ballard, Joseph B. Wirthlin, Richard G. Scott,
Robert D. Hales, Jeffrey R. Holland, Henry B. Eyring

Editor: Dennis B. Neuenschwander

Asesores: L. Lionel Kendrick, Yoshihiko Kikuchi,
John M. Madsen

Administradores del Departamento de Cursos de Estudio:

Director administrativo: Ronald L. Knighton

Director de redacción: Richard M. Romney

Director de artes gráficas: Allan R. Loyborg

Personal de redacción:

Editor administrativo: Marvin K. Gardner

Ayudante del editor administrativo: R. Val Johnson

Editor asociado: Roger Terry

Colaboradora de redacción: Jenifer Greenwood

Editora ayudante: Susan Barrett

Ayudante de publicaciones: Collette Nebeker Aune

Personal de diseño:

Gerente de artes gráficas: M. M. Kawasaki

Diseño artístico: Scott Van Kampen

Diseñadora principal: Sharrl Cook

Diseñadores: Thomas S. Child, Randall J. Pixton

Gerente de producción: Jane Ann Peters

Producción: Reginald J. Christensen, Denise Kirby,

Kelli Pratt, Rolland F. Sparks, Kari A. Todd,

Claudia E. Warner

Preimpresión digital: Jeff Martin

Personal de suscripción:

Director de circulación: Kay W. Briggs

Gerente de distribución: Kris T. Christensen

Coordinación de Liahona: Enrique Resek

Para saber el costo de la revista y cómo suscribirse a ella fuera de Estados Unidos y Canadá, póngase en contacto con el Centro de Distribución local o con el líder del barrio o de la rama.

Las colaboraciones y los manuscritos deben enviarse a Liahona, Floor 24, 50 East North Temple, Salt Lake City, UT 84150-3223, USA; o por correo electrónico a: CUR-Liahona-IMag@ldschurch.org

Liahona (un término del Libro de Mormón que significa "brújula" o "director") se publica en albanés, alemán, amárico, armenio, búlgaro, cebuano, coreano, checo, chino, danés, esloveno, español, estonio, fidji, finlandés, francés, haitiano, hiligayánon, holandés, húngaro, iloko, indonesio, inglés, islandés, italiano, japonés, kiribatí, letón, lituano, malgache, marshallés, mongol, noruego, polaco, portugués, rumano, ruso, samoano, sueco, tagalo, tailandés, tahitiano, tongano, ucraniano y vietnamita. (La frecuencia de las publicaciones varía de acuerdo con el idioma.)

© 2001 por Intellectual Reserve, Inc. Todos los derechos reservados. Impreso en los Estados Unidos de América.

Para los lectores de México: Certificado de Licitud de título número 6988 y Licitud de contenido número 5199, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y revistas ilustradas el 15 de septiembre de 1993. "Liahona"® es nombre registrado en la Dirección de Derechos de Autor con el número 252093. Publicación registrada en la Dirección General de Correos número 100. Registro del S.P.M. 0340294 características 218141210.

For readers in the United States and Canada:

July 2001 Vol. 25 No. 7. LIAHONA (USPS 311-480)
Spanish (ISSN 0885-3169) is published monthly by The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 50 East North Temple, Salt Lake City, UT 84150. USA subscription price is \$10.00 per year; Canada, \$15.50 plus applicable taxes. Periodicals Postage Paid at Salt Lake City, Utah, and at additional mailing offices. Sixty days' notice required for change of address. Include address label from a recent issue; old and new address must be included. Send USA and Canadian subscriptions and queries to Salt Lake Distribution Center at the address below. Subscription help line: 1-800-537-5971. Credit card orders (Visa, MasterCard, American Express) may be taken by phone. (Canada Poste Information: Publication Agreement #1604821)

POSTMASTER: Send address changes to Salt Lake Distribution Center, Church Magazines, PO Box 26368, Salt Lake City, UT 84126-0368.

ÍNDICE DE TEMAS

Activación 57, 109
Adversidad 72
Amor 44, 92
Arrepentimiento 9, 25, 48, 112
Ayuno 12, 88
Bautismo 68
Bendiciones 51
Compasión 18
Convenios 37, 75
Crecimiento de la Iglesia 4
Diezmo 75
Educación 41, 60
Ejemplo 15, 32
Enfoque 99
Enseñanza 32
Esperanza 72
Espíritu Santo 68, 104, 106, 109
Espiritualidad 106
Exaltación 6
Expiación 25, 72
Fe 72, 82
Fondo Perpetuo para la Educación 60
Gratitud 4, 85
Hermanamiento 44
Humildad 9
Independencia 60
Jesucristo 25, 34, 44, 72, 92
Juventud 79
Libro de Mormón 34, 92
Matrimonios misioneros 15, 28, 85
Medios de comunicación 48
Milagros 12, 82
Naturaleza divina 53, 112
Obra misional 15, 28, 32, 77, 82, 85
Oración 12, 88
Orgullo 9
Pecado 25, 48
Perseverancia 72
Pornografía 48
Preparación 37
Prioridades 6, 99
Profetas 79
Programa de bienestar 41
Pureza 51, 75, 112
Reino de Dios 97
Relaciones familiares 6, 32, 53, 79, 97
Responsabilidad 99
Revelación 34
Reverencia 53, 94
Sacerdocio 44, 51, 53, 57
Sacrificio 15, 28, 77, 82
Servicio 18, 57, 77, 85, 88
Templos y obra del templo 4, 18, 37, 41, 82, 85, 94

Testimonio 34, 92, 102, 106, 109
Trabajo 41
Unidad 92
Valor individual 104

Los discursantes de la conferencia por orden alfabético

Ballard, M. Russell 79
Carmack, John K. 92
Christenson, Darwin B. 32
Eyring, Henry B. 44
Faust, James E. 53, 68
Groberg, John H. 51
Haight, David B. 85
Hales, Robert D. 28
Hinckley, Gordon B. 4, 60, 82, 102, 112
Holland, Jeffrey R. 15
Jensen, Marlin K. 9
Kendrick, L. Lionel 94
Larsen, Sharon G. 104
Maxwell, Neal A. 72
McMullin, Keith B. 75
Monson, Thomas S. 18, 22, 57
Nadauld, Margaret D. 109
Nelson, Russell M. 37
Oaks, Dallin H. 99
Packer, Boyd K. 25
Perry, L. Tom 41
Porter, Bruce D. 97
Porter, L. Aldin 34
Reynolds, Sydney S. 12
Scott, Richard G. 6
Sorensen, David E. 48
Thomas, Carol B. 77, 106
Wirthlin, Joseph B. 88

Orientación Familiar y Maestras Visitantes:

En los ejemplares de la revista *Liahona* que corresponden a los números de la conferencia general no se publica el mensaje para la orientación familiar ni el Mensaje para las Maestras Visitantes propiamente designados. Los maestros orientadores y las maestras visitantes, una vez que consideren por medio de la oración las necesidades de los miembros que vayan a visitar, deben seleccionar uno de los discursos de la conferencia general para utilizarlo como mensaje.

En la cubierta: Delante: Fotografía por John Luke. Detrás: Fotografía por Craig Dimond.

Fotografías de la conferencia: Las fotografías de la conferencia fueron tomadas por Craig Dimond, Jed Clark, Welden C. Andersen, John Luke, Matt Reier, Derek Israelsen, Lana Leishman, Kelly Larsen, Tamra H. Ratieta y Joy Gough.

Discursos de la Conferencia General en Internet:

Para tener acceso a los discursos de la conferencia general en varios idiomas por medio de Internet, conéctese con www.lds.org.

ÍNDICE

- 1 INFORME DE LA CONFERENCIA GENERAL ANUAL
NÚMERO 171 DE LA IGLESIA DE JESUCRISTO DE
LOS SANTOS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS

SESIÓN DEL SÁBADO POR LA MAÑANA

- 4 LA OBRA SIGUE ADELANTE
PRESIDENTE GORDON B. HINCKLEY
- 6 PRIMERO LO MÁS IMPORTANTE
ÉLDER RICHARD G. SCOTT
- 9 "HUMILLARTE ANTE TU DIOS"
ÉLDER MARLIN K. JENSEN
- 12 UN DIOS DE MILAGROS
SYDNEY S. REYNOLDS
- 15 "ME SERÉIS TESTIGOS"
ÉLDER JEFFREY R. HOLLAND
- 18 COMPASIÓN
PRESIDENTE THOMAS S. MONSON

SESIÓN DEL SÁBADO POR LA TARDE

- 22 EL SOSTENIMIENTO DE OFICIALES DE LA IGLESIA
PRESIDENTE THOMAS S. MONSON
- 23 INFORME DEL DEPARTAMENTO DE AUDITORÍAS
DE LA IGLESIA WESLEY L. JONES
- 24 INFORME ESTADÍSTICO, 2000
F. MICHAEL WATSON
- 25 "EL TOQUE DE LA MANO DEL MAESTRO"
PRESIDENTE BOYD K. PACKER
- 28 MATRIMONIOS MISIONEROS: UNA ÉPOCA PARA SERVIR
ÉLDER ROBERT D. HALES
- 32 DAVID, UN FUTURO MISIONERO
ÉLDER DARWIN B. CHRISTENSON
- 34 "PARA TESTIFICAR DE MI UNIGÉNITO"
ÉLDER L. ALDIN PORTER
- 37 LA PREPARACIÓN PERSONAL PARA RECIBIR LAS
BENDICIONES DEL TEMPLO ÉLDER RUSSELL M. NELSON
- 41 LA EDIFICACIÓN DE UNA COMUNIDAD DE SANTOS
ÉLDER L. TOM PERRY

SESIÓN DEL SACERDOCIO

- 44 "VELAD CONMIGO"
ÉLDER HENRY B. EYRING
- 48 CON LAS SERPIENTES DE CASCABEL NO SE JUEGA
ÉLDER DAVID E. SORENSEN
- 51 EL PODER DEL SACERDOCIO
ÉLDER JOHN H. GROBERG
- 53 "HONRARÉ A LOS QUE ME HONRAN"
PRESIDENTE JAMES E. FAUST
- 57 AL RESCATE
PRESIDENTE THOMAS S. MONSON
- 60 EL FONDO PERPETUO PARA LA EDUCACIÓN
PRESIDENTE GORDON B. HINCKLEY

SESIÓN DEL DOMINGO POR LA MAÑANA

- 68 NACER DE NUEVO
PRESIDENTE JAMES E. FAUST
- 72 "CON ESPERANZA... ARAR"
ÉLDER NEAL A. MAXWELL
- 75 UNA INVITACIÓN CON PROMESA
OBISPO KEITH B. MCMULLIN
- 77 EL SACRIFICIO: UNA INVERSIÓN ETERNA
CAROL B. THOMAS
- 79 "RECIBIRÉIS SU PALABRA"
ÉLDER M. RUSSELL BALLARD
- 82 EL MILAGRO DE LA FE
PRESIDENTE GORDON B. HINCKLEY

SESIÓN DEL DOMINGO POR LA TARDE

- 85 LA GRATITUD Y EL SERVICIO
ÉLDER DAVID B. HAIGHT
- 88 LA LEY DEL AYUNO
ÉLDER JOSEPH B. WIRTHLIN
- 92 UNIDOS EN AMOR Y TESTIMONIO
ÉLDER JOHN K. CARMACK
- 94 CÓMO MEJORAR NUESTRA EXPERIENCIA EN EL TEMPLO
ÉLDER L. LIONEL KENDRICK
- 97 LA EDIFICACIÓN DEL REINO
ÉLDER BRUCE D. PORTER
- 99 ENFOQUE Y PRIORIDADES
ÉLDER DALLIN H. OAKS
- 102 HASTA LA PRÓXIMA VEZ
PRESIDENTE GORDON B. HINCKLEY

REUNIÓN GENERAL DE LAS MUJERES JÓVENES

- 104 SU GUÍA CELESTIAL
SHARON G. LARSEN
- 106 OBTENGAMOS EL TALENTO DE LA ESPIRITUALIDAD
CAROL B. THOMAS
- 109 UN CONSOLADOR, UN GUÍA, UN TESTIFICADOR
MARGARET D. NADAULD
- 112 ¿CÓMO PUEDO CONVERTIRME EN LA MUJER EN
QUIEN SUEÑO?
PRESIDENTE GORDON B. HINCKLEY
- 64 AUTORIDADES GENERALES DE LA IGLESIA DE
JESUCRISTO DE LOS SANTOS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS
- 116 SE DIRIGEN A NOSOTROS
- 117 PRESIDENCIAS GENERALES DE LAS ORGANIZACIONES
AUXILIARES
- 117 FUENTES DE CONSULTA PARA LA INSTRUCCIÓN
- 123 NUEVAS AUTORIDADES GENERALES

La obra sigue adelante

Presidente Gordon B. Hinckley

“Seamos buenas personas; seamos gente amigable; seamos buenos vecinos; seamos lo que los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días deben ser”.



Mis hermanos y hermanas: mi corazón rebosa de agradecimiento esta mañana al reunirnos en esta gran conferencia. Estoy agradecido de que el Señor me haya conservado la vida para ver este día. Como recordé a las jóvenes a quienes hablé la semana pasada, alguien me dio recientemente un ejemplar de mi antiguo anuario escolar. Fue del año de mi graduación, hace 73 años. Formaba yo parte de la clase de 1928. Fue interesante hojear sus páginas. Muchos de los que se ven allí muy jóvenes y llenos de vigor ya han fallecido. Quedan algunos, pero están arrugados y algo lentos en sus movimientos. De vez en cuando, cuando me quejo por alguna pequeña dolencia, mi esposa me dice: “Es la edad, muchacho”.

Repito, estoy sumamente agradecido por estar vivo. Me entusiasma esta maravillosa época en la que vivimos. Agradezco al Señor los hombres y las mujeres de gran dedicación y capacidad que están haciendo tanto por extender la vida humana y hacerla más cómoda y agradable. Estoy agradecido por buenos doctores que nos ayudan en nuestras debilidades. Doy gracias por los maravillosos amigos, entre los que cuento a los estupendos y fieles santos de todo el mundo a quienes he llegado a conocer. Gracias por todo lo que hacen por mí, por sus cartas, por las flores, libros y diversas expresiones de su generosidad y amor. Estoy agradecido por amigos considerados mediante cuya bondad me ha sido posible andar entre los santos de las naciones de la tierra, reunirme con ellos, darles mi testimonio y mi amor. Estoy agradecido por mi querida esposa con quien he compartido casi 64 años de compañerismo. Me siento agradecido por una posteridad fiel. El Señor me ha bendecido de forma maravillosa.

Estoy agradecido por mis hermanos, las Autoridades Generales, que son tan amables y corteses conmigo. Estoy agradecido por cada uno de ustedes en esta gran familia de más de 11 millones de miembros que constituyen La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Para iniciar la conferencia simplemente deseo dar un informe muy breve de la Iglesia.



Es más fuerte que nunca. No sólo ha aumentado en número, sino que considero que en general hay mayor fidelidad entre los santos. Durante los últimos seis meses hemos tenido la oportunidad de dedicar templos diseminados a lo largo y ancho de la tierra; hemos escuchado el testimonio de la veracidad de esta obra expresado en diferentes idiomas; hemos visto la asombrosa fe de nuestra gente que ha viajado largas distancias para llegar a esas dedicaciones; hemos sido testigos del maravillosos aumento en el crecimiento de la actividad en los templos. Estamos logrando un progreso lento pero constante en la mayoría de nuestros campos de actividad.

Estoy muy agradecido porque vivimos en una época de relativa paz; no rugen guerras atroces en el mundo; hay problemas aquí y allá, pero no un conflicto mundial. Estamos en condiciones de llevar el



Grandes multitudes asistieron a cada una de las sesiones de la Conferencia General Anual número 171.

Evangelio a muchas naciones de la tierra y bendecir las vidas de la gente donde éste llega.

Estamos ya en vías de expandir las oportunidades educativas de nuestros jóvenes. Hemos anunciado que la institución Ricks College se convertirá en universidad de cuatro años conocida como BYU-Idaho. Estamos agradecidos por saber que esa escuela ya ha recibido el respaldo del cuerpo que la acredita. Es increíble que esto se haya logrado en tan corto tiempo.

Estamos construyendo nuevos edificios a una escala nunca soñada; debemos hacerlo si esperamos acomodar el crecimiento de la Iglesia.

El programa de bienestar sigue adelante. Estamos particularmente agradecidos por haber podido hacer llegar ayuda humanitaria en un volumen substancial a muchas partes de la tierra. Hemos distribuido alimentos, medicina, ropa, ropa de

cama y otras cosas necesarias para ayudar a aquellos que repentinamente se han convertido en víctimas de una catástrofe.

Esta tarde hablaré a los hermanos del sacerdocio con respecto a otro programa que considero será de gran interés para todos ustedes.

Uno de los indicadores del crecimiento y de la vitalidad de la Iglesia es la construcción de templos. He hablado de esto antes, pero estoy agradecido profundamente porque desde que nos reunimos la última vez en la conferencia general pudimos alcanzar nuestra meta de 100 templos en funcionamiento al final del año 2000; de hecho, la sobrepasamos. Acabamos de regresar tras dedicar un templo en Uruguay, el templo en funcionamiento número 103 de la Iglesia.

La grandiosa obra de la edificación de templos avanza por el mundo. El otro día miré una lista de

todos los templos que actualmente están en funciones o que se han anunciado: 121 en total. Me maravillé ante el tamaño de la lista y la diversidad de regiones en las que están ubicados. Es maravilloso, pero no estamos satisfechos. Seguiremos trabajando para llevar los templos a la gente, para que sea más fácil para los Santos de los Últimos Días de todas partes recibir las bendiciones que sólo se pueden obtener en esas casas sagradas.

He dicho antes que las bendiciones del templo representan la plenitud del sacerdocio, del cual el Señor habló cuando reveló Su voluntad al profeta José Smith. Al ubicar los templos más cerca de los hogares de la gente, se ponen más al alcance de todos ellos todas las ordenanzas que se pueden obtener en la Casa del Señor, tanto para los vivos como para los muertos.

Pronto se dedicarán templos en

Winter Quarters, Nebraska; Guadalupe, México y Perth, Australia. Están en construcción en Asunción, Paraguay; Campiñas, Brasil; la región de Tri-Cities, Washington; Copenhague, Dinamarca; Lubbock, Texas; Monterrey, México; Nauvoo, Illinois; Snowflake, Arizona y La Haya, Holanda. Se han anunciado otros seis templos para los cuales pronto se celebrarán los servicios de la palada inicial. Además, hemos visitado y autorizado un número considerable de lugares para edificar futuros templos en los Estados Unidos, América Central y América del Sur, Europa y las islas del mar. No mencionaré cómo se llamarán porque eso sólo crearía alboroto, ya que todavía no tenemos los predios para construirlos.

La construcción de cada templo representa la madurez de la Iglesia. Continuaremos construyendo esas casas sagradas del Señor tan rápidamente como la energía y los recursos lo permitan. Estamos agradecidos por los fieles Santos de los Últimos Días que pagan sus diezmos y hacen posible este importante programa.

No carecemos de los que nos critican, algunos de los cuales son crueles y malintencionados. Siempre los hemos tenido y supongo que los tendremos durante el futuro. Pero seguiremos adelante, devolviendo bien por mal, siendo serviciales, bondadosos y generosos. Les recuerdo las enseñanzas de nuestro Señor en cuanto a esas cosas; todos ustedes las conocen. Seamos buenas personas; seamos gente amigable; seamos buenos vecinos; seamos lo que los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días deben ser.

Mis amados hermanos y hermanas, ¡cuánto agradezco sus oraciones y su amor! Hago llegar mi amor a cada uno de ustedes. Ruego que se abran los cielos y destilen sobre ustedes abundantes bendiciones a medida que andan con fe ante el Señor.

Ahora tendremos el placer de continuar con el programa de esta grandiosa reunión.

Dios les bendiga, mis amados colegas, ruego en el nombre de Jesucristo. Amén. □

Primero lo más importante

Élder Richard G. Scott
Del Quórum de los Doce Apóstoles

“Haz todo lo posible para tener una familia ideal mientras te encuentres en la tierra. Para ayudarte a lograrlo, medita en los principios que se encuentran en la Proclamación de la Familia y llévalos a la práctica”.



No puedes recordar uno de los momentos más emocionantes de tu vida cuando te sentiste lleno de expectativa, entusiasmo y gratitud. Esa experiencia ocurrió en la vida preterrenal, cuando se te informó que finalmente había llegado el momento de dejar el mundo espiritual para morar en la tierra con un cuerpo mortal. Sabías que por medio de la experiencia personal podrías aprender las lecciones que te darían felicidad en la tierra, lecciones que, al final, te guiarían a la exaltación y a la vida eterna como ser celestial y glorificado en la presencia de tu Santo Padre y de Su Hijo Amado. Entendías que habría desafíos, pues vivirías en un entorno de influencias buenas y malas. Y aún así, decidiste a toda costa que volverías

victorioso, sin importarte el esfuerzo, el sufrimiento y las pruebas. Se te había reservado para venir cuando la plenitud del Evangelio estuviera sobre la tierra. Llegaste cuando Su Iglesia y la autoridad del sacerdocio estaban aquí para efectuar las ordenanzas sagradas del templo. Pensaste nacer en el seno de un hogar donde tus padres te amarían, nutrirían, fortalecerían y te enseñarían la verdad. Sabías que con el tiempo tendrías la oportunidad de formar tu propia familia eterna, como esposo o esposa, como padre o madre. ¡Cuánto debes haberte alegrado por esa posibilidad!

Las siguientes palabras expresan el propósito primordial del encontrarte en la tierra:

“...haremos una tierra sobre la cual éstos puedan morar;

“y con esto los probaremos, para ver si harán todas las cosas que el Señor su Dios les mandare;

“y a los que guarden su primer estado les será añadido; y aquellos que no guarden su primer estado no tendrán gloria en el mismo reino con los que guarden su primer estado; y a quienes guarden su segundo estado, les será aumentada gloria sobre su cabeza para siempre jamás” (Abraham 3:24–26).

Una vez que se puso a Adán sobre la tierra, Dios dijo: “Hagamos una ayuda idónea al hombre, por cuanto no es bueno que el hombre esté solo” (Abraham 5:14). Adán y Eva formaron la primera familia. Dios declaró: “Por tanto, dejará el

hombre a su padre y a su madre, y se allegará a su mujer” (Moisés 3:24). Tuvieron hijos que también formaron familias. “Y Adán y Eva, su esposa, no cesaron de invocar a Dios” (Moisés 5:16). Se estableció el modelo de familia, esencial para el Plan de Felicidad del Padre, y se recalcó la necesidad de “invocar a Dios” continuamente. Tú estás viviendo ese plan. Por medio del Evangelio restaurado sabemos que la *familia ideal* existe y que está compuesta por un justo poseedor del Sacerdocio de Melquisedec, una esposa recta sellada a él e hijos nacidos en el convenio o sellados a ellos. Con la madre en el hogar, en un ambiente de amor y servicio, los padres enseñan a sus hijos las vías del Señor y Sus verdades mediante el precepto y el ejemplo. Ellos cumplen su función divinamente señalada, la cual se menciona en la Proclamación de la Familia. Los hijos maduran al vivir las enseñanzas inculcadas desde su nacimiento, y desarrollan características de obediencia, integridad, amor a Dios y fe en Su santo plan. Con el tiempo, cada uno de ellos

busca un cónyuge con ideales y metas similares; se sellan en el templo, tienen hijos y el plan eterno continúa; y una generación fortalece a la siguiente.

Durante tu existencia en la tierra, sé diligente al cumplir el propósito fundamental de la vida *mediante la familia ideal*. Aunque tal vez aun no logres ese ideal, haz todo lo que esté a tu alcance, por medio de la obediencia y la fe en el Señor, para acercarte a Él lo más posible. Que nada te haga desistir de lograr ese objetivo. Si se precisan cambios drásticos en tu vida, hazlos. Cuando llegues a la edad y madurez apropiadas, obtén todas las ordenanzas del templo que puedas recibir. Si por el momento ello no incluye el sellarte en el templo a un cónyuge recto, vive para hacerlo. Ora por ello. Ten fe en que lo conseguirás. Nunca hagas nada que te impida ser digno de ello. Si has perdido la visión del matrimonio eterno, reavívala. Si necesitas paciencia para lograr tu sueño, tenla. Mis hermanos y yo oramos y nos esforzamos durante treinta años antes de que nuestro

padre, que no era miembro, y nuestra madre se sellaran en el templo. No te desespere. Hazlo lo mejor que puedas. No podemos saber si obtendremos esa bendición en este lado del velo o en el más allá, pero el Señor cumplirá Sus promesas. En Su sabiduría infinita, Él hará posible que recibas todo lo que te mereces. No te desalientes. El vivir una vida lo más cercana posible al ideal te proporcionará enorme felicidad, gran satisfacción y un admirable progreso mientras estés en la tierra, no importa cuáles sean tus circunstancias actuales.

Satanás y sus huestes harán todo lo posible para impedir que obtengas las ordenanzas necesarias para la familia ideal. Él intentará distraerte para evitar que concentres tu mente y corazón en criar una familia fuerte al enseñar a tus hijos como el Señor lo requiere.

¿Hay tantas cosas fascinantes y emocionantes para hacer o tantos desafíos que afrontar, que te resulta difícil concentrarte en lo que es de verdad importante? Cuando las cosas del mundo te agobian, por lo general las cosas incorrectas pasan a tener mayor prioridad. Entonces es fácil olvidar el propósito fundamental de la vida. Satanás tiene un arma poderosa que usa contra la gente buena: la distracción. Él trata que la gente buena llene su vida de “cosas buenas” para que no haya lugar para las importantes. ¿Has caído inconscientemente en esa trampa?

“...los hombres son libres según la carne; y les son dadas todas las cosas que para ellos son propias. Y son libres para escoger la libertad y la vida eterna, por medio del gran Mediador de todos los hombres, o escoger la cautividad y la muerte... pues [el diablo] busca que todos los hombres sean miserables como él” (2 Nefi 2:27).

¿Por qué razón se te ha dado tu albedrío moral? ¿Únicamente para vivir una vida de placer y para tomar decisiones para hacer las cosas que deseas hacer? ¿O hay una razón más fundamental: el poder tomar decisiones que te permitirán

El presidente Gordon B. Hinckley (al centro), el presidente Thomas S. Monson (izquierda), Primer Consejero de la Primera Presidencia y el presidente James E. Faust, Segundo Consejero de la Primera Presidencia, esperan el comienzo de una sesión de la conferencia.



llevar a la práctica el propósito por el que estás aquí en la tierra y establecer en tu vida un orden de prioridades que asegurará el desarrollo y la felicidad que el Señor desea que recibas?

Hace poco conocí a un joven inteligente con gran potencial. Dudaba en servir en una misión y ha decidido no asistir a la universidad por ahora. En su tiempo libre hace sólo lo que le apetece. No trabaja porque no tiene que hacerlo y, además, porque le quitaría tiempo para divertirse. Aprobó las clases de seminario sin pensar en aplicar personalmente el conocimiento obtenido. Le dije: “Estás tomando decisiones que aparentemente te brindan lo que deseas: una vida fácil, mucha diversión y poco sacrificio. Lo puedes hacer por algún tiempo, pero cada decisión que tomes limita tu futuro. Estás eliminando posibilidades y opciones, y llegará el momento, y no está muy distante, en que tengas que pasar el resto de tu vida haciendo lo que no desees, en lugares donde no quieras estar, por no haberte preparado. No estás aprovechando tus oportunidades”.



Le comenté que todo lo que yo atesoro hoy día comenzó a madurar en el campo misional. El servicio misional no lo hacemos para nosotros, pero aún así, de una misión se obtiene gran progreso y preparación para el futuro. Ahí es donde salen de sí mismos y se concentran en otras personas; se acercan al Señor y en verdad aprenden Sus enseñanzas. Encuentran personas que están interesadas en Su mensaje pero que no están seguras del valor que éste tenga. Los misioneros tratan por todos los medios —la oración, el ayuno y el testificar— de ayudar a la gente a abrazar la verdad. La misión enseña a la persona a dejarse guiar por el Espíritu, a comprender nuestro propósito para estar en la tierra y cómo lograrlo. Le di una bendición y cuando se fue, oré con fervor para que el Señor le ayudara a escoger el orden correcto de las prioridades. De lo contrario, fracasará en el propósito de la vida.

En contraste, tomemos el ejemplo de otro joven. Con el paso de los años, vi cómo sus padres le enseñaban desde la infancia a vivir de manera firme los mandamientos de Dios. Por medio del ejemplo y del precepto le nutrieron con la verdad, junto a sus demás hijos. Fomentaron el cultivo de la disciplina y el sacrificio para alcanzar metas dignas. Este joven eligió la natación para inculcar esas cualidades en su carácter. Las prácticas temprano por la mañana requerían disciplina y sacrificio; y con el tiempo, él destacó en ese deporte.

Entonces surgieron los desafíos, por ejemplo, un campeonato de natación que se celebraba en domingo. ¿Se decidiría a participar? ¿Buscaría una justificación para quebrantar su norma de no nadar los domingos con el fin de ayudar a su equipo a ganar el campeonato? No, él no cedería, ni siquiera ante la intensa presión de sus compañeros. Le insultaron e incluso le maltrataron físicamente; pero él no cedió. El rechazo de sus amigos, la soledad y la presión crearon momentos de tristeza y lágrimas, pero no cedió. Estaba aprendiendo por sí mismo lo que

cada uno de nosotros debe llegar a saber, la veracidad del consejo de Pablo a Timoteo: “...todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Timoteo 3:12). Con el paso de los años, ese constante modelo de un vivir justo —creado por medio de cientos de decisiones correctas— ha desarrollado un carácter fuerte y capaz. Ahora, como misionero, tiene la estimación de sus compañeros por su habilidad para trabajar, su conocimiento de la verdad, su férrea devoción y su determinación para compartir el Evangelio. Alguien que fue antes rechazado por sus amigos se ha convertido ahora en un líder respetado por sus compañeros. ¿Hay un mensaje para ti en estos ejemplos?

A pesar de que mucho de lo bueno que hacemos nos proporciona un placer saludable, éste no es el propósito primordial por el que estamos en la tierra. Intenta conocer y hacer la voluntad del Señor, no sólo lo que es cómodo o te hace la vida más fácil. Tú tienes el plan de felicidad del Señor; sabes qué hacer o lo puedes saber por medio del estudio y la oración. Hazlo con gusto.

El Señor declaró:

“Porque he aquí, no conviene que yo mande en todas las cosas, porque el que es compelido en todo es un siervo perezoso y no sabio; por tanto, no recibe galardón alguno.

“...los hombres deben estar anhelosamente consagrados a una causa buena, y hacer muchas cosas de su propia voluntad y efectuar mucha justicia;

“porque el poder está en ellos, y en esto vienen a ser sus propios agentes. Y en tanto que los hombres hagan lo bueno, de ninguna manera perderán su recompensa.

“Mas el que no hace nada hasta que se le mande, y recibe un mandamiento con corazón dudoso, y lo cumple desidiosamente, ya es condenado” (D. y C. 58:26–29)... lo que significa que cesó en su progreso y desarrollo.

Un dicho que todos comprendemos es que cosechamos lo que sembramos, lo cual también se aplica a

los asuntos espirituales. Cosecharás lo que hayas sembrado en obediencia, en tener fe en Jesucristo, en la aplicación diligente de las verdades que hayas aprendido en tu vida. Cosecharás el haber moldeado tu carácter, el ser más capaz, el terminar con éxito tu propósito aquí en la tierra: el ser probado.

Una y otra vez se dice en los funerales que la persona fallecida heredará todas las bendiciones de la gloria celestial cuando de ningún modo reunía los requisitos para obtener las ordenanzas necesarias y guardar los convenios requeridos. Eso no sucederá. Esas bendiciones sólo se obtendrán al guardar los requisitos del Señor. Su misericordia no anula los requisitos de Su ley, los cuales se deben cumplir.

Algunos lugares son sagrados y santos, donde parece ser más fácil discernir la inspiración del Santo Espíritu. El templo es ese lugar. Busca un retiro de paz y tranquilidad donde periódicamente reflexiones y permitas que el Señor dé dirección a tu vida. Cada uno de nosotros debe revisar de vez en cuando el curso de su vida y verificar que está en la dirección correcta. Quizá en un futuro cercano puedas beneficiarte al hacer este inventario personal:

¿Qué es lo más importante que debo lograr aquí en la tierra?

¿Cómo uso mi tiempo libre? ¿Dedico parte de él a las cosas que son más importantes?

¿Hay algo que sé que no debo estar haciendo? Si es así, me arrepentiré y dejaré de hacerlo.

En un momento de tranquilidad, escribe tus respuestas; analízalas y haz los ajustes necesarios.

Pon en primer lugar lo más importante. Haz todo lo posible para tener una familia ideal mientras te encuentres en la tierra. Para ayudarte a lograrlo, medita los principios que se encuentran en la Proclamación de la Familia y llévalos a la práctica. Testifico que el Señor vive. Él te ama. Al vivir dignamente y buscar Su ayuda con sinceridad, Él te guiará y fortalecerá para que sepas Su voluntad y puedas cumplirla. En el nombre de Jesucristo. Amén. □

“Humillarte ante tu Dios”

Elder Marlin K. Jensen
De la Presidencia de los Setenta

“La verdadera humildad nos llevará inevitablemente a decir a Dios: ‘Hágase tu voluntad’ ”.



Uno de los temas memorables de la Conferencia General de octubre pasado fue que, además de estar preocupados por lo que *hacemos*, nosotros, los Santos de los Últimos Días, debemos prestar atención a lo que *somos* y a lo que nos estamos esforzando por *llegar a ser*¹. Teniendo en mente ese principio, en noviembre pasado escuché con atención el discurso que el presidente Gordon B. Hinckley dirigió a los jóvenes de la Iglesia. Me emocionaron los seis valiosos granitos de sabiduría que él compartió al describir lo que la juventud debía *ser*. Uno de los seis —“Sean humildes”— fue de especial interés para mí.

Cuando le sugerí a mi esposa hace algunas semanas que, debido al discurso del presidente, estaba

considerando la “humildad” como posible tema para mis palabras de hoy, ella se detuvo, y con cierto brillo en la mirada, me dijo en broma: “Bueno, ite quedan sólo unos días para adquirirla!”. Al haber sido alentado de esa manera, he reflexionado en lo que podría abarcar el obedecer el mandato del presidente Hinckley: “Sean humildes”.

Para comenzar, no deberá causarnos sorpresa el saber que, a juicio de algunos, la humildad tiene una clasificación bastante baja en la escala de los rasgos de personalidad que se desean. En los últimos años se han escrito libros muy populares acerca de la integridad, el sentido común, la urbanidad y una multitud de otras virtudes, pero es evidente que hay muy poca demanda para la humildad. Es obvio que en estos tiempos sin refinamiento, en los que se nos enseña el arte de negociar por medio de la intimidación, y la *agresividad* se ha convertido en la expresión preferida del mundo de los negocios, los que intentan ser humildes serán una minoría reducida y despreciada pero sumamente importante.

El tratar voluntariamente de adquirir humildad es a la vez problemático. Recuerdo que una vez escuché a uno de mis colegas de los Setenta decir acerca de la humildad: “Si piensas que la tienes, es que no la tienes”. Sugirió que debíamos tratar de cultivar la humildad y de estar seguros de no enterarnos cuando la obtuviésemos, y que de ese

modo la tendríamos. Pero, si alguna vez pensábamos que la teníamos, entonces no la teníamos².

Esa es una de las lecciones que enseña C. S. Lewis en sus conocidas *Screwtape Letters*. En la carta XIV, un buen hombre está siendo reclutado por un diablo y el aprendiz que está a su lado empieza a volverse humilde, y el diablo dice que “eso es muy malo”. Con gran percepción, Lewis hace que el diablo diga a su compañero: “Tu paciente se ha vuelto humilde; ¿se lo has hecho notar?”³.

Por suerte, el Salvador nos ha dado un modelo para cultivar la humildad. Cuando Sus discípulos fueron a Él y le preguntaron: “¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?”, Él respondió poniendo a un niño en medio de ellos y diciendo: “...cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos”⁴.

En ese pasaje, el Salvador nos enseña que el llegar a ser humildes es ser como un niño. ¿Cómo puede

volverse una persona como un niño y cuáles son las cualidades de niño que debemos cultivar? El rey Benjamín, en su profundo sermón del Libro de Mormón, nos proporciona una guía:

“Porque el hombre natural es enemigo de Dios, y lo ha sido desde la caída de Adán, y lo será para siempre jamás, a menos que se someta al influjo del Santo Espíritu, y se despoje del hombre natural, y se haga santo por la expiación de Cristo el Señor, y se vuelva como un niño sumiso, manso, humilde, paciente, lleno de amor y dispuesto a someterse a cuanto el Señor juzgue conveniente imponer sobre él, tal como un niño se somete a su padre”⁵.

El rey Benjamín parece enseñar que el volverse como un niño es un proceso gradual de desarrollo espiritual durante el cual obtenemos ayuda por medio del Espíritu Santo y nuestra confianza en la expiación de Cristo. Durante ese proceso, adquiriremos finalmente los atributos de un niño: mansedumbre, humildad,

paciencia, amor y sumisión espiritual. La verdadera humildad nos llevará inevitablemente a decir a Dios: “Hágase tu voluntad”. Y, debido a que lo que *somos* afecta lo que *hacemos*, nuestra sumisión se reflejará en nuestra reverencia, gratitud y disposición para aceptar llamamientos, consejo y corrección.

Una historia familiar que preservan los descendientes de Brigham Young, ilustra la naturaleza sumisa de la humildad. Se dice que en una reunión pública, el profeta José, quizás como prueba, reprendió severamente a Brigham Young por algo que había hecho o que se suponía debía haber hecho pero que no hizo; los detalles no están muy claros. Cuando José terminó de reprenderlo, todos los presentes se quedaron esperando la respuesta de Brigham Young. Ese hombre poderoso, al que se le conocería más adelante como el León del Señor, en una voz que denotaba sinceridad, dijo sencilla y humildemente: “José, ¿qué desea que haga?”⁶.

El auditorio del Centro de Conferencias está abarrotado durante una de las sesiones.



El poder de esa respuesta brinda un sentimiento de humildad. Nos recuerda que el acto más grandioso de valor y amor en la historia de la humanidad —el sacrificio expiatorio de Cristo— fue también el acto más grandioso de humildad y sumisión. Algunos se preguntarán si quienes tratan de ser humildes deben ceder ante las firmes opiniones y posiciones de los demás. Por cierto, la vida del Salvador pone de manifiesto que la verdadera humildad no tiene nada que se asemeje a la ciega sumisión, ni a la debilidad, ni al servilismo.

Otra perspectiva útil sobre la humildad se obtiene al examinar lo contrario: el orgullo. De la misma forma que la humildad conduce a otras virtudes, tales como la modestia, el ser dóciles para la enseñanza y la sencillez, el orgullo conduce a muchos otros vicios. La teología de los Santos de los Últimos Días muestra que fue por el orgullo que Satanás se convirtió en el adversario de la verdad. El aumento de esa arrogancia, llamada *hubris* [en griego], fue lo que los hombres sabios de la antigua Grecia describieron como el camino seguro a la destrucción.

Hace doce años, el presidente Ezra Taft Benson pronunció un poderoso discurso en una conferencia en la que declaraba que el orgullo es “el pecado universal, el gran vicio”⁷. Enseñó que el orgullo es de naturaleza fundamentalmente competitiva y hace referencia a esta cita de C. S. Lewis: “El orgullo no encuentra placer en poseer algo, sino en poseerlo en mayor cantidad que el vecino. Decimos que la gente está orgullosa de ser rica o inteligente o bien parecida, pero no es así. Ellos están orgullosos de ser los más ricos, los más inteligentes o mejor parecidos que los demás. Si alguien más llega a ser igualmente rico, inteligente o bien parecido, no hay nada de lo cual estar orgulloso. Lo que nos enorgullece es la comparación, el placer de colocarnos por encima de los demás. Una vez que desaparece el elemento de competencia, el orgullo deja de existir”⁸. ¡Qué comentario interesante acerca del mundo altamente competitivo y por consiguiente

orgullosa! ¡Qué importante recordatorio también para los que somos bendecidos con la “plenitud del Evangelio” para evitar así tanto la condición como la apariencia de altanería o condescendencia en todas nuestras relaciones humanas.

En ocasiones pienso cómo sería la vida si todos poseyéramos más humildad.

Imaginen un mundo en el cual el pronombre *nosotros* reemplazara al predominante pronombre *yo*.

Piensen en el impacto que tendría en la búsqueda de conocimiento si el instruido sin ser arrogante fuese la norma.

Reflexionen en el ambiente que existiría dentro de un matrimonio o una familia, o en realidad cualquier organización, si por medio de una sincera humildad los errores se admitieran y se perdonaran con franqueza, si no tuviéramos miedo de alabar a los demás por temor de que ellos se aprovecharan de nosotros, y si todos nosotros pudiéramos escuchar tan bien como ahora hablamos.

Consideren las ventajas de la vida en una sociedad en la cual las consideraciones de los niveles sociales fuesen sólo secundarias, donde los ciudadanos se preocuparan más por sus responsabilidades que de sus derechos y donde los que poseen autoridad incluso obraran en ocasiones por iniciativa propia y admitiesen con humildad: “¡Quizás esté equivocado!” ¿Debe la necesidad de “tener la razón” consumirnos totalmente? No hay duda de que esa intolerancia hacia los demás y sus puntos de vista no es nada más ni nada menos que el *hubris* [orgullo] que los griegos veían y contra el cual amonestaban como el pecado suicida. Nos preguntamos lo diferente que se habría escrito incluso la reciente historia del mundo si sus personajes principales hubiesen sido receptivos a la tierna influencia de la humildad.

Y más importante aún, piensen en el papel que desempeña la humildad en el proceso del arrepentimiento. ¿No es la humildad, junto con una fe firme en Cristo, lo que lleva al transgresor hacia Dios en oración, a pedir disculpas a la persona que ha

ofendido, y, cuando sea necesario, a su líder del sacerdocio en confesión?

Me siento agradecido por los ejemplos de humildad que he tenido en la vida.

Una vez mi padre, en el acaloramiento y la frustración de una húmeda tarde de julio, reaccionó exageradamente ante mis errores de agricultor novato y me castigó de una forma que yo consideré excesiva dado el delito cometido. Más tarde, se acercó a mí con una disculpa y una muy apreciada expresión de confianza en mi capacidad. Esa humilde expresión ha permanecido en mis recuerdos por más de 40 años.

He visto una humildad constante en mi maravillosa esposa. Al igual que Nefi pidió guía a Lehi después de que éste hubo flaqueado momentáneamente, ella ha permanecido a mi lado por 34 años y me ha apoyado y amado con constancia “a pesar de mi debilidad”⁹.

A menudo me siento conmovido por las manifestaciones de humildad en las Escrituras. Tomemos en cuenta a Juan el Bautista, quien declaró acerca del Salvador: “Es necesario que él crezca, para que yo mengüe”¹⁰. Piensen en Moroni, quien nos ruega que no le condenemos por sus imperfecciones, sino que demos gracias a Dios por haber puesto de manifiesto sus imperfecciones para que aprendiéramos a ser más sabios que él¹¹. Tampoco debemos olvidar la exclamación de Moisés, quien, después de haber visto la grandeza de Dios y de Sus creaciones, reconoció que “Por esta causa, ahora sé que el hombre no es nada, cosa que yo nunca me había imaginado”¹². ¿No es acaso la admisión de Moisés de nuestra dependencia total en Dios el comienzo de la verdadera humildad?

Estoy de acuerdo con la declaración memorable del autor inglés John Ruskin de que “la primera prueba de un hombre verdaderamente notable es su humildad”. Luego dijo: “Por humildad, no me refiero a dudar de su propia valía; sin embargo, los hombre notables de verdad tienen un sentimiento inusual de que su grandeza no está en ellos sino que se manifiesta a través

de ellos. Y ven algo divino en cada hombre y son siempre, inocentemente, increíblemente agradecidos”¹³.

Miqueas, el profeta del Antiguo Testamento, al igual que nuestro profeta viviente, el presidente Hinckley, se preocupaba por nutrir el desarrollo de la humildad. A su pueblo, dijo: “Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios”¹⁴.

Que Dios nos bendiga a todos para que nos humillemos ante Dios y ante todos los hombres. Testifico que el presidente Gordon B. Hinckley es un profeta verdadero y que su consejo “Sean humildes” proviene de Dios. Testifico que Jesucristo, el manso y dócil Hijo de Dios, personifica la humildad. Sé que será en humildad que un día nos arrodillaremos a los pies del Salvador para ser juzgados por Él¹⁵. Que vivamos para estar preparados para ese humilde momento, es mi oración, en el nombre de Jesucristo. Amén. □

NOTAS

1. Neal A. Maxwell, “Los artificios y las tentaciones del mundo”, *Liahona*, enero de 2001, pág. 43; Dallin H. Oaks, “El desafío de lo que debemos llegar a ser”, *Liahona*, enero de 2001, págs. 40–43.

2. Albert Choules, Jr., minutas no publicadas de una reunión del Quórum de los Setenta, 15 de abril de 1993.

3. *The Screwtape Letters*, 1982, págs. 62–63.

4. Mateo 18:1, 4.

5. Mosíah 3:19.

6. Véase Truman G. Madsen, “Hugh B. Brown—Youthful Veteran”, *New Era*, abril de 1976, pág. 16.

7. Presidente Ezra Taft Benson, “Cuidaos del orgullo”, *Liahona*, mayo de 1989, pág. 6.

8. *Mere Christianity*, 1960, pág. 95.

9. 2 Nefi 33:11.

10. Juan 3:30.

11. Véase Mormón 9:31.

12. Moisés 1:10.

13. *The Works of John Ruskin*, ed. E. T. Cook y Alexander Weddenburn, 39 tomos, 1903–1912, tomo 5, pág. 331.

14. Miqueas 6:8.

15. Véase Mosíah 27:31; D. y C. 88:104.

Un Dios de milagros

Sydney S. Reynolds

Primera Consejera de la Presidencia General de la Primaria

“Creo que todos nosotros podemos testificar de esos pequeños milagros”.



Tal como Moroni de antaño, creo en un Dios de milagros. Moroni escribió a la gente de nuestra dispensación: “Mas he aquí, yo os mostraré un Dios de milagros... y es ese mismo Dios que creó los cielos y la tierra, y todas las cosas que hay en ellos” (Mormón 9:11). Moroni proclamó que Jesucristo hizo muchos milagros grandiosos, que por mano de los apóstoles se realizaron potentes milagros, y que un Dios que es el mismo ayer, hoy y siempre, debe ser un Dios de milagros también hoy (véase Mormón 9:18; 9:9).

Piensen en los milagros del Antiguo Testamento. Recuerden a Moisés al dividir el Mar Rojo. Para todas las generaciones futuras de israelitas, los grandes milagros que llevaron a su liberación de Egipto proporcionaron una prueba innegable de la existencia de Dios y de Su amor por ellos.

Muchos profetas del Libro de Mormón, incluso Nefi, señalaron el

relato de Moisés para infundir fe y creencia en un Dios que podría liberar a Su pueblo de sus aflicciones (véase 1 Nefi 4:1–3). Otros profetas del Libro de Mormón le recordaron al pueblo que ellos mismos habían sido testigos de milagros que debían convencerlos del poder de Dios.

En el Nuevo Testamento, el apóstol Juan dio a saber la razón por la cual registraba muchos de los milagros del Salvador; concretamente, “para que creáis que Jesús es el Cristo” (Juan 20:31).

En esta dispensación, somos testigos del gran milagro de la restauración del Evangelio de Jesucristo sobre la tierra, el cual comenzó cuando un jovencito fue a una arboleda, cerca de Palmyra, Nueva York, y volcó su corazón en preguntas a un Dios que él creía podría contestarle: un Dios de milagros. Y han seguido ocurriendo milagros en esta dispensación —grandiosos milagros— entre ellos la salida a luz del Libro de Mormón, el cual es en sí otro Testamento de Jesucristo.

De igual importancia que esos “grandiosos milagros”, son los “milagros privados” más pequeños que nos enseñan a tener fe en el Señor; éstos se reciben al reconocer y dar oído a los susurros del Espíritu en nuestra vida diaria.

Estoy agradecida por el maestro que alentaba a sus alumnos a llevar un diario personal de los susurros o la inspiración del Espíritu en la vida de ellos. Él nos indicaba que anotáramos lo que habíamos sentido y cuál había sido el resultado. Las cosas pequeñas se hicieron evidentes. Un día me encontraba sumamente apresurada para terminar

algunas tareas escolares y prepararme para un viaje; bajé al lavadero de los dormitorios [de la universidad] para sacar mi ropa de la lavadora y colocarla en la secadora. Lamentablemente, todas las secadoras estaban ocupadas y todavía les faltaba mucho tiempo para terminar. Subí a mi cuarto desalentada, ya que sabía que para cuando las secadoras terminaran el ciclo, yo ya tendría que encontrarme en camino. Apenas había regresado a mi cuarto cuando sentí que debía bajar otra vez al lavadero. *Es una tontería*, pensé; acababa de regresar y no tenía tiempo, pero como estaba tratando de prestar atención, fui. Dos de las secadoras estaban vacías y así pude terminar todo lo que tenía que hacer. ¿Es posible que el Señor se hubiese preocupado de allanarme el camino en algo tan trivial, pero para mí tan importante? Desde ese entonces, he aprendido mediante muchas experiencias de ese tipo que el Señor nos ayudará en todos los aspectos de nuestra vida si tratamos de servirle y de hacer Su voluntad.

Creo que todos nosotros podemos testificar de esos pequeños milagros. Sabemos de niños que oran pidiendo ayuda para encontrar algo que se les ha perdido, y lo encuentran. Sabemos de jóvenes que tienen el valor de ser testigos de Dios y sienten Su mano de apoyo. Sabemos

de amigos que pagan sus diezmos con el único dinero que les queda y después, por un milagro, descubren que pueden pagar su matrícula universitaria, el alquiler o de alguna forma obtener comida para su familia. Podemos compartir experiencias de oraciones que han sido contestadas y de bendiciones del sacerdocio que han dado valor, consuelo o restaurado la salud. Esos milagros diarios nos ayudan a reconocer la mano del Señor en nuestra vida.

He estado pensando mucho en eso debido a una experiencia que nuestra familia ha tenido durante los últimos meses. Nuestra hija y su esposo tardaron en conocerse y casarse, y después, a pesar de que querían tener hijos con todo su corazón, por varios años les resultó difícil que ese sueño se hiciera realidad. Oraron, pidieron bendiciones del sacerdocio y ayuda médica, y finalmente, con gran emoción, se enteraron de que esperaban mellizos.

Sin embargo, las cosas no fueron muy bien, y tres meses y medio antes de la fecha del alumbramiento, la futura madre se encontró en el pabellón de obstetricia del hospital. Al principio, los médicos tenían la esperanza de que pudieran demorar el parto algunas semanas más; pero inmediatamente la pregunta que se presentó fue la siguiente: ¿dispondrían por lo menos de las 48 horas

necesarias para administrar el medicamento que se requeriría para el funcionamiento de los pulmones prematuros de los bebés?

Una enfermera de la unidad de cuidados intensivos de niños prematuros fue a ver al matrimonio para mostrarles fotografías de las máquinas a las cuales estarían conectados los bebés si nacían con vida. Les explicó los riesgos de que tuviesen daño en los ojos, de que les fallaran los pulmones, de impedimentos físicos o de daños cerebrales. Ellos escucharon, con humildad pero también con esperanza, y después, a pesar de todo lo que los médicos pudieron hacer, fue evidente que los niños estaban por nacer.

Nacen con vida; primero la niña y después el niño, pesando menos de dos kilos entre los dos; son llevados de inmediato a la unidad de cuidados intensivos donde les ponen en respiradores artificiales, con sondas umbilicales e intravenosas y constante atención. No pueden tener mucha luz ni mucho ruido; su equilibrio químico necesita constante vigilancia a medida que el hospital, con millones de dólares de equipo y muchos médicos y enfermeras maravillosos, tratan de reproducir el milagro del vientre de una madre.

Todos los días se produce una cantidad de pequeños milagros: un

El presidente Gordon B. Hinckley, el presidente Thomas S. Monson, Primer Consejero de la Primera Presidencia y el presidente James E. Faust, Segundo Consejero de la Primera Presidencia, saludan a miembros del Quórum de los Doce Apóstoles: (desde la izquierda) Boyd K. Packer, Presidente en Funciones, y los élderes L. Tom Perry, David B. Haight, Neal A. Maxwell, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks, M. Russell Ballard y Joseph B. Wirthlin.



pulmón colapsado sana y después, a pesar de todo, sigue funcionando bien; se contrarresta la pulmonía; surgen más infecciones graves que se superan; las sondas intravenosas no funcionan debidamente y son reemplazadas. Después de dos meses y medio, el niño aumenta 910 gramos y puede respirar sin oxígeno adicional. Le quitan el oxígeno; aprende a comer y sus padres agradecidos lo llevan a casa conectado a los monitores.

La niña se sigue sacando la sonda del respirador, haciendo sonar la alarma por toda la sala. Pensamos que quizás desea progresar como su hermano, pero cada vez se le cierra la garganta y no puede respirar por sí misma. Tiene la garganta tan inflamada que a veces los terapeutas de respiración tienen mucha dificultad para volverle a conectar la sonda y ella casi fallece. Su progreso normal es difícil debido a su dependencia permanente en el respirador.

Finalmente, después de que su hermanito ha estado en casa dos meses, los doctores se ven obligados a sugerir una operación para ella, la cual le permitirá respirar por un orificio que se le hará en la garganta; una operación que podría resolver los problemas que tiene en el estómago al abrírsele un orificio en el costado; pero una operación que afectará su pequeño cuerpecito por muchos meses más y, quizás, por el resto de su vida. Mientras los padres se debatían por tomar una decisión, una tía mandó un mensaje a toda la familia. Ella explicaba la situación, el crítico asunto del momento oportuno, de la importancia de quitarle el respirador, y sugería que uniéramos nuestra fe una vez más y, mediante el ayuno y la oración, pidiéramos que se efectuara un milagro más, si esa era la voluntad del Señor. La noche del 3 de diciembre terminaríamos nuestro ayuno con una oración.

Permítanme leer una porción de una carta que se envió a la familia la mañana del 4 de diciembre. “Querida familia: ¡Buenas noticias! Bendiciones del Señor. Nuestro más sincero agradecimiento por sus oraciones y ayuno en beneficio de

nuestra pequeña. Ayer por la mañana le quitaron el respirador y desde hace ya 24 horas no lo tiene. Para nosotros, es un milagro. El cuerpo médico aún procede con cautela en cuanto a lo que se habrá de esperar, pero estamos muy agradecidos al Señor y a ustedes. Oramos para que éste sea el comienzo del final de su estadía en el hospital; e incluso nos atrevemos a esperar tenerla en casa para Navidad”.

Y sí estuvo en casa para la Navidad y ambos bebés se encuentran ahora “muy bien”. Nuestra familia ha tenido su propia “división del Mar Rojo” y estamos preparados para testificar de que hoy, al igual que en el pasado y por siempre, hay un “Dios de milagros” que ama a Sus hijos y desea bendecirlos.

Sabemos, al igual que ustedes, que todos los ruegos que se hagan al Señor y todos los ayunos no reciben esta misma respuesta esperada. El resto de la familia ha tenido también que afrontar la muerte de seres queridos, enfermedades graves, las aflicciones del divorcio e hijos que han elegido otro sendero. No siempre comprendemos las razones que hay detrás de las pruebas que recibimos en la vida terrenal, pero nuestra fe ha crecido, y quizás la de ustedes también, al ver a seres queridos, amigos y gente a la que sólo conocemos de oídas soportar con fe en el Señor las pruebas más duras. Ellos también conocen al Dios de

milagros y testifican en sus tribulaciones que, sea cual fuere lo que el futuro les depare, el Señor los conoce y los ama y los bendice. Ellos están sellados a ÉL, y los unos a los otros para siempre, y están dispuestos a someter su voluntad a la de ÉL.

¿Cómo han llegado a ese punto? ¿Cómo tenemos acceso al silencioso milagro que el Señor lleva a cabo a medida que nos transforma, a Sus hijos, en dignos herederos del reino de Dios? Creo que es posible porque “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Creo que se logra al someternos al influjo del Espíritu, despojarnos del hombre natural y ser llenos del amor de Dios (véase Mosíah 3:19). “...por la Expiación de [Jesucristo], todo el género humano puede salvarse, mediante la obediencia a las leyes y ordenanzas del Evangelio” (Artículos de Fe 1:3). Toda la humanidad —y entre ella me incluyo a mí y a ustedes— puede tener parte en la Expiación, el más grandioso de todos los milagros de Dios.

Dios sí dividió las aguas del Mar Rojo y sí nos dio el Libro de Mormón. Él puede sanarnos de nuestros pecados y puede bendecirnos, y lo hará, a nosotros Sus hijos, en nuestra vida diaria. Sé que Él vive y nos ama, y que es hoy un Dios de milagros. En el nombre de Jesucristo. Amén. □

Miembros descansan cerca de una fuente dentro del Centro de Conferencias.



“Me seréis testigos”

Elder Jeffrey R. Holland
Del Quórum de los Doce Apóstoles

“A las personas que se les haga difícil iniciar conversaciones misionales — y lo es para muchas— las nuevas tarjetas de obsequio que recientemente produjo la Iglesia son una forma agradable y fácil de dar a conocer a los demás nuestras creencias básicas y cómo pueden saber más”.



Cuando el Jesús resucitado concluyó Su ministerio terrenal, dio este importante mandato a Sus apóstoles y a aquellos que los seguirían:

“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo...”¹.

“recibiréis poder... y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”².

Al recordar siempre actuar con cortesía y decoro, tenemos la responsabilidad de ser testigos de Jesucristo “en todo tiempo... en todas las cosas y en todo lugar”³, a fin de proclamar, cada uno a su propia manera, la gran causa a la cual Cristo nos ha llamado.

Ustedes ya son misioneros maravillosos, mejores de lo que se imaginan,

y tienen la habilidad de ser aún mejores. Es posible dejar que los misioneros regulares lleven a cabo la difícil tarea de trabajar 12 horas al día, pero, ¿por qué no ser partícipes del gozo de esa obra? A nosotros también nos corresponde un lugar ante la mesa colmada de testimonios y, afortunadamente, hay un lugar reservado para cada uno de los miembros de la Iglesia.

En efecto, una clara verdad de hoy día es que ninguna misión ni ningún misionero puede a la larga lograr el éxito *sin* la tierna participación y el apoyo espiritual de los miembros locales que trabajen con ellos en un esfuerzo equilibrado. Si hoy están tomando notas en una tabla de piedra, inscriban profundamente esta verdad; les prometo que nunca tendrán que borrarla. Al principio, los investigadores pueden provenir de muchas fuentes diferentes, pero aquellos que en verdad se bautizan y son retenidos mediante la actividad en la Iglesia provienen en su gran mayoría de amigos y conocidos de los miembros de la Iglesia.

Hace poco más de veinticuatro meses, el presidente Gordon B. Hinckley dijo en una transmisión para toda la Iglesia:

“Yo los comprendo a ustedes, misioneros. Simplemente no pueden hacerlo solos y hacerlo bien. Necesitan la ayuda de otros. Ese poder para ayudarles anida en cada uno de nosotros...”

“Ahora bien, hermanos y hermanas, podemos dejar que los misioneros traten de hacer la obra por sí

solos o ayudarles en ello. Si lo hacen por sí mismos, irán de puerta en puerta, día tras día, y la cosecha será escasa. O podemos, como miembros, ayudarles a encontrar y enseñar investigadores.

“Hermanos y hermanas, a todos ustedes en los barrios y estacas, en los distritos y las ramas, quiero invitarles a que formen parte de un amplio ejército con verdadero entusiasmo por esta obra y con un enorme deseo de ayudar a los misioneros en la inmensa responsabilidad que tienen de llevar el Evangelio a toda nación, tribu, lengua y pueblo...”⁴.

Me gusta como suenan esas frases: “un amplio ejército con verdadero entusiasmo por esta obra” y “un enorme deseo de ayudar a los misioneros”. Permítanme destacar algunas cosas que podemos hacer a fin de responder a ese llamado. Ustedes podrán saber cuántas de ellas ya están llevando a la práctica.

Lo más importante es que podemos vivir el Evangelio. Ciertamente no hay mensaje misional más poderoso que podamos enviar al mundo que el ejemplo de una vida Santo de los Últimos Días amorosa y feliz. La manera de actuar y de conducirse, la sonrisa y la bondad de un fiel miembro de la Iglesia brindan calidez e interés que ningún folleto misional ni vídeo puede transmitir. Las personas no se unen a la Iglesia por lo que saben; se unen por lo que sienten, lo que ven y lo que desean espiritualmente. Los demás verán nuestro espíritu de testimonio y de felicidad en ese aspecto, si se lo permitimos. Como el Señor dijo a Alma y a los hijos de Mosíah: “Id... para que les déis buenos ejemplos en mí; y os haré instrumentos en mis manos, para la salvación de muchas almas”⁵.

Una joven ex misionera de Hong Kong me contó recientemente que cuando ella y su compañera le preguntaron a una investigadora si creía en Dios, la mujer respondió: “No creía, hasta que conocí a un miembro de su Iglesia y observé la forma en que vivía”. ¡Qué obra misional ejemplar! Pedir que cada miembro sea un misionero no es tan crucial como pedir que cada miembro sea



un miembro. Gracias por vivir el Evangelio.

Gracias también por orar por los misioneros. *Todos* oran por los misioneros. Ojalá siempre sea así. Con ese mismo espíritu, debemos también orar por aquellos que se están reuniendo con los misioneros o que necesitan hacerlo. En Zarahemla se mandó a los miembros “[unirse] en ayuno y ferviente oración”⁶ por aquellos que aún no se habían unido a la Iglesia de Dios. Nosotros podemos hacer lo mismo.

También podemos orar a diario por nuestras propias experiencias misionales. Oren para que bajo la guía divina de tales cosas, la oportunidad misional que ustedes desean ya esté siendo preparada en el corazón de alguna persona que añora y busca lo que ustedes tienen. “Todavía hay muchos en la tierra... que... no llegan a la verdad sólo porque no saben dónde hallarla”⁷. ¡Oren para que ellos les encuentren a ustedes! Y luego estén alerta, porque hay multitudes en el mundo que sienten hambre en sus vidas, no hambre de pan ni de agua, sino de oír la palabra del Señor⁸.

Cuando el Señor ponga esa persona ante ustedes, simplemente conversen sobre cualquier cosa. No hay por qué temer. No tienen que tener un mensaje misional obligatorio. Su fe, su felicidad, la expresión misma de su rostro es suficiente para despertar el interés de los que tengan un corazón sincero. ¿Han oído a una abuela hablar de sus nietos? A eso me refiero... ¡y sin fotografías!

El Evangelio simplemente aflorará a la conversación y ustedes no podrán contenerse.

Pero quizás aún más importante que hablar sea el escuchar. Esas personas no son objetos inanimados disfrazados de estadística bautismal. Son hijos de Dios, nuestros hermanos y hermanas, y necesitan lo que nosotros tenemos. Sean sinceros; hagan un esfuerzo verdadero. Pregunten a esos amigos qué es lo más importante para *ellos*, lo que *ellos* atesoren y lo que *ellos* consideren de más valor. Luego, escuchen. Si la situación es propicia, podrían preguntarles cuáles son sus temores, lo que anhelan o lo que piensen que les falta en la vida. Les prometo que en *algo* de lo que ellos digan *siempre* se destacará una verdad del Evangelio sobre la cual ustedes pueden dar testimonio y ofrecer más conocimiento. El élder Russell Nelson me dijo una vez que una de las primeras reglas de un interrogatorio médico es “Preguntar al paciente dónde le duele. El paciente”, dijo él, “será la mejor guía para lograr un diagnóstico correcto y el tratamiento necesario”. Si escuchamos con amor, no habrá necesidad de preguntarnos qué decir; pues nos será dado por el Espíritu y por nuestros amigos.

A las personas que se les haga difícil iniciar conversaciones misionales —y lo es para muchas— las nuevas tarjetas de obsequio que recientemente produjo la Iglesia son una forma agradable y fácil de dar a conocer a los demás nuestras creencias

básicas y cómo pueden saber más. Por ejemplo, ésa es la manera más fácil que yo personalmente he encontrado de ofrecer a la gente un ejemplar del Libro de Mormón sin necesidad de llevar una mochila llena de libros cuando viajo.

Ahora permítanme aumentar un poco más el ritmo de este mensaje. Muchos más de nosotros podemos prepararnos para prestar servicio como matrimonios misioneros cuando llegue ese tiempo de nuestra vida. Como dicen en un póster los matrimonios mayores del CCM de Provo: “¡Arrastremos los pies con más agilidad!”. Acabo de regresar de un largo viaje que me llevó a media docena de misiones. A todas las partes que fui durante esas semanas encontré matrimonios mayores que brindaban el liderazgo más gratificante y extraordinario que se puedan imaginar, proporcionando la estabilidad, madurez y experiencia que no se podría esperar de un joven de 19 o 21 años de edad. Encontré toda clase de parejas, incluso algunos ex presidentes de misión y de templo y sus esposas, que habían ido a partes del mundo totalmente desconocidas para ellos a fin de servir callada y desinteresadamente una segunda, tercera o cuarta misión. Todos ellos me conmovieron en gran manera.

Recientemente almorcé con el élder John Hess y su esposa, de Ashton, Idaho. John me dijo: “Somos tan sólo agricultores de patatas”, pero eso es precisamente lo que necesitaba la nación de Bielorrusia, en la Misión Rusia Moscú. Por muchos años, la mejor cosecha de patatas en parcelas del gobierno producía 50 sacos de patatas por hectárea. Tomando en cuenta que se necesitan 22 sacos de semilla para plantar una hectárea, el rendimiento era bastante pobre. Ellos necesitaban ayuda.

El hermano Hess pidió un terreno que estaba a tan sólo un metro de distancia de las parcelas del gobierno, se remangó la camisa y se dispuso a trabajar con la misma semilla, herramientas y fertilizante disponibles en Bielorrusia. Cuando

llegó el tiempo, empezaron a cosechar, luego llamaron a otros para ayudar, y terminaron pidiendo a todos que fueran a trabajar. Con la misma cantidad de lluvia y tierra, pero con una medida adicional de la industria, experiencia y oración de Idaho, las parcelas que plantaron los Hess produjeron cerca de 550 sacos por hectárea, o sea once veces más que cualquier otra cosecha en ese país. Al principio, nadie podía creer la diferencia; se preguntaban si habían ido equipos secretos durante la noche, o si se había usado alguna fórmula mágica. Pero no fue nada de eso. El hermano Hess dijo: “Necesitábamos un milagro y lo pedimos”. Ahora, casi un año más tarde, los jóvenes misioneros proselitistas están teniendo mucho más éxito en esa comunidad porque un “viejo agricultor de patatas” de Idaho respondió al llamado de su Iglesia.

La mayoría de los matrimonios misioneros prestan servicio de forma más rutinaria, empleando su experiencia de liderazgo en los barrios y las ramas, pero lo importante es que hay toda clase de necesidades en esta obra y una firme tradición misional de responder al llamado de servir a *cualquier* edad y en toda circunstancia. Recientemente, un presidente de misión me informó que una de sus jóvenes misioneras, al aproximarse el final de su fiel y próspera misión, dijo entre lágrimas, que debía regresar a casa inmediatamente. Cuando le preguntó cuál era la razón, ella le dijo que el dinero se había vuelto tan escaso para su familia que, para continuar manteniéndola, habían arrendado su hogar y estaban utilizando lo que sacaban de renta para costear los gastos de su misión. Para los arreglos de vivienda se habían tenido que mudar a un depósito de almacenamiento; para las necesidades de agua, usaban un grifo exterior y una manguera del vecino; y como baño iban a una estación de servicio cercana. Esa familia, en la que el padre había fallecido recientemente, se sentía tan orgullosa de su misionera, y eran tan independiente, que se las había arreglado

para ocultar esa situación a la mayoría de sus amistades y a casi todos sus líderes de la Iglesia.

Cuando se descubrió la situación, la familia fue restaurada de inmediato a su hogar; se aseguraron soluciones a largo plazo para sus circunstancias económicas y se proporcionó la cantidad completa del sostén para la hija misionera. Habiendo secado sus lágrimas y disipado sus temores, esa fiel y dedicada hermana terminó su misión con éxito y recientemente se casó en el templo con un joven maravilloso.

En estos días favorecidos no queremos la clase de sacrificio riguroso que esta familia misionera ofreció, pero nuestra generación ha sido la beneficiaria de generaciones anteriores que sí sacrificaron muchísimo al servir en la causa misional que proclamamos. Todos podemos hacer un poco más para transmitir esa tradición a los que vengan después que nosotros.

El apóstol Juan le preguntó al Señor si él, Juan, podría permanecer en la tierra más allá del período normal de la vida para ningún otro propósito que el de traer más almas a Dios. Al conceder ese deseo, el Salvador dijo que ésta era “una obra mayor” y un “deseo” más noble que incluso el de querer ir “presto” a la presencia del Señor⁹.

Al igual que todos los profetas y apóstoles, el profeta José Smith entendió el profundo significado de la

súplica de Juan cuando dijo: “Después de todo lo que se ha dicho, [nuestro] mayor y más importante deber es predicar el evangelio”¹⁰. Testifico de ese Evangelio y de Jesucristo, quien lo personificó. Testifico que “el valor de las almas es grande a la vista de Dios”¹¹ y que el salvar esas almas mediante la Expiación redentora de Su Hijo Amado es la esencia misma de Su obra y Su gloria¹². Al luchar por lograr esa obra, testifico, al igual que Jeremías, que esta última y grandiosa declaración misional hecha al moderno Israel, será, al final, un mayor milagro que cuando el antiguo Israel cruzó el Mar Rojo¹³. Que con valor y entusiasmo compartamos el milagro de ese mensaje, ruego en el nombre del Señor Jesucristo. Amén. □

NOTAS

1. Mateo 28:19.
2. Hechos 1:8.
3. Mosfah 18:9.
4. “Apacienta mis ovejas”, *Liahona*, julio de 1999, pág. 118.
5. Alma 17:11.
6. Alma 6:6.
7. D. y C. 123:12.
8. Véase Amós 8:11.
9. Véase D. y C. 7.
10. *Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 132.
11. D. y C. 18:10.
12. Véase Moisés 1:39.
13. Véase Jeremías 16:14–16.



Compasión

Presidente Thomas S. Monson

Primer Consejero de la Primera Presidencia

“No hay forma de saber cuándo tendremos el privilegio de echar una mano a alguien que lo necesite”.



Oklahoma City, Oklahoma, es un lugar muy interesante. Hace poco tiempo, y acompañado de los élderes Richard G. Scott, Rex D. Pinegar y Larry Brooks, presidí allí una conferencia regional. El edificio donde nos reunimos estaba abarrotado de miembros de la Iglesia y de otras personas interesadas. El canto del coro fue celestial; las palabras, inspiradoras; y el dulce espíritu que prevaleció en la conferencia se recordará por largo tiempo.

Yo reflexioné en mis anteriores visitas a esa localidad, en la belleza de la canción del estado —“Oklahoma”, de la producción musical de Rodgers y Hammerstein— así como en la maravillosa hospitalidad de su gente.

Sin embargo, el espíritu caritativo de esa comunidad se vio probado en extremo el 19 de abril de 1995, cuando una bomba terrorista destruyó el Edificio Federal Alfred P.

Murrah en el centro de Oklahoma City, llevando a 168 personas a la muerte e hiriendo a incontables otras.

Tras la conferencia regional de Oklahoma City, me condujeron a la entrada de un monumento hermoso y simbólico que adorna el lugar donde una vez estuvo el edificio Murrah. Era un día aciago, lluvioso, lo cual tendía a realzar el dolor y el sufrimiento que había tenido lugar allí. El monumento consta de un estanque de 120 metros, a uno de cuyos lados hay 168 sillas vacías hechas de granito y cristal, en honor a cada una de las personas muertas. Las sillas se encuentran más o menos donde se hallaron los cuerpos.

Al otro lado del estanque y sobre una pequeña elevación del terreno, se yergue un maduro olmo americano, el único árbol de las inmediaciones que sobrevivió a la destrucción. Por ello se le llama de forma apropiada y afectuosa “El árbol superviviente”, y con su real esplendor honra a los que sobrevivieron a la terrible explosión.

El guía dirigió mi atención a la inscripción grabada sobre la entrada al monumento:

Venimos aquí a recordar a los que murieron, a los que sobrevivieron y a los que cambiaron para siempre.

Deseamos que al salir todos conozcan el impacto de la violencia.

Que este monumento ofrezca consuelo, fortaleza, paz, esperanza y serenidad.

Entonces, con lágrimas en los ojos y una voz entrecortada, mi acompañante declaró: “Esta comunidad, con todas sus iglesias y habitantes, ha estado más aunada. El dolor nos ha fortalecido, y hemos estado unidos en espíritu”.

Ambos concluimos que la palabra que mejor describía lo ocurrido era *compasión*.

Mis pensamientos se volvieron a la obra musical *Camelot*, donde el rey Arturo, con su sueño de un mundo mejor y de una relación ideal entre las personas, dijo mientras preveía el propósito de la mesa redonda: “La violencia no es fortaleza y la compasión no es debilidad”.

En el Antiguo Testamento de la Santa Biblia se halla un relato estremecedor que ilustra esta declaración. José era muy querido por su padre, Jacob, lo cual causaba amargura y celos en sus hermanos. Entonces surgió un complot para matar a José, aunque acabaron por abandonarlo en un foso profundo, sin agua ni comida. Pero con el paso de una caravana de mercaderes, los hermanos de José acordaron vender a José antes que dejarle morir. Veinte piezas de plata le sacaron del foso y le condujeron a la casa de Potifar, en Egipto, donde prosperó, pues “Jehová estaba con José”¹.

A los años de abundancia siguieron los de hambruna, y en medio de este período, cuando los hermanos de José llegaron a Egipto para comprar trigo, este hombre favorecido los benefició... su propio hermano. José pudo haber actuado con dureza contra sus hermanos por el trato cruel que había recibido de ellos; sin embargo, fue amable y cortés, y se ganó su favor y apoyo con las palabras y hechos siguientes:

“Ahora, pues, no os entristezcáis, ni os pese de haberme vendido acá; porque para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros.

“Y Dios me envió delante de vosotros, para preservaros posteridad sobre la tierra, y para daros vida por medio de gran liberación”². José demostró mediante el ejemplo la magnífica virtud de la compasión.

En el meridiano de los tiempos,

Jesús solía hablar en parábolas cuando caminaba por los polvorientos senderos de la Tierra Santa.

Y dijo: “Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto.

“Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino, y viéndole, pasó de largo.

“Asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó de largo.

“Pero un samaritano, que iba de camino, vino cerca de él, y viéndole, fue movido a misericordia;

“y acercándose, vendó sus heridas, echándole aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él.

“Otro día al partir, sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo: Cuídamelo; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese”.

El Salvador bien podría decirnos: “¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?”.

Sin dudar, nuestra respuesta sería: “El que usó de misericordia con él”.

Tanto ahora como entonces, Jesús exclamaría: “Vé, y haz tú lo mismo”.

Jesús nos dio muchos ejemplos de interés compasivo —el paralítico en el estanque de Betesda; la mujer adúltera; la mujer del pozo de Jacob; la hija de Jairo; Lázaro, el hermano de María y Marta— cada uno representaba al herido en el camino a Jericó; cada uno necesitaba ayuda.

Jesús dijo al paralítico de Betesda: “Levántate, toma tu lecho y anda”⁴. La mujer pecadora recibió este consejo: “Vete, y no peques más”⁵. Para ayudar a las personas a sacar agua, Él proporcionó una fuente de agua que salta para vida eterna⁶. A la hija muerta de Jairo, mandó: “Niña, a ti te digo, levántate”⁷. Y al Lázaro sepultado exclamó: “¡Lázaro, ven fuera!”⁸.

El Salvador siempre ha mostrado una capacidad ilimitada para mostrar compasión.

Él se apareció a la multitud en el

continente americano y dijo a la multitud:

“¿Tenéis enfermos entre vosotros? Traedlos aquí. ¿Tenéis cojos, o ciegos, o lisiados, o mutilados, o leprosos, o atrofiados, o sordos, o quienes estén afligidos de manera alguna? Traedlos aquí y yo los sanaré, porque tengo compasión de vosotros; mis entrañas rebosan de misericordia.

“Y los sanaba a todos”⁹.

Uno bien podría hacer la sagaz pregunta: *Estos relatos pertenecen al Redentor del mundo. ¿Puede realmente suceder en mi propia vida, en mi propio camino a Jericó, una experiencia tan valiosa?*

Mi respuesta son las propias palabras del maestro: “Venid y ved”¹⁰.

No hay forma de saber cuándo



tendremos el privilegio de echar una mano a alguien que lo necesite. El camino a Jericó por el que circulamos carece de nombre, y el viajero cansado que necesita nuestra ayuda puede ser alguien desconocido.

El autor de una carta recibida en las Oficinas Generales de la Iglesia tiempo atrás, expresó una gratitud genuina. La carta no tenía remitente, pero el matasello era de Portland, Oregón:

“Para la oficina de la Primera Presidencia:

“Salt Lake City me mostró hospitalidad cristiana en una ocasión durante los años en que anduve errante.

“Durante un viaje en autobús a California, me bajé en la terminal de Salt Lake City, enfermo y tembloroso debido a la falta de sueño que me producía la carencia del medicamento que necesitaba. A causa de un vuelo precipitado motivado por una circunstancia difícil en Boston, se me habían olvidado las medicinas.

“Me senté entristecido en el restaurante del Hotel Temple Square, y de reojo me fijé en una pareja que se acercaba a mi mesa. ‘¿Se encuentra bien, joven?’, preguntó la mujer. Me incorporé y, sollozando y un poco tembloroso, les hablé de mi situación y del apuro en que me hallaba. Ellos escucharon con atención y paciencia a mis casi incoherentes divagaciones, y pasaron a hacerse cargo de la situación. Hablaron con el encargado del restaurante y me dijeron que podía comer lo que quisiera durante cinco días. Luego me llevaron a la recepción del hotel y me consiguieron habitación para cinco días. Entonces me llevaron a una clínica y se aseguraron de que me dieran los medicamentos que necesitaba. Éste fue verdaderamente mi salvavidas para la cordura y el consuelo.

“Mientras me recuperaba y edificaba mi fortaleza, tomé la decisión de asistir cada día a los recitales de órgano del Tabernáculo. Los tonos celestiales del instrumento, desde los sonidos casi imperceptibles hasta los más graves, constituyen la sonoridad más sublime que conozco. He

comprado discos y casetes del órgano y el coro del Tabernáculo, los cuales puedo escuchar para aliviar y vigorizar mi decaído espíritu.

“El último día de mi estancia en el hotel, antes de continuar mi viaje, devolví la llave y me dieron un mensaje de aquella pareja: ‘Páguenos siendo amable con otra alma atribulada que se encuentre por el camino’. Ésa era mi costumbre, pero tomé la determinación de ser más esmerado en la búsqueda de alguien que necesitara ánimo en la vida.

“Espero que les vaya bien. No sé si éstos son los ‘últimos días’ mencionados en las Escrituras, pero sí sé que dos miembros de su iglesia fueron santos conmigo en mis desesperadas horas de necesidad. Creí que les gustaría saberlo”.

Qué ejemplo de compasión.

En un establecimiento privado dedicado al cuidado de ancianos, la compasión reinaba por encima de todo. La propietaria era Edna Hewlett. Había una larga lista de espera de pacientes que deseaban vivir sus últimos días bajo su tierno cuidado, pues ella era como un ángel. Lavaba y peinaba el cabello de cada paciente; aseaba los viejos cuerpos y los vestía con ropas brillantes y limpias.

Durante los años de visitas a las viudas del barrio que presidí una vez, solía comenzar por la institución de Edna, quien me recibía con una sonrisa y me llevaba a la sala de estar donde estaban sentados un buen número de pacientes. Siempre tenía que comenzar con Jeannie Burt, que era la mayor; tenía 102 años cuando falleció. Ella me conocía a mí y a mi familia desde mi nacimiento.

En una ocasión, Jeannie preguntó con su fuerte acento escocés: “Tommy, ¿has estado últimamente en Edimburgo?”.

Le contesté: “Sí, hace poco estuve allí”.

“¡Es hermoso!”, respondió.

Jeannie cerró los ojos con una expresión de apacible maravilla y luego se puso seria. “He pagado mi funeral por adelantado, al contado. Tú vas a

hablar en él y a recitar *A través del banco de arena*, de Tennyson. ¡Escuchémoslo ahora!”.

Parecía que todas las miradas estaban puestas en mí, y ciertamente así era. Comencé:

*La tarde cae en el ocaso;
es hora de ir a navegar.
¡Oh que no haya ningún banco
cuando mi barca se haga a la
mar!”¹¹.*

La sonrisa de Jeannie era benévola y celestial, y luego dijo: “Ah, Tommy, fue hermoso. ¡Pero asegúrate de practicar un poquito más antes de mi funeral!”. Y así lo hice.

En cierto momento de nuestra misión terrenal surge el paso titubeante, la lánguida sonrisa, el dolor por la enfermedad; sí, el fin del verano, la proximidad del otoño, el frío del invierno y la experiencia que llamamos muerte, la cual llega a toda la humanidad. Viene a los ancianos que caminan tambaleantes. Su llamado lo perciben los que apenas han llegado a mitad de la jornada de la vida, y con frecuencia apaga la risa de los niños.

En todo el mundo se representa a diario la escena de pesar de los seres queridos que se lamentan al despedir a un hijo, una hija, un hermano, una hermana, una madre, un padre o un buen amigo.

Desde la cruel cruz, las palabras amables del Salvador despidiéndose de su madre son particularmente emotivas:

“Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he aquí tu hijo. Después dijo al discípulo: He aquí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa”¹².

Recordemos que tras el funeral, las flores se marchitan, los buenos deseos de los amigos se convierten en recuerdos, y las oraciones y las palabras se van apagando en los corredores de la mente. Los que sufren suelen encontrarse solos. Se echa de menos la risa de los niños, el alboroto de los adolescentes, y la preocupación tierna y amorosa del cónyuge



que se ha ido. El sonido del reloj se hace más intenso, el tiempo pasa más despacio, y cuatro paredes bien pueden ser una prisión.

Encomio a los que, con amoroso cuidado y preocupación compasiva, alimentan al hambriento, visten al desnudo y alojan al que no tiene hogar. El que percibe la caída de los pajarillos se pecatará de un servicio tal.

En Su compasión, y según Su divino plan, los santos templos dan a los hijos de nuestro Padre Celestial la paz que sobrepasa todo entendimiento.

Hoy, bajo el liderazgo del presidente Gordon B. Hinckley, el número de templos construidos y en construcción nos deja estupefactos. La compasión de nuestro Padre Celestial por Sus hijos en la tierra y

por los que han fallecido, merece nuestra gratitud.

Gracias sean dadas al Señor y Salvador Jesucristo por Su vida, Su Evangelio, Su ejemplo y Su bendita Expiación.

Regreso en pensamiento a Oklahoma City. Para mí es más que una mera coincidencia el que en esa ciudad haya hoy día un templo del Señor, en todo su esplendor, como un lucero celestial que marca el sendero hacia la dicha en la tierra y el gozo eterno en la otra vida. Recordemos las palabras de los Salmos: "Por la noche durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría"¹³.

El Maestro nos habla de una forma muy real: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo"¹⁴.

Escuchemos su llamado; abramos la puerta de nuestro corazón para que Él, el ejemplo viviente de la verdadera compasión, pueda entrar, ruego con sinceridad en el nombre de Jesucristo. Amén. □

NOTAS

1. Génesis 39:2.
2. Génesis 45:5, 7.
3. Véase Lucas 10:30-37.
4. Juan 5:8.
5. Juan 8:11.
6. Véase Juan 4:14.
7. Marcos 5:41.
8. Juan 11:43.
9. 3 Nefi 17:7, 9.
10. Juan 1:39.
11. "Crossing the Bar", líneas 1-4.
12. Juan 19:26, 27.
13. Salmos 30:5.
14. Apocalipsis 3:20.

El sostenimiento de oficiales de la Iglesia

Presidente Thomas S. Monson
Primer Consejero de la Primera Presidencia



Mis queridos hermanos y hermanas, el presidente Hinckley me ha pedido que les presente a las Autoridades Generales, a los Setenta Autoridades de Área y a las presidencias generales de las organizaciones auxiliares de la Iglesia para su voto de sostenimiento.

Se propone que sostengamos a Gordon Bitner Hinckley como Profeta, Vidente y Revelador y Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días; a Thomas Spencer Monson como Primer Consejero de la Primera Presidencia y a James Esdras Faust como Segundo Consejero de la Primera Presidencia. Los que estén de acuerdo, sírvanse manifestarlo. Los que estén en contra, si los hay, sírvanse manifestarlo.

Se propone que sostengamos a Thomas Spencer Monson como Presidente del Quórum de los Doce

Apóstoles; a Boyd Kenneth Packer como Presidente en Funciones del Quórum de los Doce Apóstoles; y a los siguientes miembros de ese quórum: Boyd K. Packer, L. Tom Perry, David B. Haight, Neal A. Maxwell, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks, M. Russell Ballard, Joseph B. Wirthlin, Richard G. Scott, Robert D. Hales, Jeffrey R. Holland, y Henry B. Eyring. Los que estén de acuerdo, sírvanse manifestarlo. Contrarios, si los hubiera.

Se propone que sostengamos a los Consejeros de la Primera Presidencia y a los Doce Apóstoles como Profetas, Videntes y Reveladores. Los que estén de acuerdo, sírvanse manifestarlo. Contrarios, si los hay, con la misma señal.

Se propone que sostengamos a los élderes Claudio R. M. Costa, Richard J. Maynes, L. Whitney Clayton, Christoffel Golden Jr., Walter F. González y Steven E. Snow como nuevos miembros del Primer Quórum de los Setenta. Todos los que estén de acuerdo, sírvanse manifestarlo. Contrarios, si los hubiera.

Se propone que sostengamos a los siguientes hermanos como nuevos miembros del Segundo Quórum de los Setenta: Keith K. Hilbig, Robert F. Orton, Wayne S. Peterson, R. Conrad Schultz, Robert R. Steuer y H. Ross Workman. Los que estén de acuerdo, sírvanse manifestarlo. Contrarios, si los hay, con la misma señal.

Se propone que sostengamos a los siguientes hermanos como Setenta Autoridades de Área:

Salvador Aguirre, Daniel P. Alvarez, David J. Barnett, Oscar W. Chavez, Craig C. Christensen, Carl B. Cook, R. Michael Duffin, Timothy Dyches, Michael H. Holmes, Richard D. May, Joel H. McKinnon, Jorge Mendez, Marcus B. Nash, Timothy M. Olson, Richard G. Peterson, Gary L. Pocock, Armando A. Sierra, Gary M. Stewart, G. Perrin Walker, Robert B. White, Larry Y. Wilson y Kazuhiko Yamashiita. Todos los que estén de acuerdo sírvanse manifestarlo levantando la mano derecha. Contrarios, si los hay, con la misma señal.

Se propone que sostengamos a las demás Autoridades Generales, a los Setenta Autoridades de Área y a las presidencias generales de las organizaciones auxiliares tal y como se encuentran actualmente constituidas. Los que estén de acuerdo, sírvanse manifestarlo. Contrarios, si los hay, con la misma señal.

Todo parece indicar, presidente Hinckley, que el sostenimiento ha sido afirmativo en forma unánime.

Gracias, hermanos y hermanas, por su constante fe y oraciones.

Suplicamos ahora que los miembros recién llamados del Primer y Segundo Quórum de los Setenta tomen sus lugares en el estrado.

Gracias, hermanos y hermanas. □



Informe del Departamento de Auditorías de la Iglesia para el año 2000

Presentado por Wesley L. Jones

Director Ejecutivo del Departamento de Auditorías de la Iglesia

Para la Primera Presidencia de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

Estimados hermanos: La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días mantiene en funcionamiento un departamento de auditorías con normas reconocidas. El Departamento de Auditorías de la Iglesia es independiente de todos los demás departamentos y operaciones. El director ejecutivo del Departamento de Auditorías de la Iglesia informa directamente y con regularidad a la Primera Presidencia. La plantilla del

Departamento de Auditorías de la Iglesia la forman contables acreditados, auditores internos acreditados, auditores acreditados de sistemas de información y otros profesionales calificados y acreditados.

El factor riesgo es el elemento principal que dicta la planificación, la realización y el informe de auditorías. Por mandato de la Primera Presidencia, el Departamento de Auditorías de la Iglesia tiene autoridad para efectuar auditorías a todos los departamentos, funciones

y operaciones de la Iglesia en todo el mundo; y tiene acceso a todos los registros, informes financieros, personal, edificios y propiedades inmobiliarias relevantes para la realización de auditorías. La frecuencia y la naturaleza de las mismas las determinan los oficiales ejecutivos del Departamento de Auditorías de la Iglesia.

Las normas de auditorías profesionales promulgadas por el Instituto de Auditores Internos y el Instituto Americano de Contables Acreditados sirven de guía para la labor auditora. El Departamento de Auditorías de la Iglesia efectúa auditorías de las operaciones de la Iglesia de acuerdo con estas reconocidas normas profesionales, lo cual incluye la verificación de los donativos y de los gastos de las unidades eclesíásticas locales.

Los gastos de la Iglesia del año que terminó el 31 de diciembre de 2000 fueron autorizados por el Consejo Encargado de la Disposición de Diezmos, de acuerdo con las normas prescritas. El consejo está compuesto por la Primera Presidencia, el Quórum de los Doce Apóstoles y el Obispado Presidente, tal como se ha prescrito por revelación. La administración de los presupuestos aprobados se controla a través del Departamento de Presupuesto, bajo la dirección de los comités de Apropiación y de Presupuesto. En el año 2000 el Departamento de Auditorías de la Iglesia efectuó auditorías de las normas y los procedimientos financieros que controlan estos donativos y gastos de los fondos de la Iglesia, además de salvaguardar los bienes de la Iglesia. Asimismo, se auditó e informó sobre los sistemas de presupuesto, control, contabilidad e informes, y sobre los planes de acción de progreso de problemas potenciales.

Basándonos en la realización de auditorías financieras, operativas, presupuestarias y de otros sistemas de control, y en nuestra evaluación de responsabilidad administrativa en la implantación de planes de rectificación, el Departamento de Auditorías de la Iglesia es de la opinión que, en todos los aspectos materiales, los



donativos de la Iglesia que se recibieron y los que se gastaron en el año finalizado el 31 de diciembre de 2000, se han administrado de acuerdo con las pautas presupuestarias aprobadas y las normas y los procedimientos establecidos por la Iglesia.

Las organizaciones afiliadas a la Iglesia, incluso Deseret Management Corporation, así como sus empresas subsidiarias, se operan de manera independiente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Los gerentes de estas compañías informan a mesas directivas independientes y sus respectivos comités de auditorías. Las actividades financieras y operativas de dichas organizaciones no han sido examinadas por el Departamento de Auditorías de la Iglesia en 2000; sin embargo, hemos verificado que esas organizaciones, así como la Universidad Brigham Young y otras instituciones de enseñanza superior sean auditadas anualmente por firmas de contabilidad pública independientes.

Presentado respetuosamente,
DEPARTAMENTO DE AUDITORÍAS
 Wesley L. Jones
 Director Ejecutivo
 31 de marzo de 2001

Informe estadístico, 2000

Presentado por F. Michael Watson
 Secretario de la Primera Presidencia

Hermanos y hermanas, para la información de los miembros de la Iglesia, la Primera Presidencia hace público el siguiente informe estadístico, el cual representa el crecimiento y el estado de la Iglesia al 31 de diciembre de 2000. Estas estadísticas están basadas en los informes que estaban disponibles antes de la conferencia.

UNIDADES DE LA IGLESIA

Estacas2,581
 Distritos621
 Misiones334
 Barrios y ramas25,915

MIEMBROS DE LA IGLESIA

Aumento de niños inscritos durante 200081,450

Conversos bautizados durante 2000273,973
 Total de miembros11,068,861

MISIONEROS

Número de misioneros regulares60,784

TEMPLOS

Templos dedicados en el año 200034

MIEMBROS PROMINENTES QUE HAN FALLECIDO DESDE ABRIL DEL AÑO PASADO

Élder Hugh W. Pinnock, miembro de los Setenta; *Élder Bernard P. Brockbank*, Autoridad General Emérita; *Wilford W. Kirton Jr.*, ex abogado general de la Iglesia. □

Los tubos del órgano del Centro de Conferencias se alzan majestuosos detrás de hombres y mujeres del coro de Ricks College que cantó el sábado por la tarde.



“El toque de la mano del Maestro”

Presidente Boyd K. Packer

Presidente en Funciones del Quórum de los Doce Apóstoles

“Todos cometemos errores... Es entonces algo natural que sintamos culpa, humillación y sufrimiento que, por nosotros mismos, no podemos curar. Entonces es cuando el poder sanador de la Expiación nos ayudará”.



Este hecho de sostener a los oficiales constituye una gran protección para la Iglesia. El Señor mandó: “...a ninguno le será permitido salir a predicar mi evangelio ni a edificar mi iglesia, a menos que sea ordenado por alguien que tenga autoridad, y sepa la iglesia que tiene autoridad, y que ha sido debidamente ordenado por las autoridades de la iglesia”¹. De esa forma, los miembros de la Iglesia, en cada una de sus organizaciones y a través de todo el mundo, saben quiénes son los verdaderos mensajeros.

Mi intención hoy es aliviar el dolor de aquellos que sufren del desagradable sentimiento de culpabilidad. Me siento como el médico que comienza su tratamiento diciendo:

“Bueno, quizás esto habrá de dolerle un poquito...”

Cada uno de nosotros ha experimentado al menos un malestar de conciencia después de cometer errores.

Juan dijo que “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros”². Y luego lo expresó con mayor firmeza: “Si decimos que no hemos pecado, le hacemos [al Señor] mentiroso, y su palabra no está en nosotros”³.

A veces todos nosotros, y muchas veces algunos de nosotros, sufrimos el remordimiento de conciencia a raíz de haber hecho algo malo o de no haber hecho ciertas cosas. Tal sentimiento es para el espíritu lo que el dolor es para el cuerpo.

Pero la culpa puede ser más difícil de soportar que el dolor físico. El dolor físico es el método natural de precaución que nos advierte que hay algo que debemos cambiar, limpiar o atender, y quizás hasta remover mediante cirugía. La culpa, el dolor de conciencia, no se puede sanar de tal manera.

Si están agobiados con deprimentes sentimientos de culpabilidad, desaliento, fracaso o vergüenza, hay un remedio para eso. No es mi intención herir sus tiernos sentimientos, sino ayudarles y ayudar a sus seres amados. Los profetas nos enseñan cuán dolorosa puede ser la culpabilidad. Al leerles lo que ellos han dicho, prepárense para escuchar

palabras muy fuertes. Y aun así, no he de leerles las cosas más fuertes que han pronunciado.

El profeta Alma, al describir sus sentimientos de culpabilidad, dijo: “...me *martirizaba* un tormento eterno, porque mi alma estaba *atribulada* en sumo grado, y *atormentada* por todos mis pecados”⁴.

Los profetas han escogido palabras muy descriptivas.

Martirizado significa “torturado”⁵. En la antigüedad, era algo común que se martirizara a los acusados recostándolos sobre un enrejado de cremallera con las muñecas y los tobillos amarrados de manera que pudieran ser distendidos hasta causarles un dolor insoportable.

En otros casos, para tal suplicio utilizaban una especie de rastra como la que se usa para nivelar la tierra después de ararla. Con frecuencia, las Escrituras hablan de almas y conciencias “atormentadas” por la culpabilidad⁶.

Atormentado significa “retorcer”, otro medio de tortura tan dolorosa que hasta los inocentes confesaban sin ser culpables⁷.

Los profetas hablan de “la hiel de amargura”⁸ y con frecuencia comparan el dolor de la culpa con el fuego y el azufre.

El rey Benjamín dijo que los malvados “serán consignados al horrendo espectáculo de su propia culpa y abominaciones, que los hará retroceder de la presencia del Señor a un estado de miseria y tormento sin fin”⁹.

El profeta José Smith dijo: “El hombre se atormenta y se condena a sí mismo... En la mente del hombre [o de la mujer] el tormento causado por el engaño es tan intenso como ‘un lago que arde con fuego y azufre’”¹⁰.

Ese lago de fuego y azufre, cuyas llamas son inextinguibles, es la descripción que las Escrituras dan del infierno¹¹.

Imagínense si no hubiera remedio, si no hubiera manera de aliviar el dolor espiritual ni de eliminar la agonía de la culpa; si cada error, cada pecado, se agregara a otros con atribulación, con tormento interminable. Hay demasiadas personas

entre nosotros que, sin necesidad, soportan la carga de la culpabilidad y la vergüenza.

Las Escrituras nos enseñan que "...es preciso que haya una oposición en todas las cosas". Si no fuera así, "...no se podría llevar a efecto la rectitud ni la iniquidad"¹²; no habría felicidad, ni gozo, ni redención.

El tercer Artículo de Fe nos enseña: "Creemos que por la Expiación de Cristo, todo el género humano puede salvarse, mediante la obediencia a las leyes y ordenanzas del Evangelio". La Expiación nos ofrece el ser redimidos de la muerte espiritual y del sufrimiento que los pecados causan.

Por alguna razón pensamos que la expiación de Cristo se aplica *sola-*mente al final de la vida mortal para redimirnos de la Caída, de la muerte

espiritual, pero es mucho más que eso. Se trata de un poder en constante vigencia al que podemos recurrir a diario. Cuando estamos siendo atormentados, atribulados o torturados por la culpa o agobiados por las tribulaciones, Él puede sanarnos. Aunque no entendamos cabalmente cómo fue realizada la expiación de Cristo, podemos, sí, experimentar "la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento"¹³.

El plan del Evangelio es "el gran plan de felicidad"¹⁴. Es contrario a la naturaleza de Dios y a la naturaleza misma del hombre encontrar la felicidad en el pecado. "...la maldad nunca fue felicidad"¹⁵.

Sabemos que algo de la ansiedad y la depresión que sentimos resulta de ciertos desórdenes físicos, pero

mucho de ello (tal vez la mayor parte) no proviene de dolores del cuerpo sino del espíritu. El dolor espiritual que la culpa ocasiona puede remplazarse con la tranquilidad de conciencia.

A diferencia de las duras palabras que condenan el pecado, escuchen las palabras tranquilizantes y sanadoras de la *misericordia* que atenúan las palabras más severas de la *justicia*.

Alma dijo: "Mi alma ha sido redimida de la hiel de amargura, y de los lazos de iniquidad. Me hallaba en el más tenebroso abismo; mas ahora veo la maravillosa luz de Dios. Atormentaba mi alma un suplicio eterno; mas... mi alma no siente más dolor"¹⁶.

"... me acordaba de todos mis pecados e iniquidades, por causa de los cuales yo era atormentado con las penas del infierno...

"Y... mientras así me agobiaba este tormento, mientras me atribulaba el recuerdo de mis muchos pecados, he aquí, también me acordé de haber oído a mi padre profetizar al pueblo concerniente a la venida de un Jesucristo, un Hijo de Dios, para expiar los pecados del mundo.

"Y al concentrarse mi mente en este pensamiento, clamé dentro de mi corazón: ¡Oh Jesús, Hijo de Dios, ten misericordia de mí que estoy en la hiel de amargura, y ceñido con las eternas cadenas de la muerte!

"Y he aquí que cuando pensé esto, ya no me pude acordar más de mis dolores; sí, dejó de atormentarme el recuerdo de mis pecados.

"Y ¡oh qué gozo, y qué luz tan maravillosa fue la que vi! Sí, mi alma se llenó de un gozo tan profundo como lo había sido mi dolor"¹⁷.

Todos cometemos errores. A veces nos perjudicamos a nosotros mismos y ofendemos seriamente a otros de maneras que no podemos remediar a solas. Destrozamos cosas que no podemos reparar por nosotros mismos. Es entonces algo natural que sintamos culpa, humillación y sufrimiento que, por nosotros mismos, no podemos curar. Entonces es cuando el poder sanador de la Expiación nos ayudará.



El Señor dijo: "...he aquí, yo, Dios, he padecido estas cosas por todos, para que no padezcan, si se arrepienten"¹⁸.

Si Cristo no hubiera llevado a cabo Su expiación, los castigos de nuestros errores se acumularían uno sobre otro. La vida carecería de esperanza. Pero Él se sacrificó voluntariamente a fin de que pudiéramos ser redimidos. Y dijo: "He aquí, quien se ha arrepentido de sus pecados es perdonado; y yo, el Señor, no los recuerdo más"¹⁹.

Ezequiel dijo: "si el impío restituire la prenda, devolviera lo que hubiere robado, y caminar en los estatutos de la vida, no haciendo iniquidad, vivirá ciertamente y no morirá.

"No se le recordará ninguno de sus pecados"²⁰.

Piensen en eso, ini siquiera serán recordados!

Inclusive podemos "[retener] la remisión de [nuestros] pecados"²¹. El bautismo por inmersión es para la remisión de nuestros pecados. Y ese convenio puede renovarse al participar cada semana de la Santa Cena²².

La Expiación tiene un valor práctico, personal y constante; aplíquenlo en su vida. Esto puede hacerse comenzando con algo tan sencillo como la oración. No es que después estarán libres de problemas o errores, sino que podrán eliminar la culpabilidad por medio del arrepentimiento y vivir en paz.

Ya he citado el tercer Artículo de Fe. Éste contiene dos partes: "Creemos que por la Expiación de Cristo, todo el género humano puede salvarse, [y entonces menciona las condiciones] mediante la obediencia a las leyes y ordenanzas del Evangelio".

La justicia requiere que haya un castigo²³. La culpa no se exime sin dolor. Hay leyes que obedecer y ordenanzas que recibir, y también castigos que sufrir.

El dolor físico requiere un tratamiento y un cambio en el modo de vivir.

Y así es con el dolor espiritual. Debe haber arrepentimiento y

disciplina, principalmente autodisciplina. Pero a fin de restablecer nuestra inocencia después de serias transgresiones, es menester que las confesemos a nuestro obispo, quien es el juez designado.

El Señor ha prometido: "Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros"²⁴. Esa cirugía espiritual del corazón, tal como en el cuerpo físico, puede causarnos dolor y requerir un cambio en nuestros hábitos y nuestra conducta. Pero en ambos casos, la recuperación nos brinda una vida renovada y tranquilidad de conciencia.

Cuando los cielos fueron abiertos y el Padre y el Hijo se presentaron ante José Smith, el Padre pronunció estas palabras: "Éste es mi Hijo Amado: ¡Escúchalo!"²⁵. Se recibió una revelación tras otra y así se organizó La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días²⁶. El Señor mismo declaró que era "la única iglesia verdadera y viviente sobre la faz de toda la tierra"²⁷.

Pedro, Santiago y Juan restauraron el sacerdocio mayor y Juan el Bautista restauró el Sacerdocio Aarónico. La plenitud del Evangelio fue revelada.

Después de las revelaciones ya recibidas y que aún se recibirán para Su Iglesia, todo lo que se ha impreso, predicado, cantado, edificado, enseñado o transmitido ha sido hecho a fin de que los hombres, las mujeres y los niños puedan reconocer la influencia redentora de la expiación de Cristo en su vida diaria y vivir en paz.

Él dijo: "La paz os dejo, mi paz os doy"²⁸.

Como uno de Sus Apóstoles, doy testimonio de Él y del poder siempre presente de Su Expiación.

Desde aquellas excelsas palabras de *justicia* y *misericordia* y de *admonición* y *esperanza* en los versículos de las Escrituras, quiero ahora pasar a los versos de un simple poema con el mismo mensaje:

*Estropeado y marcado por el tiempo,
no despertó interés en el subastador,
mas él, disimulando y sonriendo,*

tomó el viejo violín y a todos lo mostró.

"¡Qué me ofrece, por este instrumento!

¡Quién va a ser el mejor postor?",

preguntó.

"Un dólar, uno. ¿Alguno ofrece dos?

¡Dos dólares! ¡Ah, alguien tres ofreció!

¡Tres dólares, tres! Por tres el violín doy..."

Entonces, un anciano de cabello gris

se acercó lentamente, el arco levantó,

quitando el polvo al vetusto violín

las cuerdas flojas con cuidado ajustó,

y una melodía dulce dejó oír que cual son de ángeles a todos pareció.

Al morir las notas, el subastador con grave y mesurada voz preguntó: "Ahora, ¡cuánto dan por este violín!"

Y en alto el instrumento levantó.

"Mil dólares allí. ¿Alguien me da dos mil?

¡Dos mil, dos mil! ¿Y quién me ofrece más?

¡Ah, tres mil! ¡Por tres mil el violín se va!"

Hubo ovaciones, pero alguien preguntó:

"Y, ¡cómo puede ser? Si no valía nada,

¿por qué de pronto su valor aumentó?"

Y al punto se oyó la respuesta muy clara:

"Es que la mano de un Maestro lo tocó".

Muchos hay que, con desafinada vida,

marcada y estropeada del pecado, al fin

a la malvada multitud se ofrecen al más bajo precio, como el viejo violín,

por "Un plato de lentejas", una copa de vino

o un juego de necios, al mejor postor.

"¡Se vende! ¡Se vende! ¡Y ya está vendido!"

exclama contento el subastador.
Mas viene el Maestro, y los
insensatos
“No lo entiendo”, dicen, pues nadie
captó
el valor de un alma y el cambio
forjado
cuando la mano del Maestro la tocó.²⁹
(Traducción libre)

En el nombre de Jesucristo.
Amén. □

NOTAS

1. D. y C. 42:11.
2. 1 Juan 1:8.
3. 1 Juan 1:10
4. Alma 36:12; cursiva agregada.
5. Véase Mosíah 27:29; Alma 36:12, 16–17; Mormón 9:3.
6. Véase 2 Nefí 9:47; Alma 14:6; 15:3; 36:12, 17, 19; 39:7.
7. Véase Mosíah 2:39; 3:25; 5:5; Moroni 8:21.
8. Véase Alma 41:11; Hechos 8:23; Mosíah 27:29; Alma 36:18; Mormón 8:31; Moroni 8:41.
9. Mosíah 3:25.
10. *Deseret News*, 8 de julio de 1857, 138.
11. Véase Apocalipsis 20:10; 21:8; 2 Nefí 9:16, 19, 26; 28:23; Jacob 3:11; 6:10; Mosíah 3:27; Alma 12:17; 14:14; D. y C. 63:17; 76:36.
12. 2 Nefí 2:11.
13. Filipenses 4:7.
14. Alma 42:8.
15. Alma 41:10; véase también el versículo 11.
16. Mosíah 27:29.
17. Alma 36:13, 17–20.
18. D. y C. 19:16.
19. D. y C. 58:42; véase también Hebreos 8:12; 10:17.
20. Ezequiel 33:15–16.
21. Mosíah 4:12; véase también 2 Nefí 25:26; 31:17; Mosíah 3:13; 4:11; 15:11; Alma 4:14; 7:6; 12:34; 13:16; Helamán 14:13; 3 Nefí 12:2; 30:2; Moroni 8:25; 10:33.
22. Véase D. y C. 27:2.
23. Véase Alma 42:16–22.
24. Ezequiel 36:26.
25. JS—H 1:17
26. Véase D. y C. 115:4.
27. D. y C. 1:30.
28. Juan 14:27.
29. Myra Brooks Welch, “The Touch of the Master’s Hand”, *The Gospel Messenger*, Brethren Press, 26 de feb. de 1921.

Matrimonios misioneros: Una época para servir

Élder Robert D. Hales
Del Quórum de los Doce Apóstoles

“Es apropiado para un matrimonio maduro o para una hermana mayor indicar a sus líderes del sacerdocio que están dispuestos a servir en una misión y que están en condiciones de hacerlo. Les insto a que lo hagan”.



Siento la profunda responsabilidad de hablarles hoy sobre una seria necesidad que existe en la Iglesia. Mi mayor esperanza es que a medida que hable, el Espíritu Santo conmueva los corazones y en alguna parte uno o dos cónyuges miren a su compañero o compañera y surja el momento de la verdad. Hablaré de la urgente necesidad de que más matrimonios maduros presenten servicio en el campo misional. Deseamos expresar nuestro agradecimiento por todos los matrimonios valientes que sirven en la actualidad, por los que han servido y por los que aún servirán.

En la sección 93 de Doctrina y Convenios el Señor reprende a las Autoridades Generales presidentes de la Iglesia diciendo: “...yo os he

mandado criar a vuestros hijos en la luz y la verdad.

“Y ahora te doy un mandamiento: Si quieres verte libre, has de poner tu propia casa en orden” (D. y C. 93:40, 43).

¿Cuál es la mejor forma de enseñar a nuestros hijos, y a nuestros nietos, luz y verdad? ¿Cuál es la forma más importante de poner en orden a nuestra familia, tanto a la inmediata como a la extensa? ¿Es posible que en asuntos espirituales nuestro ejemplo hable más fuerte que nuestras palabras? El matrimonio en el templo, la oración familiar, el estudio de las Escrituras y la noche de hogar para la familia son de vital importancia. Pero existe otra dimensión: la dimensión del servicio. Si estamos dispuestos a dejar a nuestros seres queridos para servir en el campo misional, los bendeciremos con un legado que les enseñará e inspirará durante generaciones.

Para mí es significativo el que, después de mandar a las Autoridades Generales a que enseñaran luz y verdad a sus hijos y pusieran en orden a sus familias, de inmediato el Señor los llamó a prestar servicio misional. “Ahora os digo, mis amigos, emprendad su viaje con rapidez mi siervo Sidney Rigdon, y también proclamad... el evangelio de salvación...” (D. y C. 93:51).

Al servir en el campo misional, nuestros hijos y nietos serán bendecidos en formas que no habrían sido posibles si nos hubiéramos quedado en casa. Hablen con matrimonios

que hayan servido en misiones y les hablarán sobre las bendiciones derramadas: Hijos inactivos ya activos, miembros de la familia bautizados y testimonios fortalecidos debido a su servicio.

Un matrimonio misionero dejó su granja para que su hijo la administrara. Durante el año siguiente de bastante sequía, su granja produjo dos cortes de heno, mientras que los vecinos sólo lograron uno. El vecino le preguntó por qué había tenido dos cortes en comparación con uno de ellos, y el hijo contestó: “Ustedes tienen que enviar a sus padres a la misión”.

Si las bendiciones para los matrimonios misioneros y sus familias son tantas, ¿por qué sirven sólo unos pocos miles en vez de decenas de miles, que tanto se necesitan? Considero que hay cuatro barreras que se interponen: *El temor, la preocupación por la familia, las finanzas y el encontrar la oportunidad misional correcta.*

Primero, el temor: El temor a lo desconocido o el temor a no tener destrezas con las Escrituras o con el idioma requerido hace que respondan con reserva al llamado a servir. Pero el Señor ha dicho: “...si estáis preparados, no temeréis” (D. y C. 38:30). La vida de ustedes es su preparación; tienen experiencia, que es valiosa: Han criado a una familia y han servido en la Iglesia. Simplemente vayan y compórtense con naturalidad; el Señor ha prometido que irán ángeles delante de ustedes (véase D. y C. 103:19–20). Por medio de un proceso muy natural, el Espíritu les hará saber qué decir y cuándo decirlo a medida que fortalezcan a misioneros jóvenes, testifiquen a investigadores y a miembros nuevos, enseñen destrezas de liderazgo y brinden hermandad y amistad a miembros menos activos, ayudándoles así a regresar a la actividad total. *Ustedes* son el testimonio e influirán en la vida de aquellos con quienes lleguen a estar en contacto. Por lo general no se espera

que los matrimonios vayan de puerta en puerta ni se espera que memoricen charlas ni que mantengan el mismo horario que los élderes y las hermanas jóvenes. Simplemente compórtense con naturalidad, sirvan lo mejor que puedan y el Señor les bendecirá.

Los matrimonios misioneros proporcionan estabilidad con su amistad y sus destrezas de liderazgo en lugares donde la Iglesia apenas se inicia. Comprendí esto en forma directa mientras servía como presidente de misión en Inglaterra. A un matrimonio que había estado sirviendo en el centro de visitantes le asigné a trabajar en una unidad pequeña que tenía algunos problemas. Se sintieron un poco temerosos de dejar ese “refugio seguro” del centro de visitantes; pero con fe, pusieron manos a la obra. En menos de seis meses, una unidad que había tenido entre 15 y 20 personas que asistían a la reunión sacramental logró una asistencia de más de 100 gracias a

Las aguas de la fuente, al este del Templo de Salt Lake, reflejan el anexo del templo y la torre del Centro de Conferencias.



que ese matrimonio los había hermanado y había colaborado con el sacerdocio. Hasta esta fecha, tanto ellos como sus hijos se refieren a esa época como la mejor experiencia de sus vidas.

Otro matrimonio sirvió hace poco en un pueblito del sur de Santiago, Chile. No hablaban español y les inquietaba el tener que vivir en otro país tan lejos de las comodidades de su hogar. Pero empezaron a trabajar con toda dedicación, amando y sirviendo a la gente. En poco tiempo, esa pequeña rama de 12 miembros creció a 75. Cuando les llegó la hora de regresar, la rama entera alquiló un autobús para poder ir al aeropuerto, a cuatro horas de distancia, y despedirse de sus queridos amigos.

El servicio que proporcionan los matrimonios es esencial para la obra del Señor. Los matrimonios misioneros surten una gran influencia positiva; pueden lograr cosas admirables que nadie más puede hacer.

Segundo, la preocupación por la familia: El Salvador llamó a pescadores, pidiéndoles: "...Venid en pos de mí" (Mateo 4:19). Les suplicó que dejaran su ambiente familiar y se convirtieran en pescadores de hombres. Lo que se pide a los matrimonios misioneros es menos de la mitad del diezmo del tiempo que pasarán en la tierra. Desde una perspectiva eterna, la misión comprende sólo unos momentos lejos del ambiente al que están acostumbrados, de la

familia y de pasarlo bien con sus amigos jubilados.

El Señor enviará bendiciones especiales a su familia mientras sirven. "...yo, el Señor, les prometo abastecer a sus familias" (D. y C. 118:3). Algunas veces, los matrimonios se preocupan de que en su ausencia no estarán presentes en casamientos, nacimientos, reuniones familiares y otros acontecimientos de la familia. Hemos aprendido que el impacto que surte en las familias el que los abuelos estén en la misión vale mil sermones. Las familias se fortalecen en gran manera al orar por sus padres y abuelos y al leer cartas de ellos en las que comparten sus testimonios y hablan de la contribución que hacen en el campo misional.

Un hijo escribió una tierna carta a sus padres que estaban en el campo misional: "El servicio de ustedes establece un ejemplo para nuestros hijos. Como resultado, ellos están más dispuestos a servir en sus llamamientos de la Iglesia. Nos enseña a todos a ser más caritativos a medida que intercambiamos correspondencia y enviamos paquetes. Cuando recibimos cartas y noticias de ustedes, nuestros testimonios se fortalecen. Aun cuando ustedes ya se habían jubilado y debían haber sido felices de acuerdo con las normas del mundo, al ir a la misión nos han demostrado una nueva forma de ser felices. Han encontrado la felicidad que el dinero no puede

comprar. Los hemos visto sobreponerse a adversidades médicas y de otros tipos y hemos visto que han sido bendecidos por su deseo de ir y dejar a sus hijos, nietos y bisnietos. ¡Les amamos mucho!"

Otro matrimonio informa: "Uno de nuestros nietos nos escribió mientras estábamos en Tailandia y nos dijo que él no había estado seguro de servir o no en una misión, pero que le habíamos dado el ejemplo y ahora sabía que deseaba hacerlo. Ahora está sirviendo en una misión".

Mi propio padre y madre sirvieron en una misión en Inglaterra. Cuando les visité un día en su pequeño apartamento, observé a mi madre, que estaba abrigada con un chal alrededor de los hombros, poner chelines en el medidor de gas para mantenerse calentitos. Le pregunté: "Mamá, ¿por qué viniste a la misión?". Mi madre dijo simplemente: "Porque tengo once nietos y deseo que sepan que su abuelo y su abuela sirvieron".

En 1830 el Señor llamó a Thomas B. Marsh para que dejara a su familia y saliera al campo misional. El hermano Marsh estaba muy preocupado por tener que dejar a su familia en esa época. En una tierna revelación, el Señor le dijo: "...te bendeciré a ti y a tu familia, sí, a tus pequeñitos... Alza tu corazón y regocíjate, porque la hora de tu misión ha llegado... Por consiguiente, tu familia vivirá... apártate de ellos por un corto tiempo solamente y declara mi palabra, y yo prepararé un lugar para ellos" (D. y C. 31:2-3, 5-6). Es muy posible que ésas sean las bendiciones que más necesitan sus hijos, sus nietos, sus bisnietos y su posteridad futura.

Tercero, las finanzas: Algunos matrimonios que servirían gustosos no pueden hacerlo debido a la edad, la salud, las finanzas o las circunstancias familiares. Quizás aquellos que no estén en condiciones de servir podrían ayudar a que otro matrimonio fuera a la misión.

La obra misional siempre conlleva sacrificios. Si se tienen que hacer algunos sacrificios, entonces las bendiciones serán aún más abundantes.

Hermanos llegan al Centro de Conferencias para la sesión del sacerdocio.



Hijos, alienten a sus padres a servir y ayúdenles con apoyo financiero si es necesario. Es posible que por un tiempo no tengan a alguien que les ayude con los niños, pero las recompensas eternas que reciban ustedes y sus familiares compensarán mucho más el pequeño sacrificio.

A los matrimonios jóvenes que aún tengan hijos en el hogar, les insto a que se decidan ahora a servir en el futuro y que planifiquen y se preparen para estar en condiciones financieras, físicas y espirituales para hacerlo. Asegúrense de que el gran ejemplo del servicio misional sea un legado que dejarán a su posteridad.

Hay sólo dos oportunidades únicas en nuestras vidas en que podemos vivir realmente la ley de consagración y dedicar todo nuestro tiempo al servicio del Señor. Una es cuando un joven o una jovencita sirven en una misión regular. La otra es la época especial que se les concede después de haber cumplido con los requisitos de ganarse la vida. Esta última puede llamarse los “años patriarcales”, cuando pueden valerse de sus valiosas experiencias de toda una vida para ir, como matrimonio, y consagrarse a servir de lleno como siervos del Señor.

Las bendiciones de servir con su compañero eterno son inapreciables y sólo las pueden entender aquellos que las han experimentado. Mi esposa y yo tuvimos ese privilegio en el campo misional. Cada día es un día especial con recompensas diarias que nos hacen crecer personalmente y mejorarnos en el tiempo del Señor y a la manera del Señor. La realización que viene de esa clase de servicio les bendecirá a ustedes, a su matrimonio y a sus familias por la eternidad.

Finalmente, el encontrar la oportunidad misional correcta: Las formas en que pueden servir los matrimonios son prácticamente ilimitadas. Desde ayudar en la oficina de la misión y hacer capacitación de liderazgo hasta trabajar en historia familiar, la obra del templo y el servicio humanitario, hay una oportunidad de emplear casi cualquier destreza o

talento con que el Señor los haya bendecido.

Siéntense a conversar con su cónyuge; hagan un inventario de su salud, de sus recursos financieros y de sus talentos y dones especiales. Luego, si todo está en orden, vayan a su obispo y díganle: “Estamos listos”. Tal vez piensen que es impropio hablar a su obispo o a su presidente de rama sobre sus deseos de servir en una misión, pero es apropiado para un matrimonio maduro o para una hermana mayor indicar a sus líderes del sacerdocio que están dispuestos a servir en una misión y que están en condiciones de hacerlo. Les insto a que lo hagan.

Obispos, no debe existir ninguna vacilación por parte suya de iniciar la entrevista para la Recomendación misional, a fin de hablar del tema y alentar a los matrimonios a servir en una misión.

El élder Clarence R. Bishop, director del Centro de Visitantes de los Carros de Mano, ha servido en cinco misiones. La primera fue cuando era joven; las cuatro últimas se realizaron gracias a que le entrevistaron al respecto líderes inspirados del sacerdocio. Dice que quizás no habría servido en ninguna de las cuatro últimas a no ser por el aliento de su obispo.

Algunos matrimonios y hermanas mayores han sido llamados a enseñar inglés como segundo idioma a estudiantes, a maestros y a oficiales gubernamentales de Tailandia. Este personal docente jubilado, compuesto tanto de maestros como de administradores, al dar libremente de sus dones y talentos cultivados a través de sus muchos años de experiencia en el campo pedagógico, han logrado un progreso admirable en lo que se refiere a enseñar inglés a estudiantes, a capacitar maestros y a ser buenos embajadores de la Iglesia en Tailandia.

Jerry y Karen Johnson sirvieron en Hong Kong enseñando inglés como segundo idioma. Un día, después de clases, casi al final de su misión, una pequeña de segundo grado, con quien la hermana Johnson se había encariñado, se le acercó y, abriendo



los brazos como si volara, le preguntó: “*¿Meiguo?*”, que significa “*¿América?*”. La hermana Johnson la miró y contestó: “Sí, volveremos a América”. La niña recostó la cabeza en el pecho de la hermana Johnson y lloró. “La estreché fuerte y lloré con ella”, dijo la hermana Johnson. “Cincuenta alumnos más se reunieron a nuestro alrededor, llorando con nosotros. Nuestra misión nos había puesto en el centro de un torbellino de amor que parecía envolvernos”.

Cuando Jesús envió a los Doce a ir a sus misiones, les mandó, diciendo: “...de gracia recibisteis, dad de gracia” (Mateo 10:8). Cuando mucho se da, mucho se espera y ustedes han recibido mucho en sus vidas; vayan y den de gracia en el servicio a nuestro Señor y Salvador. Tengan fe; el Señor sabe dónde se les necesita. La necesidad es tan grande, hermanos y hermanas, y los obreros tan pocos.

“...cuando os halláis al servicio de vuestros semejantes, sólo estáis al servicio de vuestro Dios” (Mosiah 2:17). Yo sé que ésta es Su obra. ¡Vayan y sirvan!

Ruego que tanto ustedes como sus familias puedan experimentar las bendiciones que resultan del servicio misional, es mi oración en el nombre de Jesucristo. Amén. □

David, un futuro misionero

Élder Darwin B. Christenson
De los Setenta

“Cuando estos jóvenes tienen contacto con el Evangelio, desarrollan con bastante naturalidad un amor profundo por Jesucristo y por nuestros profetas”.



Queridos hermanos y hermanas: una de las bendiciones del ser miembros de la Iglesia es el privilegio de sentir y compartir nuestro testimonio, el cual también puede expresarse por medio de las obras o del ejemplo.

Al igual que otras personas, jamás en la vida podremos olvidar mi esposa y yo al jovencito que estaba de pie bajo las lluvias torrenciales que cayeron durante la ceremonia de la piedra angular del Templo de Recife, Brasil, que tuvo lugar el pasado mes de diciembre.

Cuando el presidente Hinckley y el presidente Faust salieron del templo y quedaron a su vista, este chico de unos diez años de edad, al que llamaré David, se abrigó el cuerpo con los brazos, haciendo caso omiso

al viento y a la lluvia, con la camisa blanca y los pantalones completamente empapados, y permaneció erguido y firme como un soldadito; y reconoció formalmente que, en efecto, se encontraba en la presencia de los Profetas, Videntes y Reveladores del Señor.

David representa a los numerosos jóvenes que componen el futuro de la Iglesia. Ha recibido una buena educación de sus amorosos padres, la cual ha sido reforzada con las enseñanzas de las maestras de la Primaria de honrar, amar y seguir a los profetas. Cuando estos jóvenes tienen contacto con el Evangelio, desarrollan con bastante naturalidad un amor profundo por Jesucristo y por nuestros profetas, como el de David. Como padres y maestros, tenemos la responsabilidad y la oportunidad de fomentar esos tiernos sentimientos de amor y respeto.

Por medio de esta enseñanza concienzuda se motivará el crecimiento constante del testimonio a lo largo del tiempo hasta que finalmente esté fundado en la revelación personal.

El ejemplo conmovedor de David, nuestro jovencito bajo la lluvia, nos demuestra que la familia es la organización básica y eterna de la Iglesia, de la cual él ha aprendido tanto. Con una orientación adecuada, él podrá obtener su testimonio personal de que Jesús es el Hijo del Dios viviente y que por medio de Su expiación, el Salvador cumplió a la

perfección Su promesa redentora; de que José Smith es el primer profeta de la restauración y de que Gordon B. Hinckley es nuestro amoroso profeta viviente.

David crecerá con el conocimiento de que un día servirá una misión. Su padre hablará con frecuencia de las bendiciones que recibió en su propia misión. Él representa a los padres de Sión que son fieles poseedores del Sacerdocio.

La madre de David inspirará la unidad dentro de la familia estableciendo tradiciones familiares significativas y duraderas. Ella representa a las madres que anhelan ver a sus hijos crecer y que son capaces de enjugar las lágrimas y hacer desaparecer los baches de la vida diaria así como hacen desaparecer las arrugas de las camisas y las faldas.

A lo largo de las preciosas playas de Recife hay señales que indican que los bañistas pueden disfrutar del mar sin peligro si no salen de la zona comprendida entre las playas y el arrecife. Los que nadan o hacen “surfing” más allá del arrecife se exponen al ataque de los tiburones, que son una amenaza constante y que han causado un número significativo de muertes y heridas.

Así como las señales de la playa, el Señor y Sus profetas proporcionan una guía inspirada para que nuestros hijos e hijas puedan escapar de los tiburones que siempre están presentes en la vida terrenal: la pornografía, las drogas y los pecados que pueden mermar o destruir el inherente sentido de divinidad del que el Señor desea que Sus hijos disfruten. Dios proporciona esta guía celestial por motivo de Su inagotable amor personal por cada uno de Sus hijos. La oración, las Escrituras y el ayuno están a disposición de todos los que deseen aprovecharlos.

“La familia: Una proclamación para el mundo” (*Liahona*, octubre de 1998, pág. 24) es una valiosa herramienta y un documento inspirado que nos han proporcionado nuestros profetas. Aprendamos las lecciones que contiene una y otra vez. Entonces, como padres celosos, desearemos esforzarnos hasta el grado que sea



Sólidas columnas y grandes ventanales adornan el piso correspondiente al balcón del Centro de Conferencias.

necesario para la protección y el beneficio de nuestros Davides, que simbolizan a nuestros hijos, nietos y a nuestros seres queridos.

Alma hijo enseñó a cada uno de sus hijos de manera individual. Sus palabras indican que él enseñó a Helamán en su juventud (véase Alma 36:3), de la misma manera que vemos que David está aprendiendo en su juventud. El padre de David podría muy bien parafrasear a Alma y decir: “¡Oh recuerda, David, hijo mío, y aprende sabiduría en tu juventud; sí, aprende en tu juventud a guardar los mandamientos de Dios!” (véase Alma 37:35).

David aprende que nunca hará ni una simple escaramuza hacia las aguas contaminadas de la vida, porque es consciente de que los tiburones de la vida terrenal pueden desgarrar el delicado músculo espiritual de un testimonio que está creciendo. También es consciente de que no tiene ninguna necesidad de vestirse con el uniforme de los llamados “no conformistas”, al perforar su cuerpo o tatuarlo.

Antes de que David abandone su hogar para servir en una misión, será una bendición para él el que su

padre le enseñe de manera individual, de la misma hermosa manera que Alma enseñó a su hijo Helamán. “Sí, e implora a Dios todo tu sostén; sí, sean todos tus hechos en el Señor... Consulta al Señor en todos tus hechos...” (Alma 37:36–37).

En el Libro de Mormón aprendemos desde el principio lecciones en cuanto a la paternidad. Lehi proporcionó antecedentes fundamentales que dieron a Nefi razón para expresar la famosa declaración: “Yo, Nefi, nací de buenos padres y recibí, por tanto, alguna instrucción en toda la ciencia de mi padre” (1 Nefi 1:1).

A Lamán y a Lemuel su padre Lehi les dio una enseñanza poderosa con una bella analogía: “¡Oh, si fueras semejante a este río, fluyendo continuamente en la fuente de toda rectitud!... ¡Oh, si fueras tú semejante a este valle, firme, constante e inmutable en guardar los mandamientos del Señor!” (1 Nefi 2:9–10).

Enós, al alcanzar la edad adulta y mientras estaba fuera cazando en el bosque, volvió su atención al recuerdo de las enseñanzas que su padre Jacob había compartido durante toda su vida. Decidió obrar de

acuerdo con esas enseñanzas y clamó a Dios “todo el día” y continuó durante la noche. Finalmente, vino una voz: “Enós, tus pecados te son perdonados, y serás bendecido” (Enós 1:4–5). A partir de ese momento, Enós cambió su vida y pasó el resto de sus días enseñando.

Enoc, el profeta grande y poderoso, honró a sus padres diciendo: “Mi padre me instruyó en todas las vías de Dios” (Moisés 6:41).

Que todos nuestros Davides puedan estar preparados así para servir.

A todos nos agrada servir a los demás. En cuanto a las bendiciones que recibimos por prestar servicio, permítanme expresar mi agradecimiento por el apoyo de mi encantadora esposa, por nuestros hijos y sus esposas, por nuestros nietos, por nuestros hermanos y hermanas, por sus familias, por nuestros misioneros que son ejemplos duraderos de dedicación, por amigos que son un apoyo constante y por las maravillosas personas de Brasil, por los líderes, por los profetas y especialmente por nuestro Señor y Salvador. La Iglesia es verdadera.

Digo estas cosas en el nombre de Jesucristo. Amén. □

“Para testificar de mi Unigénito”

Élder L. Aldin Porter
De la Presidencia de los Setenta

“El testimonio espiritual del libro de Escrituras nefita siempre proporcionará la certeza de la existencia del Salvador”.



Nosotros, los Setenta, quisiéramos extender una calurosa bienvenida a los hermanos que hoy fueron sostenidos para formar parte de los cinco quórumes de los Setenta.

Somos bendecidos, hermanos y hermanas, al vivir en un mundo en el que casi a diario se hacen anuncios del progreso logrado contra las enfermedades y otras amenazas para la humanidad. Parece haber una marcha casi interminable de las cosas que el hombre ha logrado para acabar con los obstáculos hacia una vida larga y saludable. La mayoría de nosotros nos hemos llegado a acostumbrar a un torrente casi constante de maravillas.

No obstante, con todo ello, también afrontamos una avalancha despiadada de distracciones que

destruyen el alma, como la pornografía, el uso ilegal de las drogas y el abuso del cónyuge y de los hijos. Pasan ante nosotros falsas filosofías que se pregonan como las respuestas nuevas y modernas a los problemas del mundo.

Los extensos recursos para la comunicación que el Señor ha revelado para nuestros días se han designado, en su mayor parte, para propósitos malignos. La palabra impresa, la televisión y los videos, y ahora Internet, constantemente traen a nuestros hogares material que contaminará nuestras almas y destruirá nuestras vidas. En el pasado, nuestros hogares han sido por lo general refugios en contra de las cosas del mundo. A fin de retener esa paz ahora es necesario tener vigilancia casi constante.

Sin embargo, tenemos gran razón para sentir optimismo. No nos encontramos indefensos en contra de esos elementos perversos que nos causarían pesar y desesperación en esta tierra y que nos privarían de las alegrías en la eternidad venidera.

“Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás” (Juan 6:35).

“Este es el pan que descende del cielo, para que el que de él come, no muera.

“Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo” (Juan 6:50–51).

Él es la respuesta a los deseos vivos que el corazón humano tiene de recibir certeza; Él es la respuesta a nuestros pecados individuales y a nuestros pesares.

Él es nuestro Protector en un mundo que cada vez trata de resolver los problemas mediante la violencia; Él es nuestro Protector en un mundo donde la mente de muchos constantemente está llena de maldad. Tenemos la palabra de Dios para dirigirnos, consolarnos y darnos esperanza para el futuro. Hay tanta luz, pureza y virtud en el futuro, y con el tiempo, la violencia desaparecerá, porque de seguro, el cordero se acostará con el león.

Naturalmente, el Señor vio nuestros días; vio los efectos devastadores de la transgresión y Él profetizó que proporcionaría protección para su pueblo.

A Enoc le habló de los últimos días —días de maldad y de venganza— y Él dijo:

“y llegará el día en que descansará la tierra, pero antes de ese día se oscurecerán los cielos, y un manto de tinieblas cubrirá la tierra; y temblarán los cielos así como la tierra; y habrá grandes tribulaciones entre los hijos de los hombres, mas preservaré a mi pueblo;

“y justicia enviaré desde los cielos; y la verdad haré brotar de la tierra para testificar de mi Unigénito, de su resurrección de entre los muertos, sí, y también de la resurrección de todos los hombres; y haré que la justicia y la verdad inunden la tierra como con un diluvio, a fin de recoger a mis escogidos de las cuatro partes de la tierra...” (Moisés 7:61–62).

¿Se fijaron que Él dijo: “la verdad haré brotar de la tierra”? ¿Para qué? “Para testificar de mi Unigénito”.

El Libro de Mormón se compiló y se tradujo para nuestros días; brotó de la tierra, como fue profetizado, para bendecir y guiar la vida de la gente de hoy; vino en el día y en la época en que el Señor sabía, cuando las tribulaciones causadas por la iniquidad serían sumamente intensas.

Cuando Moroni terminó la enorme obra de su padre y de otros, hizo



una promesa que se ha compartido extensamente en una multitud de idiomas, pero que me temo se ha vuelto muy común entre nosotros. La aprendemos en la Escuela Dominical, en seminario, en las noches de hogar e incluso la memorizamos como misioneros. Pero hoy quiero que escuchen esta promesa mientras la leo, como si nunca la hubieran escuchado.

“Y cuando recibáis estas cosas, quisiera exhortaros a que preguntéis a Dios el Eterno Padre, en el nombre de Cristo, si no son verdaderas estas cosas; y si pedís con un corazón sincero, con verdadera intención, teniendo fe en Cristo, él os manifestará la verdad de ellas por el poder del Espíritu Santo” (Moroni 10:4).

Ésta es la promesa, que nuestro Padre Eterno nos dará una manifestación de la verdad, una revelación personal de consecuencias eternas.

El Libro de Mormón fue dado para convencer al judío y al gentil de que Jesús es el Cristo, que se manifiesta a sí mismo a todas las naciones.

No traten ligeramente las revelaciones de Dios. No traten a la ligera esta asombrosa promesa. Les testifico con solemnidad que esta promesa se ha cumplido no sólo en mi vida sino en la vida de miles e incluso de millones de personas.

Ustedes descubrirán que cuando se cumple la promesa de Moroni y se les da el conocimiento seguro de que el Libro de Mormón es en verdad la palabra de Dios, recibirán al mismo tiempo un testimonio de que Jesús es el Cristo, el Redentor y el Salvador del mundo. Jamás he sabido de una ocasión en que esto no haya ocurrido. Más aún, no creo que jamás se lleve a cabo una violación de este principio. El testimonio espiritual del libro de Escrituras nefita siempre proporcionará la certeza de la existencia del Salvador.

Con ese testimonio, nacido del Espíritu Santo, se recibirá un conocimiento seguro de que José Smith dijo la verdad cuando dijo que había visto al Padre y al Hijo aquella mañana de primavera de 1820.

El conocimiento de que Jesucristo vive y es nuestro Redentor y Salvador vale cualquier precio. Éste es el cumplimiento de la promesa de Moroni en nuestra vida.

Después de eso, mediante el estudio y la oración, nosotros podemos llegar a saber que Él nos ha dado la vida a través de la Resurrección. Llegaremos a saber que en el mundo venidero Él nos ha prometido una calidad de vida que está más allá de nuestra capacidad de comprender. Debemos entender que este testimonio sólo se obtiene mediante la obediencia a los principios y ordenanzas del Evangelio.

Lean el Libro de Mormón; empiecen a leer “con un corazón sincero, con verdadera intención”. Mediten las palabras. Deténganse a menudo y pregunten a nuestro Padre Celestial “si no son verdaderas estas cosas”. Continúen leyendo, meditando y preguntando. No será lectura fácil; habrá obstáculos a lo largo del camino; sean persistentes.

Acérquense a nuestro Padre Celestial una vez que desechen sus

prejuicios y parcialidades. Dejen que su corazón sea receptivo para recibir las impresiones que provienen de fuentes eternas; muchos tesoros de inspiración les serán revelados. Con el tiempo, llegará a su corazón y a su mente una seguridad de que Jesucristo es el Hijo viviente del Padre viviente. Con ello vendrá el conocimiento de que José Smith es el profeta de la Restauración y de que hay apóstoles y profetas en la tierra hoy día. Llegarán a saber con un conocimiento seguro que el presidente Gordon B. Hinckley es el profeta para el mundo, así como el Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Ahora hago esta promesa a aquellos que estén investigando la Iglesia; a aquellos que son miembros pero que han perdido el entusiasmo por la obra y están, por lo tanto, en un estado de confusión en un mundo que está en caos moral; hago esta promesa a aquellos que, debido a la transgresión y un vivir carente de fe, han perdido la esperanza en las cosas eternas.

Cuando se reciba este sagrado testimonio, nuestro amor por el Señor incrementará y no tendrá límites; nuestro deseo de conocerle aumentará. Nos llenaremos de dolor al leer la profecía que el rey Benjamín hizo en cuanto a Él:

“Y he aquí, sufrirá tentaciones, y dolor en el cuerpo, hambre, sed y fatiga, aún más de lo que el hombre puede sufrir sin morir; pues he aquí, la sangre le brotará de cada poro, tan grande será su angustia por la iniquidad y abominaciones de su pueblo.

“Y se llamará Jesucristo, el Hijo de Dios, el Padre del cielo y de la tierra, el Creador de todas las cosas desde el principio” (Mosiah 3:7-8).

Nuestros corazones estarán rebozantes de gratitud por Su sacrificio por nosotros. Esta doctrina de revelación personal no es nueva; este principio eterno se ha enseñado en épocas pasadas.

“Viniendo Jesús a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen

los hombres que es el Hijo del Hombre?

“Ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas.

“El les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

“Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.

“Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mateo 16:13-17).

Una vez que se reciba ese sagrado testimonio, ustedes verán la mano del Señor en miles de cosas.

“Y he aquí, todas las cosas tienen su semejanza, y se han creado y hecho todas las cosas para que den testimonio de mí; tanto las que son temporales, como las que son espirituales; cosas que hay arriba en los cielos, cosas que están sobre la tierra, cosas que están en la tierra y cosas que están debajo de la tierra, tanto arriba como abajo; todas las cosas testifican de mí” (Moisés 6:63).

Descubriremos gran gozo al contemplar la vida del Señor, y no tardaremos en darnos cuenta de que en verdad todas las cosas dan testimonio de Él. Más aún, en medio de nuestras pruebas y desafíos, encontraremos paz, al saber que, al final, todo saldrá bien. Encontraremos serenidad frente a la aflicción; encontraremos esa serenidad en la vida a pesar de que el caos se arremoline a nuestro alrededor.

Tal es el poder de una atestiguación y un testimonio de que Jesús es el Cristo, el Redentor, nuestro Intercesor ante el Padre, el Unigénito del Padre en la carne, el Salvador mismo del mundo.

Doy testimonio de Él. Testifico que Él vivió, que murió, que salió de la tumba como ser resucitado; y que nos ha otorgado la resurrección y la promesa de una vida eterna de gozo y satisfacción mediante la obediencia a las leyes y ordenanzas del Evangelio, que de nuevo han sido reveladas en nuestros días a través de profetas vivientes.

En el nombre de Jesucristo. Amén. □

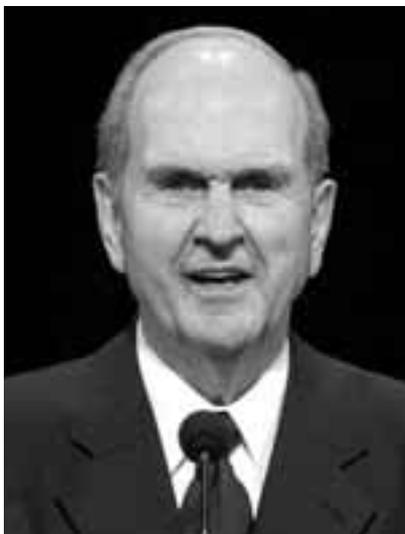


La preparación personal para recibir las bendiciones del templo

Élder Russell M. Nelson

Del Quórum de los Doce Apóstoles

“Los que entren en el templo también deben llevar el distintivo de la santidad... Podemos adquirir la santidad sólo mediante el esfuerzo constante y firme”.



Bajo la inspirada dirección del presidente Gordon B. Hinckley, hoy en día es más fácil que nunca llegar a los templos. En cada templo se halla la inscripción “Santidad al Señor”¹, la cual indica que tanto el templo como sus objetivos son santos. Los que entren en el templo también deben llevar el distintivo de la santidad². Puede que sea más fácil atribuir santidad a un edificio que a las personas. Podemos adquirir la santidad sólo mediante el esfuerzo constante y firme. A lo largo de las edades, los siervos del Señor nos han advertido de la falta de santidad. Jacob, hermano de Nefi, escribió: “He aquí, si fuereis

santos, os hablaría de cosas santas; pero como no sois santos, y me consideraréis como maestro, es menester que os enseñe las consecuencias del pecado”³.

Hoy siento esa misma responsabilidad de enseñar. Al paso que se van preparando templos para nuestros miembros, nuestros miembros deben prepararse para el templo.

EL TEMPLO

El templo es la casa del Señor. La base de toda ordenanza y convenio del templo —el corazón del plan de salvación— es la expiación de Jesucristo. Toda actividad, toda lección, todo lo que hacemos en la Iglesia señalan hacia el Señor y Su Santa Casa. Nuestras labores de proclamar el Evangelio, perfeccionar a los santos y redimir a los muertos conducen todas ellas al templo. Cada santo templo es un símbolo de nuestra calidad de miembros de la Iglesia⁴, es una señal de nuestra fe en la vida después de la muerte y constituye un paso sagrado hacia la gloria eterna tanto para nosotros como para nuestros familiares.

El presidente dijo que “estos edificios únicos y maravillosos, y las ordenanzas que en ellos se efectúan, representan lo máximo de nuestra adoración. Esas ordenanzas son la expresión más profunda de nuestra teología”⁵.

Entrar en el templo es una bendición extraordinaria. Pero primero debemos ser dignos; no debemos ir precipitadamente. No podemos prepararnos a toda prisa y correr el riesgo de quebrantar convenios que no estemos preparados para hacer. Eso sería peor que no hacerlos nunca.

LA INVESTIDURA

En el templo recibimos la investidura, la cual, hablando literalmente, es una dádiva. Al recibir esa dádiva, debemos comprender su trascendencia y la importancia de guardar convenios sagrados. Cada una de las ordenanzas del templo “no es tan sólo un rito por el que se pasa, sino un acto de prometer en forma solemne”⁶.

La investidura del templo fue dada por revelación. Por lo tanto, se comprende mejor por la revelación que se busca con oración y con un corazón sincero⁷. El presidente Brigham Young dijo: “Vuestra investidura consiste en recibir, en la casa del Señor, todas las ordenanzas que os son necesarias, después que hayáis salido de esta vida, para permitirnos volver a la presencia del Padre... y [para que] logréis vuestra exaltación eterna”⁸.

LA AUTORIDAD PARA SELLAR

Al prepararnos para recibir la investidura y las demás ordenanzas del templo, debemos comprender la autoridad para sellar del sacerdocio. Jesús hizo referencia a esa autoridad hace mucho tiempo cuando enseñó a Sus apóstoles: “...y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos”⁹. Esa misma autoridad ha sido restaurada en estos últimos días. Así como el sacerdocio es eterno —no tiene principio ni fin—, del mismo modo es el efecto de las ordenanzas del sacerdocio que atan a las familias para siempre.

Las ordenanzas, los convenios, la investidura y los sellamientos permiten a las personas reconciliarse con el Señor y a las familias ser selladas más allá del velo de la muerte. La obediencia a los convenios del templo nos hace merecedores de la vida eterna, el mayor de todos los dones de Dios al hombre¹⁰. La vida eterna

es más que la inmortalidad. La vida eterna es la exaltación en el cielo más alto: la clase de vida que vive Dios.

LA RECOMENDACIÓN PARA EL TEMPLO

La preparación también comprende el hacerse merecedor de recibir la recomendación para el templo. Nuestro Redentor requiere que Sus templos sean protegidos de profanación. Nada impuro puede entrar en Su santificada casa¹¹. No obstante, es bienvenido todo el que se prepare bien. Toda persona que solicite la recomendación será entrevistada por un juez en Israel —el obispo— y por el presidente de estaca¹². Ellos poseen las llaves de la autoridad del sacerdocio y tienen la responsabilidad de hacernos saber si nuestra preparación es adecuada y si la fecha es la oportuna para entrar en el templo. En las entrevistas, evaluarán varios asuntos fundamentales. Nos preguntarán si obedecemos la ley del diezmo, si guardamos la Palabra de Sabiduría y si sostenemos a las autoridades de la Iglesia. Nos preguntarán si somos honrados, si somos moralmente limpios y si

honramos el poder de la procreación como un deber sagrado encomendado por nuestro Creador.

¿Por qué son esos asuntos tan decisivos? Porque son elementos separadores espirituales que sirven para determinar si en verdad vivimos como los hijos del convenio¹³, siendo capaces de resistir la tentación de los siervos del pecado¹⁴. Esas entrevistas sirven para discernir si estamos dispuestos a vivir de acuerdo con la voluntad del Dios verdadero y viviente, o si todavía tenemos puestos nuestros corazones “en las riquezas y las vanidades del mundo”¹⁵.

Esos requisitos no son difíciles de comprender. Por motivo de que el templo es la casa del Señor, las normas para ser admitidos en ella las ha establecido Él. Uno entra allí como invitado del Señor. Tener la recomendación para el templo es un privilegio inestimable y una señal tangible de obediencia a Dios y a Sus profetas¹⁶.

LA PREPARACIÓN FÍSICA PARA IR AL TEMPLO

Uno se prepara físicamente para el templo al vestirse en la debida forma. No es un lugar para ir con ropa informal. “Debemos vestirnos como lo haríamos para sentirnos cómodos en una reunión sacramental o en cualquiera otra de índole correcta y decorosa”¹⁷.

Dentro del templo, todos se visten con inmaculada ropa blanca como recordatorio de que Dios ha de tener un pueblo puro¹⁸. La nacionalidad, el idioma o el cargo que se ocupe en la Iglesia son menos importantes. Todos vestidos con ropas semejantes, sentados unos junto a otros, son considerados iguales ante los ojos de nuestro Hacedor¹⁹.

Novias y novios entran en el templo para casarse por el tiempo y por toda la eternidad. Allí las novias usan vestido blanco de manga larga, de diseño y tela modestos, y sin adornos excesivos. Los novios también se visten de blanco. Los hermanos que van a presenciar el casamiento no usan esmoquin.

El usar el gárgment del templo

tiene un profundo significado simbólico; representa una dedicación constante²⁰. Así como el Salvador ejemplificó la necesidad de perseverar hasta el fin, usamos fielmente el gárgment como parte de la constante armadura de Dios²¹. De ese modo evidenciamos nuestra fe en Él y en sus convenios eternos con nosotros²².

LA PREPARACIÓN ESPIRITUAL PARA IR AL TEMPLO

Además de la preparación física, nos preparamos espiritualmente. Debido a que las ordenanzas y los convenios del templo son sagrados, estamos bajo la solemne obligación de no hablar fuera del templo de lo que allí se realiza. Pero hay algunos principios de lo cuales podemos hablar.

Cada templo es una casa de instrucción²³. Allí se nos instruye en el camino del Maestro²⁴. Su método se diferencia del de los demás. Su método es antiguo y es profuso en símbolos. Podremos aprender mucho si meditamos en la realidad que representa cada símbolo²⁵. Las enseñanzas del templo son hermosamente sencillas y sencillamente hermosas. Las comprenden los humildes y al mismo tiempo estimulan el intelecto de las mentes brillantes.

La preparación espiritual se incrementa con el estudio. Me gustaría recomendar a los miembros que fueran al templo por primera vez que leyesen los breves párrafos explicativos de la *Guía para el Estudio de las Escrituras* bajo los siguientes temas²⁶: Unción²⁷, Expiación²⁸, Jesucristo²⁹, Convenio³⁰, Caída de Adán y Eva³¹, Sacrificios³² y Templo³³. Ese estudio les proporcionará un fundamento firme.

También se pueden leer pasajes del Antiguo Testamento³⁴ y los libros de Moisés y de Abraham de la Perla de Gran Precio. El estudio de esas Escrituras antiguas es aún más esclarecedor *después de* que uno se ha familiarizado con la investidura del templo. Esos libros evidencian la antigüedad de la obra del templo³⁵.

Con cada ordenanza se hace un convenio: una promesa. Un convenio





que se hace con Dios no es una restricción, sino una protección. Ese concepto no es nuevo. Por ejemplo, si el suministro de agua que recibimos no es puro, la filtramos para eliminar los elementos dañinos. Los convenios divinos nos sirven para filtrar nuestra mente y eliminar de ella las impurezas que podrían hacernos daño. Si escogemos abstenernos de toda impiedad³⁶, no perdemos nada de valor y obtenemos la gloria de la vida eterna. Los convenios no nos limitan; nos elevan más allá de los límites de nuestro propio poder y perspectiva.

LA PERSPECTIVA ETERNA

El presidente Hinckley ha explicado esa elevada perspectiva: “Existe una meta más allá de la Resurrección”, dijo, y añadió: “es la exaltación en el reino de nuestro Padre... Comienza con el hecho de que lo aceptamos como nuestro Padre Eterno y a Su Hijo como

nuestro Salvador viviente, e incluye la participación en diversas ordenanzas, cada una de las cuales es importante y necesaria. La primera de ellas es el bautismo por inmersión, sin la cual, de acuerdo con el Salvador, la persona no puede entrar en el reino de Dios. Debe seguirlo el nacimiento del Espíritu, el don del Espíritu Santo. Posteriormente, con el correr de los años, el varón es ordenado al sacerdocio, a lo que siguen las bendiciones del templo para los hombres y las mujeres que sean dignos de entrar en él. Esas bendiciones del templo comprenden el lavamiento y la unción para que quedemos limpios ante el Señor, además, la... investidura en la que contraemos obligaciones y se nos prometen bendiciones que nos motivan a comportarnos de conformidad con los principios del Evangelio. También comprenden las ordenanzas selladoras mediante las cuales

todo lo que se ata en la tierra es atado en el cielo, para la continuidad de la familia”³⁷.

He aprendido que las bendiciones del templo adquieren mayor significado cuando la muerte arrebatada a un ser querido del círculo familiar. Saber que el dolor de la separación es sólo temporario infunde esa paz que sobrepasa todo entendimiento³⁸. La muerte no puede separar a los familiares sellados en el templo. Ellos comprenden que la muerte es una parte necesaria del gran plan de felicidad de Dios³⁹.

Esa perspectiva nos hace permanecer fieles a los convenios que hacemos. El presidente Boyd K. Packer puso de relieve que “las ordenanzas y los convenios constituyen nuestra credencial para ser admitidos en la presencia de [Dios]. Recibirlos dignamente es lo que se busca toda la vida; cumplir con ellos de allí en adelante es el desafío de la vida terrenal”⁴⁰.

Las ordenanzas del templo están relacionadas con el progreso *personal* y también con el progreso de los *antepasados* que han muerto. “Porque su salvación es necesaria y esencial para la nuestra... ellos sin nosotros no pueden ser perfeccionados, ni tampoco podemos nosotros ser perfeccionados sin nuestros muertos”⁴¹. El servicio que prestemos en beneficio de ellos nos brindará reiteradas oportunidades de adorar en el templo. Y ese servicio merece que lo incorporemos a nuestros quehaceres. Al hacer por los demás lo que ellos no pueden hacer por sí mismos, seguimos el ejemplo del Salvador, que llevó a cabo la expiación para bendecir la vida de los demás.

Un día compareceremos ante nuestro Hacedor y estaremos ante Él en juicio⁴². Seremos juzgados según las ordenanzas y los convenios que hayamos hecho, según nuestras obras y según el deseo de nuestros corazones⁴³.

Entretanto, en este mundo que adolece de corrupción espiritual, ¿pueden las personas preparadas para recibir las bendiciones del templo ejercer una buena influencia?



¡Sí! Esos santos son “el pueblo del convenio del Señor... y [tienen] por armas su rectitud y el poder de Dios en gran gloria”⁴⁴. El ejemplo de ellos puede elevar la vida de toda la humanidad. De eso testifico en el nombre de Jesucristo. Amén. □

NOTAS

1. Véase Éxodo 28:36; 39:30; Salmos 93:5. La traducción de esos pasajes se emplea en los templos que se encuentran en las localidades en las que no se habla inglés.
2. Véase Éxodo 19:5–6; Levítico 19:1–2; Ps. 24:3–5; 1 Tesalonicenses 4:7; Moroni 10:32–33; D. y C. 20:69; 110:6–9; véase también Santidad en la *Guía para el Estudio de las Escrituras*, págs. 187–188.
3. 2 Nefi 9:48.
4. Véase “Following the Master: Teachings of President Howard W. Hunter”, *Ensign*, abril de 1995, págs. 21–22; Howard W. Hunter, “El símbolo supremo de ser miembros de la Iglesia”, *Liahona*, noviembre de 1994, pág. 3.
5. “Misiones, templos y responsabilidades”, *Liahona*, enero de 1996, págs. 57–65.
6. Gordon B. Hinckley, *Teachings of Gordon B. Hinckley*, 1997, pág. 638.
7. Véase Moroni 10:4–5.
8. *Discourses of Brigham Young*, seleccionados por John A. Widtsoe, 1941, pág. 416.
9. Mateo 16:19.

10. Véase D. y C. 14:7.
11. Véase D. y C. 109:20; véase también Isaías 52:11; Alma 11:37; 3 Nefi 27:19.
12. O el presidente de rama y el presidente de misión.
13. Véase 3 Nefi 20:26; véase también Russell M. Nelson, “Los hijos del convenio”, *Liahona*, julio de 1995, págs. 36–40.
14. Véase Romanos 6:17, 20; D. y C. 121:17.
15. Alma 7:6.
16. El presidente Hinckley dijo: “Exhorto a nuestros miembros de todas partes, con todo el poder de persuasión de que soy capaz, a que sean dignos de tener una recomendación para el templo, a conseguir una y considerarla una posesión preciada, y a hacer un esfuerzo mayor por ir a la Casa del Señor y participar del espíritu y las bendiciones que se reciben allí” (“Misiones, templos y responsabilidades”, *Liahona*, enero de 1996, págs. 57–58).
17. Boyd K. Packer, *The Holy Temple*, 1980, pág. 73.
18. Véase Neal A. Maxwell, *Not My Will, But Thine*, 1988, pág. 135; véase también D. y C. 100:16.
19. Eso nos recuerda que “Dios no hace acepción de personas” (Hechos 10:34; véase también Moroni 8:12).
20. El Señor ha asegurado que aunque “los montes se muevan y los collados sean quitados... no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi pueblo se quebrantará” (JST, Isaías 54:10). Naturalmente, nunca querríamos a sabiendas deshacernos de un emblema del convenio sempiterno del Señor.
21. Véase Efesios 6:11–13; también Alma 46:13, 21; D. y C. 27:15.
22. En la carta fechada el 10 de octubre de 1988, la Primera Presidencia escribió: “Las costumbres que observamos frecuentemente entre los miembros de la Iglesia nos dan la pauta de que algunos de ellos no entienden con claridad el convenio que han hecho en el templo de usar el gármnt de acuerdo con lo que indica la santa investidura. “Los miembros de la Iglesia que han ido al templo han hecho un convenio de usar el gármnt durante toda la vida. Eso significa que deben usarlo como ropa interior tanto de día como de noche... Las bendiciones y la protección que se prometen dependen de la dignidad y de la fidelidad con que se cumpla con este convenio. “La regla básica es que el gármnt se

debe usar siempre y no se deben buscar ocasiones de sacárselo. Por lo tanto, los miembros no deben quitarse el gármnt, ni parte de éste, para trabajar en la tierra ni para andar dentro de casa con traje de baño o ropa indecorosa. Tampoco deben sacárselo para participar en ninguna actividad recreativa, siempre y cuando éstas se puedan realizar con el gármnt puesto y debajo de la ropa acostumbrada. Cuando haya que sacarse el gármnt, por ejemplo, para nadar, uno debe volver a ponérselo en cuanto le sea posible.

“El principio de la decencia y la norma de cubrir el cuerpo de forma apropiada forman parte del convenio y deben ser una guía para la ropa que se use. Los miembros investidos de la Iglesia usan el gármnt como un recordatorio de los sagrados convenios que han hecho con el Señor y también como una protección contra las tentaciones y las fuerzas del mal. El uso del gármnt es una demostración externa de la determinación de seguir a nuestro Salvador”.

23. Véase D. y C. 88:119; 109:8.
24. De hecho, Él es el camino (véase Juan 14:6).
25. Véase John A. Widtsoe, “Temple Worship”, *Utah Genealogical and Historical Magazine*, abril de 1921, pág. 62.
26. Véase la *Guía para el Estudio de las Escrituras*.
27. Página 206, párrafo 1.
28. Páginas 76–77, párrafos 1–2.
29. Páginas 106–107, párrafos 1–3.
30. Página 38, párrafos 1–2.
31. Página 28, párrafos 1–2.
32. Páginas 182–183, párrafos 1–2.
33. Páginas 199–200, párrafos 1–3.
34. Entre los capítulos de interés especial están Éxodo 26–29, 39; Levítico 8; 2 Samuel 12 (versículo. 20); 2 Crónicas 6–7; Isaías 22; Ezequiel 16.
35. Véase D. y C. 124:40–41.
36. Véase Moroni 10:32; TJS, Mateo 16:26.
37. “Los templos y la obra que se realiza en ellos”, *Liahona*, noviembre de 1982, págs. 1–4.
38. Véase Filipenses 4:7.
39. Véase Alma 42:8.
40. “Estar bajo convenio”, *Liahona*, julio de 1987, págs. 20–22.
41. D. y C. 128:15.
42. Véase 2 Nefi 9:41.
43. Véase D. y C. 137:9.
44. 1 Nefi 14:14.

La edificación de una comunidad de santos

Elder L. Tom Perry
Del Quórum de los Doce Apóstoles

“En una verdadera comunidad de santos todos trabajamos para servirnos unos a otros de la mejor forma posible. Nuestra labor tiene un propósito más elevado, pues su fin es bendecir a los demás y edificar el reino de Dios”.



Todos hemos vivido momentos que, al recordarlos años después, adquieren un significado nuevo e importante. Cuando iba a la escuela secundaria, la dirección del colegio me honró al pedirme que fuera miembro de la patrulla de vigilancia de pasillos. Los días que se nos asignaba vigilancia, teníamos que llevar el almuerzo a la escuela y comer juntos. Se trataba de una actividad especial y siempre competíamos para ver qué madre había preparado el almuerzo más apetecible. A veces solíamos intercambiar partes del almuerzo entre nosotros.

Un día que se me asignó vigilancia de pasillos olvidé decirle a mi madre que necesitaba el almuerzo

hasta que ya casi estaba a punto de irme a la escuela. El rostro de mi madre esbozó un gesto de preocupación ante mi pedido y me dijo que había gastado la última pieza de pan y que no iba a preparar más hasta la tarde. Lo único que tenía en casa para prepararme el almuerzo era un gran bollo de pan dulce que había sobrado de la cena. Mi madre preparaba unos deliciosos bollos dulces. Los ponía en una bandeja de hornear de forma que había uno grande dispuesto en diagonal y luego muchos pequeños a los lados de éste, que era el único que quedaba. Tenía el tamaño de una barra de pan, pero no era tan grueso. Me daba vergüenza llevar un bollo de pan dulce para almorzar cuando imaginaba lo que tenían los demás miembros de la patrulla, pero decidí que era preferible llevar el bollo a quedarme sin almuerzo.

Cuando llegó la hora de comer, me fui a una esquina apartada para que no se percataran de mí, pero al comenzar el intercambio de comida, mis amigos querían saber qué tenía yo. Les expliqué lo sucedido por la mañana y para mi sorpresa todos querían ver el gran bollo de pan dulce. Pero mis amigos me sorprendieron; en vez de burlarse de mí, todos querían un trozo de bollo! ¡Resultó que aquel fue el mejor día de intercambio de almuerzos de todo el año! Aquel bollo de pan dulce que imaginaba me haría pasar

un momento vergonzoso, se convirtió en el éxito del almuerzo.

Al reflexionar en esa experiencia, se me ocurre que forma parte de la naturaleza humana el dar menos valor a las cosas familiares por el simple hecho de que son algo cotidiano. Una de estas cosas cotidianas es nuestra calidad de miembros de la Iglesia restaurada.

Los miembros poseen una “perla preciosa”, aunque a veces esta perla de gran precio nos es tan familiar que no apreciamos su verdadero valor. Aunque es cierto que no debemos echar nuestras perlas delante de los cerdos, eso no quiere decir que no debamos compartirlas con personas que sí comprenderían su valor. Uno de los grandes beneficios adicionales de la obra misional es el observar el gran valor que las personas dan al Evangelio cuando escuchan nuestras creencias. Resulta muy beneficioso ver los tesoros propios a través de los ojos de otra persona. Mi preocupación es que algunos de nosotros damos por sentado las bendiciones excepcionales y valiosas del ser miembros de la Iglesia del Señor, y que en este estado de infravaloración nos contentamos con ser miembros, cuando en realidad somos contribuyentes poco valiosos a la edificación de una comunidad de Santos.

Somos bendecidos con una herencia grande y noble que nos ofrece un sendero hacia la verdad que se aleja de forma espectacular de los modos del mundo. Precisamos recordar el valor de nuestro legado para no subestimar su valía. Reto a los muchos Santos que se esconden en las esquinas a que no se avergüencen y proclamen en alta voz las enseñanzas atesoradas de nuestro legado común, no con un espíritu de ostentación y orgullo, sino con uno de confianza y convicción.

Algo de lo que me siento orgulloso es la forma en que nuestros antepasados, por medio de su fe en Dios, laboriosidad y perseverancia, convirtieron en hermosas ciudades unos parajes que nadie quería.

Cuando José Smith fue encarcelado en la cárcel de Liberty, sin

expectativa de ser liberado, se expidió una orden de exterminio contra los santos, lo cual obligó a Brigham Young a organizar un comité que les permitiera mudarse de Misuri. Dicha migración, acaecida en febrero de 1839, ocasionó que muchos se quejaran de que el Señor había desamparado a Su pueblo. Algunos miembros de la Iglesia cuestionaron la prudencia de reunir nuevamente a todos los Santos en un solo lugar.

Cruzar el Misisipi y detenerse temporalmente en algunas de las pequeñas comunidades que había a lo largo de sus riberas fue un respiro necesario para que los miembros recibieran nuevas instrucciones de sus líderes. El profeta José Smith escribió desde la cárcel de Liberty, animando a los santos a que no se separaran, sino que permanecieran juntos y edificaran la Iglesia a partir de esos puntos de fortaleza.

En abril de ese mismo año se permitió que José y Hyrum, junto con sus compañeros de prisión, escaparan de la cárcel en Misuri. Llegaron a Quincy, Illinois, el 22 de abril de 1839, y el profeta se puso a trabajar de inmediato para encontrar un lugar de recogimiento para los santos. Halló un paraje a orillas del río Misisipi que parecía prometedor; dio a la ciudad el nombre Nauvoo, que quiere decir hermosa, pero que en aquel entonces era todo menos hermosa. Se trataba de una península pantanosa que no había sido desaguada, pero de cuyo fango emergió una ciudad a la que verdaderamente se podía denominar hermosa.

Los primeros hogares de Nauvoo eran cabañas, tiendas y unas pocas construcciones abandonadas. Los santos comenzaron a edificar cabañas de troncos, y cuando el tiempo y el capital lo permitían, se erigían construcciones más complejas; y posteriormente se terminó por levantar casas de ladrillo.

El profeta tenía en mente la construcción de una comunidad de santos, y contaba con tres objetivos principales: primero, económico; segundo, educativo y tercero, espiritual.

El deseo principal del profeta José era que los santos llegaran a ser autosuficientes económicamente. Nuestro Padre Celestial ha concedido a Sus hijos todo lo que ellos tienen — talentos, destrezas, bienes materiales— y les ha hecho mayor donos de dichas bendiciones.

Una parte preciosa de nuestro legado de autosuficiencia económica es el Programa de los Servicios de Bienestar de la Iglesia, el cual tiene dos ingredientes clave: el primero es el principio del amor, el segundo es el del trabajo. El principio del amor es la fuerza motriz que nos mueve a dar de nuestro tiempo, dinero y servicios a este maravilloso programa. Juan el Amado escribió:

“...amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios.

“El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor.

“En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él.

“Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros” (1 Juan 4:7–9; 11).

Y luego en 1 Juan, el tercer capítulo, escribió: “Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?” (1 Juan 3:17).

Es la comprensión del principio del amor lo que nos motiva a dar generosas ofrendas de ayuno, un maravilloso sistema revelado mediante el cual, el primer domingo del mes nos abstenemos voluntariamente de



tomar dos comidas para dar el coste de las mismas a nuestro obispo, quien entonces dispone de recursos para ayudar a los necesitados. Se trata de un método sencillo y que eleva nuestro aprecio por los que carecen de recursos y proporciona los medios para satisfacer sus necesidades cotidianas.

Ruego que el Señor continúe bendiciéndonos con el deseo de amarnos unos a otros y contribuir de forma generosa en el principio del ayuno.

El segundo principio básico es el trabajo. Trabajar es tan importante para el éxito del plan económico del Señor como el mandamiento de amar a nuestro prójimo.

En Doctrina y Convenios leemos: “Ahora, yo, el Señor, no estoy bien complacido con los habitantes de Sión, porque hay ociosos entre ellos; y sus hijos también están creciendo en la iniquidad; tampoco buscan con empeño las riquezas de la eternidad, antes sus ojos están llenos de avaricia.

“Estas cosas no deben ser, y tienen que ser desechadas de entre ellos...” (D. y C. 68:31–32).

Tengo una inquietud especial por la referencia que el Señor hizo a nuestros hijos. Vemos en muchos padres la evidencia de que consienten demasiado a sus hijos sin proporcionarles la formación suficiente respecto a la valía del trabajo.

En cualquier comunidad de santos, todos trabajamos para servirnos unos a otros de la mejor forma posible. Nuestra labor tiene un propósito más elevado, pues su fin es bendecir a los demás y edificar el reino de Dios.

El segundo requisito en la comunidad de santos del profeta José Smith era la educación. Ya en 1840, cuando solicitó la incorporación de Nauvoo al estado, pidió también autoridad para establecer una universidad.

En la *Enciclopedia del Mormonismo*, en inglés, leemos: “Las ideas y prácticas educativas de la Iglesia proceden directamente de ciertas revelaciones recibidas por el profeta José Smith que recalcan la naturaleza eterna del conocimiento y el papel



vital que juega el aprendizaje en el desarrollo espiritual, moral e intelectual de la humanidad” (*Encyclopedia of Mormonism*, “Education: Attitudes Toward Education”, Daniel H. Ludlow, pág. 441).

Hay unos versículos en las Escrituras modernas que hacen mención especial de la importancia del saber secular y espiritual. Algunos de ellos son, primeramente del Libro de Mormón: “Pero bueno es ser instruido, si hacen caso de los consejos de Dios” (2 Nefi 9:29).

Y de Doctrina y Convenios: “Cualquier principio de inteligencia que logremos en esta vida se levantará con nosotros en la resurrección; “y si en esta vida una persona adquiere más conocimiento e inteligencia que otra, por medio de su diligencia y obediencia, hasta ese grado le llevará la ventaja en el mundo venidero” (D. y C. 130:18–19).

De Artículos de Fe: “Si hay algo virtuoso, o bello, o de buena reputación, o digno de alabanza, a esto aspiramos” (Artículos de Fe 1:13).

El deseo final del profeta era la edificación de una comunidad de santos espirituales, lo cual comienza con el hogar. La instrucción más importante que jamás recibirán nuestros hijos será aquella que como padres les proporcionemos en el hogar si les enseñamos diligentemente el sendero que nuestro Padre Celestial desea que sigan. Una instrucción que nos han dado nuestros líderes es la de celebrar regularmente la noche de hogar para poder reunirnos cada semana, aprender los principios del Evangelio y contribuir a la unidad familiar. Es ahí donde podemos aconsejarnos, leer las Escrituras, orar y jugar juntos. Nuestra meta principal es la de llegar a ser una familia eterna. La edificación de una comunidad de santos se hace familia por familia.

Para que la familia eterna fuera una realidad, se construyó un templo magnífico en Nauvoo, que actuaba como un faro para recordar a todas las personas que las bendiciones más importantes de la vida son de carácter espiritual. En el templo

se efectúan convenios sagrados y se administran las ordenanzas de salvación del Evangelio. El asistir al templo repetidas veces nos da la oportunidad de renovar esos convenios y efectuar dichas ordenanzas de forma vicaria por los que han fallecido sin ellas.

Ahora tenemos templos por toda la tierra que dan a muchas más personas la oportunidad de recibir las ordenanzas necesarias y prepararse para la vida eterna. Los que son dignos de entrar en el templo recibirán grandes bendiciones espirituales si continúan sirviendo fielmente y observan sus convenios. El Señor bendice a Su pueblo cuando éste guarda Sus mandamientos y frecuenta Su casa. En el plan eterno de Dios, los templos son lugares de recogimiento para las comunidades de santos que trabajan en la edificación de Sión.

Nuestra comunidad de santos no es exclusiva, sino inclusiva, edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo. Está abierta a todos los que aman, aprecian y tienen compasión por los hijos de nuestro Padre Celestial. El doblecimiento de nuestro bienestar económico consta de los principios de la caridad y el trabajo arduo. Es una comunidad progresista donde educamos a nuestros jóvenes en la cortesía y el civismo, así como en las profundas verdades del Evangelio restaurado. Nuestra comunidad tiene un centro espiritual que nos permite vivir con la compañía del Espíritu Santo que guía y dirige nuestra vida.

Ruego que Dios nos conceda el deseo de vivir más cerca de Él para que podamos disfrutar de las bendiciones de la paz, la armonía, la seguridad y el amor por toda la humanidad, distintivos de una comunidad que es una con Él. Él es nuestro Dios, y nosotros somos Sus hijos. Éste es mi testimonio a ustedes, en el nombre de Jesucristo. Amén. □

NOTA

La información histórica procede de *Church History in the Fulness of Times*, (Manual del Sistema Educativo de la Iglesia, 2a. Edición, 2000, págs. 193–223).

Sesión del sacerdocio

31 de marzo de 2001

“Velad conmigo”

Elder Henry B. Eyring

Del Quórum de los Doce Apóstoles

“Conforme cuiden a Sus ovejas, el amor que sientan por Él aumentará, y eso incrementará su confianza y valor”.



Estoy agradecido por el honor de hablar en nombre del Señor a los pastores de Israel. Eso es lo que somos. Cuando aceptamos el sacerdocio, tomamos sobre nosotros la responsabilidad de hacer lo que estuviese a nuestro alcance por velar por la Iglesia. Ninguno de nosotros puede eludir esa responsabilidad. El presidente del sacerdocio en toda la tierra lleva toda la responsabilidad. Mediante las llaves del sacerdocio, cada quórum lleva una porción de esa responsabilidad; incluso el diácono más nuevo en el lugar más distante de la tierra tiene parte en la gran responsabilidad de velar por la Iglesia.

Escuchen estas palabras de Doctrina y Convenios: “Por tanto, ocupe cada hombre su propio oficio, y trabaje en su propio llamamiento;

y no diga la cabeza a los pies que no tiene necesidad de ellos; porque sin los pies, ¿cómo podrá sostenerse el cuerpo?” Luego, el Salvador incluso agrega a los diáconos en Su lista de asignaciones: “los diáconos y los maestros deben ser nombrados para velar por la iglesia y para ser sus ministros residentes” (D. y C. 84:109, 111).

Ruego poder explicar esta sagrada confianza de tal modo que incluso el diácono más nuevo y el converso ordenado más recientemente comprendan esta oportunidad. En muchas partes de las Escrituras, el Señor se ha descrito a sí mismo y a aquellos que llama al sacerdocio como pastores. Un pastor cuida sus ovejas. En los relatos de las Escrituras, las ovejas están en peligro; necesitan protección y alimento. El Salvador nos amonesta que debemos cuidar las ovejas de la misma manera que Él lo hace. Él dio Su vida por ellas; le pertenecen a Él. Nosotros no podemos ofrecer el mismo nivel de cuidado que Él si, como siervos asalariados, damos cuidado sólo cuando sea conveniente y sólo por una recompensa. Ésta es la norma del Señor:

“Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas.

“Mas el asalariado, y que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebató las ovejas y las dispersó” (Juan 10:11–12).

Los miembros de la Iglesia son las ovejas; son de Él y Él nos llama a

nosotros para cuidarlas. Debemos hacer más que simplemente prevenirlas del peligro; debemos alimentarlas. Para prevenirlas del peligro espiritual y alimentarlas con alimento espiritual se necesita fe y generosidad. Una vez, hace mucho tiempo, el Señor le mandó a Su profeta reprender a los pastores de Israel. Ésta es la amonestación, que aún está en vigor, en las palabras del profeta Ezequiel:

“Vino a mí palabra de Jehová, diciendo:

“Hijo de hombre, profetiza contra los pastores de Israel... y dí a los pastores: Así ha dicho Jehová el Señor: ¡Ay de los pastores de Israel, que se apacientan a sí mismos! ¿No apacientan los pastores a los rebaños? (Ezequiel 34:1-2).

El alimento que esos pastores tomaron para sí mismos, dejando que las ovejas pasaran hambre, podría ser la salvación para las ovejas. Uno de los grandes pastores del Libro de Mormón describió lo que es ese alimento y cómo se puede conseguir.

“Y después que habían sido recibidos por el bautismo, y el poder del Espíritu Santo había obrado en ellos y los había purificado, eran contados entre los del pueblo de la iglesia de Cristo; y se inscribían sus nombres a fin de que se hiciese memoria de ellos y fuesen nutridos por la buena palabra de Dios, para guardarlos en el camino recto, para conservarlos continuamente atentos a orar, confiando solamente en los méritos de Cristo, que era el autor y perfeccionador de su fe” (Moroni 6:4).

Es doloroso imaginar a un pastor alimentándose a sí mismo y dejar que las ovejas pasen hambre. Sin embargo, con mis propios ojos he visto muchas veces un pastor que alimentó a su rebaño. Uno era el presidente de un quórum de diáconos. Uno de los miembros de su quórum vivía cerca de mi casa. Ese muchacho vecino nunca había asistido a una reunión de quórum ni había hecho nada con los miembros del quórum. Su padrastro no era miembro y su madre no asistía a la Iglesia.

Un domingo por la mañana, la presidencia de su quórum de diáconos se reunió en consejo. Cada semana,



Las aguas del arroyo City Creek, una quebrada cercana, fluyen por una zanja rocosa en el lado sur del Centro de Conferencias, a medida que los miembros entran y salen por el frente del centro.

un buen asesor y maestro les nutría por la buena palabra de Dios. En la reunión de presidencia, esos pastores de trece años de edad recordaban al muchacho que nunca asistía; hablaban en cuanto a lo mucho que él necesitaba lo que ellos recibían. El presidente asignó a su consejero a ir en busca de la oveja errante.

Yo conocía al consejero y sabía que era tímido y lo difícil de la situación, de modo que observé con asombro a través de mi ventana a medida que el consejero pasaba lentamente por mi casa, en camino a la casa del muchacho que nunca iba a la Iglesia. El pastor llevaba las manos en los bolsillos; la mirada fija en el suelo. Caminaba lentamente, tal como uno lo haría si no estuviera seguro de que deseara llegar al lugar al que se dirige. En más o menos veinte minutos, volvía por el mismo camino, con el diácono perdido a su lado. Esa escena se repitió varios domingos; luego, el muchacho que había estado perdido y habían encontrado, se mudó.

Ahora bien, ese relato no parece

tener nada de extraordinario; eran tan sólo tres muchachos sentados en un cuarto alrededor de una mesa; luego, era un muchacho que caminaba por una calle y regresaba con otro muchacho. Pero años más tarde, me encontraba en una conferencia de estaca, a gran distancia del cuarto donde se había reunido en consejo esa presidencia. Se me acercó un hombre de cabello cano y me dijo en voz queda: “Mi nieto vivió en su barrio hace algunos años”. Con ternura, me contó acerca de la vida del muchacho; luego me preguntó si podría encontrar a aquel diácono que había hecho el lento recorrido por aquella calle hacía tanto tiempo. Se preguntaba si yo podría agradecerle y decirle que su nieto, para entonces un hombre, aún se acordaba.

Él recordaba porque en esas cuantas semanas, él reconocía que, por primera vez en su vida, había estado bajo el cuidado de los pastores de Israel. Había sido amonestado al escuchar verdades eternas de personas que se preocupaban por él. Se le



había ofrecido el pan de vida. Y los jóvenes pastores habían sido fieles a la confianza del Señor.

No es fácil aprender a tenerla y hacerlo de manera constante. El Salvador nos mostró cómo hacerlo, y cómo capacitar a los demás para hacerlo. Él estableció Su Iglesia. Tuvo que dejar Su Iglesia en manos de siervos inexpertos, como lo somos muchos de nosotros. Él sabía que ellos confrontarían dificultades que sobrepasarían sus poderes humanos para resolverlas. Lo que Él hizo por ellos puede ser una guía para nosotros.

Cuando el Salvador fue al Jardín de Getsemaní a sufrir la amarga agonía antes de la traición y los sufrimientos en la cruz, pudo haber ido solo; pero llevó consigo a Sus siervos en el sacerdocio. Éste es el relato de Mateo: “Entonces Jesús les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y *velad conmigo*” (Mateo 26:38; cursiva agregada).

El Salvador oró a Su Padre para recibir fortaleza. En medio de Su agonía, Él volvió a Pedro para enseñarle lo que se requiere de todos aquellos que velaran con Él:

“Vino luego a sus discípulos, y los halló durmiendo, y dijo a Pedro: ¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora?”

“Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil” (Mateo 26:40–41).

Hay un sentimiento de consuelo y de amonestación en esas simples palabras del Maestro hacia Sus pastores. Él vigila con nosotros; Él, que ve todas las cosas, cuyo amor es infinito y quien nunca duerme, vigila con nosotros. Él sabe lo que las ovejas necesitan en todo momento. Él nos lo hace saber por el poder del Espíritu Santo y las envía a nosotros. Y mediante el sacerdocio, nosotros podemos invitar Su poder para que las bendiga.

Pero la amonestación que hizo a Pedro también la hace a nosotros. El lobo que mataría a las ovejas ciertamente atacará al pastor. Por eso, debemos cuidarnos a nosotros así como a los demás. Como pastores, seremos tentados a pecar un poco, pero el pecado en cualquiera de sus formas ofende al Espíritu Santo. No hagan nada o vayan a ningún lugar que ofenda al Espíritu; no pueden

arriesgarse a hacerlo. En caso de que el pecado les hiciese caer, ustedes no sólo serían responsables de sus propios pecados sino de la aflicción que podrían haber evitado en la vida de los demás si ustedes hubiesen sido dignos de escuchar y obedecer los susurros del Espíritu. El pastor debe ser capaz de escuchar la voz del Espíritu y de hacer bajar los poderes del cielo o fracasará.

La amonestación que se dio a un antiguo profeta lo es también para nosotros:

“A ti, pues, hijo de hombre, te he puesto por atalaya a la casa de Israel, y oirás la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte.

“Cuando yo dijere al impío: Impío, de cierto morirás; si tú no hablares para que se guarde el impío de su camino, el impío morirá por su pecado, pero su sangre yo la demandaré de tu mano” (Ezequiel 33:7–8).

La pena del fracaso es grande, pero el Señor le enseñó a Pedro cómo edificar el fundamento para el éxito. Él repitió tres veces un sencillo mensaje; de que el amor por el Señor se anidaría en el corazón de un verdadero pastor. Éste es el relato:

“Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. El le dijo: Apacienta mis cordeles. Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea mis ovejas. Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? Y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas” (Juan 21:17).

El amor es lo que debe motivar a los pastores de Israel. Al principio podrá parecer difícil, porque tal vez ni siquiera conozcamos bien al Señor, pero si comenzamos con siquiera un granito de fe en Él, el servicio que prestemos a las ovejas aumentará nuestro amor por el Señor. Proviene de las cosas sencillas que todo pastor debe hacer. Oramos por las ovejas, por cada una de quien somos responsables. Cuando preguntamos: “¿Podrías decirme quién me necesita?”, se recibirán respuestas. Acudirá a nuestra mente una cara o un nombre; o tal vez tengamos un encuentro fortuito con alguien, cuando sabemos que no lo es. En esos momentos, sentiremos el amor del Salvador por ellos y por nosotros. Conforme cuiden a Sus ovejas, el amor que sientan por Él aumentará, y eso incrementará su confianza y valor.

Tal vez estén pensando: “*No es tan fácil para mí; tengo tantas personas a quienes cuidar, y tengo tan poco tiempo para hacerlo*”. Pero cuando el Señor llama, Él prepara el camino, Su camino. Hay pastores que creen en eso. Les contaré acerca de uno.

Hace dos años, se llamó a un hombre como presidente de su quórum de élderes. Hacía menos de diez años que era miembro de la Iglesia y apenas había logrado ser digno de ser sellado a su esposa y familia en el templo. Su esposa era inválida; tenían tres hijas. La mayor tenía trece años y preparaba las comidas y, con la ayuda de los demás, estaba al cuidado de la casa. Los escasos ingresos por el trabajo manual

que él desempeñaba sostenían no sólo a esas cinco personas, sino a un abuelo, que vivía con ellos en la pequeña casa.

Cuando se le llamó para ser presidente del quórum de élderes, tenía 13 miembros. Ese pequeño quórum era responsable de otros 101 hombres que, o no poseían el sacerdocio, o eran diáconos, maestros o presbíteros. El tenía la responsabilidad de velar por las almas de 114 familias, con pocas esperanzas de que pudiese dedicar a la obra más que los domingos y quizás una noche a la semana debido a todo lo que tenía que hacer por su propia familia.

La dificultad de lo que le esperaba lo hizo ponerse de rodillas a orar. Luego, se puso de pie y se puso a trabajar. En sus esfuerzos por saber quiénes eran sus ovejas y llegar a conocerlas, sus oraciones fueron contestadas en una forma que él no esperaba. Empezó a ver más allá de la persona individual; llegó a saber que el propósito que el Señor tenía para él era para edificar familias. E incluso con su limitada experiencia, sabía que la forma de edificar familias era ayudarlas a hacerse dignas de hacer y de guardar los convenios del templo.

Empezó a hacer lo que siempre hace un buen pastor, pero lo hizo de modo diferente cuando vio que el templo era el lugar al que debían llegar. Oró para saber quiénes habrían de ser sus consejeros, que le acompañarían, y luego oró para saber cuáles familias le necesitaban y habían sido preparadas.

Visitó a cuantas personas le fue posible; algunos le trataron fríamente y no aceptaron su amistad, pero con aquellos que sí lo hicieron, siguió un modelo. Tan pronto como detectaba interés y confianza, los invitaba a reunirse con el obispo, a quien de antemano le había pedido lo siguiente: “Por favor dígales lo que se necesita para ser dignos de ir al templo a reclamar sus bendiciones para sí mismos y sus familias. Y luego testifíqueles, como yo lo he hecho, que valdrá la pena”.

Algunos aceptaron la invitación del presidente del quórum para recibir una clase de preparación

para el templo, que enseñarían los líderes de la estaca. No todos terminaron el curso ni todos reunieron los requisitos para asistir al templo, pero se oró por cada familia y por cada padre. A la mayoría se invitó por lo menos una vez a una reunión donde se habló de la buena palabra de Dios. Con cada invitación se recibió el testimonio del presidente sobre las bendiciones del ser una familia sellada para siempre, y de la tristeza de estar separados. Cada invitación se extendió con el amor del Salvador.

Durante el servicio que prestó, el presidente había visto a 12 de los hombres que enseñó ser ordenados élderes; había visto a cuatro de sus élderes ser ordenados sumos sacerdotes. Esas cifras no revelan el grado verdadero de ese milagro. Las familias de esos hombres serán bendecidas a través de las generaciones. Los padres y las madres están ahora sellados el uno al otro y a sus hijos; está orando por sus hijos, recibiendo la ayuda de los cielos, y enseñando el Evangelio con el amor y la inspiración que el Señor concede a los padres fieles.

Ese presidente y sus consejeros se han convertido en verdaderos pastores; han velado por el rebaño con el Maestro y han llegado a amar al Señor. Son testigos oculares de la verdad que el Salvador enseñó al apóstol Thomas B. Marsh; es verídica para todos aquellos que, con el Señor, velan por Sus ovejas:

“Sigue tu camino, doquier que sea mi voluntad, y el Consolador te indicará lo que has de hacer y a dónde has de ir.

“Ora siempre, para que no entres en tentación y pierdas tu galardón.

“Sé fiel hasta el fin y, he aquí, estoy contigo. Estas palabras no son de hombre ni de hombres, sino mías, sí, de Jesucristo, tu Redentor, por la voluntad del Padre. Amén” (D. y C. 31:11–13).

Testifico que Dios el Padre vive y contesta nuestras oraciones. Soy testigo de que el amoroso Salvador vela por Sus ovejas con Sus fieles pastores.

En el nombre de Jesucristo. Amén. □

Con las serpientes de cascabel no se juega

Élder David E. Sorensen
De la Presidencia de los Setenta

“Satanás y sus siervos promueven la pornografía como entretenimiento, pero ésta es una serpiente altamente venenosa y engañadora que permanece al acecho tras las revistas, el Internet y la televisión”.



Hace unos años, la hermana Sorensen y yo tuvimos el privilegio de visitar la India. Recuerdo que mientras caminaba por la pista de aterrizaje vi a unos hombres que tocaban la flauta con una cesta a los pies. Al comenzar a tocar, retiraban la tapa de la cesta y una cobra salía de ella. Al continuar la música, la serpiente se elevaba más y más hasta casi alcanzar su estatura total. Cuando eso sucedía, normalmente la cobra volvía a caer en la cesta. Una de las veces observé que la cobra cayó por fuera. El flautista extendió la mano, la acarició y la devolvió a la cesta con cuidado. Me sorprendió ver que un hombre pudiera tratar con una criatura aparentemente tan peligrosa

sin sufrir ningún daño. Pero nuestro guía me dijo que esta práctica es muy arriesgada y que una de las mayores causas de mortalidad en la región eran sin duda las picaduras de serpientes venenosas.

Mi pensamiento se trasladó a la época de mi adolescencia en la granja. En verano, una de nuestras responsabilidades era llevar heno desde el campo hasta el granero para almacenarlo durante el invierno. Mi padre lanzaba el heno a la vagoneta y yo lo pisaba para que pudiera caber la mayor cantidad posible. Un día, en uno de esos montones que mi padre arrojaba a la vagoneta, vi una serpiente de cascabel. Cuando la miré, sentí una mezcla de preocupación, miedo y excitación. La serpiente estaba tendida en el fresco y agradable heno. El sol relucía sobre su dorso con forma de mosaico. Al poco, la serpiente dejó de emitir su sonido característico, se quedó quieta y yo empecé a sentir gran curiosidad. Comencé a acercarme y me agaché para poder verla mejor, cuando de repente escuché a mi padre que me decía: “¡David, hijo mío, con las serpientes de cascabel no se juega!”.

Esta tarde me gustaría hablarles acerca del peligro que entraña el jugar con serpientes venenosas. No me refiero a aquellas que tienen un cuerpo alargado y resbaladizo, sino a otras que se presentan de muchas maneras diferentes. A menudo el

mundo hace que estos peligros aparenten ser inofensivos —incluso excitantes e interesantes— pero el jugar con esas serpientes llena la mente de veneno, un veneno que aleja al Espíritu Santo¹.

Hermanos, los entretenimientos que gozan de gran aceptación popular, a menudo nos muestran lo que es malo e incorrecto como algo agradable y correcto. Recordemos el consejo del Señor: “Ay de los que llaman a lo malo bueno y a lo bueno malo”².

Satanás y sus siervos promueven la pornografía como entretenimiento, pero ésta es una serpiente altamente venenosa y engañadora que permanece al acecho tras las revistas, el Internet y la televisión. La pornografía aniquila la estima propia y debilita la autodisciplina. Es mucho más mortífera para el espíritu que la serpiente de cascabel sobre la que mi padre me advirtió que no debía jugar. En la Biblia está asentado que el rey David gozaba de grandes dones espirituales, pero un día estuvo donde no debía estar y vio lo que no debía ver. Esas obsesiones causaron su caída³.

El resistir las tentaciones de los medios de comunicación actuales no es fácil; se requiere esfuerzo y una valiente determinación. En la ciudad donde me crié, si uno quería buscar la inmundicia tenía que viajar al menos una hora de distancia, pero en nuestros días y con Internet, los problemas sólo están a unos clics del ratón. Sean como el capitán Moroni en su esfuerzo por vencer esas tentaciones; levanten “fortificaciones” para reforzar sus puntos débiles. Pero en vez de construir murallas de “vigas y tierra” para proteger una ciudad vulnerable, construyan “fortificaciones” en forma de reglas de conducta personal que protejan su preciada virtud⁴. Cuando tengan una cita con alguien del sexo opuesto, planifíquela de manera que estén rodeados de otras personas y eviten estar solos. Conozco a algunos hombres, jóvenes y mayores, que han tomado la decisión de simplemente no encender la televisión o navegar por Internet en ningún momento cuando

estén solos. Padres, es prudente colocar las computadoras y los televisores en la sala de estar o en otras zonas concurridas del hogar, no en el cuarto de sus hijos. También me consta que hay padres que cuando están en un viaje de negocios deciden prudentemente no encender la televisión del hotel.

Recuerden, el construir esas “fortificaciones” no es un signo de debilidad, sino todo lo contrario: demuestra fortaleza. Las Escrituras nos dicen que el capitán Moroni era tan fuerte que si todos los hombres fueran como él, “los poderes mismos del infierno se habrían sacudido para siempre”⁵. Recuerden que los parapetos de Moroni⁶ fueron la clave de su éxito; y la clave del éxito que ustedes cosechen será el que edifiquen sus propios parapetos.

Una de las fortificaciones más vitales que pueden edificar es el decidir en este momento dónde fijar sus límites, antes de enfrentarse con el desafío. Nuestro profeta enseña que si decidimos ahora que no miraremos material inapropiado, sino que

huiremos de él, “el desafío queda atrás”⁷.

Hace poco tiempo, varias amigas de la secundaria invitaron a mi nieta Jennifer a salir a cenar y ver una película. Entre todas se pusieron de acuerdo en la película que iban a ver y Jennifer se sentía bien con la idea. Sin embargo, la chica que se levantó de la cena para ir a comprar los boletos para el cine volvió con boletos para una película diferente de la que habían acordado, y les dijo: “Es una gran película y es para adultos”.

Sorprendida, Jennifer no podía creer que la situación hubiera cambiado de manera tan repentina. Pero afortunadamente, ella había decidido antes de encontrarse en esa situación que nunca vería películas clasificadas para adultos, y pudo ser firme y decirle a sus amigas: “No puedo ir a ver una película para adultos. Mis padres no lo consentirían”; a lo que las chicas respondieron: “¡Pero bueno, tus padres nunca lo sabrán!”. Cuando escuchó eso, Jennifer respondió: “La verdad es

que no importa si mis padres se enteran o no. Sencillamente, yo no veo películas de ese tipo”.

Las amigas de Jennifer se enfadaron e intentaron hacerla desistir. Le dijeron que “les estaba aguando la fiesta”. Pero cuando vieron que no iba a ceder, le tiraron el boleto y el dinero a la cara, la dejaron allí y se marcharon a ver la película. Todo acabó en una tarde solitaria y llena de rechazo por parte de sus amigas. Pero fue un momento muy especial para Jennifer y para nuestra familia⁸. Jennifer adquirió mayor confianza, propia estimación y poder espiritual⁹.

El jugar con una serpiente venenosa a sabiendas es doblemente peligroso¹⁰. Aquellos que lo hacen me recuerdan al chico al que se le escuchó decir en su oración: “Padre Celestial, si no puedes hacer que yo sea mejor, no te preocupes. Me lo paso muy bien tal como soy”.

No sean tan insensatos como ese chico. Los que hacen planes para pecar creyendo que podrán arrepentirse antes de recibir los sagrados convenios y ordenanzas

Un coro de poseedores del Sacerdocio de Melquisedec de algunas estacas de Salt Lake City canta durante la sesión del sacerdocio.





del templo se arriesgan a perder su salud espiritual y descubren que el proceso para regresar a la senda correcta es doloroso.

Para los que han sufrido la picadura de una serpiente de cascabel, existe un doloroso proceso de limpieza. Hay que hacer un corte con un cuchillo afilado; después, se debe limpiar la sangre infectada de la herida. A menudo se precisa la estancia en un hospital. Hoy les ruego que eviten jugar con esa serpiente de cascabel. Es mucho mejor no cometer el pecado¹¹.

Algunos jóvenes se dan cuenta, mientras avanzan en el sacerdocio, se preparan para servir en una misión o para ir al templo, de que todavía padecen los efectos de una picadura de serpiente que un día introdujo veneno en su espíritu. Los pecados sexuales se encuentran entre los más venenosos.

Si ustedes o alguno de sus conocidos han sido envenenados espiritualmente, para estos casos también existe un equipo espiritual de primeros auxilios. Se le conoce como el arrepentimiento¹², y tal como el antídoto para una picadura de serpiente real, es más eficaz si se aplica de manera rápida e inmediata. Contrarresta hasta los venenos espirituales más mortíferos. “Porque he aquí, el Señor vuestro Redentor sufrió la muerte en la carne; por tanto, sufrió el dolor de todos los hombres, a fin de que todo hombre pudiese arrepentirse y venir a él¹³. El milagro del perdón es real¹⁴.

El Señor honra el arrepentimiento de todos ustedes¹⁵.

Un paso importante para la obtención de la cura del veneno espiritual es arrodillarse y pedir a nuestro Padre Celestial que les perdone¹⁶; pídanle que puedan desarrollar el deseo de hacer lo correcto; pídanle que puedan desarrollar el valor para hablar con sus padres y con su obispo si es necesario¹⁷. A pesar de sus temores, ellos seguirán amándoles. No tienen que hacerlo solos. Aunque el camino del arrepentimiento es difícil, no tiene por qué recorrerse en la soledad. Los padres y los líderes pueden proporcionar apoyo y aliento muy valiosos.

El poder y la liberación que resultan del perdón son reales. El Salvador enseñó: “La verdad os hará libres¹⁸. El gozo y la felicidad proceden de una vida semejante a la de Cristo¹⁹. Él nos ha pedido que mantengamos nuestros pensamientos puros²⁰, que conservemos el respeto hacia nosotros mismos. Nos ha pedido que nos convirtamos en una buena influencia para nuestra familia y amigos. Debemos amarles y encaminarles hacia la luz. Él dijo: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros²¹. Él ha prometido que nos ayudará a vivir de acuerdo con sus normas, y ha dicho: “Llevad mi yugo sobre vosotros... porque mi yugo es fácil y ligera mi carga²².”

Hermanos del Sacerdocio, ¿pueden unirse a mí aquí mismo, en este momento, para una vez más

comprometerse y tomar sobre ustedes el nombre de Cristo? Con este sacerdocio que poseen, ¿pueden levantarse y ejercer el poder de Dios para defender la rectitud? ¿Pueden estar en lugares santos?²³.

Todos hemos aceptado la responsabilidad de moldear nuestra vida según la del Maestro. Él ha concedido las llaves del Sacerdocio y de la revelación divina a nuestro profeta viviente, Gordon B. Hinckley, quien nos aconseja: “Aléjense de la pornografía²⁴. “Les suplico que saquen eso de su vida²⁵.”

Hermanos, no dejen que el veneno toque su alma. Recuerden: “El que es justo es favorecido de Dios²⁶. Testifico de esto en el nombre de nuestro Señor y Maestro, Jesucristo. Amén. □

NOTAS

1. Véase D. y C. 1:33, Moisés 8:17.
2. Isaías 5:20.
3. Véase 2 Samuel 11, D. y C. 132:39.
4. Véase Alma 53:4, 7.
5. Alma 48:17.
6. Véase Alma 53:4-5.
7. “El consejo y la oración de un profeta en beneficio de la juventud”, presidente Gordon B. Hinckley. *Liahona*, abril de 2001, pág. 33.
8. Véase Gálatas 5:16-21.
9. Véase D. y C. 121:45-46.
10. Véase Mosíah 27:10-11, Alma 1:15.
11. Véase Lucas 15:21.
12. Véase Isaías 1:18.
13. D. y C. 18:11.
14. Véase Mosíah 26:29.
15. Véase 2 Nefi 9:23, 26:27.
16. Véase Alma 34, 3 Nefi 18:29-32.
17. Véase D. y C. 64:7.
18. Juan 8:32.
19. Véase 2 Nefi 2:25, 9:18, Mosíah 2:41, 4:3.
20. Véase Artículos de Fe 1:13.
21. Juan 13:35.
22. Mateo 11:29-30.
23. Véase D. y C. 101:22.
24. “Por qué hacemos algunas de las cosas que hacemos”, *Liahona*, enero de 2000, pág. 62.
25. “Y se multiplicará la paz de tus hijos”, *Liahona*, enero de 2001, pág. 61.
26. 1 Nefi 17:35.

El poder del sacerdocio

Élder John H. Groberg
De los Setenta

“Aun cuando el poder del sacerdocio es ilimitado, nuestro poder individual en el sacerdocio está limitado por nuestro grado de rectitud o de pureza”.



Hermanos poseedores del sacerdocio de todo el mundo: Espero que apreciemos el inestimable privilegio de poseer el sacerdocio de Dios. Su valor es incommensurable.

Por medio de su poder se han creado, se crean y aún se crearán y organizarán mundos, e incluso universos. Por medio de su poder se efectúan ordenanzas que, al ir acompañadas de rectitud, permiten que las familias vivan juntas para siempre, que se perdonen los pecados, que se sane al enfermo, que el ciego vea e incluso que se restaure la vida.

Dios desea que nosotros, Sus hijos, poseamos el sacerdocio y que aprendamos a usarlo adecuadamente. Nos ha explicado que:

“Ningún poder o influencia se puede ni se debe mantener en virtud del sacerdocio, sino por persuasión, por longanimidad, benignidad,

mansedumbre y por amor sincero;

“por bondad y por conocimiento puro...”¹.

Porque si “...ejerce[mos] mando, dominio o compulsión sobre las almas de los hijos de los hombres, [especialmente sobre nuestras esposas e hijos] en cualquier grado de injusticia, he aquí, los cielos se retiran, el Espíritu del Señor es ofendido, y cuando se aparta, se acabó el sacerdocio o autoridad de tal hombre”².

Y así vemos que, aun cuando el poder del sacerdocio es ilimitado, nuestro poder individual en el sacerdocio está limitado por nuestro grado de rectitud o de pureza.

Así como se requieren cables limpios conectados debidamente para llevar el poder de la electricidad, también se precisan manos limpias y corazones puros para conducir el poder del sacerdocio. La suciedad disminuye o impide el paso de la electricidad. Las acciones y los pensamientos impuros interfieren con el poder individual del sacerdocio. Si somos humildes, limpios y puros de manos, de corazón y de mente, nada que sea justo es imposible. Un antiguo refrán oriental declara: “Si un hombre vive una vida pura, nada podrá destruirle”³.

Por el amor que nos tiene, Dios ha decretado que cualquier hombre digno, no importa su riqueza, educación, color, cultura o idioma, puede poseer Su sacerdocio. Así, cualquier hombre adecuadamente ordenado, que sea limpio de manos, de corazón y de mente puede conectarse con el poder ilimitado del sacerdocio. Aprendí bien esa lección hace años,

cuando era un joven misionero en el Pacífico Sur.

Mi primera asignación fue en una pequeña isla a cientos de kilómetros de la oficina de la misión, donde nadie hablaba inglés y yo era el único hombre blanco. Se me había dado un compañero local de nombre Feki, que en ese entonces servía en una misión de servicio a la Iglesia en obras de construcción y era presbítero en el Sacerdocio Aarónico.

Después de ocho días con sus noches, mareado en una pequeña y maloliente embarcación, llegamos a Niutopotapu. Tuve problemas con el calor, los mosquitos, la comida desconocida, la cultura y el idioma, además de sentir añoranza por mi hogar. Una tarde escuchamos llantos de angustia y vimos a una familia que nos traía el cuerpo flácido y casi sin vida de su hijo de ocho años. Entre gemidos dijeron que su hijo se había caído de un árbol de mango y que no respondía a nada. Los fieles padres lo pusieron en mis brazos y dijeron: “Usted tiene el Sacerdocio de Melquisedec; devuélvanoslo sano y salvo”.

Aun cuando mi conocimiento del idioma todavía era limitado, entendí lo que deseaban y tuve miedo. Quería escapar lejos, pero las expresiones de amor y de fe que brillaban en los ojos de los padres y de los hermanos y hermanas me mantuvieron inmóvil en mi lugar.

Miré esperanzado a mi compañero. Se encogió de hombros y dijo: “Yo no tengo la autoridad adecuada. Usted y el presidente de rama poseen el Sacerdocio de Melquisedec”. Como último recurso, dije: “Entonces éste es el deber del presidente de la rama”.

No bien hube dicho eso, apareció el presidente de la rama. Había escuchado la conmoción y salió de su huerto. Estaba sudando y cubierto de tierra y barro. Me volví a él y le expliqué lo que pasaba y traté de entregarle el niño. Retrocedió y dijo: “Me voy a lavar y a cambiar de ropa y luego lo bendeciremos y veremos qué dice Dios”.

Alarmado exclamé: “¿No lo ve? ¡Necesita ayuda ahora!”.

Calmadamente replicó: “Sé que necesita una bendición. Una vez que me lave y me cambie de ropa, traeré aceite consagrado y nos dirigiremos a Dios y veremos cuál es Su voluntad. No puedo ni me dirigiré a Dios con las manos sucias y con barro en la ropa”. Se fue y me dejó con el niño en brazos. Me quedé sin palabras.

Finalmente regresó, limpio de cuerpo y de ropa, y percibí que de corazón también. “Ahora estoy limpio”, dijo, “así que recurriremos al trono de Dios”.

Ese maravilloso presidente de rama tongano, con manos limpias y corazón puro, dio una hermosa y poderosa bendición del sacerdocio. Yo me sentí más como testigo que como participante. A mi mente vinieron las palabras del salmista: “¿Quién subirá al monte de Jehová?... El limpio de manos y puro de corazón”⁴. En esa pequeña isla un digno poseedor del sacerdocio ascendió al monte del Señor y el poder del sacerdocio descendió de los cielos y autorizó que la vida de un niño continuara.

Con el fuego de la fe brillándole en los ojos, el presidente de rama me dijo qué hacer. Se requirió mucha más fe y esfuerzos pero, el tercer día, ese niño de ocho años, lleno de vida, estaba reunido con su familia.

Espero que entiendan y sientan estas verdades. Ésa era una isla pequeñísima en medio de un inmenso océano, sin electricidad, ni hospital ni doctores, pero nada de eso importaba; porque además de mucho amor y fe, había un presidente de rama que poseía el Sacerdocio de Melquisedec, que entendía la importancia de la pureza de las manos y del corazón y de la expresión externa de mantener limpio el cuerpo y la ropa, y quien ejerció el sacerdocio en rectitud y pureza de acuerdo con la voluntad de Dios. Ese día, su poder individual *en* el sacerdocio fue suficiente para ponerse en contacto con el poder ilimitado *del* sacerdocio sobre la vida terrenal.

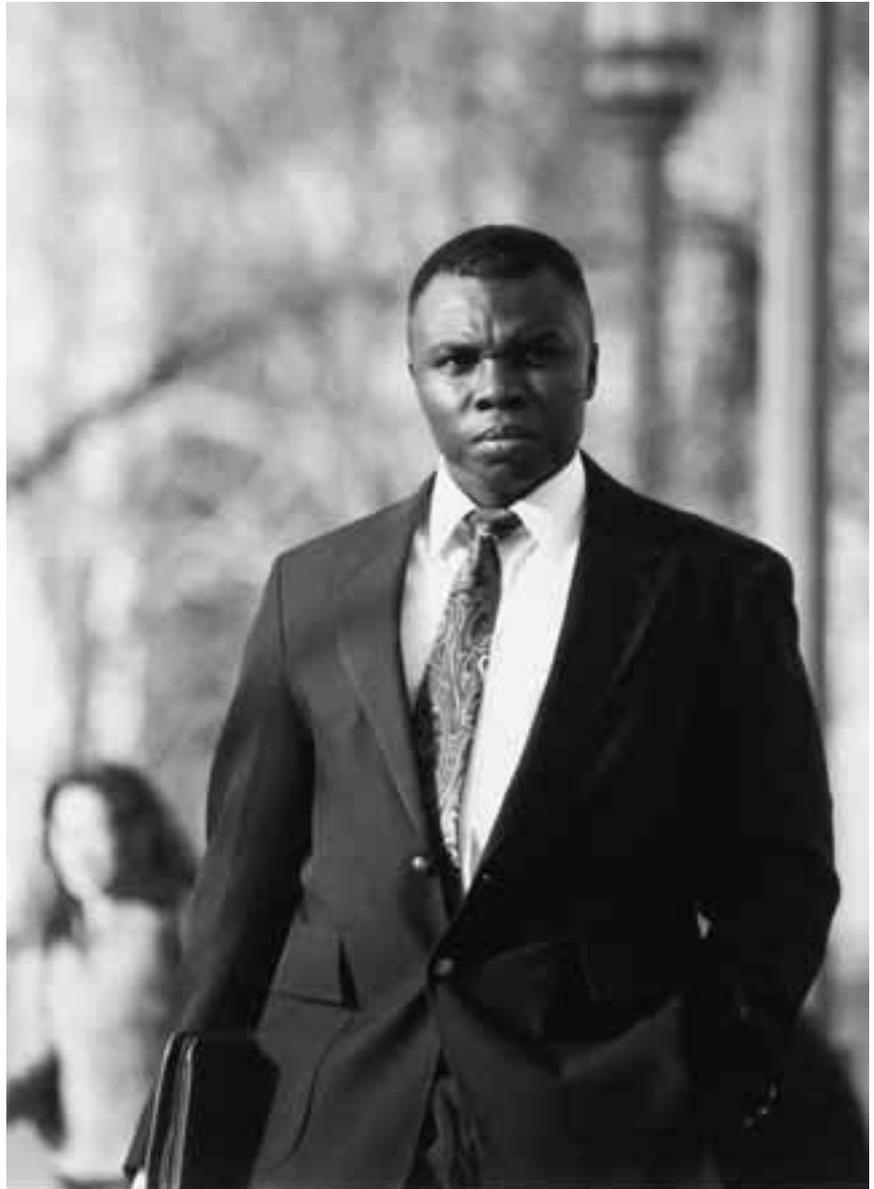
Cuando observo los cielos de noche y contemplo las galaxias sin fin que en ellos hay, me asombro

ante el pequeño punto que representa la tierra y en cuán infinitamente pequeño soy yo. Sin embargo, no siento temor, soledad, insignificancia ni distancia de Dios, porque he sido testigo del poder de Su sacerdocio que está relacionado con las manos limpias y un corazón puro en una diminuta isla en el vasto océano.

Hermanos, esa conexión está a disposición de todos nosotros, no importa dónde, cuándo ni en qué circunstancias vivamos, siempre que nuestras manos, nuestro corazón y nuestras mentes estén limpios y puros. No se puede tener poder individual en el sacerdocio si se carece de pureza individual.

Simplemente debemos trabajar más fuerte para purificar nuestras vidas por medio del servicio a los demás en formas más cristianas. Siempre hay oportunidades de servir: en nuestras familias, en la Iglesia, en una misión, en los templos y entre nuestros semejantes. El servicio noble requiere trabajo duro, profundo sacrificio y desinterés completo. Cuanto mayor sea el sacrificio, tanto mayor es el nivel de pureza.

Dios, que está lleno de luz, vida y amor, desea que poseamos Su sacerdocio y que lo utilicemos apropiadamente para transmitir esa luz, esa vida y ese amor a todos los que nos



rodean. Por otra parte, Satanás, el príncipe de las tinieblas, desea disminuir al máximo la luz, la vida y el amor. Dado que no hay nada que Satanás pueda hacer en cuanto al poder *del* sacerdocio, concentra sus energías en tratar de limitar nuestro poder individual *en* el sacerdocio al tratar de ensuciar nuestras manos, corazones y mentes por medio del abuso, la ira, la negligencia, la pornografía, el egoísmo o cualquier otra iniquidad que pueda tentarnos a hacer o pensar. Él sabe que si nos puede corromper lo suficiente en forma individual, puede mantenernos, hasta ese grado, lejos de la pureza necesaria para ejercer el sacerdocio en forma apropiada y para traer más luz, vida y amor a esta tierra y a todos sus habitantes, tanto del pasado, como del presente y del futuro.

Queridos hermanos, no vendan su preciosa primogenitura del sacerdocio por un plato que se presente en forma inapropiada o pornográfica. Recuerden que los castillos de arena que edificamos en la playa de la vida terrenal, no importa cuán detallados sean, al final se los llevarán las olas. Sólo la pureza de las manos, del corazón y de la mente nos permitirá tener acceso al máximo poder del sacerdocio para bendecir de verdad a los demás y un día poder edificar mansiones eternas más hermosas y perdurables de lo que podamos imaginar.

He aprendido por mí mismo que Dios vive, que Jesús es el Cristo, que Él es mi amigo y su amigo. Sé que Jesús es la personificación perfecta del poder puro del sacerdocio. Sigámosle.

Ruego que todos sirvamos con más pureza de corazón para que nuestro poder individual en el sacerdocio llegue a su plenitud por medio del amor perfecto de Él, cuyo sacerdocio poseemos.

En el nombre de Jesucristo. Amén. □

NOTAS

1. D. y C. 121:41–42.
2. D. y C. 121:37.
3. Se le atribuye a Buda.
4. Salmos 24:3–4.

“Honraré a los que me honran”

Presidente James E. Faust

Segundo Consejero de la Primera Presidencia

Honren en la vida cuatro principios sagrados: Reverencia por la Deidad, el respeto de los lazos familiares, reverencia y obediencia a las ordenanzas y los convenios del santo sacerdocio, respeto por ustedes mismos como hijos de Dios.



Mis amados hermanos de esta magnífica hermandad del sacerdocio, acudo ante a ustedes con humildad y en oración. El dirigirles la palabra es una responsabilidad sagrada y sobrecogedora. Deseo que se me entienda y espero que cada uno de nosotros pueda reclamar la promesa del Señor que dice: “Honraré a los que me honran”¹.

Doy pleno reconocimiento a los logros conseguidos por los siervos del Señor en épocas pasadas, pero creo que ustedes, jóvenes poseedores del sacerdocio y jovencitas de su misma edad son en muchos aspectos la generación más prometedora de la historia del mundo; y llego a esta

conclusión por varios motivos. Cuando la hermana Faust y yo leemos las bendiciones patriarcales de nuestros nietos, descubrimos casi sin excepción que son más halagüeñas que las nuestras.

Para que puedan alcanzar todo su potencial, precisarán honrar en la vida cuatro principios sagrados, los cuales son:

1. Reverencia por la Deidad.
2. El respeto de los lazos familiares.
3. Reverencia y obediencia a las ordenanzas y los convenios del santo sacerdocio.
4. Respeto por ustedes mismos como hijos de Dios.

Esta noche debo hablar de estos cuatro grandes principios.

El primero es reverencia por la Deidad. Me siento agradecido que el Señor nos haya concedido como pueblo bendiciones temporales sin igual en la historia de la Iglesia. Se nos han dado esos recursos para hacer el bien y permitir que se agilice nuestra obra en la tierra, pero temo que por motivo de la prosperidad muchos se preocupen de lo que Daniel dio en llamar los “dioses de plata y oro, de bronce, de hierro, de madera y de piedra, que ni ven ni oyen, ni saben”². Éstos, naturalmente, son ídolos.

Para mostrar reverencia por lo sagrado, el amar y respetar a la Deidad es más importante que cualquier

otra cosa. Durante gran parte de la historia del mundo, la humanidad ha estado inmersa en la idolatría, bien adorando a dioses falsos o interesados en la adquisición de opulencia material.

Tras la resurrección del Salvador, Pedro y algunos de los discípulos se hallaban en el mar de Tiberias. Pedro les dijo que se iba a pescar y los discípulos acordaron ir con él. Parecían haber olvidado que fueron llamados a ser pescadores de hombres. Pescaron durante toda la noche, pero no capturaron nada. Por la mañana, Jesús, que estaba en la orilla, les dijo que echaran las redes por el costado derecho del barco, y éstas se llenaron de peces. Jesús les dijo que trajeran el pescado, y Pedro y sus compañeros contaron hasta 153 piezas. Cuando llegaron a la orilla vieron peces preparados en una hoguera, y Jesús les invitó a comerlos con pan. Cuando terminaron, Jesús le dijo a Simón Pedro: “¿Me amas más que éstos?”. Pedro era un ferviente pescador, profesión que había tenido antes de que el Salvador lo llamara a ser pescador de hombres.

El requisito de que debemos amar al Señor más que a los peces, las cuentas bancarias, los automóviles,

las ropas costosas, las acciones, los bonos y los certificados de depósito, o cualquier otra posesión, es total; es absoluto. El primer mandamiento que recibieron los antiguos israelitas fue: “No tendrás dioses ajenos delante de mí”⁴. El Salvador mismo ensanchó ese mandato cuando contestó al intérprete de la ley que le preguntó cuál era el gran mandamiento: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente”⁵.

Con frecuencia me ofende oír a personas en público y en la televisión que con tanta indiferencia violan el mandamiento que dice: “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano”⁶. En la sección 107 de Doctrina y Convenios se nos recuerda que “para evitar la demasiado frecuente repetición de su [santo] nombre”⁷, el santo sacerdocio pasó a denominarse con el nombre del gran sumo sacerdote Melquisedec. La reverencia y el respeto por las cosas sagradas manan del primer mandamiento: “No tendrás dioses ajenos delante de mí”⁸.

Aquellos que hemos sido comisionados con la autoridad del sacerdocio para obrar en el nombre del Salvador, precisamos respetar a Dios el Padre, a Jesucristo y al Espíritu Santo por encima de todo.

El segundo es el respeto de los lazos familiares. Este respeto debe comenzar por la reverencia al amor sagrado de una madre. Todas las madres descienden al valle de sombra de muerte cuando dan a luz para proporcionarnos la vida. Mi madre lleva muerta muchos años y echo de menos su dulce influencia en mi vida, sus consejos y su reprobación; pero más que nada extraño su amor incondicional. El anhelo de estar con ella es en ocasiones abrumador. La mayoría de nosotros podría sumarse a Abraham Lincoln cuando dijo: “Todo lo que soy o espero ser se lo debo a mi madre angelical”⁹. Mi madre cocinaba, cosía, remendaba y rehacía la ropa; y se privaba de cosas para que nuestro limitado presupuesto pudiera estirarse y así dar a sus hijos más oportunidades que las que ella tuvo. Pero más importante

aún era su fe inquebrantable, la cual deseaba plantar profundamente en nuestra alma.

Hermanos, una noble paternidad nos permite vislumbrar los atributos divinos de nuestro Padre Celestial. Un padre debe ser muchas cosas. Debe magnificar su sacerdocio y ser un ejemplo de rectitud. En compañía de su esposa, debe ser la fuente de estabilidad y fortaleza de toda la familia. Debe ser el protector, el proveedor y el paladín de los miembros de su familia. Mucho del amor que tiene por sus hijos debe manar de su propio ejemplo de amor, preocupación y fidelidad por su esposa. Debe inculcar carácter en sus hijos por medio de su ejemplo inflexible.

Cuando el élder LeGrand Richards partió para asistir a la universidad, su padre, George F. Richards, le dijo a él y a su hermano, George F., hijo: “Confío en que irán a cualquier parte que yo mismo iría”. Sus corazones rebosaron de amor y satisfacción al oír esas palabras. Tiempo después, LeGrand dijo de sus padres: “Nos educaron para ser firmes y rectos, y no podíamos hacer nada que les decepcionara”¹⁰.

Un padre nunca debe decepcionar de forma consciente a su esposa ni a sus hijos. En 1989 hubo un terremoto terrible en Armenia que acabó con la vida de 30.000 personas en cuatro minutos. Un padre consternado comenzó a buscar a su hijo de forma desesperada, y llegó a la escuela del pequeño para descubrir que había quedado reducida a escombros. Sin embargo, le impulsaba la promesa que le había hecho a su hijo: “¡No importa lo que suceda, siempre estaré contigo!”. Intentó imaginarse el sitio donde debía estar el aula de su hijo y comenzó a desmenuzarse ladrillo a ladrillo.

Aparecieron otras personas en el lugar, primero el jefe de los bomberos y luego el de la policía, para advertirle del peligro de incendios y de explosiones, e instarle a que dejara la búsqueda en manos de los equipos de emergencia. Pero él prosiguió excavando con tenacidad. La noche vino y se fue, y después de pasar treinta y ocho horas cavando, pensó





Poseedores del sacerdocio ocupan todos los asientos distribuidos en tres niveles en el Centro de Conferencias, durante la sesión del sacerdocio.

haber oído la voz de su hijo. “¡Armand!”, gritó; y luego oyó: “¿Papá? ¡Soy yo! Les dije a los otros chicos que no se preocuparan, que si tú estabas vivo vendrías a rescatarme, y que cuando lo hicieras, los rescatarías a ellos... Quedamos 14 de 33... Cuando el edificio se derrumbó, cayó formando un hueco, como un triángulo, y nos salvó”.

“¡Sal, muchacho!”.

“¡No, papá! ¡Deja que salgan los otros chicos primero, pues sé que me sacarás! ¡No importa lo que suceda, sé que estarás conmigo!”¹¹.

Se deben honrar todos los lazos familiares, incluso los de nuestros familiares fallecidos. El amor, la ayuda y el servicio deben fluir entre hermanos y hermanas y los familiares más cercanos.

El tercero es reverencia y obediencia a las ordenanzas y los convenios del santo sacerdocio. En la antigüedad, los que participaban en las ordenanzas del sacerdocio vestían ropas sacerdotales, y aun cuando hoy día no vestimos de esa forma, mostramos respeto al llevar ropa apropiada cuando bendecimos y repartimos la Santa Cena o damos una bendición a un enfermo.

Elí, el sacerdote, fue retirado de su posición por permitir que entrara

la iniquidad en la casa del Señor, quien dijo: “Honraré a los que me honran”¹². El gran poder y autoridad del sacerdocio que se nos ha confiado debe ser ejercido por aquellos que han sido autorizados y que han demostrado ser dignos de ello. Sólo de este modo serán selladas nuestras obras por el Santo Espíritu de la Promesa, y de ese modo serán honradas por el Señor¹³.

Honramos al Señor cuando observamos los convenios del bautismo, de la Santa Cena, del templo, y cuando santificamos el día de reposo. El Señor ha dicho: “Todos los que de entre ellos saben que su corazón es sincero y está quebrantado, y su espíritu es contrito, y están dispuestos a cumplir sus convenios con sacrificio, sí, cualquier sacrificio que yo el Señor les mandare, éstos son aceptados por mí”¹⁴.

El cuarto es respeto por ustedes mismos como hijos de Dios. Aquellos que hemos servido misiones hemos visto el milagro en las vidas de las personas a las que hemos enseñado cuando se dan cuenta de que son hijos e hijas de Dios. Hace muchos años, un élder que sirvió en las Islas Británicas dijo al término de su servicio: “Creo que mi misión ha sido un fracaso. He trabajado todos

los días y sólo he bautizado a un pobrecito muchacho irlandés. Ese es el único al que bauticé”. Años más tarde, después de que hubo regresado a su hogar en Montana, recibió a un visitante que le preguntó: “¿Es usted el élder que sirvió una misión en las Islas Británicas en 1873?”.

“Sí”.

El hombre prosiguió: “¿Recuerda haber dicho que su misión fue un fracaso porque sólo bautizó a un pobrecito muchacho irlandés?”.

Nuevamente dijo que sí.

El visitante extendió la mano y dijo: “Me gustaría estrecharle la mano. Me llamo Charles A. Callis, del Quórum de los Doce Apóstoles de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días; yo soy el pobrecito muchacho que usted bautizó en su misión”¹⁵.

Aquel joven irlandés obtuvo un conocimiento de su potencial como hijo de Dios. El élder Callis dejó un legado duradero a su numerosa familia. Al servir como presidente de misión durante veinticinco años y en su ministerio apostólico durante trece, bendijo literalmente la vida de miles de personas. Me siento privilegiado por haber conocido a ese gran apóstol del Señor cuando yo era joven.

Si constantemente somos conscientes de las semillas de divinidad que hay en nuestro interior, podremos elevarnos por encima de los problemas y de las dificultades terrenales. Brigham Young dijo: “Cuando contemplo el rostro de seres inteligentes, veo la imagen del Dios cuyo siervo soy. No hay persona que no posea cierta porción de divinidad; y aunque estamos revestidos de un cuerpo que es a la imagen de nuestro Dios, esta condición física es inferior a la porción divina que hemos heredado de nuestro Padre”¹⁶. El ser conscientes de nuestra herencia divina ayudará a jóvenes, jovencitas y mayores a magnificar la divinidad

que hay en cada uno de ellos y en cada uno de nosotros.

Todos los que deseamos ser honrados por el Señor y recibir Su bondadosa misericordia y bendiciones eternas, debemos, repito, ser obedientes a estos cuatro principios.

1. Reverencia por la Deidad.
2. El respeto de los lazos familiares.
3. Reverencia y obediencia a las ordenanzas y los convenios del santo sacerdocio.
4. Respeto por ustedes mismos como hijos de Dios.

Hermanos, ruego que el Señor nos bendiga a todos y cada uno de nosotros en este gran ejército de hombres rectos poseedores del sacerdocio.

Puede que nuestra contribución individual no parezca ser tan grande, pero creo que unidos el poder del sacerdocio que poseemos es la fuerza más potente que hay hoy en la tierra para hacer el bien. Todo se ejerce bajo las llaves del sacerdocio que tiene en su poder el presidente Gordon B. Hinckley, que es el sumo sacerdote presidente en la tierra. Es mi oración que seamos obedientes a su liderazgo inspirado y sigamos su ejemplo, y que su magnífico ministerio se extienda por muchos años.

Hermanos, he tenido el privilegio, de joven y de adulto, de disfrutar del cálido y consolador manto espiritual del santo sacerdocio durante sesenta y ocho años. No puedo expresar con palabras la enorme y maravillosa influencia que ha sido para mí y para mi familia. En muchas ocasiones no he estado a la altura, pero en mi debilidad he deseado ser merecedor de esta bendición divina. Mientras haya aliento en mi boca, quiero que me vean testificar de la maravilla y gloria del Evangelio restaurado con sus llaves del sacerdocio y autoridad. Ruego seamos dignos de la promesa del Señor: “Honraré a los que me honran”. En el nombre de Jesucristo. Amén. □

NOTAS

1. Samuel 2:30.
2. Daniel 5:23.
3. Véase Juan 21:1–15.
4. Éxodo 20:3.
5. Marcos 12:30.
6. Éxodo 20:7.
7. D. y C. 107:4.
8. Éxodo 20:3.
9. *The Home Book of Quotations*, sexta edición, 1934, pág. 1350.
10. *LeGrand Richards: Beloved Apostle*, Lucile Tate, 1928, pág. 28.
11. “Are You Going to Help Me?” Mark V. Hansen, *Chicken Soup for the Soul*, Jack Canfield y Mark Victor Hansen, 1993, págs. 273–274.
12. 1 Samuel 2:30.
13. Véase D. y C. 132:7.
14. D. y C. 97:8.
15. *Teachings of Harold B. Lee*, Clyde J. Williams, 1996, págs. 602–603.
16. *Discourses of Brigham Young*, sel. John A. Widtsoe, 1941, pág. 168.



Al rescate

Presidente Thomas S. Monson

Primer Consejero de la Primera Presidencia

“Hermanos, el mundo tiene necesidad de su ayuda. Hay pies que estabilizar, manos que aferrar, mentes que animar, corazones que inspirar y almas que salvar”.



Esta noche tengo la abrumadora y humilde responsabilidad de dirigirme a ustedes, mis estimados hermanos que poseen el sacerdocio de Dios, y que se encuentran reunidos aquí en el Centro de Conferencias y por todo el mundo.

Algunos de ustedes son diáconos, quizás recién ordenados; otros son sumos sacerdotes que han prestado servicio largo y fiel en llamamientos sagrados. Todos se han reunido a fin de aprender mejor nuestro deber.

Hermanos, el mundo tiene necesidad de su ayuda. Hay pies que estabilizar, manos que aferrar, mentes que animar, corazones que inspirar y almas que salvar. Las bendiciones de la eternidad les aguardan. Tienen el privilegio de no ser espectadores sino participantes en el escenario del servicio del sacerdocio.

El presidente Wilford Woodruff declaró: “Todas las organizaciones

del sacerdocio tienen poder. El diácono tiene poder por medio del sacerdocio que posee; igual el maestro. Tienen el poder de ir ante el Señor a fin de que se escuchen y contesten sus oraciones, al igual que lo tiene el profeta... Es por medio de este sacerdocio que a los hombres se les confieren ordenanzas, se les perdonan sus pecados y se les redime. Para este propósito se nos ha revelado y sellado sobre nuestra cabeza”.

Una vez escuché a un diácono recién ordenado decir, después de que hubo recibido el Sacerdocio Aarónico: “Hoy es la primera vez que voy a repartir la Santa Cena; casi no puedo esperar. Sé que es una ordenanza muy sagrada, de modo que lo haré con mucho cuidado. Tengo un testimonio verdadero de la Iglesia, y espero ir pronto a servir en una misión”.

Hermanos, permítanme comparar con ustedes una carta que recibí hace algún tiempo, escrita por un marido que se había alejado del sendero del servicio y del deber del sacerdocio. Es típica de la súplica de muchos de nuestros hermanos. Él escribió:

“Estimado Presidente Monson:

“Tuve tanto y ahora tengo tan poco. No soy feliz y siento como si fuera un fracaso en todo. El Evangelio nunca se ha apartado de mi corazón, a pesar de que ya no lo tenga en la vida. Le ruego sus oraciones.

“Por favor no se olvide de los que estamos acá... los Santos de los Últimos Días perdidos. Sé dónde

está la Iglesia, pero a veces creo que necesito que alguien más me muestre el camino, me aliente, me quite mis temores y me dé su testimonio”.

Mientras leía esa carta, mis pensamientos se remontaron a una visita a unas de las grandes galerías de arte del mundo, el famoso Museo Victoria y Alberto, de Londres, Inglaterra. Allí, exquisitamente enmarcada, estaba una obra maestra que Joseph Mallord William Turner pintó en 1831. En la pintura se aprecian nubes tenebrosas y la furia de un mar turbulento que augura peligro y muerte. A lo lejos se divisa la luz de un barco encallado. En primer plano, está un bote salvavidas al que lanzan a lo alto las olas de agua espumosa. En la playa está una esposa y dos niños, empapados por la lluvia y azotados por el viento; miran ansiosos hacia el mar. Mentalmente abrevié el nombre de la pintura; para mí se llamaba “Al rescate”.

En medio de las tormentas de la vida acecha el peligro; y los hombres, al igual que los barcos, se encuentran encallados y frente a la destrucción. ¿Quién tripulará los barcos salvavidas, para dejar atrás las comodidades del hogar y de la familia, e irá al rescate?

El presidente John Taylor nos advirtió: “Si no magnificáis vuestros llamamientos, Dios os hará responsables de aquellos que pudisteis haber salvado si sólo hubierais cumplido con vuestro deber”.

Hermanos, nuestra tarea es insuperable. Estamos en la obra del Señor, y por lo tanto, tenemos derecho a la ayuda de Él. Pero debemos esforzarnos. De la obra teatral *Shenandoah* proviene la siguiente línea que sirve de inspiración: “Si no lo intentamos, no lo haremos; si no lo hacemos, ¿para qué, entonces, estamos aquí?”.

Cuando el Maestro ministró entre los hombres, dijo a los pescadores de Galilea que dejaran sus redes y le siguieran, declarándoles: “...os haré pescadores de hombres”³. Y así lo hizo. Esta noche Él hace el llamado a cada uno de nosotros de unirnos a las filas⁴. Él nos proporciona el plan de batalla con Su amonestación:



“Por tanto, aprenda todo varón su deber, así como a obrar con toda diligencia en el oficio al cual fuere nombrado”⁵.

Aprecio y atesoro la noble palabra *deber*. Demos oído al conmovedor recordatorio que se encuentra en la epístola de Santiago: “Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos”⁶.

Hay una antigua canción de mi generación que se intitula: “El sólo desearlo lo hará realidad”. Eso no es verdad. El sólo desearlo *no* lo hará realidad. El Señor espera nuestro razonamiento; nuestra acción; nuestro trabajo; nuestros testimonios; nuestra devoción. Lamentablemente, hay aquellos poseedores del sacerdocio que se han vuelto menos activos. Ayudémosles a volver al sendero que conduce a la vida eterna. Edifiquemos esa firme base del Sacerdocio de Melquisedec que será el fundamento de la actividad y del progreso de la Iglesia; será el puntal que fortalecerá toda familia, todo hogar, todo quórum de todo país.

Hermanos, podemos tender una mano de ayuda a aquellos de los que somos responsables y traerlos a la mesa del Señor para deleitarse en

Su palabra y disfrutar la compañía de Su Espíritu, y no ser “extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios”⁷.

El transcurso del tiempo no ha alterado la capacidad del Redentor para cambiar la vida de los hombres, nuestra vida y la vida de aquellos con quienes trabajamos. Tal como le dijo a Lázaro, el muerto, así nos dice hoy: “Ven”⁸. Sal de la desesperación de la duda; sal de la aflicción del pecado; sal de la muerte de la incredulidad; sal a una nueva vida. Ven.

Descubriremos que aquellos a quienes servimos, que a través de nuestra labor han sentido la influencia del amor del Salvador, por alguna razón no pueden explicar el cambio que se efectúa en sus vidas. Tienen el deseo de servir con más fidelidad, caminar con más humildad y vivir más como el Salvador. Después de recibir su vista espiritual y vislumbrar las promesas de la eternidad, hacen eco a las palabras del hombre ciego a quien Jesús le restauró la vista, que dijo: “una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo”⁹.

¿Cómo podemos explicar esos milagros? ¿A qué se debe el aumento en la actividad espiritual de hombres

que por tanto tiempo habían sido menos activos? El poeta, al hablar de la muerte, escribió: “Dios tocó al hombre, y durmió”¹⁰. Yo digo, al hablar de este nuevo nacimiento, “Dios tocó a los hombres, y despertaron”.

Hay dos razones fundamentales que en gran parte son responsables de estos cambios de actitud, de hábitos, de acciones. Primero, el hombre ha demostrado sus posibilidades eternas y ha tomado la decisión de lograrlas. El hombre ya no puede sentirse conforme con la mediocridad una vez que la excelencia esté a su alcance.

Segundo, otros hombres han seguido la admonición del Salvador y han amado a su prójimo como a sí mismos, han ayudado a realizar los sueños y las ambiciones de su prójimo.

En este proceso, el catalizador ha sido, y continuará siendo, el principio del amor.

Otro principio de verdad que nos guiará en nuestra determinación es que los muchachos y los hombres pueden cambiar. Recuerdo las palabras del guardián de una prisión que enseñó este principio. Un difamador que se enteró de los esfuerzos del guardián Duffy para rehabilitar a los hombres, dijo: “¿No sabe que los leopardos no pueden cambiar sus manchas?”.

El guardián Duffy respondió: “Sepa usted que no trabajo con leopardos. Trabajo con hombres, y los hombres cambian todos los días”.

Hace muchos años, antes de partir como presidente de la Misión Canadiense, con sede en Toronto, Ontario, había entablado amistad con un hombre que se llamaba Shelley, que vivía en el barrio, pero que no había abrazado el Evangelio, no obstante que su esposa e hijos sí lo habían aceptado. A Shelley se le había conocido como el hombre más fuerte del lugar cuando era joven; era un gran boxeador, aunque sus luchas raras veces eran en el cuadrilátero, sino en otro lado. Por más que me esforcé, no pude cambiar la actitud de Shelley; todo parecía ser en vano. Con el tiempo, Shelley y su familia se mudaron de nuestro barrio.

Después de volver de Canadá y de que fui llamado a integrar los Doce, recibí una llamada telefónica de Shelley; me dijo: “¿Podría sellar a mi esposa y a mí y nuestra familia en el Templo de Salt Lake?”.

Vacilante, le contesté: “Shelley, primero hay que hacerse miembro de la Iglesia”.

Se rió y respondió: “Me encargué de eso cuando usted estuvo en Canadá. Mi maestro orientador trabaja en un cruce de peatones escolar, y todos los días, cuando nos poníamos a charlar, hablábamos del Evangelio”.

Se efectuaron los sellamientos; se unió a una familia, y se sintió el gozo.

Abraham Lincoln ofreció este sabio consejo, el cual se aplica a los maestros orientadores: “Si deseas que un hombre esté a tu favor, *primero* convéncelo de que eres su amigo sincero”¹¹.

Un amigo hace más que una visita por compromiso cada mes; un amigo se preocupa más acerca de la gente que de recibir méritos por haber cumplido con su obligación; un amigo demuestra interés; un amigo ama; un amigo escucha y un amigo hace lo posible por ayudar.

Hay hermanos en todos los barrios que parecen tener la aptitud y la habilidad especial de penetrar la corteza exterior y llegar al corazón. Uno de ellos era Raymond L. Egan, que fue mi consejero en el obispado. A él le encantaba hacerse amigo de un padre de familia para activarlo en la Iglesia y de ese modo también traer al redil a su esposa e hijos queridos. Este maravilloso fenómeno se repitió muchas veces, hasta que el hermano Egan salió de esta vida.

Hay también otras maneras mediante las cuales podríamos elevar y servir. En una ocasión, conversaba con un hombre de negocios jubilado al que conocía desde hacía mucho tiempo. Le pregunté: “Ed, ¿qué puesto tienes en el barrio?” Respondió: “Tengo la mejor asignación del barrio. Mi responsabilidad es ayudar a los desempleados a encontrar trabajo permanente. Este año ayudé a doce hermanos que estaban sin trabajo a encontrar empleo permanente. Nunca me he sentido tan feliz”. Corto de estatura, el “petizo Ed”, como lo llamamos cariñosamente, me pareció muy alto ese día, al hablarme con la voz entrecortada y los ojos húmedos. Él demostraba su amor ayudando a los necesitados; él

restauraba la dignidad humana; él abría puertas para aquellos que no sabían hacerlo para sí mismos.

Creo firmemente que los que hacen lo posible por ayudar y edificar han encontrado la fórmula que bien describe al hermano Walter Stover, un hombre que dedicó su vida al servicio de los demás. En el funeral del hermano Stover, su yerno le rindió tributo con estas palabras: “Walter Stover tenía la habilidad de ver a Cristo en cada rostro que encontraba, y trataba a cada persona de acuerdo con ello.” Sus actos caritativos son legendarios así como lo es su talento para elevar a todas las personas a las que conocía. Su luz guiadora era la voz del Maestro que decía: “en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos... a mí lo hicisteis”¹².

Hermanos, adquieran el lenguaje del Espíritu; no se aprende en libros escritos por hombres de letras ni por medio de la memorización ni la lectura. El lenguaje del Espíritu lo aprende aquel que procura con todo su corazón conocer a Dios y obedecer Sus mandamientos. La capacidad para “hablar” ese idioma permite que se rompan barreras, se superen obstáculos y se llegue al corazón humano.



En un momento de peligro o de prueba, ese conocimiento, esa esperanza, esa comprensión llevan consuelo a la mente preocupada y al corazón atribulado. Las sombras del desaliento se ven desvanecidas por rayos de esperanza; el pesar da paso al gozo, y la sensación de encontrarse perdido en la vida desaparece ante la seguridad de que nuestro Padre Celestial se interesa en cada uno de nosotros.

Para concluir, vuelvo a la pintura de Turner. En un sentido muy real, las personas que quedaron abandonadas en el barco que quedó encallado en el tempestuoso mar son como muchos jóvenes —y hombres mayores también— que esperan ser rescatados por aquellos de nosotros que poseemos la responsabilidad del sacerdocio de tripular los botes salvavidas. Sus corazones anhelan ayuda. Las madres y los padres oran por sus hijos; las esposas y los hijos suplican al cielo que su padre y otros sean rescatados.

Esta noche ruego que todos los que poseemos el sacerdocio podamos percibir nuestras responsabilidades y, unidos, sigamos a nuestro Líder, sí, el Señor Jesucristo, y a Su Profeta, el presidente Gordon B. Hinckley, para ir *al rescate*.

En el nombre de Jesucristo. Amén. □

NOTAS

1. “El llamamiento a servir”, *Liahona*, enero de 2001, pág. 57).
2. “Llamados a servir”, *Liahona*, julio de 1996, pág. 46.
3. Mateo 4:19.
4. “Somos los soldados”, *Himnos*, pág. 162.
5. D. y C. 107:99.
6. Santiago 1:22.
7. Efesios 2:19.
8. Juan 11:43.
9. Juan 9:25.
10. Alfred, Lord Tennyson, *In Memoriam*, A. H. H., sección 85, estrofa 5, línea 4; ortografía modificada.
11. *The Collected Works of Abraham Lincoln*, ed. Roy P. Basler, 8 tomos, 1953, tomo 1, pág. 273.
12. Mateo 25:40.

El Fondo Perpetuo para la Educación

Presidente Gordon B. Hinckley

“Donde haya pobreza generalizada entre los de nuestro pueblo, debemos hacer todo lo que podamos para ayudarles a elevarse, a establecer su vida sobre el fundamento de la autosuficiencia que brinda la instrucción. La educación es la clave de la oportunidad”.



Los misioneros continuaban haciendo conversos en las Islas Británicas y en Europa, los cuales se unían a la Iglesia por cientos. Una vez que se bautizaban, deseaban congregarse en Sión. Su fortaleza y aptitudes hacían falta aquí, y su anhelo de venir era muy intenso. Pero muchos de ellos eran sumamente pobres, por lo que no tenían dinero para costearse el viaje. ¿Cómo habían de llegar aquí?

Con la inspiración del Señor, se ideó un plan: se estableció lo que se conoció como el Fondo Perpetuo para la Emigración. Bajo ese plan, financiado por la Iglesia, a pesar de la suma pobreza de ésta en aquel tiempo, se prestaba dinero a los miembros que tenían poco o nada. Los préstamos se hacían con el acuerdo de que cuando los conversos llegaran aquí, buscarían empleo y, a medida que fuesen capaces de hacerlo, saldarían el préstamo. Entonces, el dinero devuelto se prestaba a otros para permitirles emigrar. Era un fondo rotatorio, en verdad, un Fondo Perpetuo para la Emigración.

Con la ayuda de ese fondo, se calcula que unos 30.000 conversos a la Iglesia pudieron congregarse en Sión. Constituyeron una gran mano de obra para el trabajo aquí. Algunos de ellos vinieron con conocimientos prácticos de mampostería y otros los adquirieron. Fueron capaces de efectuar un servicio extraordinario en la construcción de edificios y en otros trabajos que requerían conocimientos

Hermanos, antes de dar comienzo a mi discurso, deseo expresar nuestras más cordiales felicitaciones a este coro del Sacerdocio de Melquisedec, compuesto de hermanos de todas las profesiones y condiciones sociales, cantando todos ellos con corazones llenos del testimonio de los himnos de Sión. Hermanos, muchísimas gracias.

Ahora, busco la inspiración del Señor al hablarles brevemente de lo que considero es un asunto muy importante.

Para empezar, retrocedamos en el tiempo algo más de 150 años. En 1849 nuestros antecesores hicieron frente a un serio problema. Nuestra gente había estado en el Valle del Lago Salado desde hacía dos años.

técnicos. Llegaron aquí en carromatos y con carros de mano. Pese a la espantosa tragedia de los que viajaron con carros de mano en 1856, cuando aproximadamente 200 de ellos murieron de frío y enfermedad en las llanuras de Wyoming, viajaron sin percance y llegaron a ser una parte importante de la familia de la Iglesia en estos valles entre las montañas.

Por ejemplo, James Moyle era picapedrero en Plymouth, Inglaterra, cuando fue bautizado a los 17 años de edad. De esa ocasión, él escribió: "Entonces hice convenio con el Señor de que le serviría aunque se hablara bien o mal de mí. Fue el momento decisivo de mi vida que me mantuvo alejado de las malas compañías" (Hinckley, Gordon B., *James Henry Moyle*, 1951, pág. 18).

No obstante su conocimiento de albañilería, tenía muy poco dinero. Pidió un préstamo al Fondo Perpetuo para la Emigración y partió de Inglaterra en 1854, viajó en barco a América, atravesó las llanuras y casi de inmediato tras su llegada aquí consiguió empleo como cantero en la Casa del León, ganando tres dólares al día. Ahorró su dinero y, cuando hubo juntado setenta dólares, que era la cantidad de su deuda, sin demora pagó el préstamo del Fondo para la Emigración. De ello, dijo: "Entonces me consideré un hombre libre" (*Ibid.*, pág. 24).

Una vez que el Fondo Perpetuo para la Emigración ya no fue necesario, se disolvió. Creo que muchos de los que me están escuchando son descendientes de aquellos que fueron bendecidos gracias a ese fondo. Ustedes son hoy día prósperos y estables debido a lo que se hizo por sus antepasados.

Ahora, mis hermanos, hacemos frente a otro problema en la Iglesia. Tenemos muchos misioneros, hombres y mujeres jóvenes, que son llamados a servir en su tierra natal y lo hacen con honor en México, en Centroamérica, en Sudamérica, en las Filipinas y en otros lugares. Tienen muy poco dinero, pero hacen una contribución con lo que tienen. Se les sostiene en gran parte

con el Fondo General Misional, al cual aportan muchos de ustedes; esas aportaciones agradecemos profundamente.

Llegan ellos a ser excelentes misioneros que trabajan codo a codo con los élderes y las hermanas que van de los Estados Unidos y de Canadá. Durante ese servicio llegan a conocer cómo funciona la Iglesia y adquieren un entendimiento más amplio del Evangelio; aprenden a hablar un poco el inglés; trabajan con fe y devoción. Entonces llega el día en el que son relevados y vuelven a casa con grandes aspiraciones; pero muchos de ellos tropiezan con enormes dificultades para conseguir empleo porque no tienen la preparación

necesaria y vuelven a hundirse en la pobreza de la que vinieron.

Debido a su preparación limitada, es poco probable que lleguen a ser líderes en la Iglesia; es más probable que se vean en la necesidad de recibir ayuda de bienestar. Ellos se casarán y criarán hijos que seguirán el mismo ciclo que ellos han conocido. Su futuro es en verdad sombrío. Hay algunos otros que no han ido a la misión y que tienen la misma necesidad de adquirir preparación para salir de la pobreza.

En una tentativa por remediar esa situación, proponemos un plan, un plan que creemos ha sido inspirado por el Señor. La Iglesia está estableciendo un fondo constituido en su mayor parte por las contribuciones

Asistentes a la conferencia llenan las plazas y las escaleras del Centro de Conferencias que se divisan desde el cercano Edificio de las Oficinas Generales de la Iglesia.





que han hecho y seguirán haciendo fieles Santos de los Últimos Días para este fin. Estamos hondamente agradecidos a ellos. Basándonos en principios parecidos a los que sustentaron el Fondo Perpetuo para la Emigración, lo llamaremos el Fondo Perpetuo para la Educación.

Con las ganancias de la inversión de este fondo, se harán préstamos a los jóvenes de ambos sexos que tengan aspiraciones, en su mayor parte, a ex misioneros, para que cursen estudios. Entonces, cuando reúnan los requisitos para conseguir empleo, se espera que devuelvan lo que hayan pedido prestado junto con una pequeña cantidad de interés destinada a servir de incentivo para pagar el préstamo.

Se espera que asistan a planteles educacionales de sus propias comunidades. Podrán vivir en casa. Tenemos un excelente programa de instituto establecido en esos países donde se les puede conservar cerca de la Iglesia. Los directores de esos institutos están familiarizados con los estudios que se pueden cursar en sus propias ciudades. Al principio, la mayoría de esos estudiantes asistirán a escuelas técnicas donde aprenderán informática, ingeniería de refrigeración y otras especialidades que tienen demanda y en las cuales se pueden preparar. Posteriormente, el plan se puede ampliar para abarcar estudios superiores.

Se espera que esos jóvenes y esas jóvenes asistan a instituto donde el director pueda seguir de cerca la marcha del progreso de ellos. Los que deseen participar en el programa harán una solicitud al director de instituto, quien hará que se aprueben por conducto de los obispos y de los presidentes de estaca locales para determinar que sean dignos y que necesiten la ayuda. En seguida, el nombre de ellos y la cantidad especificada de sus respectivos préstamos se enviarán a Salt Lake City donde se expedirán los fondos pagaderos no a las personas, sino a la institución donde cursarán los estudios. No habrá tentación de emplear el dinero para otros fines.

Tendremos un sólido consejo administrativo aquí en Salt Lake y un director del programa que será una Autoridad General emérita, un hombre de probada competencia empresarial y técnica, que ha aceptado esta responsabilidad como voluntario.

No supone una nueva organización ni nuevo personal, sólo un director y un secretario. Básicamente no costará nada para administrarlo.

Comenzaremos de forma modesta a partir del otoño que viene. Prevemos los tiempos en los que este programa beneficiará a un considerable número de personas.

Con buena preparación para conseguir empleo, esos jóvenes y esas

jóvenes podrán salir de la pobreza que tanto ellos como sus antecesores han conocido. Proveerán mejor para su familia. Prestarán servicio en la Iglesia y progresarán en responsabilidades de liderazgo. Pagarán el préstamo para hacer posible que otros sean bendecidos como ellos lo habrán sido. Será un fondo rotatorio. Como miembros fieles de la Iglesia, pagarán su diezmo y ofrendas, y la Iglesia será mucho más firme gracias a la presencia de ellos en las regiones donde viven.

Hay un antiguo refrán que dice que si se le da a una persona un pescado, tendrá comida para un día, pero si se le enseña a pescar, tendrá comida para el resto de la vida.

Ésta es una audaz iniciativa, pero creemos en la necesidad de que exista y en el éxito que tendrá. Se llevará a cabo como un programa oficial de la Iglesia con todo lo que ello supone. Será una bendición para todos aquellos cuyas vidas toque: para los hombres y las mujeres jóvenes, para sus futuros hijos, y para la Iglesia que será bendecida con el sólido liderazgo local de ellos.

El programa es posible. Tenemos dinero suficiente, ya donado, para respaldar la operación inicial. Dará buenos resultados porque seguirá los conductos del sacerdocio y porque funcionará en el ámbito local. Tendrá que ver con especialidades prácticas y con necesarios campos de conocimientos técnicos. El participar en este programa no ocasionará ninguna vergüenza a los que tomen parte en él, sino más bien un sentimiento de orgullo. No será una obra de bienestar, no obstante el carácter encomiable de esos esfuerzos, sino una oportunidad de adquirir instrucción. Los beneficiarios devolverán el dinero y, cuando lo hagan, experimentarán una magnífica sensación de libertad debido a que no se habrán superado gracias a una beca ni a un regalo, sino a un préstamo que habrán pagado. Podrán levantar la cabeza con un espíritu de independencia. Y grandes son las probabilidades de que permanezcan fieles y activos [en la Iglesia] a lo largo de su vida.



Vista aérea del Templo de Salt Lake y de la Manzana del Templo, con la cúpula del Tabernáculo a la derecha y el Salón de Asambleas, arriba a la izquierda.

Autoridades Generales de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

LA PRIMERA PRESIDENCIA

Julio de 2001



Presidente Thomas S. Monson
Primer Consejero



Presidente Gordon B. Hinckley



Presidente James E. Faust
Segundo Consejero

EL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES



Boyd K. Packer



L. Tom Perry



David B. Haight



Neal A. Maxwell



Russell M. Nelson



Dallin H. Oaks



M. Russell Ballard



Joseph B. Wirthlin



Richard G. Scott



Robert D. Hales



Jeffrey R. Holland



Henry B. Eyring

LA PRESIDENCIA DE LOS SETENTA



L. Aldin Porter



Earl C. Tingey



D. Todd Christofferson



Marlin K. Jensen



David E. Sorensen



Ben B. Banks



Dennis B.
Neuenschwander

EL PRIMER QUÓRUM DE LOS SETENTA

EL SEGUNDO QUÓRUM DE LOS SETENTA



Angel Abrea



Carlos H. Amado



Neil L. Andersen



Merrill J. Bateman



William R. Bradford



Monte J. Brough



John K. Carmack



Richard D. Allred



Athos M. Amorim



E. Ray Bateman



L. Edward Brown



Douglas L. Callister



Val R. Christensen



Darwin B. Christenson



Sheldon F. Child



L. Whitney Clayton



Gary J. Coleman



Spencer J. Condie



Gene R. Cook



Quentin L. Cook



Claudio R. M. Costa



Richard E. Cook



Keith Crockett



Adhemar Damiani



Duane B. Gerrard



H. Aldridge Gillespie



Ronald T. Halverson



Wayne M. Hancock



Robert K. Dellenbach



John B. Dickson



Charles Didier



Vaughn J. Featherstone



Christoffel Golden Jr.



Walter F. González



John H. Groberg



Keith K. Hilbig



J. Kent Jolley



Dale E. Miller



Earl M. Monson



Merrill C. Oaks



Robert C. Oaks



Robert F. Orton



Bruce C. Hafen



Donald L. Hallstrom



F. Melvin Hammond



Harold G. Hillam



F. Burton Howard



Jay E. Jensen



Kenneth Johnson



Stephen B. Oveson



Wayne S. Peterson



Bruce D. Porter



H. Bryan Richards



Ned B. Roueché



R. Conrad Schultz



Dennis E. Simmons



L. Lionel Kendrick



W. Rolfe Kerr



Yoshihiko Kikuchi



Cree-L. Kofford



John M. Madsen



Richard J. Maynes



Lynn A. Mickelsen



Donald L. Staheli



Robert R. Steuer



David R. Stone



H. Bruce Stucki



Jerald L. Taylor



D. Lee Tobler



Gordon T. Watts



Glenn L. Pace



Rex D. Pinegar



Carl B. Pratt



Ronald A. Rasband



Lynn G. Robbins



Cecil Q. Samuelson Jr.



Steven E. Snow



Stephen A. West



Robert J. Whetten



Richard H. Winkler



Richard B. Wirthlin



Ray H. Wood



Robert S. Wood



H. Ross Workman



Dieter F. Uchtdorf



Francisco J. Viñas



Lance B. Wickman



W. Craig Zwick

EL OBISPAO PRESIDENTE



Richard C. Edgley
Primer Consejero



H. David Burton
Obispo Presidente



Keith B. McMullin
Segundo Consejero



Arriba, izquierda: El presidente Gordon B. Hinckley. **Arriba, derecha:** El presidente Gordon B. Hinckley y el presidente Thomas S. Monson, Primer Consejero de la Primera Presidencia, llegan a una sesión de la conferencia. **Abajo:** El Coro del Tabernáculo, bajo la dirección de Craig Jessop, canta durante una sesión de la conferencia. Las Autoridades Generales y los oficiales generales de la Iglesia llenan cinco filas de asientos en el estrado.

Ya estamos llevando a cabo en unos cuantos lugares servicios de empleo bajo el programa de bienestar de la Iglesia, que consta principalmente de oficinas que son bolsas de trabajo. El asunto de la educación será responsabilidad del Fondo Perpetuo para la Educación. La operación de los centros de empleo será responsabilidad del programa de bienestar. Esos centros de empleo tratan con hombres y mujeres que buscan trabajo y que tienen preparación, pero que carecen de las referencias adecuadas. Uno es un fondo rotatorio de educación para hacer posible el aprendizaje de especialidades. El otro se encarga de colocar en empleos mejores a hombres y a mujeres que ya tienen conocimientos especializados que se requieren en el mercado laboral.

El presidente Clark solía decirnos en esas reuniones generales del sacerdocio que no hay nada que el sacerdocio no pueda lograr si trabajamos unidos para sacar adelante un programa destinado a bendecir a las personas (véase J. Reuben Clark, hijo, en Conference Report, abril de 1950, pág. 180).

Ruego que el Señor nos dé visión y entendimiento para llevar a cabo lo que ayudará a nuestros miembros no tan sólo espiritualmente sino también temporalmente. Sobre nuestros hombros descansa una obligación muy seria. El presidente Joseph F. Smith dijo hace casi cien años que una religión que no ayude a una persona en esta vida no hará mucho por ella en la existencia venidera (véase "The Truth about Mormonism", revista *Out West*, septiembre de 1905, pág. 242).

Donde haya pobreza generalizada entre los de nuestro pueblo, debemos hacer todo lo que podamos para ayudarles a elevarse, a establecer su vida sobre el fundamento de la autosuficiencia que brinda la instrucción. La educación es la clave de la oportunidad. Los estudios deben cursarlos [los participantes] en las regiones donde viven, puesto que de ese modo se adaptarán a las oportunidades que haya en ellas. Y costarán mucho menos en esos lugares que lo

que costarían si se cursaran en los Estados Unidos, en Canadá o en Europa.

Éste no es un sueño. Contamos con los medios por parte de la bondad y la gentileza de amigos maravillosos y generosos. Tenemos la organización. Tenemos el número de personas y dedicados siervos del Señor para sacarla adelante con éxito. Es una obra de voluntarios que no costará a la Iglesia prácticamente nada. Con humildad y agradecimiento rogamos a Dios que prospere esta labor y que ésta traiga bendiciones, ricas y maravillosas, sobre la cabeza de cientos de personas tal como la organización que la precedió, el Fondo Perpetuo para la Emigración, trajo innumerables bendiciones a las personas que participaron de sus oportunidades.

Como he indicado, algunos ya han donado sumas muy importantes para formar el capital cuyos dividendos se utilizarán para satisfacer la mencionada necesidad, pero necesitaremos considerablemente más. Invitamos a las demás personas que deseen hacer una aportación a hacerla.

Prevedemos que habrá algunos incumplimientos en el pago de los

préstamos, pero confiamos en que la mayoría cumplirá con lo que se espera de ellos, y generaciones por venir serán bendecidas. Podemos prever que generaciones futuras también se hallarán necesitadas, pues como Jesús dijo: "Porque a los pobres siempre los tendréis con vosotros..." (Juan 12:8). Por consiguiente, debe ser un fondo rotatorio.

Es nuestra solemne obligación, es nuestra inevitable responsabilidad, mis hermanos, "socorre[r] a los débiles, levanta[r] las manos caídas y fortalece[r] las rodillas debilitadas" (D. y C. 81:5). Debemos ayudarles a ser autosuficientes y a salir adelante con éxito.

Creo que el Señor no desea ver a los de Su pueblo condenados a vivir en la pobreza. Creo que Él desea que los fieles disfruten de las cosas buenas de la tierra. Él desea que hagamos esas cosas para ayudarles. Y Él nos bendecirá si lo hacemos. Por el éxito de esta empresa, ruego humildemente, al mismo tiempo que pido su interés, su fe y sus oraciones y su preocupación en beneficio de ella. Lo hago en el nombre del Señor Jesucristo. Amén. □

El sol del atardecer destaca la delicada elegancia del interior del Centro de Conferencias.



Nacer de nuevo

Presidente James E. Faust

Segundo Consejero de la Primera Presidencia

“El pleno beneficio del perdón de los pecados por medio de la expiación del Salvador empieza con el arrepentimiento y el bautismo, y luego se extiende al recibir el Espíritu Santo”.



Mis queridos hermanos, hermanas y amigos, para mí la responsabilidad de hablarles a todos ustedes es un asunto de gran preocupación. Oro para que me comprendan.

Mi bautismo en esta Iglesia constituyó uno de los acontecimientos memorables de mi vida; yo tenía ocho años. Mis padres nos habían enseñado a mis hermanos y a mí el significado de esta gran ordenanza. Mi madre me dijo que después del bautismo sería responsable de las cosas malas que hiciera. Recuerdo vívidamente el día de mi bautismo: fui bautizado en la pila bautismal del Tabernáculo de la Manzana del Templo. Aquellos que iban a bautizarse se vistieron con ropas blancas y uno a uno fueron llevados con

cuidado para bajar los peldaños hasta el agua. A uno de los niños que se bautizó ese día no se le sumergió totalmente y entonces la ordenanza tuvo que repetirse. Eso era necesario porque, como lo indican las Escrituras, “el bautismo simboliza la muerte, la sepultura y la resurrección, y sólo puede efectuarse por inmersión”¹. También sigue el modelo establecido por el Salvador, quien se bautizó en el río Jordán, donde había mucha agua. Tal como Mateo lo registra: “Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua”².

A pesar de que sólo tenía ocho años, las palabras de la oración bautismal penetraron profundamente en mi alma. Después de decir mi nombre, el hermano Irvin G. Derrick, que me bautizó, dijo: “Habiendo sido comisionado por Jesucristo, yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén”³.

Desde que fui bautizado, más de 11 millones de personas han sido bautizadas en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días de manera similar y por la misma autoridad. Se han bautizado en lagos congelados, en el océano o en lagunas, algunas de las cuales se cavaron para ese propósito. Una de esas lagunas tiene gran significado histórico. En 1840, Wilford Woodruff, en ese entonces uno de los Doce Apóstoles, servía en una misión en Inglaterra y tuvo la impresión de ir a un distrito rural cerca de Ledbury. Allí conoció a John Benbow, que tenía una granja

grande y una pequeña laguna. John lo presentó a una congregación llamada “United Brethren” (Hermanos Unidos) que estaba deseosa de escuchar el mensaje del Evangelio. Escribió más tarde en su diario que el 7 de marzo de 1840, sin nadie que le ayudara, “pasé la mayor parte del... día limpiando y preparando un estanque de agua para los bautismos, puesto que me di cuenta de que muchos recibirían esa ordenanza. Más tarde, bauticé seiscientas personas en ese estanque de agua”⁴.

El Salvador nos enseñó que todos los hombres y las mujeres deben nacer de nuevo. Nicodemo, uno de los principales entre los judíos, fue al Salvador de noche subrepticamente y dijo: “...Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él.

“Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”⁵.

Nicodemo quedó perplejo y preguntó: “...¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?”

Jesús explicó que Él estaba hablando sobre el nacer espiritualmente, y dijo:

“...De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios.

“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”⁶.

Todos tenemos que nacer espiritualmente, desde los 8 años hasta los 80, o incluso los 90. Cuando la hermana Luise Wulff, de la República Democrática Alemana, se bautizó en 1989, exclamó: “¡Qué les parece: 94 años y nacida de nuevo!”⁷. Nuestro primer nacimiento ocurre cuando nacemos en la vida terrenal. Nuestro segundo nacimiento comienza cuando somos bautizados por agua por alguien que tenga el sacerdocio de Dios, y finaliza cuando somos confirmados, y “...entonces viene una remisión de vuestros pecados por fuego y por el Espíritu Santo”⁸.



La sección de las mujeres del Coro del Tabernáculo canta bajo la dirección de Barlow Bradford.

Hace varios años, Albert Peters relató la experiencia que tuvieron él y su compañero referente a un hombre que nació de nuevo. Un día, fueron a la choza de Atiati, que está en la villa de Sasina, en Samoa. Allí encontraron un hombre sin afeitarse, desarreglado y deforme que yacía en la cama, quien les pidió que pasaran y se presentaran. A él le agradó saber que eran misioneros y quiso escuchar su mensaje; entonces ellos le dieron la primera charla, expresaron su testimonio y partieron. Al salir, comentaron la condición de Atiati: había tenido polio hacía 22 años, lo que lo había dejado inutilizado de brazos y piernas; por lo tanto, ¿cómo podría bautizarse algún día estando tan discapacitado?

Cuando visitaron a su nuevo amigo al día siguiente, no estaban preparados para el cambio de Atiati. Ahora se veía lleno de vida y afeitado; incluso se había cambiado la ropa de cama. “Hoy día”, dijo, “empiezo a vivir de nuevo porque ayer mis oraciones fueron contestadas y ustedes vinieron... He esperado por más de 20 años que alguien viniera

a decirme que tenía el verdadero Evangelio de Cristo”.

Durante varias semanas esos dos misioneros enseñaron los principios del Evangelio a ese hombre sincero e inteligente y él adquirió un testimonio fuerte de la verdad y de la necesidad del bautismo. Les pidió que ayunaran con él para que tuviera la fuerza de entrar en el agua y ser bautizado. La pila bautismal más cercana estaba a 14 kilómetros, por lo que aquel día los misioneros lo llevaron en su auto hasta la capilla y lo sentaron en una banca. El líder del distrito inició el servicio con un fuerte testimonio sobre la sagrada ordenanza del bautismo. Luego el élder Peters y su compañero tomaron a Atiati y lo llevaron en brazos hasta la pila. Mientras lo hacían, Atiati les dijo: “Por favor, bájenme”. Como vio que dudaron, repitió: “Bájenme”.

Mientras lo miraban algo confusos, Atiati sonrió y dijo: “Este es el momento más importante de mi vida. No tengo ninguna duda de que éste es el único camino hacia la salvación eterna. ¡No quiero que nadie

me tenga que llevar en brazos a la salvación!” Así es que bajaron a Atiati al suelo. Tras un gran esfuerzo, logró enderezarse. El hombre que había estado postrado durante 20 años sin moverse, ahora estaba de pie. Lentamente, un tembloroso paso a la vez, Atiati bajó cada peldaño metiéndose en el agua, donde el admirado misionero lo tomó de la mano y lo bautizó. Luego pidió que lo llevaran desde la pila hasta la capilla, donde se le confirmó miembro de la Iglesia.

Atiati continuó su progreso y llegó a caminar con sólo la ayuda de un bastón. Le dijo al élder Peters que la mañana de su bautismo supo que volvería a caminar. Dijo: “Dado que la fe puede mover una porfiada montaña, no tuve ninguna duda de que podría arreglar mis piernas”⁹. ¡Creo que podemos decir que Atiati realmente nació de nuevo!

Al igual que Atiati, cuando nos bautizamos, somos nacidos espiritualmente de Dios y tenemos el derecho de recibir Su imagen en nuestros rostros¹⁰. Deberíamos experimentar un gran cambio en nuestros corazones¹¹ para así llegar a ser “nuevas



El élder M. Russell Ballard, del Quórum de los Doce Apóstoles, acompaña a su esposa Bárbara. Detrás de ellos se ve a la hermana Elisa Wirthlin, esposa del élder Joseph B. Wirthlin, también del Quórum de los Doce Apóstoles.

criaturas”¹² y ejercer la fe en la redención de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo, con objeto de mantener nuestras normas de dignidad. Las normas personales de dignidad para ser bautizado en esta Iglesia son claras:

“...Todos los que se humillen ante Dios, y deseen bautizarse, y vengan con corazones quebrantados y con espíritus contritos, y testifiquen ante la iglesia que se han arrepentido verdaderamente de todos sus pecados, y que están dispuestos a tomar sobre sí el nombre de Jesucristo, con la determinación de servirle hasta el fin, y verdaderamente manifiesten por sus obras que han recibido del Espíritu de Cristo para la remisión de sus pecados, serán recibidos en su iglesia por el bautismo”¹³.

El bautismo por inmersión en el agua es “la ordenanza introductoria del Evangelio... y después del bautismo se debe recibir el don del Espíritu Santo a fin de que aquél sea completo”¹⁴. Como lo dijo una vez el profeta José Smith: “Tan provechoso sería bautizar un costal de arena

como a un hombre, si su bautismo no tiene por objeto la remisión de los pecados y la recepción del Espíritu Santo. El bautismo de agua no es sino medio bautismo, y no vale nada sin la otra mitad, es decir, el bautismo del Espíritu Santo”¹⁵.

El pleno beneficio del perdón de los pecados por medio de la expiación del Salvador empieza con el arrepentimiento y el bautismo, y luego se extiende al recibir el Espíritu Santo. Como dijo Nefi, el bautismo es la puerta “...y entonces viene una remisión de vuestros pecados por fuego y por el Espíritu Santo”¹⁶. La puerta del bautismo abre el camino a convenios y bendiciones adicionales por medio del sacerdocio y de las bendiciones del templo.

El don trascendental del Espíritu Santo, junto con la calidad de miembro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, se da por medio de la confirmación, por la imposición de manos de los que tienen la autoridad del sacerdocio. Esto lo aclaró bien Pablo a los efesios cuando dijo: “...¡Recibisteis el

Espíritu Santo cuando creísteis? Y ellos le dijeron: Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo.

“Entonces dijo: ¿En qué, pues, fuisteis bautizados? Ellos dijeron: En el bautismo de Juan.

“Dijo Pablo: Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyesen en aquel que vendría después de él, esto es, en Jesús el Cristo.

“Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús.

“Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo...”¹⁷.

Si son dignos, los que poseen este don espiritual pueden llegar a disfrutar mayor entendimiento y progreso y recibir guía en todas las actividades de la vida, tanto espirituales como temporales. El Espíritu Santo nos testifica de la verdad y estampa con tanta seguridad en nuestras almas la realidad de Dios el Padre y de Su Hijo, Jesucristo, que ningún poder o autoridad terrenal puede separarnos de ese conocimiento¹⁸. De hecho, el no tener el don del Espíritu Santo es algo parecido a tener un cuerpo sin un sistema inmunológico.

Creemos que el Espíritu de Cristo ilumina a todos los hombres y las mujeres¹⁹. Esto es distinto del don del Espíritu Santo.

El profeta José Smith enseñó que “hay una diferencia entre el Espíritu Santo y el don del Espíritu Santo”²⁰. Muchos fuera de la Iglesia han recibido revelación por el poder del Espíritu Santo que los convenció de la verdad del Evangelio. Por medio de ese poder, los investigadores sinceros adquieren un testimonio del Libro de Mormón y de los principios de Evangelio antes de bautizarse. Sin embargo, las administraciones del Espíritu Santo tienen sus limitaciones si no se recibe el don del Espíritu Santo.

Aquellos que poseen el don del Espíritu Santo después del bautismo y la confirmación pueden recibir más luz y testimonio, y esto es porque el don del Espíritu Santo es “un testigo permanente y un don espiritual mayor que las manifestaciones

comunes del Espíritu Santo”²¹. Es un don espiritual mayor porque el don del Espíritu Santo puede actuar como un “agente limpiador para purificar a la persona y santificarla de todos los pecados”²².

Debido a que el bautismo por agua y por el Espíritu es esencial para la salvación completa, en la naturaleza eterna de las cosas todos los hijos de Dios deben tener esta oportunidad, incluso aquellos que han vivido siglos antes. La doctrina del bautismo en el templo de los vivos por los muertos se entendía y practicaba en la iglesia cristiana primitiva. Pablo, en su gran análisis sobre la resurrección, razonó: “De otro modo, ¿qué harán los que se bautizan por los muertos, si en ninguna manera los muertos resucitan? ¿Por qué, pues, se bautizan por los muertos?”²³. El hacer algo tan vital por aquellos que no pueden hacerlo por sí mismos es verdaderamente cristiano. Al dar Su vida para expiar los pecados de todo el género humano, Jesús hizo por nosotros lo que no podemos hacer por nosotros mismos. El profeta Malaquías se refirió a este concepto cuando habló de la venida de Elías el profeta, quien haría “volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que

yo venga y hiera la tierra con maldición”²⁴. Esto se logra en gran medida por medio de la obra vicaria por los muertos.

Ninguna otra organización de la tierra hace más por cumplir la promesa de Malaquías que la Iglesia. A un gran costo y esfuerzo, la Iglesia es guardiana ahora del tesoro de registros familiares más grande del mundo. En la actualidad la Iglesia tiene 660 millones de nombres en el sitio web FamilySearch²⁵. Esos registros se comparten libremente con cualquier persona que desee hacer investigación.

Como he vivido tantos años después de mi bautismo por agua, he llegado a valorar los dones espirituales del Espíritu Santo que he recibido por medio del bautismo por el Espíritu. Fui confirmado hace 72 años por alguien que tenía la autoridad, Joseph A. F. Everett, un amigo íntimo de mis padres y hombre muy noble.

Ruego humildemente que el Espíritu del Señor ponga Su sello sobre la importancia de las cosas sobre las cuales he hablado. Doy testimonio de que no podemos estar realmente convertidos hasta que “andemos en vida nueva”²⁶ y sintamos que somos una nueva persona, purificados “de [nuestros] antiguos pecados”²⁷. Esto sólo puede lograrse

al haber nacido de nuevo del agua y del Espíritu por medio del bautismo y de la recepción del don del Espíritu Santo. De esta forma recibimos perdón divino, por medio de lo cual podemos saber en nuestro corazón que nuestros pecados son perdonados²⁸. Sé que esto es verdadero y lo testifico en el nombre de Jesucristo. Amén. □

NOTAS

1. Véase *Guía para el Estudio de las Escrituras*; véase también Mateo 3:16; Hechos 8:37–39; Romanos 6:1–6; Colosenses. 2:12; D. y C. 20:72–74; 128:12–13.
2. Mateo. 3:16.
3. Véase D. y C. 20:73.
4. Según citado en Matthias F. Cowley, *Wilford Woodruff: History of His Life and Labors*, 1964, pág. 117.
5. Juan 3:2–3.
6. Juan 3:4–6.
7. “Nacer de nuevo a los noventa y cuatro años”, *Liahona*, junio de 1994, pág. 24.
8. 2 Nefi 31:17.
9. Véase Albert Peters, “Con pasos trémulos”, *Liahona*, junio de 1995, pág. 3.
10. Véase Alma 5:14.
11. Véase Alma 5:14.
12. Mosíah 27:26.
13. D. y C. 20:37.
14. *Guía para el Estudio de las Escrituras*, pág. 23.
15. *Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 384.
16. 2 Nefi 31:17; véase también D. y C. 19:31.
17. Hechos 19:2–6.
18. Véase 2 Nefi 31:18.
19. Véase D. y C. 93:2.
20. *Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 240.
21. En James R. Clark, comp., *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 1965–1975, 6 tomos, tomo 5, pág. 4.
22. *Guía para el estudio de las Escrituras*, “Espíritu Santo”, pág. 67.
23. 1 Corintios 15:29.
24. Malaquías 4:6; véase también D. y C. 138:47; JS—H 1:39.
25. Véase www.familysearch.org.
26. Romanos 6:4.
27. 2 Pedro 1:9.
28. Véase Mosíah 4:3.



“Con esperanza... arar”

Élder Neal A. Maxwell
Del Quórum de los Doce Apóstoles

“Al utilizar la Expiación, tenemos acceso a los dones del Espíritu Santo, lo que nos ‘llena de esperanza y de amor perfecto’” (Moroni 8:26).



Es obvio, hermanos y hermanas, que el mundo está “en conmoción”, ipero el reino sigue adelante como nunca antes! (véase D. y C. 88:91; 45:26.) Esta distinción se define más claramente por las tendencias adversas que hay en el mundo, donde los valores tradicionales se están soltando de las amarras de la Restauración; se están deslizando con rapidez (véase D. y C. 105:31.)

Los resultados son mezclas contradictorias, tales como el aburrimiento y la violencia. Algunos sencillamente existen “sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Efesios 2:12; véase también Alma 41:11). La vía del discípulado moderno nos lleva por en medio de una jungla hostil en la que algunos modos de vida no pueden decidir qué límites establecer, iya que ni siquiera saben dónde están!

Sí, tenemos una gama de comunicaciones y entretenimientos sin

precedentes, aunque también muchas multitudes solitarias. La unión de la tecnología no es el sustituto de la familia.

Aun cuando lamento el resultado de esas tormentas que se avecinan, puedo hallar cierta utilidad en ellas. A través de ellas, podemos llegar a ser más espiritualmente dóciles, porque “excepto que el Señor castigue a su pueblo con muchas aflicciones... (Su pueblo) no se acuerda de él” (Helamán 12:3). De todos modos, el Señor siempre está refinando silenciosamente a los de Su pueblo fiel de manera individual, pero también habrá otros acontecimientos que explicarán los caminos más elevados de Dios y de Su reino (véase D. y C. 136:31).

Por lo tanto, nuestras circunstancias son desafiantes. Existen muchos padres abrumados, más y más matrimonios se están desintegrando, y hay familias desarticuladas. Las consecuencias destructivas nos impactan constantemente con las drogas, la violencia y la pornografía; en verdad, “la desesperación viene por causa de la iniquidad” (Moroni 10:22). Ya que el adversario “busca que todos los hombres sean miserables como él”, su plan es el plan de miseria (2 Nefi 2:27; véase también el versículo 18).

Los valientes entre nosotros siguen adelante a pesar de todo porque saben que el Señor los ama, aun cuando no “saben el significado de todas las cosas” (1 Nefi 11:17). Mientras ustedes y yo observamos a los valientes enfrentar con éxito las pruebas severas e incesantes, aplaudimos y celebramos la fortaleza y la

bondad que de ellos emana. Aun así, el resto de nosotros tiembla por el precio que se tiene que pagar por la formación de ese invaluable carácter, ial mismo tiempo que esperamos no desmayar si atravesáramos circunstancias similares!

Tal vez sea demasiado tarde para arreglar algunas comunidades, pero no para ayudar a aquellas personas y familias que están dispuestas a arreglarse a sí mismas. Tampoco es demasiado tarde para que algunos lleguen a ser discípulos pioneros de su familia y del lugar en que residan, o para que se conviertan en pacificadores locales en un mundo donde la paz ha sido quitada (véase D. y C. 1:35). Incluso si aún otras personas experimentan una escasez de ejemplos, ellas mismas pueden llegar a serlo.

Así como Josué pudo decir: “...pero yo y mi casa ...”, algunas personas, privadas hoy día de una familia intacta, todavía pueden decir “pero yo...” y vivir así hasta llegar a ser dignos de todo lo que el Señor haya dispuesto que ellos hagan aquí y ahora (véase Josué 24:15). Por lo tanto, los discípulos se “conserv[an] fuerte[s]” (D. y C. 9:14), “se conserva[n] fieles hasta el fin” (D. y C. 6:13) y “persevera[n] en su camino” (D. y C. 122:9) aun en un mundo atribulado.

No obstante, el perseverar y el soportar no son respuestas pasivas en absoluto, sino que más bien son una preparación para emprender tareas más difíciles mientras de manera dócil llevamos victoriosamente las heridas de batallas pasadas.

De todos modos, ¿qué son unos pocos dedos de escarnio (véase 1 Nefi 8:33), cuando al final los fieles podrán saber lo que es ser “recibido[s] en los brazos de Jesús”? (Mormón 5:11).

¿Qué son las palabras de escarnio de hoy si más tarde escucharemos estas gloriosas palabras: “Bien, buen siervo y fiel...”? (Mateo 25:21).

Mientras tanto, Pablo exhorta que “con esperanza [debemos] arar” (1 Corintios 9:10).

Por tanto, se necesita desesperadamente la perspectiva longitudinal,

la esperanza del Evangelio. El desprecio de hoy se convierte entonces en la perspectiva del ser elevados mañana en el plan de felicidad de Dios (véase Alma 42:8, 16).

Puesto que el Señor desea un pueblo que sea “probado en todas las cosas” (D. y C. 136:31), ¿de qué manera específica se nos probará? Él dice que probará la fe y la paciencia de su pueblo (véase Mosíah 23:21). Debido a que la fe puede ser probada en el tiempo del Señor, aprendamos a decir no sólo “Que se haga Tu voluntad”, sino pacientemente agreguemos: “Que se haga en Tu debido tiempo”.

La esperanza se deleita en las palabras de Cristo “a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras”, que “para nuestra enseñanza se escribieron” (Romanos 15:4), ésta se reafirme “teniendo todos estos testimonios” (Jacob 4:6; véase también 2 Nefi 31:20.) La fe constituye la “certeza de lo que se espera” y la prueba de las “cosas que no se ven” (JST, Hebreos 11:1; véase también Éter 12:6). Por lo tanto, cualquiera sea nuestro humilde terreno, “con esperanza [debemos] arar” (1 Corintios 9:10), para finalmente cosechar “un fulgor perfecto de

esperanza” (2 Nefi 31:20; véase también Alma 29:4).

Sin embargo, muchos de los que han hecho un compromiso parcial, como Naamán, esperan que el Señor les pida “alguna gran cosa” (2 Reyes 5:13), mientras declinan los pequeños pedidos que Él les hace. Cuando se humilló y se le corrigió, no sólo la carne de Naamán se volvió como la de un niño, sino también su corazón (véase 2 Reyes 5:14–15). El no servir al Maestro en las cosas pequeñas nos distancia de Él (véase Mosíah 5:13).

Los que “con esperanza... [aran]” no sólo comprenden la ley de la cosecha, sino también lo que significan las épocas de crecimiento. Es verdad, los que tienen una esperanza genuina a veces ven las circunstancias a su alrededor sacudirse como un calidoscopio, pero con el “ojo de la fe” pueden ver el diseño divino (Alma 5:15).

La esperanza final, por supuesto, está vinculada a Jesús y a la gran Expiación con su dádiva gratuita de la resurrección universal y la ofrenda del máximo de todos los dones de Dios, la vida eterna. (Véase Moroni 7:40–41; Alma 27:28; D. y C. 6:13; 14:7.)

Varios pasajes de las Escrituras describen la esencia de esa expiación gloriosa y rescatadora, incluso un versículo autobiográfico impresionante que confiesa que Jesús “no dese[aba] beber la amarga copa y desmayar” (D. y C. 19:18). Puesto que la “expiación infinita” requería un sufrimiento infinito, ¡se corría el riesgo de que rehuyera de él! (2 Nefi 9:7; Alma 34:12). ¡Toda la humanidad dependía del carácter de Cristo! Misericordiosamente, Él no desmayó, sino que “acab[ó] [Sus] preparativos para con los hijos de los hombres” (D. y C. 19: 19).

Pero la sumisión singular de Cristo siempre ha estado en su lugar. De hecho, Él se ha “sometido a la voluntad del padre en todas las cosas desde el principio” (3 Nefi 11:11), observando detenidamente a Su Padre en todo momento: “De cierto, de cierto os digo: No puede el hijo hacer nada por sí mismo, sino



lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que hace el Padre hace el Hijo igualmente” (Juan 5:19).

Este versículo implica indicios de cosas grandiosas, de más lejos que del más allá.

En el agonizante proceso expiatorio, Jesús dejó que Su voluntad fuera “absorbida en la voluntad del Padre” (Mosíah 15:7). Como soberanos, el elegir someternos al Soberano Máximo es nuestro acto más grande de elección ¡Es la única rendición que también proporciona la victoria! El despojarse del hombre natural hace posible vestirse de toda la armadura de Dios, ¡la que antes no nos sentaba bien del todo! (véase Efesios 6:11, 13).

Jesús redentor también “derramó su alma hasta la muerte” (Mosíah 14:12; véase también Isaías 53:12; D. y C. 38:4). ¡Al “derramar” a veces nuestras almas con súplicas personales, quedamos así vacíos, por lo que hay más lugar para tener más gozo!

Otro pasaje fundamental de las Escrituras describe que Jesús “ha pisado él solo el lagar, sí, el lagar del furor de la ira del Dios Omnipotente” (D. y C. 88:106; véase también D. y C. 76:107; 133:50). Muchos pueden alentar, felicitar, orar y consolar, pero el levantar y llevar nuestra cruz individual nos corresponde a cada uno. Dada la “intensidad” que Cristo soportó por nosotros, no podemos esperar un discipulado de serena tranquilidad. Al buscar el perdón, por ejemplo, el arrepentimiento se puede convertir en un proceso difícil de sobrellevar y, a propósito, ¡no confundamos, como lo hacen algunos, los pequeños errores con las verdaderas cruces de la vida!

De manera excepcional, el Jesús expiador también “descendió debajo de todo, por lo que comprendió todas las cosas...” (D. y C. 88:6; véase también D. y C. 122:8). ¡Cuán profundo debe haber sido ese descenso a la desesperación y a la agonía abismal! Él lo hizo para rescatarnos y para que comprendiéramos el sufrimiento humano. Por lo tanto, no nos sintamos mal ante esas experiencias de aprendizaje que

pueden desarrollar más nuestra propia empatía (véase Alma 7:11–12). El corazón indolente no podrá hacerlo ni tampoco el corazón rencoroso. De manera que el ser cabalmente admitidos a la “participación de sus padecimientos” requiere la cuota completa del discipulado (Filipenses 3:10; véase también 1 Corintios 1:9).

Más aún, Jesús no sólo tomó sobre Sí nuestros pecados para expiarlos, sino también nuestras enfermedades y dolorosos pesares (véase Alma 7:11–12; véase también Mateo 8:17). Por tanto, Él sabe de manera personal todo lo que atravesamos y sabe cómo extender Su perfecta misericordia, al igual que cómo socorrernos. Su agonía fue tan asombrosa que tuvo que pisar el lagar Él “solo” (D. y C. 133:50).

El Dios de los cielos ha llorado en ocasiones (véase Moisés 7:28). Por lo tanto, uno medita en las agonías de la infinita Expiación de Jesús y en los sentimientos del Padre... por Su Hijo y por nosotros. ¡No hay revelaciones instructivas y pertinentes al caso, pero nuestro pensamiento finito trata igualmente de imaginar lo que el Padre debe haber sentido!

Si no “desmayamos”, como el Salvador, entonces debemos ir con el flujo demandante del discipulado, incluso doquiera las doctrinas de enseñanza del Maestro nos lleven. De otro modo, tal vez andemos con Jesús hasta un punto, pero después dejemos de andar con Él (véase Juan 6:66). El desmayar significa detenerse así como volver atrás.

Cuanto más sepamos de Jesús, más le amaremos. Cuanto más sepamos de Jesús, más confiaremos en Él. Cuanto más sepamos de Jesús, más desearemos ser como Él y estar con Él, convirtiéndonos en la clase de hombres y mujeres que Él desea que seamos (véase 3 Nefi 27:27), mientras vivimos ahora “de una manera feliz” (2 Nefi 5:27).

Así, con la ayuda del Espíritu Santo, podemos “glorificar” a Cristo al arrepentirnos, y, de ese modo, acceder a las bendiciones de la sorprendente expiación que Él proporcionó para nosotros ¡a tan elevado

precio! (véase Juan 16:14). Por lo tanto, hermanos y hermanas, considerando *aquello* por lo que Jesús murió, ¡estamos dispuestos a vivir con los desafíos que se nos presenten? (véase Alma 29:4, 6). A veces, el temblar es permisible y normal.

Hay muchas maneras específicas por las que podemos “aplicar” a nosotros estos pasajes “esenciales” de las Escrituras sobre Jesús y la Expiación, pero todos están cubiertos bajo el techo de este concepto: “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí” (Mateo 11:29). De hecho, ¡no hay otra manera de aprender profundamente! (véase 1 Nefi 19:23). ¡La Expiación Infinita es tan amplia y universal, pero, a la vez, es tan personal! Afortunadamente, podemos ser perdonados mediante la Expiación y, lo que es más importante, podemos saber que hemos sido perdonados, esa final y gozosa emancipación del error.

Al utilizar la Expiación, tenemos acceso a los dones del Espíritu Santo, lo que nos “llena de esperanza y de amor perfecto” (Moroni 8:26). ¡Ninguno de nosotros puede darse el lujo de estar sin esa esperanza y ese amor que se necesitan para enfrentar los desafíos y los obstáculos de nuestra vida!

Por lo tanto, en el discipulado que se nos ha concedido, tenemos que vencer al mundo (véase 1 Juan 5:3–4); terminar la obra que personalmente se nos ha dado; ser capaces de participar de la amarga copa sin amargarnos; experimentar el derramamiento de nuestra alma; que nuestra voluntad sea absorbida cada vez más en la voluntad del Padre; reconocer, pese a lo difícil que sean las pruebas de la vida que, en verdad, “...todas estas cosas te servirán de experiencia, y serán para tu bien” (D. y C. 122:7); y arar perseverantemente hasta el final del surco, glorificando en todo momento al Señor y utilizando los inigualables dones que nos ha concedido, incluso, un día, “todo” lo que Él tiene (véase D. y C. 84:38).

En el santo nombre de Jesucristo. ¡Amén! □

Una invitación con promesa

Obispo Keith B. McMullin

Segundo Consejero del Obispado Presidente

“No basta con ser miembro de la Iglesia ni tampoco basta el serlo por puro formulismo”.



Para aquellos que anhelan la verdad espiritual, algunas cosas son fáciles de reconocer, y es de estas cosas que quiero dar testimonio. Dios está en los cielos, y nosotros, seres mortales, somos Su progenie. Jesús es nuestro Redentor. José Smith fue un profeta de Dios y Gordon B. Hinckley es el profeta actual. Se reciben revelaciones, como en la antigüedad, y el reino de Dios, que es La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, está una vez más sobre la tierra.

Satanás es real y también él está sobre la tierra, y con sus legiones crea gran confusión entre los hijos de los hombres. Él no dice la verdad, no siente amor, no promueve el bien y no admite nada más que muerte y destrucción.

Por todo ello, levanto en este día

“la voz de amonestación”¹. Se trata de un recordatorio urgente y aleccionador, una invitación a todo hombre y mujer buenos de cualquier parte. Presten atención a las palabras de esta revelación recibida el 1 de noviembre de 1831:

“Por tanto, yo, el Señor, sabiendo las calamidades que sobrevendrían a los habitantes de la tierra, llamé a mi siervo José Smith, hijo, y le hablé desde los cielos y le di mandamientos...”

“Porque no hago acepción de personas, y quiero que todo hombre sepa que el día viene con rapidez; la hora no es aún, mas está próxima, cuando la paz será quitada de la tierra, y el diablo tendrá poder sobre su propio dominio”².

El Señor habla de calamidades que sobrevendrán a los habitantes de la tierra, las cuales vienen de diversas maneras. De vez en cuando, las fuerzas de la naturaleza se convulsionan y nos vemos afectados por su poder destructivo.

No obstante, más devastadoras son las calamitosas fuerzas del mal que de continuo nos acechan. De acuerdo con la profecía de 1831, la paz ha sido quitada de la tierra y el diablo tiene poder sobre su propio dominio. Sus modos seductores están cautivando a la gente. La tentación está en todas partes; la vulgaridad y las disputas se han convertido en un estilo de vida; lo que antes era algo espantoso, hoy es aceptado; lo que en un principio despierta la curiosidad, pronto cautiva y luego destruye.

Esta calamidad de la maldad continuará extendiéndose hasta que “todo el mundo... [gima] bajo... la servidumbre del pecado”³.

Por tanto, esta “voz de amonestación” nos advierte:

- *Cúidense de las concupiscencias del mundo.* Éstas estimulan los sentidos, pero esclavizan el alma. Los que caen en la red de la sensualidad descubren que no se puede salir fácilmente de ella.

- *Cúidense de la riqueza del mundo.* Sus promesas son tentadoras, pero su felicidad es un espejismo. El apóstol Pablo escribió: “Porque raíz de todos los males es el amor al dinero”⁴.

- *Cúidense de la preocupación excesiva por uno mismo.* Los puntos altos son un engaño; los puntos bajos son desesperantes. El amor, la amabilidad, el desarrollo personal y el verdadero amor propio se hallan en el servicio a Dios y a nuestros semejantes, y no en el servicio a uno mismo.

En medio de estos peligros existe un puerto seguro. De la revelación anteriormente citada procede la siguiente certeza:

“Y también el Señor tendrá poder sobre sus santos, y reinará en medio de ellos, y bajará en juicio sobre Idumea, o sea, el mundo”⁵.

Hay seguridad en ser un santo. A los miembros de la Iglesia de Jesucristo se les conoce como Santos de los Últimos Días, apelativo que, aparte de ser la designación del Señor para los que pertenecen a Su Iglesia, sirve también de invitación a llevar una vida mejor.

Fui consciente de ello cuando, hace unos años, siendo un padre joven, precisaba comprar ropa para asistir al templo. Tras entrar en una tienda, dirigí mi atención a un letrero que había en el mostrador y que decía: “Sólo para Santos de los Últimos Días”. El mensaje me sorprendió y comencé a cavilar: *¿Por qué dice “Sólo para Santos de los Últimos Días”?*, me pregunté. *¿Por qué no dice algo como “Sólo para miembros de la Iglesia vestidos”? ¿Por qué saca el tema de ser “Santo de los Últimos Días?”*

Los años han atenuado mi naturaleza impetuosa y aquel encuentro argumentativo de hace tanto tiempo se ha convertido en un momento atesorado y decisivo. La experiencia me enseñó que no basta con ser miembro de la Iglesia ni tampoco basta el serlo por puro formulismo en esta época de cinismo e incredulidad. Se hacen necesarias la espiritualidad y la vigilancia de los que son santos.

El ser santo es ser bueno, puro y honrado. Para tales personas, las virtudes no sólo se expresan, sino que se viven. Para los Santos de los Últimos Días, el reino de Dios, o la Iglesia, no es algo secundario, sino que es la esencia y la sustancia de sus vidas. El hogar es “un pedacito de cielo”⁶ y no un hotel. La familia no es tan sólo una entidad social o biológica, sino que es la unidad básica eterna del reino de Dios, donde el Evangelio de Jesucristo se enseña y se vive. De hecho, los Santos de los Últimos Días se esfuerzan diligentemente por ser un poco mejores, más amables y nobles en los aspectos cotidianos de la vida.

Es el Señor quien marca la senda para llevar a cabo este progreso. Él dijo: “Por tanto, no busquéis las cosas de este mundo, mas buscad primeramente edificar el reino de Dios, y establecer su justicia...”⁷.

El aferrarse a este curso provee a los Santos de los Últimos Días de los medios para evitar los traicioneros arrecifes del mundo; y al vivir de este modo, permite que los miembros de la Iglesia lleguen a ser el pueblo del convenio del Señor. Disponemos para nuestra época de la siguiente guía profética del presidente Hinckley respecto a cómo hacerlo. Cito:

“Somos un pueblo de convenios. He tenido la impresión de que si podemos motivar a nuestro pueblo a vivir de acuerdo con tres o cuatro convenios, todo lo demás encajará en su sitio...”

“El primero de estos convenios es la Santa Cena, donde tomamos sobre nosotros el nombre del Salvador y acordamos guardar Sus mandamientos con la promesa que nos hace de que nos bendecirá con Su espíritu...”

“Segundo, el convenio del diezmo...”

La promesa... dice que Él reprenderá al devorador y que abrirá las ventanas de los cielos y derramará bendición hasta que sobreabunde...

“Tercero, los convenios del templo: El sacrificio o la disposición para sacrificarse por la obra del Señor —e inherente a esta ley es la esencia misma de la Expiación... La consagración, relacionada con la anterior, es la disposición para darlo todo, si fuere necesario, para colaborar con el progreso de esta obra. También es un convenio de amor y lealtad mutuos a los vínculos del matrimonio, la fidelidad, la castidad y la moralidad.

“Si tan sólo nuestro pueblo aprendiera a vivir según estos convenios, todo lo demás encajaría en su sitio y yo me daría por satisfecho”⁸.

Las concupiscencias del mundo pierden su atractivo cuando la Santa Cena ocupa su debido lugar en nuestra vida. Este convenio permite a los fieles mantenerse “sin mancha del mundo”⁹.

La riquezas del mundo pierden su peligro a través de la lealtad consciente al diezmo del Señor. El



devolverle una décima parte de todo lo que Él nos da engendra en la persona un amor hacia Dios por encima de todo lo demás; hace que el obediente acceda a la ley mayor de dar sin que se le mande. Se aceptan el ayuno y sus ofrendas, y se genera un poder que nos libra de las ataduras de la iniquidad, aligera nuestras pesadas cargas, bendice a los menos afortunados y fortalece los lazos familiares¹⁰. El convenio del diezmo aleja a los fieles del amor al dinero y sus correspondientes trampas.

La preocupación excesiva por uno mismo se entrega al sacrificio, la consagración y los demás sagrados convenios del templo. Puesto que el Salvador del mundo lo dio todo para que podamos ser salvos, estos convenios nos permiten darlo todo en el cumplimiento de los propósitos de nuestro Padre Celestial para con Sus hijos.

Así que, no tengamos miedo. Las cosas que el mundo considera débiles vencen las maldades que parecen fuertes y poderosas. Los hombres rectos hablan en el nombre de Dios el Señor. La fe aumenta en la tierra y los convenios sempiternos florecen en la vida de los Santos de los Últimos Días. La plenitud del Evangelio de Cristo se proclama mediante el precepto y el ejemplo hasta los confines del mundo, y el pueblo del convenio del Señor prepara esta tierra para Su Segunda Venida¹¹. Éste es nuestro deber. Ruego que el Señor nos sostenga, es mi oración, en el nombre de Jesucristo. Amén. □

NOTAS

1. D. y C. 1:4.
2. D. y C. 1:17, 35.
3. D. y C. 84:49.
4. 1 Timoteo 6:10.
5. D. y C. 1:36.
6. David O. McKay, en Conference Report, abril de 1964, pág. 5.
7. TJS, Mateo 6:38; véase Mateo 6:33, nota al pie de la página a.
8. *Teachings of Gordon B. Hinckley*, 1997, págs. 146–147; cursiva agregada.
9. D. y C. 59:9; véanse también los versículos 10, 12–13.
10. Véase Isaías 58:6–11.
11. Véase D. y C. 1:19–23.

El sacrificio: una inversión eterna

Carol B. Thomas

Primera Consejera de la Presidencia General de las Mujeres Jóvenes

“El sacrificio es un principio asombroso... Puede desarrollar en nuestro interior un profundo amor hacia los demás y hacia nuestro Salvador, Jesucristo”.



Lorenzo Snow, ed. Clyde J. Williams, 1984, pág. 116).

Empezando con Adán, todos los profetas del Antiguo Testamento han guardado la ley de sacrificio. El sacrificio es una parte integral de la ley celestial, que nos señala hacia el sacrificio más glorioso de todos: nuestro Salvador, Jesucristo.

El presidente Gordon B. Hinckley definió el sacrificio de manera muy bella cuando dijo: “Sin el sacrificio no existe la verdadera adoración de Dios... ‘El Padre dio Su Hijo, y el Hijo dio Su vida’, y nosotros no adoramos a menos que demos... que demos de nuestra substancia... nuestro tiempo... fortaleza... talento... fe... [y] testimonio” (*Teachings of Gordon B. Hinckley*, 1997, pág. 565).

Hermanos y hermanas, una de las cosas que nos distingue del resto del mundo es la ley del sacrificio. Somos un pueblo del convenio, bendecidos con oportunidades para adorar y dar, pero, ¿estamos plenamente convertidos al principio del sacrificio? Acude a mi mente el joven rico, a quien enseñó el Salvador, que preguntó: “¿Qué más me falta?” (véase Mateo 19:20). Jesús le dijo: “Si quieres ser perfecto, anda, vende [todo] lo que tienes... y ven y sígueme” (Mateo 19:21).

Analicemos tres formas en que el sacrificio nos ayuda a seguir al Salvador: el enseñar a nuestra familia, el dar al pobre y al necesitado, y el dar de nosotros mismos en la obra misional.

Como madre, creo que uno de los relatos más desgarradores del Antiguo Testamento es el de Abraham, a quien el Señor le pidió que ofreciera en sacrificio a su joven hijo, Isaac. Sara debió tener por lo menos 100 años cuando Isaac fue llevado a la montaña. Como muestra de bondad hacia ella, creo que Abraham no quiso decirle lo que intentaba hacer, lo cual significó que él tuvo que soportar solo esa grandiosa prueba de fe.

El presidente Lorenzo Snow dijo en una ocasión: “Ningún ser humano podría haber hecho lo que Abraham hizo... excepto que haya estado inspirado y hubiese llevado en sí la naturaleza divina para recibir esa inspiración” (*The Teachings of*



Asistentes a la conferencia hacen fila en la vereda este del Centro de Conferencias.

Primero, ¿cómo podemos enseñar a nuestras familias a sacrificar? Mi abuelo, Isaac Jacob, fue un gran ejemplo para mí; criaba ovejas y envió cuatro hijos a la misión. Durante la Depresión, a mi madre le llegó la oportunidad de servir en una misión y recibió el llamamiento para servir en Canadá.

La situación del abuelo llegó a nivel crítico cuando le llamaron del banco para preguntarle qué significaban los \$50 dólares al mes que retiraba para la misión de mamá. Él había sacado un préstamo y estaba pagando la elevada tasa del 12% de interés. Los banqueros no quedaron satisfechos y le dijeron que sacara a mamá de la misión y la trajera a casa.

Al día siguiente el abuelo dio su respuesta: "Si esa muchacha regresa a casa, las ovejas serán de ustedes y se las dejaré enfrente de la puerta". Eso tomó a los banqueros de sorpresa. Ellos utilizaban los servicios del

abuelo para que se hiciera cargo de otros negocios que el banco había adquirido para la cría de ovejas, y no querían que nadie más cuidara de todas esas ovejas. Mamá terminó su misión y el ejemplo del abuelo le enseñó a su familia la importancia del sacrificio.

Al enseñar a nuestras familias a sacrificar, debemos también enseñarles a negarse a sí mismos. Se cuenta que cuando una mujer le pidió consejo al general de la Guerra Civil, Robert E. Lee, en cuanto a la crianza de su hijo, él contestó: "Enseñe a su hijo a negarse a sí mismo" (véase Joseph Packard, *Recollections of a Long Life*, 1902, pág. 158).

Debemos evitar saturar a nuestros hijos con cosas materiales. Es posible que al darle demasiado a un niño lo privemos de la alegría. Si nunca le permitimos desear algo, nunca disfrutará el placer de recibirlo.

¿Exhortamos a nuestros hijos a sacrificar al donar su tiempo y recursos, como ayudar a un vecino desamparado o dar amistad a quien lo necesita? A medida que se concentran en las necesidades de los demás, sus propias necesidades se vuelven menos importantes. El gozo verdadero proviene del sacrificio en favor de los demás.

Segundo, podemos dar de manera más generosa al pobre y al necesitado. Al visitar a los miembros de la Iglesia, me quedo asombrada al ver la bondad de los fieles Santos de los Últimos Días. Un joven de Colombia, a quien lo crió una de sus abuelas, era propietario de varias tiendas de reparación de calzado, y era el conserje del barrio. Cuando fue llamado a la misión, no sólo había ahorrado suficiente dinero para costear sus propios gastos, sino que también había contribuido fondos adicionales para el sostén de otro misionero.

¿Y en lo que respecta a compartir nuestros alimentos, ropa y muebles? El Señor nos manda no codiciar nuestros propios bienes (véase D. y C. 19:26). En muchos lugares tenemos la bendición de tener las tiendas

Deseret Industries. Podemos enseñar a nuestros hijos a donar la ropa que ya no usen, y que aún esté de moda, lo que permitirá que otros se vistan también a la moda.

Son muchas las recompensas que se reciben al compartir nuestras posesiones materiales. El rey Benjamín nos recuerda de ello cuando dice: "...a fin de retener la remisión de vuestros pecados de día en día, para que andéis sin culpa ante Dios..., quisiera que de vuestros bienes diérais al pobre... tal como alimentar al hambriento, vestir al desnudo, visitar al enfermo, y ministrar para su alivio..." (Mosíah 4:26). Todos podemos buscar las muchas oportunidades que tenemos en la vida de dar y de compartir.

El tercer aspecto del sacrificio es la obra misional. Como parte de nuestra asignación de visitar los barrios y las ramas de la Iglesia, vemos la tremenda necesidad de tener misioneros mayores. No se imaginan todo el bien que ellos realizan al demostrar amor a los misioneros y enseñar a los miembros locales la doctrina y la cultura de la Iglesia.

Recientemente el presidente Hinckley visitó una conferencia de estaca en una región de gente acomodada, de la cual sólo cuatro matrimonios estaban sirviendo en misiones. Con la esperanza de inspirar a más miembros a servir, él les prometió que sus hijos y nietos ni siquiera los extrañarían mientras estuviesen ausentes. Con la invención del correo electrónico, esos matrimonios mayores misioneros pueden enviar y recibir cartitas casi cada día.

Sus años de experiencia serán una bendición para los demás y ustedes descubrirán cuán maravillosas son las personas en realidad. ¡En las misiones de la Iglesia se les necesita! Oren para adquirir ese espíritu de aventura y un deseo de servir una misión. ¡Disfrutarán de más placer que viajar en casas rodantes o sentarse en una mecedora!

Jóvenes, esperamos que ustedes estén emocionados en cuanto a la obra misional. Apenas la semana pasada a cada una de las jóvenes de

la Iglesia se le invitó a traer a una joven más a la plena actividad de la Iglesia. ¡Qué maravilloso sería si los jovencitos se unieran a nosotros en este esfuerzo!

Muchos de ustedes están haciendo cosas extraordinarias. Megan oró muchos meses por dos amigas que no eran miembros de la Iglesia, e hizo los arreglos para que una de ellas se inscribiera en seminario e invitó a la otra a recibir las enseñanzas de los misioneros. Esas dos jovencitas se bautizaron recientemente. La Iglesia les necesita. El presidente Hinckley no puede andar por los pasillos de la escuela y enseñar a los amigos de ustedes, pero ustedes sí, y el Señor está contando con ustedes. Nos sentimos orgullosas del valor que ustedes tienen conforme comparten con sus amigos el amor que sienten por el Evangelio.

El sacrificio es un principio asombroso. A medida que de todo corazón demos de nuestro tiempo y talentos y todo lo que poseemos, se convierte en una de las formas más reales de adoración. Puede desarrollar en nuestro interior un profundo amor hacia los demás y hacia nuestro Salvador, Jesucristo. Mediante el sacrificio los corazones pueden cambiar, podemos vivir más cerca del Espíritu y tener menos apetito por las cosas del mundo.

El presidente Hinckley enseñó una gran verdad cuando dijo: “No es un sacrificio vivir el Evangelio de Jesucristo. Nunca es un sacrificio cuando recibimos más de lo que damos. Es una inversión... una inversión más grande que cualquier otra... Sus dividendos son eternos y perdurables” (*Teachings of Gordon B. Hinckley*, págs. 567–568).

Es reconfortante saber que no se espera que hagamos esa inversión solos. Al igual que Abraham de antaño, nosotros tenemos una divinidad interior que nos permite recibir inspiración mediante los poderes del cielo. Hermanos y hermanas, ruego que al hacer esas cosas, lleguemos a amar el principio del sacrificio, para que este grandioso principio nos acerque más a nuestro Salvador, en el nombre de Jesucristo. Amén. □

“Recibiréis su palabra”

Élder M. Russell Ballard
Del Quórum de los Doce Apóstoles

“No es cosa insignificante, mis hermanos y hermanas, el tener un profeta de Dios entre nosotros. Grandes y maravillosas son las bendiciones que recibimos en nuestra vida cuando damos oído a la palabra del Señor dada a nosotros por intermedio de él”.



Hermanos y hermanas, ¿han tenido alguna vez la experiencia de estar en un auto con el chofer dando vueltas y vueltas por las calles de una ciudad diciendo: “Yo sé dónde es. Estoy seguro de que puedo encontrarlo”? Y finalmente, frustrado, se detiene para pedir orientación a alguien. ¡Puedo ver que ustedes, hermanas, han pasado por eso! Cuánto más fácil es encontrar nuestro camino cuando seguimos las direcciones de alguien que sabe cómo llegar a nuestro destino.

Muchos de nosotros tal vez nos encontremos en una situación similar al viajar por los caminos de la vida, tan llenos de desafíos. Éstos son tiempos difíciles y las normas culturales y sociológicas del mundo, con respecto a lo que es apropiado,

honrado, íntegro y políticamente correcto, cambian constantemente. Justo cuando creemos conocer el camino a la felicidad y a la paz, nace una nueva ideología que puede llevarnos por un camino que sólo aumentará nuestra confusión e intensificará nuestra desesperación. En esas ocasiones, haríamos bien en preguntar: “¿Hay alguna voz clara, pura, sin prejuicios con la que siempre podamos contar? ¿Hay una voz que siempre nos dé direcciones claras para encontrar el camino en el mundo atribulado de hoy? La respuesta es sí. Esa voz es la voz del profeta y de los apóstoles vivientes.

Cuando se organizó La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días hace 171 años este mes, el Señor dio una revelación a los miembros de Su Iglesia por medio de Su profeta, José Smith, hijo. Al referirse al Presidente de la Iglesia, el Salvador instruyó a los miembros: “...daréis oído a todas sus palabras y mandamientos que os dará según los reciba, andando delante de mí con toda santidad;

“porque recibiréis su palabra con toda fe y paciencia como si viniera de mi propia boca” (D. y C. 21:4–5).

Luego el Señor dio una promesa maravillosa a aquellos que son obedientes: “Porque si hacéis estas cosas, las puertas del infierno no prevalecerán contra vosotros; sí, y Dios el Señor dispersará los poderes de las tinieblas de ante vosotros, y hará sacudir los cielos para vuestro bien y para la gloria de su nombre” (D. y C. 21:6).

Un año y medio más tarde, agregó a esa significativa promesa esta severa advertencia: “Y será revelado el brazo del Señor; y vendrá el día en que aquellos que no oyeren la voz del Señor, ni la voz de sus siervos, ni prestaren atención a las palabras de los profetas y apóstoles, serán desarraigados de entre el pueblo” (D. y C. 1:14).

“Lo que yo, el Señor, he dicho, yo lo he dicho, y no me disculpo; y aunque pasaren los cielos y la tierra, mi palabra no pasará, sino que toda será cumplida, sea por mi propia voz o por la voz de mis siervos, es lo mismo” (D. y C. 1:38).

No es cosa insignificante, mis hermanos y hermanas, el tener un profeta de Dios entre nosotros. Grandes y maravillosas son las bendiciones que recibimos en nuestra vida cuando damos oído a la palabra del Señor dada a nosotros por intermedio de él. Al mismo tiempo, el saber que el presidente Gordon B. Hinckley es el profeta de Dios nos da también una responsabilidad. Cuando escuchamos el consejo del Señor expresado por medio de las palabras del Presidente de la Iglesia, nuestra respuesta debe ser positiva y pronta. La historia ha demostrado que hay seguridad, paz, prosperidad y felicidad cuando respondemos al consejo profético tal como lo hizo Nefi de la antigüedad: “Iré y haré lo que el Señor ha mandado” (1 Nefi 3:7).

Sabemos en cuanto a la experiencia de Naamán, que sufría de lepra y que finalmente se puso en contacto con el profeta Eliseo y se le dijo: “Ve y lávate siete veces en el Jordán, y tu carne se te restaurará, y serás limpio” (2 Reyes 5:10).

Al principio, Naamán no deseaba seguir el consejo de Eliseo. No pudo entender lo que se le había pedido hacer: Lavarse siete veces en el río Jordán. En otras palabras, su orgullo y porfía evitaban que recibiera la bendición del Señor a través de Su profeta. Afortunadamente, al final bajó y “se zambulló siete veces en el Jordán, conforme a la palabra del varón de Dios; y su carne se volvió como la carne de un niño, y quedó limpio” (2 Reyes 5:14).

Qué humilde debe haberse sentido Naamán al darse cuenta de que estaba a punto de dejar que su orgullo y su poco deseo de escuchar el consejo del profeta le impidieran recibir tan grande bendición de limpieza. Y cuánta humildad debe ocasionarnos el contemplar cuántos de nosotros podríamos privarnos de grandes y prometidas bendiciones porque no escuchamos y *luego no hacemos* las cosas relativamente simples que nuestro profeta nos dice que hagamos hoy día.

Durante el último año, por ejemplo, el presidente Hinckley ha dado tres discursos importantes sobre el fortalecimiento de la familia, y en particular el fortalecimiento de los jóvenes y de los jóvenes adultos de la Iglesia. Primero, en octubre, durante la reunión general de la Sociedad de Socorro, habló muy directamente a las madres al respecto. Luego habló a los padres y a los líderes del sacerdocio durante la sesión del sacerdocio de la conferencia general. ¿Lo recuerdan, padres? Él les recordó a ustedes, padres y madres, que “han entrado en una sociedad con nuestro Padre Celestial a fin de dar experiencia terrenal a Sus hijos e hijas. Ellos son hijos de Él y son hijos de ustedes, carne de su carne, por quienes Él les hará responsables” (“Madre, tu más grande desafío”, *Liahona*, enero de 2001, pág. 113).

Y luego, en noviembre del año pasado, desde este mismo púlpito, el presidente Hinckley habló a toda la gente joven de la Iglesia. En enseñanzas sinceras que se recordarán por mucho tiempo, alentó a la juventud de la Iglesia a establecerse metas para que *sean agradecidos, sean inteligentes, sean limpios, sean verdicos, sean humildes y sean dedicados a la oración*. Esos seis puntos importantes del presidente Hinckley son una norma maravillosa para todos los Santos de los Últimos Días. Repitió esos principios a las jovencitas en su reunión de la semana pasada, y considero que se aplican tanto a padres y a madres como a los jóvenes y a los jóvenes adultos solteros. Como padres y líderes adultos de la juventud, no podemos esperar que

nuestros jóvenes tomen en serio las cosas que les dice el profeta si nosotros adoptamos una actitud pasiva en nuestras vidas hacia ese consejo.

Es importante recordar que el presidente Hinckley oró al Señor a favor de nuestros jóvenes. Él dijo: “Quiero que sepan que he estado de rodillas pidiéndole al Señor que me bendiga con el poder, la capacidad y las palabras para llegar al corazón de ustedes” (“El consejo y la oración de un profeta en beneficio de la juventud”, *Liahona*, abril de 2001, pág. 30).

Durante la sesión del sacerdocio, el presidente Hinckley dijo: “Espero que [sus hijos y sus hijas] puedan compartir sus problemas con ustedes, sus padres y sus madres. Confío en que ustedes los escuchen, que sean pacientes y comprensivos, que los acerquen a ustedes y los consuelen y los apoyen en su soledad. Oren para pedir orientación, para pedir paciencia. Oren y supliquen tener la fortaleza necesaria para querer[los] aunque la infracción haya sido grave. Oren para pedir entendimiento y bondad, y, sobre todo, sabiduría e inspiración” (“Y se multiplicará la paz de tus hijos”, *Liahona*, enero de 2001, pág. 67).

¿Hemos estudiado su consejo y determinado lo que debemos evitar o hacer diferente? Sé de una muchacha de diecisiete años que, justo antes del discurso del profeta, se había perforado las orejas por segunda vez. Llegó a casa después de la charla fogonera, se sacó el segundo juego de aretes y simplemente les dijo a sus padres: “Si el presidente Hinckley dice que debemos usar un solo par de aretes, eso es suficiente para mí”.

Es posible que el usar dos pares de aretes tenga o no tenga consecuencias eternas para esa joven, pero su deseo de obedecer al profeta sí las tendrá. Y si ella lo obedece ahora, en algo relativamente sencillo, cuánto más fácil será seguirlo cuando tenga que ver con asuntos más serios.

¿Estamos prestando oído, hermanos y hermanas? ¿Escuchamos las palabras del profeta a nosotros,

como padres, como líderes de la juventud y como jóvenes? ¿O ¿estamos dejando que, como Naamán hizo *al principio*, nos ciegue el orgullo y la obstinación que podrían impedir que recibiéramos las bendiciones que provienen del seguir las enseñanzas del profeta de Dios?

Hoy día les hago una promesa; es simple, pero es verdadera: Si escuchan al profeta viviente y a los apóstoles y obedecen nuestro consejo, no se irán por mal camino.

Ahora bien, mis hermanos y hermanas y jóvenes de la Iglesia, les ruego que no pierdan la oportunidad de sentarse juntos como familia y analizar el consejo dado por el presidente Hinckley. Padres, enséñense el uno al otro y a sus hijos en las noches de hogar para la familia y en los consejos familiares. Líderes, conozcan y enseñen estos principios en

lecciones y en reuniones de liderazgo y analicen en las reuniones de consejo de barrio y de estaca la forma de bendecir la vida de nuestros miembros, tanto jóvenes como mayores. Los tres discursos del Presidente, además de consejos para la juventud de sus consejeros, se han publicado en la revista *Liahona*. “*El presidente Hinckley habla a la juventud y a los padres*” ya está a la disposición en video y es una maravillosa fuente de consulta para las noches de hogar y para las ocasiones en que el obispo habla con la juventud. Obispos, no les enviamos este material para que lo guarden en un armario de la oficina. Asegúrense de que la juventud de su barrio lo escuche nuevamente y lo entienda y se comprometa a vivir de acuerdo con lo que indica el Presidente de la Iglesia.

Ahora le hablo directamente a la

juventud de la Iglesia sobre este importante tema de seguir al profeta. En mis viajes por la Iglesia estos últimos meses, he notado que muchos de ustedes están siguiendo con entusiasmo su consejo. Muchos de ustedes ya han tomado la decisión de prestar más atención al aseo personal, más aún de lo que lo hacían antes. Muchos de ustedes tratan, en forma más diligente, de evitar las malas conversaciones, de elegir sus amigos con más cuidado, de mantenerse alejados de la pornografía y de las drogas ilícitas, de no asistir a conciertos maléficos y a fiestas peligrosas, de respetar sus cuerpos y de mantenerse moralmente limpios en todos sentidos. A aquellos de ustedes que no hayan escuchado todavía, les amonesto a no desatender el consejo del Presidente de la Iglesia; Él les ha hablado en forma clara; estudien

Poseedores del sacerdocio hacen fila fuera de las puertas del lado suroeste del Centro de Conferencias, antes de la sesión del sacerdocio.



sus palabras y esfuércense por obedecerlas; son verdaderas y provienen de Dios. Alentamos a aquellos que necesiten arrepentirse a seguir adelante con fe y a purificarse ante el Señor. Cada uno de ustedes se está preparando ahora para ser un futuro líder en la Iglesia y para eso es preciso ser limpios, fieles y leales al Señor.

Nunca olviden lo que sintieron cuando el presidente Hinckley oró por ustedes. ¿Percibieron cuán valiosos son ustedes mientras él oraba “Bendícelos para que anden aceptablemente ante Ti como Tus preciados hijos e hijas. Cada uno de ellos es Tu hijo, con la capacidad de realizar cosas grandes y nobles”? (“El consejo y la oración de un profeta en beneficio de la juventud”, *Liahona*, abril de 2001, pág. 41).

Ahora bien, mis queridos hermanos y hermanas, les ruego que pongan atención a lo que han enseñado los líderes de la Iglesia en esta conferencia general. Pongan en práctica las enseñanzas que les ayudarán a ustedes y a sus familias. Llevemos todos a nuestros hogares, sin importar las circunstancias familiares, las enseñanzas de los profetas y apóstoles, a fin de fortalecer nuestras relaciones el uno con el otro y con nuestro Padre Celestial y con el Señor Jesucristo. Les prometo, en el nombre del Señor, que si escuchan, no sólo con sus oídos, sino también con sus corazones, el Espíritu Santo les manifestará la verdad de los mensajes dados por el presidente Hinckley, sus consejeros, los apóstoles y los demás líderes de la Iglesia. El Espíritu les indicará lo que deben hacer en forma individual y como familias, con objeto de seguir nuestro consejo para que se fortalezcan sus testimonios y tengan paz y gozo.

Mis hermanos y hermanas, les testifico que la plenitud del Evangelio sempiterno de Jesucristo se ha restaurado en la tierra por medio del profeta José Smith. Hoy somos bendecidos por ser guiados por un profeta de Dios, el presidente Gordon B. Hinckley. Que escuchemos y luego hagamos lo que él nos enseña, es mi humilde oración, en el nombre de Jesucristo. Amén. □

El milagro de la fe

Presidente Gordon B. Hinckley

“La fe es la base del testimonio; la fe es esencial para la lealtad a la Iglesia; la fe se representa por el sacrificio que se da gustosamente para impulsar la obra del Señor”.



Doy gracias al coro por ese excelente número musical. Aun cuando se ha ido parte del tiempo que me correspondía, estoy dispuesto a acceder en virtud de esa música tan exquisitamente bella. Gracias, hermano Ballard, por dar de nuevo mi discurso.

Mis queridos hermanos y hermanas, siento gran amor por ustedes dondequiera que se encuentren esta mañana del día de reposo. Siento hermandad con todos ustedes que son miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Amo esta obra y me maravillo por su fortaleza y su crecimiento, por la forma en que influye en la vida de la gente de todo el mundo. Me siento sumamente humilde al dirigirme a ustedes. Le he suplicado al Señor que dirija mis pensamientos y mis palabras.

Acabamos de regresar de un largo viaje desde Salt Lake City hasta

Montevideo, Uruguay, para dedicar el templo número 103 en operación de la Iglesia. Fue un tiempo de gran regocijo para los miembros de ese país. Miles de personas se congregaron en ese edificio hermoso y sagrado y en otras capillas adyacentes.

Uno de los oradores, una mujer, relató una historia similar a las que ustedes han escuchado muchas veces. Según recuerdo, relató del momento de su vida en que los misioneros llamaron a la puerta. Ella no tenía ni la más remota idea de lo que ellos enseñaban; sin embargo, los invitó a pasar, y ella y su esposo escucharon el mensaje.

Fue para ellos una historia increíble. Les hablaron de un joven que vivía en el estado de Nueva York. Tenía catorce años de edad cuando leyó en el libro de Santiago: “Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídale a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada” (Santiago 1:5).

Deseoso de tener sabiduría, porque varios credos afirmaban tener la verdad, el joven José decidió ir a un bosque y orar al Señor.

Lo hizo, y en respuesta a su oración recibió una visión. Dios el Eterno Padre y Su Hijo, Jesucristo, el Señor resucitado, se aparecieron ante él y le hablaron.

Siguieron otras manifestaciones, entre ellas el obtener en un cerro cercano a su hogar las planchas de oro que tradujo por el don y el poder de Dios.

Se le aparecieron mensajeros celestiales que le otorgaron las llaves del sacerdocio y la autoridad para hablar en el nombre de Dios.

¿Cómo podría alguien creer tal historia? Parecía absurdo. Y sin embargo, esas personas creyeron a medida que se les enseñaba. A sus corazones llegó la fe para aceptar lo que se les había enseñado. Era un milagro, un don de Dios; no lo podían creer, y sin embargo lo hicieron.

Después de su bautismo, aumentó su conocimiento de la Iglesia. Aprendieron más acerca del matrimonio en el templo, de las familias unidas por la eternidad bajo la autoridad del santo sacerdocio. Estaban decididos a poseer esa bendición, pero no había ningún templo cercano. Economizaron y ahorraron; cuando tuvieron suficiente, viajaron

desde Uruguay hasta Utah con sus hijos para ser sellados aquí como familia dentro de los lazos del matrimonio eterno. Ella es actualmente una de las ayudantes de la directora de obreras del nuevo Templo de Montevideo, Uruguay. Su esposo es consejero de la presidencia del templo.

No me sorprende el que, de entre las muchas personas a las que visitan los misioneros, relativamente pocas se unen a la Iglesia; no hay fe. Por otra parte, me asombra que tantos sí lo hagan. Es algo maravilloso el que miles de personas sientan el milagro de la influencia del Espíritu Santo, que crean y acepten y se

hagan miembros. Se bautizan; sus vidas cambian para siempre en forma positiva; ocurren milagros; brota en su corazón una semilla de fe que crece conforme van aprendiendo. Y aceptan principio sobre principio, hasta que obtienen cada una de las maravillosas bendiciones que reciben los que caminan con fe en ésta, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Lo que convierte es la fe. El maestro es la fe.

Y así ha sido desde el principio.

Estoy maravillado ante la calidad de hombres y mujeres que aceptaron el testimonio de José Smith e ingresaron en la Iglesia. Entre ellos había hombres como Brigham Young, los hermanos Pratt, Willard Richards, John Taylor, Wilford Woodruff, Lorenzo Snow, las esposas de estos hombres y muchísimas personas más. Eran gente sólida, muchos de ellos con una buena educación. Fueron bendecidos del Señor con fe para aceptar el relato que escucharon. Cuando recibieron el mensaje, cuando el don de la fe influyó en su vida, se bautizaron. Los hermanos gustosamente dejaron a un lado sus ocupaciones, con el apoyo de su familia, y respondieron a llamados para ir allende el mar para enseñar lo que habían aceptado de acuerdo con la fe.

El otro día leí de nuevo el relato de Parley P. Pratt en cuanto a su lectura del Libro de Mormón y su ingreso en la Iglesia. Él dijo:

“Lo abrí con ansiosa expectación y leí la portada. Después leí el testimonio de varios testigos relacionado con la forma en que el libro se encontró y se tradujo. Luego comencé a leer el contenido. Leía todo el día; el comer era oneroso, ya que no sentía deseos de tomar alimentos; al llegar la noche, no quería dormir, porque prefería leer que dormir.

“Al leer, el espíritu del Señor descendió sobre mí, y supe y comprendí que el libro era verdadero, en forma tan clara y evidente como un hombre comprende y sabe que él mismo existe” (*Autobiography of Parley P. Pratt*, ed. Parley P. Pratt Jr., 1938, pág. 37).



El don de la fe influyó en su vida. Cualquier cosa que pudiera hacer le parecía poco para pagar al Señor lo que había recibido. Dedicó el resto de sus días al servicio misional. Murió como mártir de esta gran obra y reino.

Ahora se están construyendo hermosos templos nuevos en Nauvoo, Illinois, y en Winter Quarters, Nebraska. Se erguirán como testimonios de la fe y la fidelidad de los miles de Santos de los Últimos Días que construyeron y después abandonaron Nauvoo para trasladarse con grandes pesares a través de lo que ahora es el estado de Iowa, hasta llegar a su morada temporaria en Council Bluffs y en Winter Quarters, un poco al norte de Omaha.

La propiedad del Templo de Winter Quarters colinda con el lugar donde se sepultó a muchos de los que dieron su vida por esta causa que consideraban más valiosa que la vida misma. Su trayecto al Valle del Gran Lago Salado es una epopeya sin paralelo. El sufrimiento que padecieron y los sacrificios que hicieron fueron el precio que pagaron por sus creencias.

En mi oficina tengo una estatua de mi propio abuelo pionero sepultando junto al sendero a su esposa y al hermano de ella que murieron el mismo día. Después él

levantó a su bebé en sus brazos y la trajo hasta este valle.

¿Fe? No cabe la menor duda. Cuando surgieron dudas, cuando azotaron las tragedias, la quieta voz de la fe se escuchó en la quietud de la noche, tan cierta y reconfortante como lo era el lugar de la estrella polar en los cielos.

Esa misteriosa y maravillosa manifestación de fe fue lo que les reconfortó, lo que les habló con certeza, que provino como un don de Dios con respecto a esta gran obra de los últimos días. Son literalmente incontables los relatos de la expresión de esa fe durante el periodo pionero de la Iglesia; pero no termina allí.

Como lo fue en ese entonces, así ocurre en la actualidad. Ese precioso y maravilloso don de la fe, ese don de Dios nuestro Padre Eterno, sigue siendo la fortaleza de esta obra y el callado dinamismo de su mensaje. La fe es el fundamento; es la substancia de todo. Ya sea el salir al campo de la misión, el vivir la Palabra de Sabiduría, el pagar el diezmo, todo es lo mismo. La fe que llevamos en nuestro interior se manifiesta en todo lo que hacemos.

Nuestros detractores no lo pueden entender; y porque no comprenden, nos atacan. La callada indagación, el ansioso deseo de captar el principio que produce el

resultado, podrían brindar mayor comprensión y aprecio.

En una ocasión se me preguntó en una conferencia de prensa cómo hacemos para que los varones dejen su empleo y su hogar y sirvan a la Iglesia.

Respondí que simplemente se lo pedimos, y que sabemos cuál será su respuesta.

Qué cosa tan maravillosa es esa poderosa convicción que afirma que la Iglesia es verdadera. Es la obra santa de Dios. Él rige en lo relacionado con Su reino y con la vida de Sus hijos e hijas; ésa es la razón del crecimiento de la Iglesia. La fortaleza de esta causa y de este reino no se basa en sus bienes temporales, por más impresionantes que éstos sean. Se basa en el corazón de su gente y es por eso que tiene éxito. Por eso es fuerte y está creciendo; por eso puede lograr las cosas tan maravillosas que logra. Todo ello procede del don de la fe que el Todopoderoso otorga a Sus hijos que no dudan ni temen, sino que siguen adelante.

La otra noche estaba sentado en una reunión en Aruba. Me imagino que la mayoría de los que me escuchan no sabe dónde está Aruba, o que ni siquiera sabe que existe semejante lugar. Es una isla cerca de la costa de Venezuela. Es protectorado de los Países Bajos y un lugar no muy notorio en este mundo tan grande. Había unas 180 personas en la reunión. En la primera fila había ocho misioneros: seis élderes y dos hermanas. En la congregación había hombres y mujeres, niños y niñas de diversas razas. Se escuchaba un poco de inglés, bastante español y algunas expresiones en otros idiomas. Al mirar los rostros de esa congregación, pensé en la fe que allí se representaba. Aman esta Iglesia; aprecian todo lo que hace; testifican de la realidad de Dios el Eterno Padre y de Su Amado Hijo resucitado, el Señor Jesucristo; testifican del profeta José Smith y del Libro de Mormón; sirven donde se les llame a servir; son hombres y mujeres de fe que han abrazado el Evangelio verdadero y viviente del Maestro, y en medio de ellos



están esos ocho misioneros. Estoy seguro de que es un lugar solitario para ellos, pero están haciendo lo que se les ha pedido hacer debido a su fe. Las dos jovencitas son hermosas y felices. Al observarlas, me dije a mí mismo: *Dieciocho meses es mucho tiempo para estar en este lugar tan apartado*. Pero no se quejan. Hablan de la gran experiencia que están viviendo y de la gente maravillosa a la que conocen. En todo el servicio que prestan se destaca la fe reconfortante de que la obra en la que participan es verdadera y que el servicio que están dando se lo dan a Dios.

Y así es con nuestros misioneros, doquiera estén sirviendo, ya sea aquí mismo en Salt Lake City o en Mongolia. Salen y sirven con fe en el corazón. Es un fenómeno de gran poder que suavemente susurra: “Esta causa es verdadera, y tienes la obligación de servir en ella sea cual sea el costo”.

Repito, las personas no lo comprenden; estos miles de jóvenes y mujeres inteligentes y capaces dejan a un lado su vida social y los estudios y con abnegación van dondequiera que se les envíe a predicar el Evangelio. Van por el poder de la fe y enseñan por el poder de la fe, sembrando una semilla de fe aquí y otra allá, las cuales crecen, maduran y llegan a ser conversos fuertes y capaces.

La fe es la base del testimonio; la fe es esencial para la lealtad a la Iglesia; la fe se representa por el sacrificio que se da gustosamente para impulsar la obra del Señor.

El Señor nos ha mandado tomar “...el escudo de la fe con el cual podréis apagar todos los dardos encendidos de los malvados” (D. y C. 27:17).

Con el espíritu de fe del que he hablado, testifico que ésta es la obra del Señor, que éste es Su reino, restaurado a la tierra en nuestra época para bendecir a los hijos y a las hijas de Dios de todas las generaciones.

Oh Padre, ayúdanos a ser más fieles a Ti y a nuestro glorioso Redentor, a servirte en verdad, a hacer que ese servicio sea una expresión de nuestro amor, es mi humilde oración en el nombre de Jesucristo. Amén. □

Sesión del domingo por la tarde

1 de abril de 2001

La gratitud y el servicio

Élder David B. Haight

Del Quórum de los Doce Apóstoles

“Que en su pecho arda un sentimiento ferviente; que en este día sientan lo que yo siento; que esta obra es verdadera y cuyo objetivo es el ayudarnos a llevar a cabo el plan eterno de salvación y exaltación”.



Mis queridos hermanos y hermanas, he orado para que las bendiciones del cielo estén conmigo en estos momentos en que hablo desde este púlpito esta tarde. Quiero expresar algunas palabras acerca de la gratitud y agradecer a algunas personas que han influido en mi vida.

Traten de remontarse al 1º de mayo de 1890. Un joven y una joven de un pequeño poblado alrededor de 400 kilómetros de distancia del Templo de Logan deciden casarse. No había autopistas ni carreteras impresionantes; sólo había caminos entre arbustos, caminos para carretas.

Probablemente tomaba alrededor de seis o siete días de camino. Durante el mes de mayo es la temporada de lluvia en el sur de Idaho y

en Utah. Imaginen el viaje en una calesa, vestidos con su mejor ropa y llevar algunas pertenencias, quizá comida para los caballos y un poco de comida para sí mismos en bolsitas de algún tipo. No tenían ropa lujosa ni abrigada; no tenían sacos de dormir ni linternas ni hornillas portátiles para cocinar. Seguramente tenían cerillos y tenían que buscar arbustos secos para hacer una fogata a fin de cocinar.

Imagínense, traten de pensar por un momento y de concebir la gratitud que siento y las bendiciones que ellos trajeron a mi vida al hacer un largo viaje al sitio donde iban a casarse. ¿Tuvieron inconvenientes? Eso no los detuvo y siguieron con su objetivo. Piensen en lo que ha sucedido en los últimos años con el presidente Hinckley, la inspiración y dirección que él ha tenido para edificar templos en todo el mundo. Y piensen en lo que muchos tuvieron que pasar hace unos años para asistir al templo.

Esas bendiciones han llegado a mi vida gracias a mis padres y a otras personas que han influido en mi vida: los maestros y las buenas personas con quienes he convivido.

Cuando tenía unos 11 años de edad, llegó un hombre a nuestro pequeño poblado para enseñar en una escuela de la Iglesia. Él tocaba un poco el violín y no habíamos escuchado a nadie tocar el violín en mucho tiempo. Mi madre quedó impresionada, se consiguió un pequeño

violín, supongo que lo encontró en alguna venta de beneficencia, y decidió que yo debía aprender a tocarlo.

Aun cuando yo nunca había visto a nadie tocar el violín en público, el maestro fue a mi casa y empezó a darme lecciones sencillas. Había logrado cierto progreso para cuando nos graduamos del octavo grado en la escuela primaria, y se me pidió tocar un solo en el violín para la ceremonia de graduación que iba a tomar lugar en la escuela de segunda enseñanza.

Ensayé con sumo cuidado una corta pieza que recuerdo se llamaba "Traumerei". Mi hermana, que era cuatro años mayor que yo y quien en ese tiempo era una de las jóvenes más populares en la escuela de segunda enseñanza, me acompañó al piano. En la ceremonia de graduación, Connie McMurray era la mejor alumna y tenía el discurso de despedida. Las muchachas siempre son más listas que los muchachos. Mientras ella daba su discurso, había un pequeño pedestal con una jarra de agua y un vaso para la comitiva escolar. Los miembros de la comitiva, junto con algunos de los graduados del octavo grado, estábamos en el estrado.

A medida que Connie McMurray daba su célebre discurso de despedida, nos dimos cuenta de que la carpetita que estaba debajo de la jarra de agua en el pedestal se iba moviendo hacia el borde y izas, que se cae junto con la jarra y el vaso! Connie McMurray cayó desmayada.

En medio del apuro por limpiar el agua y por arreglar las sillas, se anunció que David Haight iba a tocar un solo en el violín. Me acerqué al viejo piano y mi hermana se levantó de la audiencia. Saqué mi sencillo y pequeño violín del estuche de madera y mi hermana se sentó frente al piano y tocó la nota La. Le dije: "Empieza tú".

Me dijo: "David, tienes que afinarlo".

Le dije: "No, no, ya lo afiné con el piano en casa". Teníamos un viejo piano en casa. Ya saben cómo era en esos tiempos: un piano y unos libros



era todo lo que se necesitaba para la familia. Había afinado cuidadosamente las cuerdas girando las clavijas de ébano del violín, pero no sabía que no todos los pianos eran iguales. Así que cuando mi hermana dijo: "Tienes que afinarlo", yo le contesté: "No, no, ya está afinado. Lo afiné en casa".

Ella prosiguió y tocó la introducción, y luego yo toqué mi primera nota. Estábamos desafinados por dos notas.

Ella tocó más despacio y le dije: "Sigue tocando", porque no podía imaginar el desperdiciar el tiempo de la audiencia tan famosa para la que estaba tocando, aproximadamente 100 personas en ese pequeño auditorio. Uno no hace esperar a la audiencia en Carnegie Hall para afinar el violín. Sería de muy mal gusto. Eso se hace tras las bambalinas, de manera que cuando empiezas a tocar es porque ya estás listo.

Ella aminoró la velocidad. Le

dije: "Sigue tocando". Terminamos y no me dirigió la palabra por varios días.

Quiero rendir honores al pequeño poblado donde viví con mis padres, donde me crié y donde fueron amables y buenos conmigo. Agradezco el conocimiento que recibí de mis amorosos padres.

Estoy agradecido por mi esposa, Ruby, que llegó a mi vida, por nuestros hijos, por nuestros nietos y por nuestros bisnietos, y también por las personas que forman parte de mi vida actual y que son una influencia en mi vida. Espero tener cierta influencia para bien en la vida de ellas.

Recordarán el pasaje de Juan el Bautista cuando habló a Juan el Amado y a Andrés en la ocasión en que se reunieron con el Salvador. Juan el Bautista comentó: "He aquí el Cordero de Dios" (Juan 1:36). Y el Salvador, uniéndose a ellos, a Juan el Bautista, Juan el Amado y Andrés, dijo: "¿Qué buscáis?".

Y en la conversación que está registrada, uno de ellos dijo: “¿Dónde moras?” (Juan 1:38).

Y el Salvador dijo, “Venid y ved” (Juan 1:39).

Siguieron al Salvador, y según la breve relación que tenemos, estuvieron con Él hasta la hora décima. Parece que pasaron la noche con Él, pero no se sabe dónde moraba Él o qué tipo de vivienda tenía.

Juan y Andrés permanecieron con el Salvador durante varias horas. Imaginen el estar en Su presencia y poder sentarse ante Él y verle a los ojos, o escucharle explicar quién era y por qué había venido a la tierra y escuchar la inflexión de Su voz al describir lo que dijo a esos jóvenes. Seguramente le estrecharon la mano y sintieron esa preciosa y maravillosa presencia al escucharle.

Después de ese encuentro, el pasaje cuenta que Andrés fue a buscar a su hermano Simón porque tenía que contarle a alguien lo sucedido. Cuando nos reunimos en una grandiosa conferencia como ésta y hablamos del Evangelio y de la responsabilidad y la oportunidad que tenemos, imaginen si esto nos hubiese sucedido a cualquiera de nosotros, el haber estado ante esa divina y preciosa presencia, y haberle escuchado a Él, y haberle estrechado la mano, y haberle visto a los ojos, y haber escuchado lo que tenía que decir.

Cuando Andrés encontró a su hermano Simón, le dijo: “Hemos hallado al Mesías” (Juan 1:41). Probablemente le dijo: “Estuvimos en Su presencia; sentimos Su personalidad; sabemos que lo que dice es verdad”. Sí, Andrés tenía que decirselo a alguien.

Eso es lo que hacemos cuando damos a conocer lo que sabemos y lo que entendemos. Agradezco el conocimiento que tengo de que Dios vive y de que es nuestro Padre, y el entendimiento que tengo de nuestro Padre Celestial y de Su Hijo, Jesús el Cristo, nuestro Salvador y Redentor de toda la humanidad.

Hace unos días recibí una carta de un hermano de Edimburgo,

Escocia. Su nombre es George Stewart. Se sorprenderá de que mencione esto, pero él quería agradecerme porque cuando tenía 15 años de edad, hace unos 40 años, yo fui presidente de misión en Escocia. Él deseaba darme las gracias por los misioneros que llegaron a su casa en Thornliebank, una de las áreas de Glasgow, donde se unió a la Iglesia junto con su madre.

Decía que a medida que iba adquiriendo un testimonio del Libro de Mormón, y lo empezó a leer, no podía dejar de leerlo porque sabía que era verdad. Continuó leyéndolo y obtuvo un testimonio del Evangelio en su juventud. Él recuerda que visitaba la casa de la misión y que éramos amables con él y que pasábamos mucho tiempo con los jóvenes debido a que asistían a la mutual, la cual estábamos empezando en las ramas.

Luego mencionó las bendiciones que habían llegado a su vida cuando era joven, que había conocido a su amada esposa en esa pequeña rama, y que se casaron y tuvieron cuatro hijos: uno que sirvió una misión en Washington, D.C.; otro que sirvió una misión en Leeds, Inglaterra; una hija que se casó en el templo; y otra que está esperando el regreso de un misionero. Expresó su gratitud por todas las bendiciones que había recibido en el transcurso de su vida y en la vida de sus hijos que habían servido misiones y en la de sus hijas.

Durante los últimos 40 años, ha sido cuatro veces obispo en cuatro unidades distintas y su esposa ha sido presidenta de la Sociedad de Socorro en tres ocasiones. Actualmente, él es consejero de la presidencia de la estaca de Edimburgo. Él dice: “Me jubilaré muy pronto de la empresa donde trabajo. He logrado mucho y ahora planeamos servir una misión juntos”.

Luego me dijo: “Esta maravillosa Iglesia ha tejido un manto de milagros en nuestras vidas”. Lo voy a repetir: “Esta maravillosa Iglesia ha tejido un manto de milagros en nuestras vidas”.

Luego relató cómo el Evangelio llegó a su vida, a la de su esposa, a la

de todos sus hijos y a la de sus nietos. Los nietos son miembros activos de la Iglesia, y él y su esposa tienen el gran deseo de salir al mundo cuando se jubilen de sus profesiones.

Cuando concebimos la majestuosidad, el impacto y la dirección espiritual que surte en la tierra, y que esta obra está destinada a llegar a todos los pueblos del mundo, es emocionante contemplar lo que nos espera.

El hermano y la hermana Andrus de Walnut Creek, California, habían servido cuatro misiones y fueron llamados a servir en Zimbabue y asignados al distrito de Bulawayo en Zimbabue. Esa fue su quinta misión.

Al relatar las cosas maravillosas que lograron hacer para reactivar a los miembros, ella cuenta que había un pequeño órgano electrónico portátil en la capilla y que enseñó a algunos de los niños de Bulawayo a tocar el órgano. También había un pequeño teclado en otra habitación, así que ella daba una clase donde



estaba el órgano y otra donde estaba el pequeño teclado. Enseñaba a los niños a tocar el órgano después de la escuela. Como parte del proceso de reactivación, empezaron una clase de preparación para el templo y antes de finalizar su misión pusieron a 28 miembros en un autobús desde Bulawayo hasta Johannesburgo para asistir al templo, un viaje de 1.040 kilómetros que toma dos días y una noche. Ellos comentan: “Hablamos de cómo nos sentimos ahora que tenemos 70 años, este par de ancianos que recorre África y que vive la mejor época de su vida; no podría ser mejor”.

El Dr. Alan Barker, quien se ha jubilado de una clínica de Salt Lake, es un experimentado cardiólogo de esta ciudad, y junto con su esposa, aceptó un llamamiento misional en las Filipinas. Mientras estaba allá, lograron una obra extraordinaria al ayudar a corregir un serio problema con una enfermedad. Estuvo allá el tiempo suficiente para ayudar a encontrar una solución para el problema y obtener el equipo médico y las medicinas necesarias.

Estos son ejemplos del estupendo servicio que brindan los matrimonios misioneros en diferentes partes del mundo.

Les dejo mi amor y mi testimonio de que Dios vive y de que esta obra es verdadera. La palabra *jubilación* no se encuentra en la Biblia. Tampoco creo que se encuentre en el diccionario de la Biblia. ¿Acaso no es fascinante pensar en lo que puede suceder en nuestras vidas ahora y en las posibilidades que se presentan ante nosotros si creemos y entendemos que tenemos un compromiso y una dedicación de vivir los principios del Evangelio de Jesucristo y de bendecir la vida de otras personas?

Es mi ruego que sean bendecidos. Que en su pecho arda un sentimiento ferviente; que en este día sientan lo que yo siento; que esta obra es verdadera y cuyo objetivo es el ayudarnos a llevar a cabo el plan eterno de salvación y exaltación. En el nombre de Jesucristo. Amén. □

La ley del ayuno

Élder Joseph B. Wirthlin
Del Quórum de los Doce Apóstoles

“El ayuno, combinado con la oración fervorosa, tiene gran poder; puede llenar nuestra mente con revelaciones del Espíritu y fortalecernos contra los momentos de tentación”.



Mis queridos hermanos y hermanas, al igual que ustedes, creo que el élder David B. Haight es una inspiración para la Iglesia entera y para muchos otros.

Hace dos mil años, sobre la arena y las piedras de Galilea, caminó un hombre al que muy pocos reconocieron por Quien verdaderamente era: el Creador de mundos, el Redentor, el Hijo de Dios.

Un intérprete de la ley se le acercó y le preguntó: “Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?”

Jesús contestó: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente.

“Este es el primero y grande mandamiento.

“Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

“De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas”.

Por medio del profeta José Smith, el Señor ha establecido nuevamente Su Iglesia entre los hombres. La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, restaurada sobre la tierra en estos últimos días, se centra en esos dos mandamientos que el Salvador proclamó como los más grandes: el amar a nuestro Padre Celestial y el amar a nuestro prójimo. Nuestro Salvador dijo: “Si me amas, me servirás y guardarás todos mis mandamientos”². Una forma en la que demostramos nuestro amor es por medio del cumplimiento de la ley del ayuno. Esta ley se basa sobre un principio primordial pero profundo —una simple práctica— que, si se observa con el espíritu apropiado, nos ayudará a acercarnos más a nuestro Padre Celestial y a fortalecer nuestra fe, al mismo tiempo que nos ayudará a aliviar las cargas de los demás.

En La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días se alienta a los miembros a ayunar siempre que su fe tenga que ser fortalecida en forma especial, y a ayunar en forma regular una vez al mes en el día de ayuno. En ese día, nos abstenemos de comer y de beber por dos comidas consecutivas, estamos en íntima comunión con nuestro Padre Celestial y contribuimos una ofrenda de ayuno para ayudar a los pobres. La ofrenda debe ser por lo menos el equivalente del valor de los alimentos que hubiéramos comido. Por lo general, se designa el primer domingo de cada mes como

domingo de ayuno. Ese día, a los miembros que físicamente puedan hacerlo, se les alienta para que ayunen, oren y den testimonio de la veracidad del Evangelio y den una ofrenda de ayuno generosa. “La ley del ayuno”, enseñó el élder Milton R. Hunter, “es quizás tan antigua como la familia humana... En tiempos antiguos, los líderes—profetas dieron a los miembros de la Iglesia el mandamiento de observar la ley del ayuno y la oración”³.

En las Escrituras, observamos que el ayuno casi siempre va unido de la oración. Sin la oración, el ayuno no es en realidad un ayuno completo; es simplemente pasar hambre. Si deseamos que nuestro ayuno sea algo más que simplemente el abstenernos de comer, debemos elevar nuestros corazones, nuestras mentes y nuestras voces en comunión con nuestro Padre Celestial. El ayuno, combinado con la oración fervorosa, tiene gran poder; puede llenar nuestra mente con revelaciones del Espíritu y fortalecernos contra los momentos de tentación.

El ayuno y la oración nos sirven para desarrollar en nuestro interior la valentía y la confianza; pueden fortalecer nuestro carácter y cimentar nuestro autodomínio y disciplina. Muchas veces, cuando ayunamos, nuestras oraciones y peticiones justas adquieren un poder aún mayor. Los testimonios crecen; maduramos espiritual y emocionalmente, y santificamos nuestra alma. Cada vez que ayunamos, obtenemos un poco más de control sobre nuestros apetitos y pasiones mundanos.

El ayuno y la oración pueden ayudarnos en lo referente a nuestra familia y a nuestro trabajo diario. Nos ayudan a magnificar nuestros llamamientos en la Iglesia. El presidente Ezra Taft Benson enseñó: “Si desea obtener el espíritu de su oficio y llamamiento como nuevo presidente de quórum, nuevo miembro del sumo consejo, nuevo obispo, [o, podría agregar, nueva presidenta de la Sociedad de Socorro], trate de ayunar por cierto tiempo. No quiero decir que simplemente dejen de comer una comida y luego que



Una serie de escaleras cerca de las puertas del lado sur del Centro de Conferencias llevan al balcón del centro y a los jardines y a la plaza que están sobre el techo.

coman el doble en la siguiente. Estoy hablando del ayuno verdadero con oración durante ese tiempo. Eso le dará el verdadero espíritu de su oficio y llamamiento y permitirá que el Espíritu obre por su intermedio más que cualquier otra cosa de que yo sepa”⁴.

El profeta José Smith enseñó: “Sirva esto de [ejemplo] para todos los santos, y nunca habrá carencia de pan: Cuando los pobres estén pasando hambre, ayunemos un día, aquellos que tengamos lo suficiente, y demos lo que hubiésemos comido a los obispos para ayudar a los pobres, y todos tendrán en abundancia por largo tiempo... Y en tanto todos los santos vivan ese principio con corazones alegres y rostros de felicidad, siempre tendrán en abundancia”⁵.

Los profetas del Libro de Mormón enseñaron la ley del ayuno: “Y he

aquí, aconteció que el pueblo de Nefi se regocijó en extremo porque el Señor de nuevo lo había librado de las manos de sus enemigos; por tanto, le dieron gracias al Señor su Dios; sí, y ayunaron y oraron mucho, y adoraron a Dios con un gozo inmensamente grande”⁶.

Los cuatro hijos de Mosíah dieron el ejemplo de la poderosa combinación del ayuno y la oración. Ellos enfrentaron fuerzas abrumadoras, pero aún así obraron milagros al llevar a miles de lamanitas al conocimiento de la verdad. Ellos compartieron el secreto de su éxito. Escudriñaron las Escrituras y “se habían dedicado a mucha oración y ayuno”; ¿y cuál fue el resultado? “...tenían el espíritu de profecía y el espíritu de revelación, y cuando enseñaban, lo hacían con poder y autoridad de Dios”⁷.

Cuando ayunamos, hermanos y

hermanas, sentimos hambre y, por corto tiempo, nos ponemos literalmente en el lugar de los hambrientos y los necesitados; y al hacerlo, adquirimos una comprensión mayor de las privaciones que ellos tal vez padezcan. Cuando damos una ofrenda al obispo para aliviar el sufrimiento de los demás, no sólo hacemos algo sublime por los demás, sino que también hacemos algo maravilloso por nosotros mismos. El rey Benjamín enseñó que, al dar de nuestros bienes a los pobres, retenemos “la remisión de [nuestros] pecados de día en día”⁸.

Amulek, otro profeta del Libro de Mormón, explicó que a menudo nuestras oraciones no tienen poder porque volvemos la espalda a los necesitados⁹. Si piensan que el Padre Celestial no escucha sus peticiones, pregúntense si están prestando atención a las súplicas de los pobres, de los enfermos, de los hambrientos y de los afligidos que los rodean.

Hay quienes contemplan la abrumadora necesidad que hay en el mundo y piensan: *En realidad, ¿qué puedo hacer yo para cambiar las cosas?*

Con claridad les voy a decir una cosa que pueden hacer: Vivan la ley del ayuno y contribuyan una generosa ofrenda de ayuno.

Las ofrendas de ayuno se utilizan para un solo propósito: para bendecir la vida de los necesitados. Todo dinero que se le entrega al obispo en calidad de ofrenda de ayuno se utili-

za para ayudar a los pobres. Cuando los donativos exceden las necesidades locales, se pasan más adelante para satisfacer las necesidades en algún otro lugar.

En calidad de Apóstol del Señor Jesucristo, he viajado por el mundo testificando de Él. Hoy he venido ante ustedes para dar otro testimonio, un testimonio del sufrimiento y la necesidad de millones de hijos de nuestro Padre Celestial. En el mundo de hoy, demasiadas personas —miles y miles de familias— pasan necesidades a diario. Tienen hambre, sufren frío, padecen enfermedades, se afligen por sus hijos, se lamentan por la seguridad de sus familias. Esas personas no son extranjeros ni advenedizos, sino hijos de nuestro Padre Celestial; son nuestros hermanos y hermanas; son “conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios”¹⁰. Sus fervientes oraciones ascienden al cielo para suplicar una tregua, un alivio del sufrimiento. En este mismo momento, en este mismo día, algunos miembros, incluso en nuestra Iglesia, oran por ese milagro que les permitiría superar el sufrimiento que los rodea. Si, teniendo los medios para hacerlo, no tenemos compasión por ellos y no nos apresuramos a ayudarles, corremos el peligro de estar entre los que el profeta Moroni menciona al decir: “Porque he aquí, amáis el dinero, y vuestros bienes, y vuestros costosos vestidos, y el adorno de vuestras iglesias, más

de lo que amáis a los pobres y los necesitados, los enfermos y los afligidos”¹¹.

Cuán bien recuerdo a mi padre, el obispo de nuestro barrio, llenar mi carrito rojo de cuatro ruedas con comida y ropa y después decirme — como diácono de la Iglesia— que tirara de él y visitara las casas de los necesitados de nuestro barrio.

Muchas veces, cuando los fondos de las ofrendas de ayuno se terminaban, mi padre sacaba dinero de su propio bolsillo para proveer de alimentos a los necesitados de su redil a fin de que no pasaran hambre. Ésa era la época de la Gran Depresión [en Estados Unidos] y había muchas familias que sufrían.

Recuerdo haber visitado a una familia en particular: una madre enferma, un padre sin empleo y desalentado y sus cinco niños de semblantes pálidos, todos desanimados y hambrientos. Recuerdo la gratitud que iluminó sus rostros cuando llegué hasta su puerta con mi pequeño carro repleto de provisiones que tanto necesitaban. Recuerdo cómo sonrieron los niños; cómo lloró la madre y cómo se quedó allí el padre, con la cabeza inclinada, sin poder hablar.

Ésas y muchas otras impresiones forjaron en mi interior amor por los pobres, amor por mi padre que sirvió como pastor de su rebaño, y amor por los fieles y generosos miembros de la Iglesia que sacrificaron tanto para aliviar el sufrimiento de los demás.

Hermanos y hermanas, en cierto sentido, ustedes también pueden llevar a una familia necesitada un carrito repleto de esperanza. ¿Cómo? Al pagar una generosa ofrenda de ayuno.

Padres, enseñen a sus hijos la dicha de un ayuno apropiado. ¿Cómo pueden hacerlo? Al igual que con cualquier otro principio del Evangelio: permítanles ver que ustedes viven por medio del ejemplo. Después, ayúdenles a vivir la ley del ayuno por sí mismos, poco a poco. Ellos pueden ayunar y también dar una ofrenda, si lo desean. Al enseñar a nuestros hijos a ayunar, puede otorgarles este poder para resistir las





Una caída de agua descende tres niveles hacia el exterior del Centro de Conferencias.

tentaciones a lo largo de su trayecto en la vida.

¿Cuánto debemos dar en ofrendas de ayuno? Mis hermanos y hermanas, la cantidad de nuestras ofrendas para bendecir a los pobres es una medida de la gratitud que sentimos hacia nuestro Padre Celestial. Nosotros, los que hemos sido bendecidos tan abundantemente, ¿daremos la espalda a los que necesitan de nuestra ayuda? El dar una generosa ofrenda de ayuno es la medida de nuestra disposición de consagrarnos a aliviar el sufrimiento de los demás.

El hermano Marion G. Romney, que era el obispo de nuestro barrio cuando fui llamado a la misión y que más tarde prestó servicio como miembro de la Primera Presidencia de la Iglesia, amonestó: “Sean generosos en sus dádivas para que así puedan progresar, y no den solamente para beneficiar al pobre, sino por su propio bienestar. Den lo suficiente para poder obtener el reino de Dios por medio de la consagración de su tiempo y de todos sus bienes”¹².

Los diáconos de la Iglesia tienen la obligación sagrada de visitar los hogares de todos los miembros para recoger las ofrendas de ayuno para los pobres. El presidente Monson

una vez me contó cómo él, siendo un obispo joven, comenzó a percibir que los jóvenes diáconos de su barrio protestaban por tener que levantarse tan temprano para recoger las ofrendas de ayuno. En lugar de llamar la atención a esos jovencitos, ese sabio obispo los llevó a la Manzana de los Servicios de Bienestar en Salt Lake City.

Allí los muchachos conocieron a una señora discapacitada que manejaba la central de teléfonos. Vieron a un señor ciego pegar etiquetas en las latas y a un anciano hermano colocar mercadería en los estantes. El presidente Monson dijo, como resultado de lo que ellos vieron: “Un silencio profundo se apoderó de los jovencitos mientras contemplaban la forma en que el esfuerzo que hacían una vez por mes ayudaba a recaudar los sagrados fondos de las ofrendas de ayuno que ayudaban a los necesitados y proporcionaban empleo a gente que de otro modo no podría trabajar”¹³.

Como miembros de la Iglesia, tenemos la sagrada responsabilidad de ayudar a los necesitados y de aliviar sus pesadas cargas. El cumplimiento de la ley del ayuno puede beneficiar a la gente de todos los países. El presidente Gordon B. Hinckley preguntó: “¿Qué sucedería si se observara el principio del ayuno y de las ofrendas en todo el mundo? Se daría de comer al hambriento, se vestiría al desnudo, se daría refugio a los que no tienen hogar... En el corazón de las personas de todas partes crecería un nuevo nivel de preocupación y de generosidad”¹⁴.

El ayunar con el espíritu apropiado y a la manera del Señor nos vigorizará espiritualmente, fortalecerá nuestra autodisciplina, llenará nuestros hogares de paz, iluminará nuestro corazón con dicha, nos fortificará contra la tentación, nos preparará para tiempos de adversidad y abrirá las ventanas de los cielos.

Escuchen las ricas bendiciones que se profetizan para quienes viven la ley del ayuno: “Entonces invocarás, y te oírás Jehová; clamarás, y dirá él: heme aquí... Jehová te pastoreará siempre, y en las sequías saciará

tu alma, y dará vigor a tus huesos; y serás como huerto de riego, y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan”¹⁵.

Al vivir la ley del ayuno no sólo nos acercaremos más a Dios mediante la oración, sino que alimentaremos al hambriento y cuidaremos del pobre. Cada vez que lo hagamos, cumpliremos con ambos grandes mandamientos sobre los cuales “depende toda la ley y los profetas”¹⁶.

Sé que Jesús el Cristo vive. Sé que el presidente Gordon B. Hinckley es nuestro profeta, vidente y revelador y doy testimonio solemne de esta realidad. También doy testimonio de que Él que tuvo compasión por “uno de estos... más pequeños”¹⁷, contempla con amor y compasión a quien hoy “socorre a los débiles, levanta las manos caídas y fortalece las rodillas debilitadas”¹⁸.

Elevo mi voz en testimonio y promesa, junto con los grandes apóstoles que nos han precedido, que quienes vivan la ley del ayuno descubrirán sin ninguna duda las ricas bendiciones que acompañan a ese sagrado principio. De esto testifico solemnemente en el nombre de Jesucristo. Amén. □

NOTAS

1. Mateo 22:37-40.
2. D. y C. 42:29.
3. *Will a Man Rob God?*, 1952, págs. 207-208.
4. *The Teachings of Ezra Taft Benson*, 1988, págs. 331-332.
5. *History of the Church*, tomo 7, pág. 413.
6. Alma 45:1.
7. Véase Alma 17:2-3.
8. Mosíah 4:26.
9. Véase Alma 34:28.
10. Efesios 2:19.
11. Mormón 8:37.
12. Véase “Las bendiciones del ayuno”, *Liahona*, diciembre de 1982, pág. 4.
13. “Sé ejemplo de los creyentes”, *Liahona*, enero de 1997, pág. 51.
14. Véase “La situación de la Iglesia”, *Liahona*, julio de 1991, pág. 61.
15. Isaías 58: 9, 11.
16. Mateo 22:40.
17. Mateo 25:40.
18. D. y C. 81:5.

Unidos en amor y testimonio

Élder John K. Carmack
De los Setenta

“Los miembros de la Iglesia están unidos en Cristo por medio del amor y el testimonio. El sendero de esta dispensación que conduce a nuestro Salvador pasa por José y el Libro de Mormón”.



Hace diecisiete años, durante la sesión del domingo por la tarde de la conferencia general, respondí a la asignación del presidente Hinckley de hablar en nombre de seis hermanos a los que recientemente se nos había llamado como Setenta. Me hallaba aguardando mi turno entre dos grandes apóstoles, los élderes Marvin J. Ashton y Bruce R. McConkie. Sentí su amor y apoyo mientras contemplaba con inquietud la congregación de santos reunidos en el Tabernáculo. Dicho sea de paso, hoy día el número es cuatro veces más grande. El élder Ashton, al percibir mis sentimientos, me susurró: “Sé que es una vista asombrosa, pero son sus amigos”. Al ponerme de pie para discursar por primera vez, sentí

el amor de los santos derramarse sobre mí, y desde entonces, en todas partes del mundo a donde nos han llevado mis asignaciones, mi esposa, Shirley, y yo hemos sentido ese mismo amor y hemos intentado corresponderlo.

La unidad de los santos es única y poderosa. La he visto y percibido prácticamente en cada continente y en las islas del mar. Esa unidad es uno de los motivos principales del progreso de la Iglesia; sin ella, fracasaríamos. Tal y como explicó Jesús: “...toda ciudad o casa dividida contra sí misma, no permanecerá”¹. La división y las fallas abundan en el mundo, mas “uno somos todos, uno en verdad”². Disfrutamos de esa unidad bajo la dirección espiritual de nuestro profeta. Nuestras posesiones, estado social o color de la piel no importan; el banquete del Evangelio está libremente al alcance de todos los que deseen participar de sus manjares. Jesús dijo a Sus discípulos: “Vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos”³. La Iglesia avanza tranquilamente en creciendo, al igual que una orquesta sinfónica se aproxima al punto culminante, fortaleciendo las comunidades a medida que crece.

Disfrutamos de esa unidad a través del amor; no podemos comprarla ni forzarla. Nuestro método consiste en “persuadir... y con sabiduría, amor y luz bendecir... Pero

jamás la mente del hombre forzar”⁴. Cuando actuamos de forma diferente, reducimos nuestro derecho a que se nos reconozca como discípulos de Cristo. “En esto conocerán todos [los hombres] que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros”⁵.

Ese amor unificador viene combinado con nuestro testimonio personal. Si se les pidiera, casi cada miembro podría y accedería a compartir su testimonio en esta conferencia. Sí, estamos unidos en amor y testimonio.

Mi testimonio está edificado en las firmes convicciones de que el Libro de Mormón es verdadero y que Jesús es nuestro Salvador, un cimiento espiritual que me ha ayudado a resistir las tormentas de las dificultades y la duda. Comencé a leer el Libro de Mormón cuando era joven y he continuado aprendiendo y bebiendo de su espíritu con cada estudio.

Estuve en el último grupo de misioneros que fueron llamados antes de que las demandas de la guerra con Corea llamara a filas a nuestros jóvenes, y participé en cinco días de capacitación en la casa de la Misión Salt Lake, en la calle State. Uno de nuestros instructores fue Bryant S. Hinckley, un prominente líder de la Iglesia y un maestro estimulante que invitó a los misioneros allí reunidos a compartir los motivos por los que creían que el Libro de Mormón era verdadero. Yo me quedé asombrado por la gran variedad de razones que expusieron. En aquella ocasión sugerí que, aparte del testimonio del Espíritu, me había impresionado el número de nombres nuevos de personas, lugares, animales y cosas que había en el libro.

Cincuenta años después todavía me siguen impresionando esos nombres nuevos. Cuando los arqueólogos informaron sobre el descubrimiento de unas piedras en el sur de Arabia con el nombre “Nahom” grabado en ellas, presté mucha atención. Dichas inscripciones parecen datar del año 700 a.C. Leemos que Ismael fue enterrado en un lugar llamado Nahom, uno de los nombres que me impresionaron.

Sigue aumentando la evidencia de la autenticidad del Libro de Mormón. Durante su misión en Alemania, Jack Welch encontró unos versículos en el libro de Mosíah que formaban claramente un quiasmo o configuración de ideas en forma de X. Ese hallazgo evidenciaba una autoría antigua en vez de moderna, y los eruditos continúan encontrando y publicando nuevas reflexiones sobre lo que dice el libro y cómo lo dice. Un distinguido profesor de literatura ha publicado recientemente un estudio que ha hecho del Libro de Mormón durante su vida, detallando su sorprendente variedad de formas literarias⁶. Los estadísticos han descubierto evidencias de múltiples autores del libro; y aunque todas estas evidencias hayan contribuido a mi testimonio, el testimonio original y poderoso del Espíritu Santo ha permanecido firme e inquebrantable, y se ha repetido en muchas ocasiones.

También me pregunto si apreciamos plenamente el valor y la fortaleza del testimonio de los testigos que aparece publicado en cada ejemplar del Libro de Mormón. Oliver Cowdery, David Whitmer y Martin Harris vieron las planchas y el ángel, y José también mostró las planchas de oro a otros ocho hombres que las vieron y las palparon⁷. Dichos testigos no negaron sus testimonios, ni jamás han sido éstos impugnados. Los ocho testigos adicionales, de hecho, testificaron: “Hemos visto y sopesado [las planchas], y [José] Smith las tiene en su poder”. Los testigos han sido importantes para mí. El Señor dijo a José que las declaraciones de éstos probarían “al mundo que las Santas Escrituras son verdaderas, y que Dios inspira a los hombres y los llama a su santa obra en esta edad y generación, así como en las antiguas”⁸.

Tras haber descubierto que el Libro de Mormón es verdadero, debemos preguntarnos: “¿Cuál es su mensaje?”. Alma —y, a propósito, el profesor Welch afirma que recientemente se descubrió el uso antiguo de la palabra *Alma*—, al hablar al pueblo de Gedeón, hizo hincapié en



el mensaje central del libro, y dijo: “...muchas cosas han de venir; y he aquí, hay una que es más importante que todas las otras, pues he aquí, no está muy lejos el día en que el Redentor viva y venga entre su pueblo”⁹. Sí, por supuesto, Alma... la venida de Jesús y Su Expiación, efectuada en Getsemaní y en la cruz, son de seguro más importantes que cualquier otro conocimiento que pueda obtener una persona. Y el Libro de Mormón es “Otro testamento de Jesucristo”, como proclama su subtítulo.

Incluso antes de leer el Libro de Mormón, tenía un testimonio infantil de Jesús. La primera vez que fui consciente de Él fue cuando mi abuela Carmack, una artista conocida en su comunidad, me mostró la belleza de la puesta de sol en Arizona, y luego

me preguntó: “John Kay, ¿quién creó este mundo maravilloso?”; y respondiendo a su misma pregunta dijo: “Jesús creó este mundo. Sí, Él lo creó”. Por supuesto que mi abuela tenía razón; Jesús, el hijo de Dios, creó los mundos bajo la dirección del Padre¹⁰. Por cierto, los abuelos no deben subestimar la influencia que tienen en la vida de sus nietos.

La expiación de Cristo es la doctrina central, pero aún de mayor consuelo y beneficio ha sido lo maravillosamente accesible e individual que ha sido Su misericordia y ayuda en mi vida. Estas conocidas palabras encierran mis sentimientos sobre ese aspecto importante de la influencia y el ministerio de Jesús.

*“En vida o muerte, salud o dolor,
a ricos y pobres que tengan su luz,*

en mar o en tierra, en todo lugar,
de todo peligro os libra Jesús”¹¹.

Durante esos momentos caóticos por los que parecemos pasar; cuando padecemos ansiedad o desesperación; cuando se nos malinterpreta o menosprecia; según se requiera, nuestro Salvador puede socorrernos y ayudarnos en momentos de necesidad, y lo hará. Su socorro nos da paz. ¿Acaso no dijo Él: “En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo”?¹². ¡Ah, cuánto he precisado esa paz! Y la he recibido en condiciones diversas, según lo exigían mis circunstancias y mi situación.

Para concluir, los miembros de la Iglesia están unidos en Cristo por medio del amor y el testimonio. El sendero de esta dispensación que conduce a nuestro Salvador pasa por José y el Libro de Mormón¹³. Por ellos podemos saber que la relación que el Nuevo Testamento hace de Jesús es verdadera. Jesús es nuestro Salvador y Redentor. Debemos aprovechar toda oportunidad para proclamar: “Aleluya, ¡grande eres Tú!”.

El presidente Hinckley es Su profeta en la tierra. Ésta es Su Iglesia. Ruego que nuestra unidad sea una evidencia al mundo de que somos discípulos Suyos. En el nombre de Jesucristo. Amén. □

NOTAS

1. Mateo 12:25.
2. “Con valor marchemos”, *Himnos*, N° 159.
3. Mateo 8:11.
4. “Know This, That Every Soul Is Free”, *Hymns*, N° 240.
5. Juan 13:35.
6. Richard Dilworth Rust, *Feasting on the Word: The Literary Testimony of the Book of Mormon*, 1997.
7. “El testimonio de ocho testigos”, Libro de Mormón.
8. D. y C. 20:11.
9. Alma 7:7.
10. Véase Hebreos 1:1–2.
11. “Qué firmes cimientos”, *Himnos*, N° 40.
12. Juan 16:33.
13. D. y C. 5:10.

Cómo mejorar nuestra experiencia en el templo

Élder L. Lionel Kendrick

De los Setenta

“Existe una diferencia entre simplemente asistir al templo y el tener una magnífica experiencia espiritual”.



nuestra experiencia en él. Para hacerlo, debemos sentir un espíritu de reverencia y adoración por ese lugar.

ESPÍRITU DE REVERENCIA

Quienes asisten al templo deben recordar el consejo del Señor cuando dijo: “Mi santuario tendréis en reverencia” (Levítico 19:30). La reverencia es una expresión de profundo respeto, honor y adoración por el Señor. Es tener veneración por Su nombre, Sus palabras, Sus ordenanzas y convenios, Sus siervos, Sus capillas y Sus templos.

Es una manifestación externa de lo que sentimos por Él. Siempre debemos recordar que vamos a Su santa casa, el templo del Señor, por invitación Suya. Debemos responder a esta invitación siendo dignos, estando preparados y teniendo el templo como prioridad en nuestra vida. Mientras nos encontremos en el templo debemos actuar como si estuviéramos en Su santa presencia.

El ser reverentes significa no sólo mantener silencio, sino ser conscientes de lo que está sucediendo. Supone un deseo divino de aprender y ser receptivo a las impresiones del Espíritu, así como una búsqueda de mayor luz y conocimiento. La irreverencia no es sólo una falta de respeto hacia la Deidad, sino que hace que sea imposible que el Espíritu nos enseñe lo que precisamos saber.

En el templo debemos conversar en un tono reverente, pues la reverencia no es cosa trivial ni mundana. Tiene consecuencias eternas y se

Una de las mayores bendiciones que tenemos hoy día es la oportunidad de asistir al templo. Con el creciente número de templos, sus bendiciones están al alcance de un número cada vez mayor de miembros de la Iglesia.

Esas bendiciones no deben tomarse a la ligera. El Salvador ha mandado que no debemos “[tratar] con liviandad las cosas sagradas” (D. y C. 6:12).

El templo y las santas ordenanzas son muy sagrados y debemos ser espiritualmente sensibles a ellos. El asistir al templo para adorar al Señor es una sagrada bendición.

Existe una diferencia entre simplemente asistir al templo y el tener una magnífica experiencia espiritual. Las verdaderas bendiciones del templo se reciben cuando mejoramos



Vista del Centro de Conferencias desde la calle North Temple.

debe tratar como algo divino. Para ser reverentes debemos ver el templo como un lugar de pureza y de santidad.

Lugar de pureza. El templo es un lugar de pureza y es de suma importancia que lo mantengamos puro y santo. El Salvador prometió:

“Y si mi pueblo me edifica una casa en el nombre del Señor, y no permite que entre en ella ninguna cosa inmundada... mi gloria descansará sobre ella.

Sí, y mi presencia estará allí, porque vendré a ella...” (D. y C. 97:15–16).

Quienes entren al templo deben preparar tanto el corazón como la mente. Deben poder responder afirmativamente a las preguntas de Alma cuando dijo:

“¿Podréis mirar a Dios en aquel día con un corazón puro y manos limpias? ¿Podréis alzar la vista, teniendo la imagen de Dios grabada en vuestros semblantes?” (Alma 5:19).

Cuando somos reverentes en el templo, ayudamos a mantenerlo puro y santo, libre de distracciones y ofensas para el Espíritu. Debemos recordar no decir ni hacer nada que

sea ofensivo para el Señor.

El presidente David O. McKay aconsejó: “Al entrar en un edificio de la Iglesia, entramos en la presencia de nuestro Padre Celestial; y este pensamiento debe ser incentivo suficiente para preparar el corazón, la mente y aun la vestimenta, para presentarnos apropiada y debidamente en Su presencia” (*Improvement Era*, julio de 1962, pág. 509).

La reverencia comprende el pensar, hablar, sentir y actuar como lo haríamos si estuviéramos delante del Señor.

Lugar de santidad. El templo es un lugar de santidad; es el lugar más santo y sagrado sobre la tierra y se le debe tratar con el más alto grado de reverencia y respeto. La reverencia que mostremos en el templo es una manifestación al Señor de que lo consideramos un lugar divino y que lo reconocemos como Su santa casa.

ESPÍRITU DE ADORACIÓN

El templo es un lugar de adoración y la reverencia es una forma divina de adorar, pues es la manera de rendir culto en el reino celestial.

En la visión de los grados de gloria que recibió el profeta José Smith se describe la adoración celestial con las siguientes palabras:

“Y así vimos la gloria de lo celestial... donde Dios, el Padre, reina en su trono para siempre jamás;

“ante cuyo trono todas las cosas se inclinan en humilde reverencia, y le rinden gloria para siempre jamás” (D. y C. 76:92–93).

Nuestra adoración en el templo nos prepara para vivir en la presencia de nuestro Padre Celestial y de Su Hijo, a quienes debemos adorar en un espíritu de humildad y de reverencia.

La verdadera adoración del Señor en Su santa casa implica el que debemos mejorar nuestra experiencia en el templo. Podemos tener magníficas experiencias espirituales en el templo al hacer lo siguiente:

Primero, al entrar en el templo debemos dejar el mundo atrás, y segundo, debemos obtener mayor luz y conocimiento.

Dejar el mundo atrás. Cuando entremos en el templo debemos dejar el mundo atrás; debemos sentir cómo sería entrar en la presencia del Señor. Podríamos considerar los

pensamientos y las conversaciones que tendríamos en Su santa presencia. El poder captar la visión de este momento nos ayudará a prepararnos para entrar en Su presencia y dejar el mundo atrás al entrar en el templo.

1. Pensamientos

Al acercarnos a las inmediaciones del templo, debemos hacer a un lado nuestros pensamientos triviales y concentrarnos en nuestras sagradas responsabilidades mientras servimos en la casa del Señor.

Nuestros pensamientos deben ser de naturaleza espiritual, pues debemos recordar que el Señor los conoce. Él habló a Ezequiel y le dijo: “Y las cosas que suben a vuestro espíritu, yo las he entendido” (Ezequiel 11:5).

2. Conversaciones

El Salvador nos ha dado importantes consejos concernientes a nuestras conversaciones en el templo y ha dicho: “Por consiguiente, cesad de todas vuestras conversaciones livianas, de toda risa... de todo vuestro orgullo y frivolidad...” (D. y C. 88:121).

Del mismo modo que dejamos nuestros pensamientos triviales atrás al aproximarnos a las inmediaciones del templo, también debemos dejar atrás nuestras conversaciones mundanas. Es inapropiado hablar de cuestiones de negocios, de placer o de sucesos de actualidad.

No sólo lo que hablamos en el templo es importante, sino la manera que lo hablamos. La voz que usamos para comunicarnos en todo lugar del templo debe ser siempre suave y apacible. Ésa debe ser nuestra voz en el templo.

En el templo debe guardarse silencio en los lugares donde se lleven a cabo ordenanzas sagradas, permitiéndose la comunicación necesaria para la realización de dichas ordenanzas. Esos lugares son sagrados y en ellos no se debe conversar de asuntos mundanos.

El Señor nos ha dado el siguiente consejo amoroso que nos ayudará a mejorar nuestra experiencia del templo al dejar el mundo atrás: “Y de cierto te digo que desecharás las cosas de este mundo y buscarás las de uno mejor” (D. y C. 25:10).

Tal vez sea apropiado recordar las palabras de reprensión del Señor a David Whitmer:

“Sino que tus pensamientos han estado en las cosas de la tierra más que en las que son de mí, tu Creador... y no has prestado atención a mi Espíritu...”

“Por tanto, quedas a solas para consultarme por ti mismo...” (D. y C. 30:2-3).

Procura obtener mayor luz y conocimiento. El obtener mayor luz y conocimiento no es un proceso pasivo; es preciso concentrarse en las cosas del Espíritu y buscar las lecciones espirituales que se deben aprender. El Salvador aconsejó: “Y si vuestra mira está puesta únicamente en mi gloria, vuestro cuerpo entero será lleno de luz y no habrá tinieblas en vosotros; y el cuerpo lleno de luz comprende todas las cosas” (D. y C. 88:67).

El Espíritu Santo es el maestro en el templo. Él enseña principios de significado eterno. Es durante esta instrucción que vemos la relación

que existe entre lo terrenal y lo eterno. Debemos recordar que el Espíritu sólo enseña a los que son dóciles. Si entramos al templo en busca de mayor luz y conocimiento, podremos aprender algo nuevo durante nuestra experiencia en él. El Salvador prometió: “Lo que es de Dios es luz; y el que... persevera en Dios, recibe más luz, y esa luz se hace más y más resplandeciente hasta el día perfecto” (D. y C. 50:24).

CONCLUSIÓN

Ruego que mejoremos nuestra experiencia del templo con un espíritu de reverencia, tratándolo como un lugar de pureza y santidad. Que mejoremos nuestra experiencia del templo con un espíritu de adoración, dejando atrás las cosas del mundo y buscando mayor luz y conocimiento. Si hacemos esto, el Señor nos bendicirá y estaremos preparados para vivir en Su santa presencia. De esto testifico en el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. □



La edificación del reino

Élder Bruce D. Porter
De los Setenta

“Desde sus primeros días, la Iglesia del Señor ha sido edificada por gente común que magnificó sus llamamientos con humildad y devoción”.



Hace casi 25 años, nuestra familia vivía en Massachusetts, donde yo estaba haciendo un curso de posgrado. Mi programa de estudios exigía demasiado tiempo y yo disponía de poco tiempo libre. Un domingo en la Iglesia se me acercó la presidenta de la Primaria y me preguntó si podría servir como maestro suplente durante dos semanas. En esa época, la Primaria se efectuaba en un día de la semana por la tarde y sabía que sería difícil encontrar tiempo en mi horario para enseñar esa clase. Pero luego de cierta vacilación, acepté.

Llegó el día de enseñar en la Primaria. Esa tarde yo estaba en la biblioteca de la universidad, absorto en un libro de política internacional. De alguna manera, el tema que estudiaba me parecía más importante que la clase de la Primaria que se acercaba y, por lo tanto, no fue sino hasta unos 30 minutos antes de que

empezara la clase que me puse a repasar la lección que debía enseñar. Luego caminé desde la biblioteca hasta la capilla, que colindaba con el campus. Mi actitud negativa debe de haber lentificado mis pasos, porque llegué algunos minutos tarde. Al llegar a la puerta del salón de la Primaria, los niños empezaban a cantar el himno de apertura. Era una canción que yo nunca había escuchado y cuya melodía y mensaje me conmovieron profundamente:

*Como os he amado, amad a otros.
Un nuevo mandamiento, amad a
otros.*

*Por esto sabrán que sois discípulos
míos,
si os amáis unos a otros.
("Amad a otros", Himnos, N° 203)*

Mientras me quedé allí, inmóvil, a la entrada, el Espíritu me atestiguó que estaba observando la clase más importante que se efectuaba en Cambridge, Massachusetts, ese día.

En docenas de salones de clases y de laboratorios de la universidad, dedicados eruditos buscaban respuestas a los problemas del mundo. Sin embargo, por valiosos que hubieran sido esos esfuerzos, la universidad no daba ni podía dar las respuestas finales a los problemas de un mundo aquejado de problemas. Allí, frente a mí, estaba la respuesta del Señor: La quieta edificación de Su reino sobre la tierra por medio de la enseñanza del Evangelio de Jesucristo. Lo que tenía lugar en la Primaria ese día formaba una pequeña parte del plan divinamente revelado para la salvación de un mundo caído.

En referencia a la Restauración, el Señor declaró en octubre de 1831: “Las llaves del reino de Dios han sido entregadas al hombre en la tierra, y de allí rodará el evangelio hasta los extremos de ella, como la piedra cortada del monte, no con mano, ha de rodar, hasta que llene toda la tierra” (D. y C. 65:2). La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es ese reino cuyo destino es llenar toda la tierra. En la milagrosa sabiduría del Todopoderoso, la edificación del reino de Dios en los últimos días se llevará a cabo por medios tan sencillos y claros como lo que observé en la Primaria aquel día.

Nos regocijamos al escuchar que se construyen templos en todas partes del mundo y que en lejanas naciones las puertas se están abriendo al Evangelio. Edificada sobre el fundamento de apóstoles y profetas, la Iglesia del Señor va a todo el mundo por medio de misioneros llamados y apartados para proclamar Su palabra. A veces, quizás, podamos sentirnos inclinados a ver la edificación del reino como algo que tiene lugar más allá del horizonte, muy lejos de nuestras ramas y barrios, pero la verdad es que la Iglesia avanza tanto en virtud de un crecimiento exterior como de un refinamiento interior. “Porque Sión debe aumentar en belleza y santidad; sus fronteras se han de ensanchar; deben fortalecerse sus estacas...” (D. y C. 82:14).

No tenemos que ser llamados a servir lejos del hogar ni tenemos que tener un cargo prominente en la Iglesia ni en el mundo para edificar el reino del Señor. Lo edificamos en nuestro propio corazón cuando cultivamos el Espíritu de Dios en nuestras vidas. Lo edificamos dentro de nuestras familias, al inculcar la fe en nuestros hijos. Y lo edificamos por medio de la organización de la Iglesia a medida que magnificamos nuestros llamamientos y compartimos el Evangelio con nuestros vecinos y amigos.

Mientras nuestros misioneros laboran en campos listos para la siega, otras personas trabajan en casa fortaleciendo el reino en sus barrios y en las comunidades donde residen.



Desde los primeros días, la Iglesia del Señor se ha estado edificando por medio de gente común que magnificó sus llamamientos en forma humilde y devota. No importa a qué oficio seamos llamados, sólo que actuemos “con toda diligencia” (D. y C. 107:99). En las palabras de la revelación moderna: “Por tanto, no os canséis de hacer lo bueno, porque estáis poniendo los cimientos de una gran obra. Y de las cosas pequeñas proceden las grandes” (D. y C. 64:33).

El presidente Joseph F. Smith observó en una ocasión: “Las causas importantes no triunfan en una sola generación” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith*, pág. 114). Más que en ninguna otra parte, es en la familia, en el tranquilo santuario del hogar, donde las generaciones se unen en la edificación del reino de Dios. La crianza de los hijos es una labor divina. La Primera Presidencia ha hecho un

llamado a los padres de la Iglesia para que tengan la noche de hogar para la familia y la oración familiar, estudien el Evangelio en el hogar y pasen tiempo con los hijos en actividades sanas. Cuando los padres y las madres enseñan a sus hijos las verdades eternas que una vez se les enseñaron a ellos, pasan la antorcha de la verdad a otra generación y el reino se fortalece aún más.

*Somos vigilantes del faro cuya luz
jamás debe morir*
(Traducción libre, “For the Strength of the Hills”, *Hymns*, N° 35).

Cuando yo era niño, a menudo, mientras nos encontrábamos sentados alrededor de la mesa del comedor, mi padre dirigía a nuestra familia en conversaciones sobre el Evangelio. Sólo con la perspectiva de los años entiendo hoy día lo que contribuyeron a mi propio testimonio esas

horas reunidos nosotros en familia. Me regocijo en la profecía de Isaías de que llegará el tiempo en que “...sobre toda la morada del monte de Sión” habrá una “nube... de día, y de noche resplandor de fuego que eche llamas...” (Isaías 4:5), cuando el Espíritu de Dios morará en los hogares de Su pueblo continuamente.

El reino del Señor abarca no solamente la Iglesia y la familia, sino también el corazón y la mente de Su pueblo. Como lo enseñó el Salvador durante Su ministerio terrenal: “...el reino de Dios está entre vosotros” (Lucas 17:21). Si realmente deseamos contribuir a la gran obra de los últimos días, estaremos con la mira puesta en la gloria de Dios, nuestras mentes iluminadas por el “testimonio de Jesús” (Apocalipsis 19:10), nuestros corazones puros y consagrados. La oración personal, el estudio y la meditación son vitales para la edificación del reino dentro de nuestras almas. Es en los silenciosos momentos de meditación y comunión con el Todopoderoso que llegamos a conocerlo y a amarlo como nuestro Padre.

Doy testimonio de que el reino de Dios ha sido restaurado a la tierra, para que jamás vuelva a ser quitado. Bajo la dirección de nuestro Padre Eterno, Jesucristo es el Autor y Consumador de esta obra, la piedra angular de la Iglesia y el Santo de Israel. Que en la fortaleza y el poder del Señor edifiquemos el reino de Dios sobre la tierra para que esté preparado para recibir el reino de los cielos a la hora de Su venida. En las palabras de un himno de batalla que también puede considerarse como un himno de la Restauración:

*Ha llamado a la carga y no
retrocederá.*
*A los hombres que lo siguen
Jesucristo probará.*
*¡Oh, sé presta, pues, mi alma a
seguirle donde va!*
Pues Dios avanza ya.
(“Himno de batalla de la República”, *Himnos*, N° 28.)

En el nombre de Jesucristo.
Amén □

Enfoque y prioridades

Élder Dallin H. Oaks

Del Quórum de los Doce Apóstoles

“Si la información de que se dispone se utiliza de un modo juicioso es mucho más valiosa que la gran cantidad de información que se deja en barbecho”.



Al acercarnos a la conclusión de esta magnífica conferencia, es oportuno preguntarnos qué nos vamos a esforzar por llegar a ser a causa de lo que hemos oído decir a los siervos del Señor.

Somos responsables de nuestros actos y seremos juzgados por la forma en que empleemos lo que hayamos recibido. Ese principio eterno se aplica a todo lo que se nos ha dado. En la parábola de los talentos (véase Mateo 25:14–30), el Salvador enseñó ese principio con respecto a la utilización de lo que nos pertenezca. El principio de la responsabilidad también se aplica a los medios espirituales que se nos han proporcionado en las enseñanzas que hemos recibido y a las valiosas horas y días que se nos han adjudicado durante nuestro tiempo en la vida terrenal.

Deseo examinar la forma en que ese principio de la responsabilidad se

aplica a nuestro empleo del mayor tiempo libre y de la información con que contamos en la actualidad.

Debido a la prolongación de las expectativas de vida y a los dispositivos modernos que sirven para ahorrar tiempo, la mayoría de nosotros tenemos mucho más tiempo libre que el que tenían nuestros predecesores. Somos responsables de la forma en que utilicemos ese tiempo. “No desperdiciarás tu tiempo” (D. y C. 60:13) y “cesad de ser ociosos” (D. y C. 88:124), mandó el Señor a los primeros misioneros y miembros. “El tiempo veloz vuela”, dice un himno conocido, “y ya no vuelve más. Viene y sigue adelante, no se detiene jamás. Si cuidado no tenemos, la oportunidad perderemos. De prisa se va la vida, es como si fuese un día” (“Improve the Shining Moments,” *Hymns*, 1985, N^o 226).

La importancia del mayor tiempo libre de que disponemos se ha realizado considerablemente gracias a la tecnología moderna de la recuperación de datos. Para bien o para mal, la Internet y los discos compactos han puesto a nuestro alcance inmediato existencias extraordinarias de información, conocimientos e imágenes. Junto con las comidas rápidas, tenemos comunicaciones rápidas y hechos rápidos. El efecto que esos recursos han surtido en algunos de nosotros parece cumplir la profecía del profeta Daniel de que en los últimos días “muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia se aumentará” (Daniel 12:4).

Al tener mucho más tiempo libre y una escala mucho más amplia de

posibilidades de emplearlo, es prudente reexaminar los principios fundamentales por los que debemos guiarnos. Si bien las circunstancias temporales cambian, las leyes y los principios eternos que deben guiar lo que escogemos hacer no cambian jamás.

I.

Hay un cuento sencillo y divertido que contiene una advertencia y que me gusta porque es fácil traducirlo a diversos idiomas y culturas.

Dos hombres formaron una sociedad. Construyeron un pequeño cobertizo junto a un transitado camino. Consiguieron un camión que condujeron hasta el campo de cultivo de un agricultor, donde compraron una camionada de melones a un dólar por melón. Condujeron el camión cargado hasta el cobertizo que habían hecho junto al camino, donde vendieron los melones a un dólar cada uno. Volvieron al campo del agricultor y compraron otra camionada de melones a un dólar por melón. Los transportaron hasta el mismo lugar junto al camino, y de nuevo vendieron los melones a un dólar por unidad. Al volver en el camión al campo del agricultor, uno de los socios dijo al otro: “Oye, no estamos ganando mucho dinero en este negocio, ¿no te parece?”. “No, no estamos ganando nada”, le contestó el asociado y agregó: “¿Crees que necesitamos un camión más grande?”.

Nosotros tampoco necesitamos una camionada más grande de información. Al igual que los dos socios del cuento, lo que más necesitamos es un enfoque más claro sobre cómo debemos valorar y utilizar lo que ya tenemos.

Gracias a la tecnología moderna, el contenido de enormes bibliotecas, así como otros medios de información están al alcance inmediato de muchos de nosotros. Algunos deciden pasar innumerables horas curioseando al azar en la Internet, viendo programas insignificantes de televisión o leyendo rápidamente otras fuentes voluminosas de información. ¿Pero con qué fin? Los que se dedican a esos pasatiempos son

como los socios del cuento: van de prisa de aquí para allá cada vez con más carga, sin captar la verdad esencial de que no podremos sacar ganancias de nuestro trabajo mientras no comprendamos el verdadero valor de lo que ya tenemos al alcance.

Un poeta describió ese concepto erróneo como un “ciclo interminable” que reporta “conocimiento de palabras e ignorancia de la Palabra”, en lo cual “la sabiduría” se “pierde en el conocimiento” y el “conocimiento” se “pierde en la información” (T. S. Eliot, “Choruses from the Rock”, *The Complete Poems and Plays*, 1909–1950 [1962], pág. 96).

Tenemos miles de veces más información disponible que la que tuvieron Thomas Jefferson o Abraham Lincoln. Sin embargo, ¿quiénes de nosotros se considerarían mil veces más cultos o más útiles a nuestros semejantes que ellos? La índole magnífica de lo que esos dos hombres nos dieron —incluidos la Declaración de la Independencia y el Discurso de Gettysburg— no se puede atribuir a que tenían grandes fuentes de información, puesto que sus bibliotecas eran comparativamente pequeñas según nuestras normas. La virtud de ellos radicó en el empleo juicioso e inspirado de una cantidad limitada de información.

Si la información de que se dispone se utiliza de un modo juicioso es mucho más valiosa que la gran cantidad de información que se deja en barbecho. Yo tuve que aprender esa lección obvia cuando estudiaba abogacía.

Hace más de cuarenta y cinco años, fui por primera vez a una biblioteca de jurisprudencia en la que había cientos de miles de libros de derecho. (Hoy en día una biblioteca de ese tipo contendría millones de páginas adicionales accesibles mediante la recuperación electrónica de datos.) Cuando comencé a preparar el trabajo de investigación que me habían designado, pasé muchos días buscando en cientos de libros el material que necesitaba. No tardé en darme cuenta de la verdad evidente (ya conocida para los investigadores expertos) de que nunca

acabaría aquel trabajo dentro del margen de tiempo de que disponía si no enfocaba la investigación al empezar y la detenía oportunamente para tener tiempo de analizar lo que hubiera hallado y redactar mis conclusiones.

Ante el exceso de información de los espléndidos recursos que se nos han dado, debemos comenzar por enfocar lo que deseamos averiguar para que no nos volvamos como los de la conocida profecía referente a la gente de los últimos días: “...siempre están aprendiendo, y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad” (2 Timoteo 3:7). Además necesitamos horas de tranquilidad y meditación con oración al procurar transformar la información en conocimiento y el conocimiento maduro en sabiduría.

También debemos enfocar la atención a fin de evitar lo que sea dañino. La abundante información y las imágenes accesibles en la Internet exigen un enfoque nítido y definido, así como autodominio para evitar acceder a la pornografía que es un flagelo cada vez mayor en nuestra sociedad. En el diario *Deseret News* se comentaba hace poco en un editorial: “Las imágenes que solían esconderse en mostradores apartados ahora son fácilmente accesibles en el computador u ordenador” (21–22 de febrero de 2001, pág. A12). La Internet ha hecho accesible la pornografía a las personas casi sin esfuerzo y muchas veces sin que tengan que salir de la intimidad de su casa. La Internet también ha facilitado las actividades predatorias de adultos que se valen del anonimato y de la accesibilidad de la red para llegar secretamente a los niños con fines malignos. ¡Padres y jóvenes, cuídense de ellos!

Hay muchas referencias del Evangelio en esta fácilmente accesible avalancha de información. Por ejemplo, en el sitio “web” de nuestra Iglesia ahora se puede acceder a todos los discursos de las conferencias generales y a otros artículos de las revistas de la Iglesia de los pasados treinta años. Los maestros pueden bajar grandes cantidades de

información sobre cualquier tema. Si un volante está enfocado directamente en el tema de la lección, es muy útil; pero demasiados volantes pueden restar valor a nuestro esfuerzo por enseñar los principios del Evangelio con claridad y testimonio. Demasiado material complementario empobrecerá en lugar de enriquecer porque hará borroso el enfoque de los alumnos sobre el principio designado y los alejará del procurar con oración aplicar esos principios a ellos mismos.

Nefi enseñó: “...Deleitaos en las palabras de Cristo; porque he aquí, las palabras de Cristo os dirán todas las cosas que debéis hacer” (2 Nefi 32:3). Eso es enfoque. Nefi también dijo de cuando enseñaba las Escrituras: “apliqué todas las Escrituras a nosotros mismos para nuestro provecho e instrucción” (1 Nefi 19:23). Eso es aplicación personal.

Como un ejemplo más de la necesidad de enfocarnos en lo indispensable al emplear para enseñar las grandes fuentes de información del pasado, comparen el valor que tienen hoy en día los consejos que Brigham Young dio a la gente hace ciento cuarenta años con lo que el presidente Hinckley y los demás siervos del Señor nos están diciendo a cada uno, ahora mismo, en esta conferencia. O comparen el valor que tienen para nosotros algunos otros hechos o consejos que se dieron en tiempos ya remotos con lo que dijo el presidente de estaca en la última conferencia de nuestra estaca o con lo que nos aconsejó el obispo el domingo pasado.

Lo más valioso de eso es la importancia de lo que el Espíritu nos ha indicado anoche o esta mañana con respecto a nuestras necesidades particulares. Cada uno de nosotros debe cuidarse de que la actual abundancia de información no ocupe nuestro tiempo de un modo tan completo que no podamos enfocar la atención para oír y obedecer la voz apacible y delicada que está allí para guiarnos en medio de nuestras propias dificultades de hoy día.

Espero que estas advertencias sobre la necesidad de enfocar las

cosas no se interprete como hostil hacia el empleo selectivo de la nueva tecnología que ha puesto a nuestro alcance inmediato tal abundancia de información. Respecto de eso, hago eco a lo que dijo Brigham Young, que indicó:

“Cada descubrimiento en la ciencia y en el arte que sea realmente verdadero y provechoso para la humanidad ha sido concedido por revelación directa de Dios... Debemos aprovechar todos esos grandes descubrimientos... y dar a nuestros hijos el beneficio de todo segmento de conocimiento útil, a fin de prepararlos para dar un paso adelante y hacer su parte con eficacia en la gran obra” (*Deseret News*, 22 de octubre de 1862, pág. 129).

II.

También debemos tener prioridades. Nuestros asuntos prioritarios determinan lo que buscamos en la vida. La mayor parte de lo que se ha enseñado en esta conferencia tiene que ver con el orden de prioridad de las cosas. Confío en que prestemos oídos a esas enseñanzas.

Jesús enseñó del orden prioritario cuando dijo: “Por tanto, no busquéis las cosas de este mundo, mas buscad primeramente edificar el reino de Dios, y establecer su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (TJS Mateo 6:38). “Buscad primeramente edificar el reino de Dios” significa dar prioridad absoluta a Dios y a Su obra. La obra de Dios es llevar a cabo la vida eterna de Sus hijos (véase Moisés 1:39), y todo lo que esto conlleva en el nacimiento, la crianza, la enseñanza y el sellamiento de los hijos de nuestro Padre Celestial. Todo lo demás está más abajo en el orden de prioridades. Pensemos en esa realidad al reflexionar en algunas enseñanzas y algunos ejemplos del orden de prioridad de las cosas. Como alguien dijo: “Si no hemos escogido primeramente el reino de Dios, al final no importa lo que haya escogido en su lugar”.

En cuanto al conocimiento, la máxima prioridad del conocimiento religioso se debe dar a lo que recibimos en el templo. Ese conocimiento

se adquiere con las enseñanzas explícitas y simbólicas de la investidura y con la inspiración del Espíritu que recibimos si estamos deseosos de buscar y estamos aptos para percibir la revelación que se nos da en ese sagrado lugar.

Con respecto a los bienes que se poseen, Jesús enseñó que “la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee” (Lucas 12:15). Por lo tanto, no debemos hacernos tesoros en la tierra “donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan” (Mateo 6:19). En otras palabras, los tesoros de nuestro corazón —a lo que damos prioridad— no deben ser lo que las Escrituras llaman “las riquezas [y]... las vanidades de este mundo” (Alma 39:14). Las “vanidades del mundo” comprenden cualquier combinación de las cuatro características mundanas de los bienes que se poseen, el orgullo, la prominencia y el poder. En lo que atañe a eso, las Escrituras nos recuerdan que “no las puedes llevar contigo” (Alma 39:14). Debemos andar en busca de la clase de tesoros que las Escrituras prometen a los fieles: “grandes tesoros de conocimiento, sí, tesoros escondidos” (D. y C. 89:19).

Alrededor de nosotros tenemos los buenos ejemplos de los que buscan

Una pequeña fuente en el interior del Centro de Conferencias capta la atención de algunas personas que asisten a la conferencia.



tesoros permanentes: los que “tienen hambre y sed de justicia” (Mateo 5:6) y ponen el reino de Dios en primer lugar en su vida. Entre los más visibles de esos ejemplos tenemos a los hombres y a las mujeres que dejan a un lado sus actividades seculares e incluso se despiden de sus familiares para servir al Señor en la misión. Decenas de miles de ellos son misioneros jóvenes. Además, tributo un homenaje particular a los que sirven en el campo misional en los años de la madurez, algunos como líderes misionales y otros como matrimonios misioneros. Su servicio notable evidencia aquello a lo que dan prioridad, y su ejemplo admirable es una guía tanto para sus familiares como para todos los que los conocen.

Aquello a lo que damos prioridad es más visible en la forma en que empleamos nuestro tiempo. Alguien ha dicho: “Tres cosas no vuelven jamás: la flecha que se ha lanzado, la palabra que se ha hablado y la oportunidad que se ha perdido”. No podemos reciclar ni guardar el tiempo que se nos adjudica cada día. En lo que respecta al tiempo, sólo tenemos una oportunidad de escoger y luego se va para siempre.

Las decisiones acertadas que tomamos son especialmente importantes en nuestra vida familiar. Por ejemplo, ¿cómo pasan los miembros de la familia su tiempo libre juntos? El pasar tiempo juntos es necesario, pero no es suficiente. Debemos regirnos por un orden de prioridades al emplear el valioso tiempo que damos a nuestras relaciones familiares. Comparemos el efecto del tiempo que se pasa en la misma sala simplemente viendo un programa de televisión con la trascendencia del tiempo que se dedica a la comunicación de unos con otros individualmente y como familia.

Veamos otros ejemplos: ¿Cuánto tiempo dedica la familia a aprender el Evangelio mediante el estudio de las Escrituras y las enseñanzas de los padres en comparación con el tiempo que los miembros de la familia dedican a ver competiciones deportivas, programas de entrevistas o telenovelas? Creo que muchos

de nosotros estamos sobrealimentados con espectáculos de mala calidad y mal alimentados con el pan de vida.

Con respecto al orden de prioridades de las decisiones de gran importancia (como por ejemplo, los estudios, la ocupación, el lugar de residencia, el cónyuge o la maternidad), debemos preguntarnos cuál será la *consecuencia eterna* de esa decisión. Algunas decisiones que parecen convenientes para la vida terrenal tienen riesgos inaceptables para la eternidad. Al tomar todas esas decisiones debemos tener un inspirado orden de prioridades y aplicarlo de manera que nos reporten bendiciones eternas tanto a nosotros como a nuestros familiares.

Entonces, después de haber hecho todo lo que hayamos podido, debemos recordar el sabio consejo y la consoladora aseveración del rey Benjamín, que enseñó: “Y mirad que se hagan todas estas cosas con prudencia y orden; porque no se exige que un hombre corra más aprisa de lo que sus fuerzas le permiten” (Mosíah 4:27).

Los asuntos prioritarios fundamentales de los Santos de los Últimos Días tienen dos aspectos: Primero, procuramos comprender nuestra relación con Dios el Padre Eterno y con Su Hijo Jesucristo, y afianzar esa relación al recibir Sus ordenanzas salvadoras y guardar los convenios que hemos hecho. Segundo, procuramos comprender nuestra relación con nuestros familiares y afianzar esos vínculos al efectuar las ordenanzas del templo y guardar los convenios que hacemos en ese santo lugar. Esos vínculos, afianzados de la manera que he explicado, brindan bendiciones eternas que no se obtienen de ninguna otra manera. Ninguna combinación de ciencias, éxito, posesión de bienes, orgullo, prominencia o poder pueden proporcionar esas bendiciones eternas.

Testifico que esto es verdadero, y testifico de Dios el Padre, cuyo Plan establece el camino, y de nuestro Salvador Jesucristo, cuya expiación hace posible todo. En el nombre de Jesucristo. Amén. □

Hasta la próxima vez

Presidente Gordon B. Hinckley

“Se celebran las conferencias... para fortalecer nuestro testimonio de esta obra, fortificarnos contra la tentación y el pecado, elevar nuestra visión y recibir instrucción”.



Hermanos y hermanas, hemos disfrutado de una conferencia maravillosa con discursos inspiradores. Se han contestado las oraciones de los discursantes y las de los que los hemos oído, y todos hemos sido edificados. Ahora bien, antes de pronunciar mis palabras de clausura, quisiera hacer una pequeña explicación. La gente se ha estado preguntando por qué razón ando caminando con bastón; ese se ha convertido en el tema de conversación estos días. Pues vi que Brigham Young usaba bastón, John Taylor usaba bastón y Wilford Woodruff tenía un bastón, y el presidente Grant usaba un bastón en su edad avanzada. Vi al presidente McKay con bastón y a Spencer Kimball con bastón, de modo que sólo estoy poniéndome a la moda.

La verdad es que padezco un poco de vértigo; me mareo un poco al estar de pie, y los doctores no

saben cuál es la razón de ello; pero todavía me seguirán examinando y espero que esto se acabe en uno o dos días.

Y bien, todos nos hemos sentido edificados en esta gran conferencia. Al partir hoy, todos debemos tener una mayor determinación de hacer lo bueno que cuando nos reunimos ayer por la mañana.

Constantemente me maravillo con estas reuniones semestrales. Hemos escuchado a veintiséis oradores durante estos dos días, un número bastante elevado. A cada uno se le informó del tiempo que dispondría, pero a nadie se le dijo sobre qué tendría que hablar. Aun así, todos los discursos parecen armonizar uno con otro, como cada hebra del tapiz de un diseño magnífico y hermoso. Creo que casi cada persona de este vasto auditorio mundial puede decir de uno o más de los discursos: “Eso iba dirigido a mí. Eso es precisamente lo que necesitaba oír”.

Éste es el motivo por el que se celebran las conferencias: para fortalecer nuestro testimonio de esta obra, fortificarnos contra la tentación y el pecado, elevar nuestra visión y recibir instrucción sobre los programas de la Iglesia y el modelo de nuestra vida.

Por supuesto que muchas iglesias tienen reuniones multitudinarias, pero no sé de ninguna otra que se compare con estas conferencias que se celebran cada seis meses, año tras año. Verdaderamente son conferencias mundiales.

Esta obra tiene vida y vigor a medida que avanza por todo el mundo, tanto en comunidades grandes como pequeñas. Su brillantez reside

en los misioneros que enseñan en lugares lejanos de nombres extraños y en los conversos que son fruto de esa enseñanza. Siempre que tengo ocasión de viajar, me gusta visitar las ramas remotas, grandes y pequeñas, donde se lleva a cabo una grandiosa labor pionera.

Ahora, hermanos y hermanas, salgamos de esta conferencia con una mayor determinación de vivir el Evangelio; de ser más fieles, mejores padres y madres, hijos e hijas; de ser completamente leales unos a otros como familias, y plenamente fieles a la Iglesia como miembros.

Ésta es la santa obra de Dios. Es divina en origen y en doctrina. Jesucristo está a la cabeza. Él es nuestro Salvador y Redentor inmortal. Su revelación es la fuente de nuestra doctrina, nuestra fe y nuestra enseñanza; de hecho, es el ejemplo de nuestra vida. José Smith fue un instrumento en las manos del Todopoderoso para llevar a cabo esta restauración; y el elemento básico de la revelación está hoy en la Iglesia como lo estuvo en la época de José.

Nuestro testimonio individual de estas verdades es la base de nuestra

fe, y debemos nutrirlo y cultivarlo. Jamás debemos renunciar a él; no podemos hacerlo a un lado, pues sin él no tenemos nada, y con él lo tenemos todo.

Al volver a nuestros hogares, ruego que notemos un fortalecimiento de nuestra fe en estas verdades eternas y constantes. Ruego que haya paz y amor en nuestras casas, y abundancia de las cosas buenas del cielo y de la tierra. Es mi humilde oración, al despedirme de ustedes hasta la próxima vez, en el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. □



Su guía celestial

Sharon G. Larsen

Segunda Consejera de la Presidencia General de las Mujeres Jóvenes

“Si oran a menudo y buscan conocer la voluntad del Señor como lo hizo Nefi, el Señor les mostrará el camino”.



A esta altura de la vida, tal vez ustedes ya hayan pasado por la experiencia de tratar de hacer algo que parecía muy difícil y que requería más capacidad o experiencia de la que tenían. Y tal vez mientras intentaban realizar esa tarea aparentemente imposible, haya habido personas, tal vez amigos, que trataron de desanimarlas, avergonzarlas y denigrarlas. Los desafíos son diferentes para cada individuo, pero la Fuente de ayuda es la misma. Analicemos la experiencia de Nefi.

Nefi se crió en el desierto. No sabemos si había visto un barco antes de que el Señor le mandara que construyera uno, —¡una tarea aparentemente imposible!— pero tenía fe en que el Señor lo ayudaría. Nefi dijo que el Señor le mostraba “de

cuando en cuando” cómo debía construirlo (1 Nefi 18:1). Nos cuenta que no lo construyó de la manera que los hombres construyen los barcos, sino “según el modo” que le había mostrado el Señor (1 Nefi 18:2), y luego nos dice cómo lo hizo. “Y yo, Nefi... oraba al Señor; por lo que el Señor me manifestó grandes cosas” (1 Nefi 18:3).

Si oran a menudo y buscan conocer la voluntad del Señor como lo hizo Nefi, el Señor les mostrará el camino. Pero con toda seguridad, cuando más se esfuercen por obedecer, se enfrentarán a la fuerte oposición de quienes deseen desanimarlas y disuadirlas. Los disidentes de Nefi eran sus propios hermanos. ¡Qué difícil situación!

Tal vez haya momentos en que ustedes, mujeres jóvenes, sientan que están pasando por una experiencia como la de Nefi. El Señor no les ha pedido que construyan un barco, sino que construyan su vida. Todavía no saben qué aspecto tomará su vida mortal una vez completa, pero su Padre Celestial sí lo sabe y puede guiarlas paso a paso. Les pide que edifiquen su vida de acuerdo con Sus pautas porque Él es quien las creó y desea que estén listas para volver a Su presencia algún día. Tal como Nefi, ustedes tal vez tengan detractores y disidentes que desean que cambien su curso o que por lo menos retrasen su progreso.

Pero ustedes tienen acceso al mismo sistema de comunicación que Nefi usó. Mucho antes del correo

electrónico y del fax, de los teléfonos celulares y de las antenas parabólicas, de las computadoras y de Internet, ya existía la comunicación con nuestro Padre Celestial. Antecede a todo tipo de invención actual para el beneficio de la comunicación y su poder se extiende a través del cosmos.

Nuestro Padre Celestial les ha dado el don del Espíritu Santo para que las ayude cuando busquen Su ayuda de todo corazón. Tal como Nefi, ustedes pueden saber qué hacer para construir su vida de acuerdo con el plan del Señor. Busquen su poder para que las ayude a abrirse paso a través de los desafíos de la vida terrenal hasta que lleguen a salvo al hogar celestial.

No se necesita equipo especial ni experiencia, posición social ni dinero para que el Espíritu Santo las guíe. La próxima vez que renueven sus convenios bautismales al tomar la Santa Cena, pongan atención a la promesa: si recuerdan siempre al Salvador y guardan Sus mandamientos, tendrán Su Espíritu con ustedes (véase D. y C. 20:77, 79). ¡Piensen en eso! Con tan magnífico don, ¿por qué querríamos resistir tal guía?

Mientras nuestra hija menor practicaba piano, le sugerí que tocara la misma pieza cinco veces más para que estuviera preparada para su lección.

Ella dijo: “No, mami. Cinco veces es demasiado”.

Yo le dije: “Entonces tú decide cuántas veces necesitas tocarla”.

Respondió: “No. Elige tú, pero no me digas que cinco”.

¿Nos comportamos así a veces cuando el Espíritu nos indica que hagamos algo que no nos parece fácil, cómodo o popular? ¿Le pedimos que nos diga algo diferente y le decimos que queremos ser obedientes pero que queremos que nos diga algo más fácil o más divertido? El tratar de complacernos a nosotros mismos puede ser algo muy peligroso.

Recuerdo cuando tenía la edad de ustedes y deseaba que el Espíritu me dijera algo diferente. Me crié en un pueblo pequeño de Canadá. Cuando

me gradué de secundaria éramos sólo diez, de modo que se podría decir que me contaba entre los primeros diez alumnos más destacados de todo el grupo de graduados. Una noche, mi hermana Shirley y yo íbamos a asistir a la misma fiesta en casa de una amiga. Mamá y papá nos recordaron que volviéramos a casa inmediatamente después de la fiesta. Shirley era un año menor que yo y se fue con su grupo de amigas y yo con el mío. Después de la fiesta, Shirley se fue directo a casa, lo que le indicaría a mamá y a papá que la fiesta había terminado. Pero yo no fui tan prudente. Con mi grupo de amigas nos fuimos a visitar lugares entretenidos del pueblo: ¡los elevadores del molino y el cementerio!



Conforme pasaban las horas, sentía con mayor intensidad que debía irme a casa. Pero, ¿cómo iba a ser yo la primera en decir: “Tengo que irme a casa”? Me quedé con mis amigas riendo y fingiendo estar pasándolo bien. La sensación de que debía irme a casa continuó haciéndose cada vez más fuerte, hasta que de modo jocoso les dije a mis amigas: “Si ven un auto azul más adelante, es mi papá que me está buscando”. En cuanto pronuncié esas palabras vi un auto azul y a mi papá de pie en el medio del camino (no había mucho tráfico) haciendo señas con las manos para que nos detuviéramos. Entonces se dirigió hacia la puerta del vehículo y cuando la abrió me dijo con calma: “Sharon, es mejor que vengas a casa conmigo”. ¡Quería esconderme bajo los tapetes del auto y no volver a salir! ¿Cómo podría ser mi papá tan cruel e insensible y por qué mi hermana no esperó fuera de la casa para que mamá y papá no se dieran cuenta a qué hora había terminado la fiesta? Hace poco le hablé a mi hermana de eso y me dijo: “Esperé afuera hasta que casi me congelé”. En ese entonces estaba totalmente segura de que la humillación que había sentido frente a mis amigas era culpa de todos los demás.

A través del lente del tiempo y de la realidad, puedo ver más claramente lo que en verdad sucedió. Una voz quieta y apacible y no una legión de ángeles y ni siquiera un ángel, me susurró y me advirtió varias veces. De hecho, fue sólo una sensación. Fue tan sutil, tan callada, que fácilmente se habría podido descartar y aparentar que no era real, ¡pero mis amigos sí lo eran!

No había cumplido con algo que se esperaba de mí. Había preferido ser popular ante mis amigas en vez de complacer a mis padres y al Señor. Pero a pesar de que a propósito preferí no obedecer, el Espíritu estuvo allí, dándome sus impresiones. No es posible hacer el mal y sentirse bien. El hacer de cuenta que el Espíritu no está dándonos una impresión cuando sí está haciéndolo, es

como escribir la respuesta equivocada en un examen cuando uno sabe la respuesta correcta.

Tal vez haya momentos en que para el Espíritu sea difícil ayudarles porque ustedes no piden su ayuda al orar o tal vez porque no estén escuchando, o quizás porque el mensaje no puede pasar a través del estruendo de la música, de la radio o del video.

Kirstin nos dice: “Por experiencia personal, sé que si escuchamos al Espíritu, la vida no nos será tan complicada ni estará tan llena de tentaciones” (carta en el archivo de la oficina de las Mujeres Jóvenes). Lamán y Lemuel se negaron tantas veces a escuchar que “no [pudieron] sentir” esas impresiones sagradas (1 Nefi 17:45).

Pueden preguntarse a sí mismas: “¿Cómo puedo saber si es el Espíritu el que me está enseñando y no mis emociones o circunstancias?”. Piensen en alguna ocasión en que estén seguras que sintieron el Espíritu del Señor. Tal vez haya sido durante la reunión de testimonios de un campamento o mientras estaban con la familia y ustedes leían las Escrituras y oraban. Tal vez, durante esta reunión, mientras escuchan la música o al Profeta, sentirán ese calor en el pecho. Ese es el Espíritu Santo que les está testificando. Recuerden, recuerden la sensación del Espíritu y utilicen esa experiencia para definirlo una y otra vez.

El Espíritu Santo les enseñará de diferentes maneras en diferentes ocasiones. Nefi tuvo que aprender eso. Aprendan a reconocer la forma en que el Señor se comunica con ustedes. Amanda nos dice: “Un día estaba en seminario, escuchando el ‘Discurso sobre el Plan de Salvación’ que había escuchado un millón de veces, cuando de súbito, todo comenzó a tener sentido y pude ver cómo todo encajaba en su lugar. Pude sentir verdaderamente el Espíritu Santo y supe que todo lo del Evangelio era verdad” (carta).

Hay momentos en que la impresión del Espíritu no es más que una sensación de incomodidad. Una jovencita nos dijo: “Sentí una sensación

extraña en el estómago y algo que me inducía a decir no y que me alejara”. Carolani estaba pasando por problemas especialmente difíciles; ella nos dice: “Me pregunté: ‘¿Qué querría mi Padre Celestial que hiciera?’. Sentí la impresión de leer mi bendición patriarcal y así lo hice. Lloré de gozo al saber que alguien me amaba y que valía algo” (carta).

Mujeres jóvenes, a ustedes se les ama y ustedes lo valen todo, aún la vida del Salvador. Vi una manifestación de este amor en una pequeña rama de Columbia Británica, Canadá. Nos reunimos en una pequeña casa durante una conferencia de rama, y en la planta baja para la reunión de Mujeres Jóvenes. En la pared estaba el póster del lema y sobre una pequeña mesa rodeada de cuatro sillas, un mantel de encaje y flores. Se encontraban presentes la presidenta de las Mujeres Jóvenes de la rama, la presidenta de las Mujeres Jóvenes de la estaca, una oficial de la mesa general de la organización y una jovencita llamada Hawley. También se encontraban presentes la influencia y el poder del Espíritu Santo. En ese mismo instante aprendí una lección: que el Señor se preocupa tanto por una preciosa jovencita como lo hace por las miles de todas ustedes.

Lo más importante para nuestro Padre Celestial son Sus hijos. Si es importante para ustedes, es importante para Él. Cualquier preocupación que tengan ustedes es preocupación de Él. Cualquiera sea la duda que tengan, el Señor tiene la respuesta. Cualquier tristeza por la que estén pasando, Él sabe cómo se sienten y aliviará el dolor. Él sabe lo que es sentirse completamente solo. Él les brindará consuelo.

Si mi Padre Celestial me conocía a mí, que vivía en un pequeño pueblo que rara vez aparecía en los mapas, las conoce a ustedes. Si Él conoce a una jovencita de una alejada rama de Columbia Británica, las conoce a ustedes, dondequiera que estén. He aprendido esa verdad por mí misma y les dejo este testimonio en el nombre de Jesucristo. Amén. □

Obtengamos el talento de la espiritualidad

Carol B. Thomas

Primera Consejera de la Presidencia General de las Mujeres Jóvenes

“La espiritualidad es aprender a escuchar al Espíritu y luego permitirle dirigir nuestra vida”.



¿Cuántas de ustedes han deseado adquirir un nuevo talento? ¿Han tomado alguna vez lecciones de piano o de fútbol? Esta noche quiero hablarles en cuanto al obtener un talento, no cualquier talento, sino uno muy especial en el que estoy segura nunca se han puesto a pensar. Quisiera hablarles en cuanto al obtener el talento de la espiritualidad.

¿Sabían que la espiritualidad es un talento? El élder Bruce R. McConkie, del Quórum de los Doce Apóstoles, dijo en una ocasión: “De entre todos los talentos... el principal de todos los atributos... se destaca el talento de la espiritualidad” (*The Millennial Messiah*, 1982, pág. 234). La espiritualidad es aprender a escuchar al Espíritu y luego permitirle dirigir nuestra vida.

¿Y cómo aprendemos a escuchar al Espíritu? Primero que nada tenemos que entender qué es el Espíritu. Segundo, veremos a las mujeres jóvenes que han aprendido a reconocer el Espíritu. Como miembros de la Iglesia, recibimos dos dones espirituales: la Luz de Cristo, que se da a todos los hombres al nacer, y el don especial del Espíritu Santo, que se les da después del bautismo, el cual nos permite “vivir mediante el poder del Espíritu Santo, que es el poder de revelación y... testimonio” (Bruce R. McConkie, *Doctrines of the Restoration; Sermons and Writings of Bruce R. McConkie*, ed. Mark L. McConkie, 1989, pág. 93). Una vez que sepamos lo que es el Espíritu, ¿cómo podemos reconocerlo si lo sentimos? Eso es lo más difícil.

Recuerdo que a los catorce años me di cuenta por primera vez lo que era el Espíritu. Me encantaba ir a la iglesia, en especial a la reunión sacramental, donde sentía calidez y paz. Eso era el Espíritu. Estoy segura de que no sabía cuán importante era; sólo sabía que me hacía sentir bien. De adulta, he aprendido que no sólo nos hace sentir bien; enseña, testifica y nos purifica del pecado; nos advierte el peligro y nos ayuda a recordar las cosas.

Algunas jovencitas luchan por reconocer el Espíritu. Una de ellas escribió: “En realidad no he tenido ninguna experiencia con el Espíritu Santo y yo tengo la culpa de ello por no vivir como debo. Pero me estoy esforzando, y espero tener pronto la

oportunidad de sentir la [reconfortante influencia del] Espíritu Santo” (carta en el archivo de la oficina de las Mujeres Jóvenes).

Esos sentimientos son normales. Esa joven tal vez no lo sepa, pero el Espíritu Santo le está dando el deseo de sentir Su influencia. Éste no siempre nos da sentimientos cálidos y agradables; la mayor parte del tiempo, la voz de inspiración es una voz tranquila; una voz quieta y apacible.

Recuerdo lo que el Salvador dijo a los nefitas cuando visitó el nuevo mundo: “Veo que sois débiles, que no podéis comprender todas mis palabras... id a vuestras casas... medita las cosas que os he dicho, y pedid al Padre... que podáis entender” (3 Nefi 17:2-3).

Las palabras del Salvador fueron escritas para nosotros. Está bien si somos débiles, en tanto no permanezcamos débiles, en tanto hagamos algo al respecto. Katie es una jovencita que hizo eso precisamente. Permítanme contarles su historia.

“Toda mi vida he deseado ser buena, pero llegué al punto en que me pregunté: ‘¿Cómo puede alguien saber de verdad si la Iglesia

es verdadera?’. Acepté la invitación de Moroni y durante cinco meses oré y leí las Escrituras todos los días. Una noche me senté en mi cama, casi a punto de llorar y de darme por vencida. Decidí orar y dije: ‘Padre Celestial, por favor hazme saber por lo menos que eres real. He hecho lo que Tú has pedido de acuerdo con la Iglesia, y tengo que saberlo’. Inmediatamente sentí que alguien me rodeaba con sus brazos. No oí una voz fuerte ni vi un ángel, pero sentí que mi Padre Celestial me decía: ‘Querida Katie, lo has sabido todo el tiempo’. Fue como un padre bueno y amoroso que consolaba a su hijita” (carta).

Una de las funciones principales del Espíritu Santo es testificar de la verdad. El Espíritu le testificó a Katie que el Evangelio es verdadero. Katie había hecho su parte. Como dijo el Salvador, ella se fue a casa, estudió las palabras de Él y oró durante cinco meses. Katie está desarrollando el talento de la espiritualidad y puede utilizar ese don para gobernar su vida.

Los talentos son para compartirse. Al aprender a tocar piano, ustedes pueden bendecir a los demás con su

música. Al adquirir el talento de la espiritualidad, ustedes pueden utilizar ese don para bendecir a su familia. ¿Sabían que ustedes tienen cierta responsabilidad por la felicidad de su familia? El mantener a la familia feliz no es tan sólo tarea de la madre o del padre. Ustedes también pueden contribuir a ello. Presten atención a lo que hizo Brooke al compartir su talento de la espiritualidad.

“Mi hermana de ocho años tenía miedo de que entraran ladrones a nuestra casa. Una noche se apareció en mi habitación y traté de explicarle que no estaba escuchando ruidos de ningún extraño. Recordé que mi maestro de seminario nos decía que siempre tratáramos de tener el Espíritu de nuestro Padre Celestial con nosotros. De modo que oré en mi corazón para recibir ayuda y no sentirme frustrada. De inmediato acudí a mi mente un pasaje. Abrí las Escrituras y le pedí a ella que lo leyera. Le di mi testimonio acerca del Espíritu Santo y que si deseaba sentir paz, debía arrodillarse y orar, y recibiría el Espíritu. Ella me dio un abrazo y un beso y se fue a acostar. Luego recordé a mi hermana de diez años que





dormía en la litera de arriba. Me dijo que nunca había sabido que si alguien deseaba eso podía orar y el Espíritu le daría paz. Sé que el Espíritu Santo me inspiró para decir eso” (carta).

Ustedes pueden bendecir a su familia de muchas maneras. Brooke hizo tres cosas importantes: expresó su testimonio, oró por su hermana, y fue un ejemplo para la otra hermana que estaba en la litera de arriba. Eso también fortaleció su propia espiritualidad.

El Salvador nos invita a dar testimonio. Él ha dicho: “Id por todo el mundo, predicad el evangelio a toda criatura” (D. y C. 68:8).

A muchas de ustedes les gusta dar testimonio cuando están de campamento. Pues ya no tienen que esperar ese tiempo; ustedes pueden dar testimonio a su familia con frecuencia, en maneras sencillas.

Cuando mis nietos me visitaron, vimos un retrato del presidente Hinckley, y dije: “Quiero al presidente Hinckley. Estoy tan agradecida de tener un profeta viviente en la tierra”. Tomó tan sólo diez segundos, pero fue una enseñanza para mis nietos y nos sirvió para sentir el Espíritu.

Nosotros damos testimonio todos los días por medio de nuestro ejemplo. El mes pasado, mientras preparaba este discurso, mi hija Jill llegó a casa, preparó alegre la cena y limpió

la cocina. El dulce espíritu que lleva en su corazón es una bendición en nuestro hogar. Yo sé que ella ama a Jesús por la manera que demuestra su amor hacia mí. Otra forma en la que demostramos nuestro amor hacia Jesús es a través de la oración. El presidente Hinckley ha dicho: “Que todas las familias de esta Iglesia oren juntas” (*Teachings of Gordon B. Hinckley*, 1997, pág. 216). “Las conversaciones diarias que tengan con Él llevarán paz a sus corazones y gozo a sus vidas, cosas que no pueden provenir de ninguna otra fuente” (*Teachings of President Gordon B. Hinckley*, pág. 216).

Ustedes pueden recordar a su familia que deben orar. La oración es como un paraguas en las tormentas de la vida. Cuando yo era una ocupada madre de siete niños, me sentía muy agradecida cuando uno de mis hijos decía: “Se nos olvidó tener la oración familiar”. A veces orábamos detrás de la puerta antes de que los niños salieran corriendo para ir a la escuela. Eso siempre fortaleció la espiritualidad de nuestro hogar.

Y ustedes pueden orar por su familia. Si hay contención, oren para tener un espíritu de paz. Y por sobre todo, nuestro Padre Celestial les bendecirá con paz en su corazón. La oración es un milagro; sirve para desarrollar la espiritualidad en sus hogares.

Recientemente, nuestro profeta, el presidente Hinckley, oró por la juventud de la Iglesia; fue una experiencia que jamás se olvidará.

¿Se pueden imaginar qué maravilloso sería saber que Jesús ora por nosotras? Mientras se encontraba entre los nefitas, “se arrodilló él mismo también en el suelo; y... oró al Padre... nadie puede conceptuar el gozo que llenó nuestras almas cuando lo oímos rogar por nosotros al Padre” (3 Nefi 17:15, 17).

¿Podrían sentir ustedes lo mismo que sintieron los niños nefitas? Cuando el Señor les ministraba, “soltó la lengua de ellos, y declararon cosas grandes y maravillosas... mayores aún que las que él había revelado al pueblo” (3 Nefi 26:14).

Mediante el poder del Espíritu, ustedes también pueden declarar cosas grandes y maravillosas dentro de su propia familia.

Esos niños “vieron ángeles que descendían del cielo cual si fuera en medio de fuego; y bajaron y cercaron a aquellos pequeñitos... y los ángeles les ministraron” (3 Nefi 17:24).

Es posible que nunca vean ángeles descender del cielo, pero les prometo que al dar testimonio y al orar en sus familias, ángeles invisibles les ministrarán. Al compartir su talento de espiritualidad, sentirán que la calidez y el poder del Espíritu serán una guía en su vida.

Los profetas tienen razón; ustedes, jovencitas, “forman parte de la generación más maravillosa que jamás hayamos tenido” (*Teachings of Gordon B. Hinckley*, pág. 718). Ustedes pueden ser una fuerte influencia en su familia. Uno de los principios verdaderos es que el Señor actúa a través de las familias.

Y ahora que han aprendido la forma en que actúa el Espíritu y la forma en que ustedes, jovencitas, pueden utilizarlo para bendecir a sus familias, rogamus que desarrollen su talento de la espiritualidad. Nuestro Padre Celestial está ansioso por desencadenar ese gran poder. Que el Espíritu las bendiga a medida que desarrollan el talento de la espiritualidad, lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amén. □

Un Consolador, un Guía, un Testificador

Margaret D. Nadauld

Presidenta General de las Mujeres Jóvenes

“Ustedes pueden ser guiadas en su trayecto por la vida mediante el don y el poder del Espíritu Santo”.



¿Recuerdan la canción que dice: “Me gusta pensar al leer que Jesús, cumpliendo su grande misión, llamaba a todos los niños a Él, para darles su gran bendición”? (“Me gusta pensar en el Señor”, *Himnos y cantos para los niños*, pág. 51). Imaginen cómo habría sido que Jesús les pusiera las manos sobre la cabeza y les diera una bendición, como dicen las Escrituras que Él hizo cuando estuvo en la tierra.

Piensen en estar de veras cerca del Salvador; imaginen ser amadas, sanadas, bendecidas y guiadas por Él como esas personas lo fueron en aquel entonces. Cuando Él estuvo en la tierra, los miembros de Su Iglesia le amaban, dependían de Él y eran Sus seguidores. Se podrán imaginar la tristeza que sintieron al pensar en que Él les dejaría, pero Él

prometió: “...yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre... el Consolador... [es] el Espíritu Santo” (Juan 14:16, 26). Entonces Él les dio el valioso don del Consolador para que les acompañara cuando Él no estuviese con ellos.

El Señor también les ama a ustedes, tal como a los discípulos de antaño. Se les ama más de lo que puedan imaginar. Él desea que tengan éxito en la misión de su vida; y no tienen que afrontar solas las experiencias de esta vida, ni tampoco se les ha enviado aquí a fracasar.

Por esta razón, les fue dado un don sagrado al tiempo de su bautismo y confirmación, cuando les fueron colocadas manos sobre la cabeza y les fue dicho: “Recibe el Espíritu Santo”. Es casi como si su Padre Celestial les hubiera dado un don para celebrar su entrada oficial a Su reino en la tierra. El Santo Espíritu puede estar con ustedes siempre y guiarlas de nuevo a Dios, pero a fin de gozar los beneficios de este don sagrado, deben recibirlo de verdad y luego deben utilizarlo en su vida. Qué triste sería el que se nos diera un don tan valioso para luego dejarlo de lado y nunca utilizarlo. Me gustaría hablarles en cuanto a sólo tres cosas que el Espíritu Santo puede hacer. Él puede consolar, guiar y testificar.

Primero, fijemos la atención en el poder consolador del Espíritu Santo. Cuando yo era niña, enfermé gravemente; cada día que pasaba la enfermedad se volvía más severa. Nada

de lo que recomendaba el doctor parecía ayudar. En ese tiempo, la temible enfermedad de la polio azotaba en proporciones casi epidémicas; arrebatava la vida de muchas personas, y las que no morían, muchas veces quedaban lisiadas. Lo que todos más temían en aquellos días era la polio.

Una noche, mi enfermedad llegó a un punto crítico, y mi padre y mi abuelo me ungieron con aceite consagrado, y mediante el poder del santo Sacerdocio de Melquisedec, el cual eran dignos de poseer, suplicaron a Dios curación, ayuda, guía y consuelo. Luego mis padres me llevaron a un doctor de otra ciudad, quien de inmediato nos mandó a Salt Lake City, a dos horas y media de distancia, con la advertencia de que se apresuraran. Escuché al doctor decir en voz baja que estaba seguro de que era polio.

Cuando por fin llegamos al hospital de Salt Lake, nos esperaba ya el personal médico, quienes me arrancaron de los brazos de mis padres y rápidamente me llevaron a otro lugar; nos separamos sin ninguna palabra de despedida o explicación. Me encontraba totalmente sola y pensé que me iba a morir.

Tras los dolorosos procedimientos para hacer el diagnóstico, incluso una punción lumbar, me llevaron a una habitación de aislamiento del hospital, donde debía permanecer sola con la esperanza de que no fuera a infectar a nadie más, porque resultó que sí tenía polio.

Recuerdo el miedo que tenía; estaba a oscuras y me sentía muy enferma y muy sola. Pero mis padres me habían enseñado a orar. Me puse de rodillas a un lado de la barandilla de la cama que parecía cuna y le pedí a mi Padre Celestial que me bendijera. Recuerdo que yo lloraba. Mi Padre Celestial oyó mi oración a pesar de que yo era sólo una niña. Sí, lo hizo. Él envió Su poder consolador que pareció envolverme en un manto de amor. Sentí el poder del Espíritu Santo y no estaba sola.

Permítanme contarles otra experiencia. Sé de una preciosa jovencita que necesita consuelo debido a una

triste situación en su vida. Ella está preocupada por la situación de su familia y la discordia que existe entre sus padres, algo que le causa tristeza y preocupación a ella y a sus hermanos. Ella es la mayor y se pregunta qué puede hacer ante ese serio problema. Tal vez ustedes se encuentren en una situación similar. Aunque no hay solución fácil ni fórmula para todo el que esté afligido o preocupado, hay Alguien que está muy interesado en lo que les está pasando y sabe qué deben hacer. Esa persona es nuestro Padre Celestial. Él se preocupa tanto por ustedes como si estuviera aquí y pudiese hablarles cara a cara; Él conoce los sentimientos del corazón de esa joven así como los de ustedes. Para bendecirlas, se les ha dado el don de paz que brinda el Espíritu Santo. Jesús dijo: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo” (Juan 14:27). Jovencitas, oren para recibir consuelo y recibirán ese don.

El segundo punto que quiero destacar es que el Espíritu Santo tiene el poder para guiar. Una jovencita

de 15 años sintió que necesitaba encontrar nuevas amistades. ¿Se han sentido así alguna vez? Ella escribe: “No sé si alguna vez han tenido que cambiar de amistades, pero fue en verdad lo más difícil que jamás he tenido que hacer”. Ella decidió dejar el asunto en las manos del Señor, y también recibió consejos de sus padres. Dijo que después de varios meses “quería darme por vencida”. Una tarde, se encontraba conversando con su maestro de seminario y ella le confió su problema. Luego él dijo: “No sé por qué te lo pregunto, pero, ¿conoces a esas chicas?” Esa joven respondió que sí. Luego él dijo: “¿Has pensado alguna vez en hacerte amiga de ellas?”.

“Le dije que no me sentía aceptada. Luego me preguntó si él podría hablar con una de las muchachas. Decidí que estaría bien, si me prometía que no me haría pasar una vergüenza.

“Al día siguiente recibí una llamada telefónica de una de las muchachas. Es importante que sepan que esa joven formaba parte del

consejo estudiantil, y aunque detesto el término, ella era ‘sumamente popular’. Me preguntó si me gustaría acompañarla esa noche al juego de baloncesto. Ésa fue una de las ocasiones más divertidas y tranquilas de mi vida. Al día siguiente, ella me presentó a otras dos muchachas de la escuela. Al instante nos hicimos amigas. Esto ha cambiado mi vida”.

Ella concluye con estas palabras: “No sé lo que ustedes piensen, pero yo preferiría que el Señor, que sabe cómo saldrán todas las cosas, dirigiera mi vida en vez de hacerlo yo, que sólo veo las cosas del momento. Él está a nuestro lado, ayudándonos a través de la vida, aun cuando nos sintamos solas” (carta en el archivo de la oficina de las Mujeres Jóvenes).

El Señor nos promete que “por motivo de la mansedumbre y la humildad de corazón viene la visitación del Espíritu Santo, el cual Consolador llena de esperanza y de amor perfecto, amor que perdura por la diligencia en la oración” (Moroni 8:26).

Su Padre Celestial les ayudará a

Jovencitas, con sus líderes y madres, se reúnen en el Centro de Conferencias para la Reunión General de las Mujeres Jóvenes.



encontrar el camino correcto a medida que busquen Su guía. Sin embargo, recuerden que después de orar se deben poner de pie y empezar a hacer algo positivo; encámense en la dirección correcta. Él enviará personas a lo largo del camino que les ayudarán, pero ustedes también deben hacer su parte. Ustedes pueden ser guiadas en su trayecto por la vida mediante el don y el poder del Espíritu Santo.

Punto número tres: el Espíritu Santo también es un testificador. Este Espíritu Santo en realidad les puede ayudar a comprender la verdad más importante de todas, que Jesucristo es el Salvador del mundo, y que gracias a Él cada uno de nosotros que haya vivido vivirá nuevamente algún día, y que gracias a Él podemos arrepentirnos de nuestros errores y seguir el sendero que nos llevará de nuevo a nuestro Padre Celestial. Eso es lo que significa la Expiación. El Espíritu Santo testificará esa verdad a nuestro corazón si nos esforzamos por saber, y Él testifica a los demás cuando nosotros les testificamos de esas verdades.

El élder Jeffrey R. Holland enseña que cuando expresamos nuestro testimonio a los demás, no solamente escuchan nuestro testimonio de Cristo, sino que escuchan el eco de otros testimonios previos, incluso el de ellos mismos, porque ellos se encontraban entre los valientes que eligieron a Cristo y eligieron seguirlo a Él en vez de a Satanás en la vida preterrenal. El élder Holland afirma: “Cuando ellos escuchan a otros expresar su testimonio de la misión de Cristo, captan un sentimiento familiar; evocan un eco de verdad que ellos mismos ya conocen. Más aún, cuando ustedes dan testimonio de la misión de Cristo, invocan el poder de Dios el Padre y del Espíritu Santo” (véase “Missionary Work and the Atonement”, *Ensign*, marzo de 2001, págs. 11–12). En Moroni, capítulo 10, versículo 5, se nos promete que “por el poder del Espíritu Santo podréis conocer la verdad de todas las cosas”. Mis queridas hermanas, esfuércense por obtener un testimonio de la misión de Cristo; lo



recibirán por el poder del Espíritu Santo; luego compartan su testimonio y háganlo con frecuencia.

El Espíritu Santo es un consolador, un guía, un testificador. ¡Qué miembro tan sagrado y extraordinario de la Trinidad! ¡Y ustedes tienen el derecho a recibir su influencia e inspiración! ¡Qué bendecidas y favorecidas son! Y bien, debido a que se les ha dado tanto, ustedes también deben dar. De modo que esta noche, y considerando ese factor, quisiéramos hacerles una súplica especial. En realidad es una invitación, y esperamos que la acepten y que hagan algo al respecto. ¿Están listas? Ésta es la invitación:

¿Tenderán una mano de ayuda y traerán a otra jovencita a la plena actividad de la Iglesia durante este año que empieza? Sin duda cada una de ustedes conoce a una joven que sea menos activa, a una conversa reciente, o a alguien que no sea miembro. Les suplicamos que hagan el esfuerzo y compartan el Evangelio de Jesucristo con otra jovencita a fin de que ella también pueda disfrutar de las dulces bendiciones del cielo, de las que hemos hablado esta noche.

Piensen cuántas vidas serían bendecidas, cuántas jóvenes recibirían consuelo, guía y tendrían testimonios más fuertes. Este año hay más de medio millón de mujeres jóvenes

en la Iglesia. Piensen en que si cada una de ustedes acepta esta invitación para esforzarse y traer tan sólo a una, el año próximo habrá el doble de mujeres jóvenes activas. Permitan que el Espíritu Santo las guíe en sus esfuerzos; sus padres y sus líderes también les ayudarán a saber qué hacer y cómo hacerlo. Estaremos ansiosas por enterarnos de sus experiencias y de sus éxitos. En el mensaje que les di no utilicé una historia para ilustrar el tercer punto de este discurso, el cual era testificar, porque serán ustedes las que escriban esa historia al aceptar nuestra invitación. Espero que empien esa historia esta noche.

Di comienzo con una canción que nos recordaba los días en que el Salvador vivió en la tierra entre los hombres. Finalizo ahora con las palabras de un himno que nos recuerda que aunque Él ya no esté más ante nuestra vista, nuestro Redentor, el Señor Jesucristo, aún vive para bendecirnos con Su amor: “El vive para alentar y mis angustias sosegar. El vive para ayudar y a mi alma consolar” (“Yo sé que vive mi Señor”, *Himnos*, pág. 73). Testifico que Él lo hace mediante el don y el poder del Espíritu Santo. Ruego que recibamos y utilicemos este sagrado don de Dios, en el santo nombre de nuestro amado Salvador, Jesucristo. Amén. □

¿Cómo puedo convertirme en la mujer en quien sueño?

Presidente Gordon B. Hinckley

“Son criaturas de divinidad; son hijas del Todopoderoso. Su potencial es ilimitado y su futuro es magnífico, si toman las riendas del mismo”.



Gracias por ese bello himno. Gracias por sus oraciones; gracias por su fe; gracias por lo que son. Mujeres jóvenes de la Iglesia, muchas gracias. Y gracias a ustedes, hermana Nadauld, hermana Thomas y hermana Larsen, por los maravillosos discursos que han dado a estas jovencitas esta noche.

¡Qué panorama tan maravilloso son ustedes en este gran recinto. Hay otros cientos de miles reunidas en todo el mundo; nos escucharán en más de una veintena de idiomas; nuestros discursos serán traducidos a sus idiomas nativos.

Es una responsabilidad formidable el dirigirme a ustedes, pero al mismo tiempo es una tremenda

oportunidad. Suplico la dirección del Espíritu, el Espíritu Santo, sobre el cual hemos escuchado tanto esta noche.

Aunque provienen de diversas nacionalidades, todas forman parte de una gran familia. Son hijas de Dios; son miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. En su juventud hablan del futuro, el cual es brillante y lleno de promesa; hablan de esperanza, fe y logros; hablan de bondad, amor y paz; hablan de un mundo mejor que el que jamás hayamos conocido.

Son criaturas de divinidad; son hijas del Todopoderoso. Su potencial es ilimitado y su futuro es magnífico, si toman las riendas del mismo. No permitan que su vida vaya sin rumbo de manera infructuosa e inútil.

El otro día alguien me obsequió un ejemplar del anuario de mi escuela de enseñanza media. Parecería que cuando la gente se cansa de los libros viejos, me los mandan a mí. Pasé una hora hojeándolo y viendo las fotografías de mis amigos de hace 73 años que conformaban la clase de 1928.

La mayoría de los que aparecen en ese anuario ya han vivido sus vidas y han dejado de existir. Algunos de ellos parecen haber vivido sin ningún propósito, mientras que otros vivieron llevando a cabo grandes logros.

He contemplado el rostro de los muchachos que eran mis amigos y compañeros; una vez estuvieron llenos de vigor; eran brillantes y llenos de energía. Ahora, los que quedan están arrugados y son lentos para caminar. Sus vidas aún tienen razón de ser, pero no tienen la vitalidad que una vez tuvieron. En ese antiguo anuario contemplé el rostro de las chicas que conocí; muchas de ellas ya han fallecido, y el resto vive en las sombras de la vida; pero aún siguen siendo hermosas y fascinantes.

Mis pensamientos se remontan a esos jóvenes y jovencitas de mi juventud, a la época en que se encuentran ustedes ahora. En su mayor parte, éramos un grupo feliz; disfrutábamos de la vida. Creo que teníamos aspiraciones. La siniestra y terrible depresión económica que cubrió la tierra no ocurriría hasta dentro de otro año; 1928 fue una época de elevadas esperanzas y sueños de esplendor.

En nuestros momentos de quietud todos éramos soñadores: los muchachos soñaban en montañas aún sin conquistar y carreras aún por vivir; las muchachas soñaban en convertirse en la clase de mujer que la mayoría de ellas veía en su madre.

Al meditar en eso, he decidido titular mi discurso para esta noche: “¿Cómo puedo convertirme en la mujer en quien sueño?”.

Hace algunos meses me dirigí a ustedes y a los jóvenes de la Iglesia. Sugerí seis puntos importantes que debían llevar a la práctica. ¿Podríamos decirlos juntos? Intentémoslo: Sean agradecidos, sean inteligentes, sean limpios, sean verídicos, sean humildes, sean dedicados a la oración.

No tengo ni la menor duda de que esos modelos de conducta resultarán en éxito, felicidad y paz. Se los vuelvo a recomendar, con la promesa de que si los ponen en práctica, sus vidas serán fructíferas y de mucho bien. Yo creo que tendrán éxito en sus empeños. Conforme vayan madurando, estoy seguro de que ustedes mirarán hacia atrás con agradecimiento por el modo en que eligieron vivir.

Esta noche, al dirigirme a ustedes, jovencitas, quisiera mencionar algunas de esas mismas cosas, sin repetir las mismas palabras. Valen la pena repetirse, y otra vez se las recomiendo.

En el anuario que he mencionado aparece la fotografía de una jovencita; era inteligente, optimista y bella. Era una persona encantadora. Para ella, la vida podía resumirse en una sola palabra: diversión. Ella salía con los muchachos y desperdiciaba los días y las noches bailando, estudiando poco, pero no demasiado, lo suficiente para sacar calificaciones que le permitieran graduarse. Se casó con un muchacho igual que ella. El alcohol se apoderó de su vida; no podía vivir sin él; era su esclava. Su cuerpo sucumbió a sus efectos nocivos. Tristemente, su vida se esfumó sin lograr nada.

En ese anuario está la fotografía de otra jovencita. No era particularmente bella, pero tenía una imagen sana y saludable, una chispa en la mirada y una sonrisa en el rostro. Ella sabía por qué estaba en la escuela; estaba allí para aprender. Ella soñaba en la clase de mujer que deseaba ser y modeló su vida de acuerdo con ello.

También sabía cómo divertirse, pero sabía cuándo dejar de hacerlo y concentrarse en otras cosas.

En ese tiempo había un joven en la escuela que provenía de un pueblito rural; era de escasos recursos; llevaba el almuerzo en una bolsa de papel y daba la apariencia de ser un poco como la granja de la cual provenía. No tenía nada en especial que fuera apuesto o atractivo; era buen estudiante; se había fijado una meta; era una meta elevada y, a veces, parecía casi imposible de alcanzar.

Esos dos jóvenes se enamoraron. La gente decía: “¿Qué ve él en ella?” o, “¿Qué ve ella en él?”. Cada uno vio algo maravilloso que nadie más captó.

Se casaron al graduarse de la universidad; economizaron y trabajaron; el dinero era muy escaso. Él continuó estudios de posgrado; ella continuó trabajando por un tiempo; luego llegaron los hijos y ella les dedicó su atención.

Hace algunos años, regresaba yo en avión de un viaje al este del país. Era ya tarde; caminaba por el pasillo en la penumbra y advertí a una mujer que dormía con la cabeza recostada en el hombro de su esposo. Ella despertó cuando yo me acercaba. Inmediatamente reconocí a la muchacha que había conocido en la escuela secundaria hacía tanto tiempo. Reconocí al muchacho que también había conocido; ambos entraban en sus años de vejez. Al conversar, ella mencionó que sus hijos ya eran mayores y que ya los habían hecho abuelos. Con orgullo me dijo que regresaban del Este donde él había ido a presentar una disertación académica. Allí, en una

gran convención, había recibido los honores de sus compañeros de profesión de todo el país.

Me enteré que habían sido activos en la Iglesia, prestando servicio en cualquier puesto al que fueran llamados. Según todas las indicaciones, eran personas de éxito; habían logrado las metas que se habían fijado. Habían recibido honores y respeto, y habían hecho una contribución formidable a la sociedad de la cual formaban parte. Ella se había convertido en la mujer que había soñado ser e incluso había excedido ese sueño.

Al volver a mi asiento en el avión, pensé en las dos jóvenes de las que les he hablado esta noche.





Una joven en un momento de meditación. Tras ella, se aprecia a través de una ventana la caída de agua del lado sur del Centro de Conferencias.

La vida de una de ellas había quedado comprendida en la palabra “diversión”; una vida sin ton ni son, sin estabilidad, sin una contribución a la sociedad, sin ambición. Había acabado en sufrimiento y dolor, y una muerte prematura.

La vida de la otra había sido difícil; había significado economizar y ahorrar; había significado trabajar y luchar para seguir adelante; había significado comida sencilla y ropa simple y un apartamento muy modesto durante los años del esfuerzo inicial del esposo por empezar su profesión. Pero de ese terreno, al parecer estéril, había crecido una planta, sí, dos plantas, una al lado de la otra, que florecieron y dieron fruto en forma bella y maravillosa.

Esa hermosa pareja en flor era una manifestación del servicio al prójimo, de la generosidad mutua, del amor, el respeto y la fe en el compañero propio, de la felicidad conforme satisfacían las necesidades de los demás en las diversas actividades en las que participaban.

Al meditar en la conversación que había sostenido con ellos, tomé la determinación en mi interior de esforzarme un poco más, de ser un poco

más dedicado, de fijarme metas un poco más elevadas, de amar a mi esposa con un poco más de intensidad, de ayudarla, atesorarla y cuidarla.

De modo que, mis queridas y jóvenes amigas, siento el deseo ferviente, sincero y ansioso de decirles algo esta noche que les ayude a convertirse en la mujer que sueñan llegar a ser.

Para empezar, deben ser puras, porque la inmoralidad arruinará sus vidas y les dejará una cicatriz que nunca podrán borrar. Sus vidas deben tener un propósito. Estamos aquí para lograr algo, para favorecer a la sociedad con nuestros talentos y nuestro conocimiento. Puede haber diversión, sí, pero se debe reconocer el hecho de que la vida es seria, de que los riesgos son grandes, pero que ustedes pueden superarlos si se disciplinan a sí mismas y buscan la infalible fortaleza del Señor.

Permítanme asegurarles que si ustedes han cometido un error, si han sido partícipes de comportamiento inmoral, no significa que todo esté perdido. Es posible que el recuerdo de ese error persista en la memoria, pero el hecho puede ser perdonado y ustedes pueden sobreponerse al pasado

para llevar vidas plenamente aceptables ante el Señor si se han arrepentido. Él ha prometido que les perdonará sus pecados y no los recordará más en su contra (véase D. y C. 58:42).

Él ha establecido un mecanismo que consiste de padres y líderes de la Iglesia serviciales para que les ayuden en sus dificultades. Ustedes pueden dejar atrás cualquier maldad en la que hayan tomado parte; pueden seguir adelante con una renovación de esperanza y de aceptación hacia un estilo de vida mucho mejor.

Pero aún quedarán cicatrices. La mejor manera, la única manera, es que eviten caer en la trampa de la maldad. El presidente George Albert Smith solía decir: “Permanezcan en la línea del lado del Señor” (*Sharing the Gospel with Others*, sel. Preston Nibley, 1948, pág. 42). Ustedes llevan en su interior instintos poderosos y terriblemente persuasivos que a veces las impulsan a ceder y a “irse de juerga”. No deben hacerlo; no pueden hacerlo. Ustedes son hijas de Dios con tremendo potencial. Él espera grandes cosas de ustedes, al igual que otras personas. No deben ceder ni por un minuto; no sucumban al impulso. Debe haber disciplina, fuerte e inflexible. Huyan de la tentación, al igual que José huyó de las artimañas de la esposa de Potifar.

No hay nada más maravilloso en este mundo que la virtud; ésta resplandece sin mancha; es preciosa y bella; es de valor incalculable; no se puede comprar ni vender; es el fruto del autodomínio.

Jovencitas, ustedes pasan mucho tiempo pensando en los muchachos; pueden divertirse con ellos, pero nunca sobrepasen la línea de la virtud. Cualquier joven que las invite, las anime o les exija a participar en cualquier clase de comportamiento sexual no es digno de su compañía. Deséchenlo antes de que la vida de ustedes y la de él queden en la ruina. Si ustedes pueden disciplinarse de esa manera, se sentirán agradecidas por el resto de su vida. La mayoría de ustedes se casará y su matrimonio será mucho más feliz al

haberse refrenado en su juventud. Serán dignas de ir a la Casa del Señor; no hay sustituto adecuado para esa formidable bendición. El Señor nos ha dado una maravillosa orden; Él dijo: "...deja que la virtud engalane tus pensamientos incesantemente" (D. y C. 121:45). Esa orden se convierte en un mandamiento que se debe observar con diligencia y disciplina, y a ella la acompaña la promesa de bendiciones extraordinarias y admirables. Él les ha dicho a los que viven con virtud: "...entonces tu confianza se fortalecerá en la presencia de Dios...

"El Espíritu Santo será tu compañero constante, y tu cetro, un cetro inmutable de justicia y de verdad; y tu dominio será un dominio eterno, y sin ser compelido fluirá hacia ti para siempre jamás" (D. y C. 121:45-46).

¿Podría haber una promesa más sublime y hermosa que ésta?

Encuentren propósito en su vida. Elijan las cosas que les gustaría hacer y edúquense a fin de ser eficaces en su empeño por lograrlas. Para la mayoría es muy difícil escoger una vocación. Ustedes tienen la esperanza de que se casarán y de que todo quedará arreglado. En estos tiempos, una jovencita necesita estudios formales; necesita los medios a través de los cuales pueda ganarse la vida en caso de encontrarse en una situación en donde tenga que hacerlo por necesidad.

Estudien sus opciones; oren con fervor al Señor para que las guíe; luego, prosigan su curso con determinación.

La gama entera de oportunidades está a la disposición de la mujer; no hay nada que ustedes no puedan hacer si se esfuerzan por lograrlo. En el sueño de la mujer que quisieran llegar a ser podrían incluir la imagen de una que esté preparada para servir a la sociedad y hacer una importante contribución al mundo del cual forma parte.

El otro día estuve en el hospital unas cuantas horas. Me familiaricé con mi alegre y experta enfermera; era la clase de mujer que ustedes

podrían soñar llegar a ser. Desde que era pequeña, decidió que quería ser enfermera. Recibió los estudios necesarios para encontrarse entre las mejores en ese ramo; se esforzó en su vocación y llegó a convertirse en experta en ella. Decidió que deseaba servir una misión y lo hizo; se casó, tiene tres hijos, ahora trabaja las horas que ella desea. Tan grande es la demanda por personas con esas aptitudes que ella casi puede hacer lo que le plazca. Trabaja en la Iglesia; tiene un matrimonio sólido; lleva una vida cómoda. Ella es la clase de mujer en la que ustedes podrían soñar convertirse a medida que ven hacia el futuro.

Para ustedes, mis queridas jóvenes amigas, las oportunidades no tienen límite. Ustedes pueden sobresalir en todo respecto; pueden ser las mejores; no hay razón para que sean inferiores. Respétese a sí mismas; no se tengan autoconmiseración. No piensen en las cosas malas que otros puedan decir de ustedes, y sobre todo, no pongan atención a lo que algún muchacho pueda decir de ustedes para denigrarlas. Él no es mejor que ustedes. De hecho, él se ha rebajado a sí mismo con sus acciones. Perfeccionen y refinen los talentos que el Señor les ha dado. Sigán adelante en la vida con una mirada optimista y una sonrisa, pero con un grandioso y firme propósito en su corazón. Amen la vida y busquen sus oportunidades, y siempre sean fieles a la Iglesia.

Nunca olviden que vinieron a la tierra como progenie del divino Padre, con una porción de divinidad en su estructura genética. El Señor no las envió a la tierra a fracasar; Él no les dio la vida para que la malgastaran; Él les concedió el don de la vida terrenal a fin de que obtuviesen experiencia —experiencia positiva, maravillosa y con propósito— que conducirá a la vida eterna. Él les ha concedido esta gloriosa Iglesia, Su Iglesia, para guiarlas y dirigirles, para darles la oportunidad de progresar y de pasar por experiencias, para enseñarles, guiarles y animarles, para bendecirlas con el matrimonio eterno, para sellar sobre

ustedes un convenio entre ustedes y Él, convenio que hará de ustedes Sus hijas escogidas, a quienes Él mirará con amor y con un deseo de ayudar. Que Dios las bendiga rica y abundantemente, mis queridas y jóvenes amigas, Sus hijas maravillosas.

Naturalmente, habrá problemas a lo largo del camino; habrá dificultades que superar, pero no durarán para siempre. Él no las abandonará.

*Cuando te abrumen penas y dolor,
cuando tentaciones ruján con furor,
ve tus bendiciones; cuenta y verás
cuántas bendiciones de Jesús
tendrás...*

*No te desanimes do el mal está,
y si no desmayas, Dios te guardará.
Ve tus bendiciones y de El tendrás
en tu vida gran consolación y paz.
("Cuenta tus bendiciones",
Himnos, N° 157.)*

Veán lo positivo. Sepan que Él las protege, que Él escucha sus oraciones y las contestará, que Él las ama y que les manifestará ese amor. Déjense guiar por el Espíritu en todo lo que hagan a medida que se esfuerzan por convertirse en la clase de mujer que sueñan llegar a ser. Pueden hacerlo. Tendrán amigas y seres queridos para ayudarlas, y Dios las bendecirá a medida que se esfuerzen en su curso. Ésta, jovencitas, es mi humilde promesa y humilde oración en favor de ustedes, en el nombre del Señor Jesucristo. Amén. □



Se dirigen a nosotros

Informe de la Conferencia General Anual número 171, del 31 de marzo al 1 de abril de 2001, para los niños de la Iglesia.

Presidente Gordon B. Hinckley: Seamos buenas personas; seamos una gente amigable; seamos buenos vecinos; seamos lo que los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días deben ser.

Presidente Thomas S. Monson, Primer Consejero de la Primera Presidencia:

Un amigo se preocupa más acerca de la gente que de recibir méritos por haber cumplido con su obligación; un amigo demuestra interés; un amigo ama; un amigo escucha y un amigo hace lo posible por ayudar.

Presidente James E. Faust, Segundo Consejero de la Primera Presidencia:

Nuestro primer nacimiento ocurre cuando nacemos en la vida terrenal. Nuestro segundo nacimiento comienza cuando somos bautizados por agua por alguien que tenga el

sacerdocio de Dios, y finaliza cuando somos confirmados, y "...entonces viene una remisión de vuestros pecados por fuego y por el Espíritu Santo" (2 Nefi 31:17).

Presidente Boyd K. Packer, Presidente en Funciones del Quórum de los Doce Apóstoles: Todos cometemos errores. A veces nos perjudicamos a nosotros mismos y ofendemos seriamente a otros de maneras que no podemos remediar a solas. Destrozamos cosas que no podemos reparar por nosotros mismos... Es entonces que el poder sanador de la Expiación nos ayudará.

El Señor dijo: "...he aquí, yo, Dios, he padecido estas cosas por todos, para que no padezcan, si se arrepienten" (D. y C. 19:16).

Élder Neal A. Maxwell, del Quórum de los Doce Apóstoles: Cuanto más

sepamos de Jesús, más le amaremos. Cuanto más sepamos de Jesús, más confiaremos en Él. Cuanto más sepamos de Jesús, más desearemos ser como Él y estar con Él.

Élder M. Russell Ballard, del Quórum de los Doce Apóstoles: Hoy día les hago una promesa; es simple, pero es verdadera: Si escuchan al profeta viviente y a los apóstoles y obedecen nuestro consejo, no se irán por mal camino.

Élder Joseph B. Wirthlin, del Quórum de los Doce Apóstoles: El ayuno, combinado con la oración fervorosa, tiene gran poder; puede llenar nuestra mente con revelaciones del Espíritu y fortalecernos contra los momentos de tentación.

Élder Jeffrey R. Holland, del Quórum de los Doce Apóstoles: Ciertamente no hay mensaje misionero más poderoso que podamos enviar al mundo que el ejemplo de una vida Santo de los Últimos Días amorosa y feliz.

Élder John H. Groberg, de los Setenta: Si somos humildes, limpios y puros de manos, de corazón y de mente, nada que sea justo es imposible. Un antiguo refrán oriental declara: "Si un hombre vive una vida pura, nada podrá destruirle".

Élder L. Lionel Kendrick, de los Setenta: El ser reverentes significa no sólo mantener silencio, sino ser conscientes de lo que está sucediendo. Supone un deseo divino de aprender y ser receptivo a las impresiones del Espíritu, así como una búsqueda de mayor luz y conocimiento.

Sydney S. Reynolds, Primera Consejera de la Presidencia General de la Primaria: Dios sí dividió las aguas del Mar Rojo y sí nos dio el Libro de Mormón. Él puede sanarnos de nuestros pecados y puede bendecirnos, y lo hará, a nosotros Sus hijos, en nuestra vida diaria. Sé que Él vive y nos ama, y que es hoy un Dios de milagros. □



Presidencias Generales de las Organizaciones Auxiliares

ESCUELA DOMINICAL



Élder Neil L. Andersen
Primer Consejero



Élder Marlin K. Jensen
Presidente



Élder John H. Groberg
Segundo Consejero

HOMBRES JÓVENES



Élder F. Melvin Hammond
Primer Consejero



Élder Robert K. Dellenbach
Presidente



Élder John M. Madsen
Segundo Consejero

SOCIEDAD DE SOCORRO



Hermana Virginia U. Jensen
Primera Consejera



Hermana Mary Ellen W. Smoot
Presidenta



Hermana Sheri L. Dew
Segunda Consejera

MUJERES JÓVENES



Hermana Carol B. Thomas
Primera Consejera



Hermana Margaret D. Nadauld
Presidenta



Hermana Sharon G. Larsen
Segunda Consejera

PRIMARIA



Hermana Sydney S. Reynolds
Primera Consejera



Hermana Coleen K. Menlove
Presidenta



Hermana Gayle M. Clegg
Segunda Consejera

Enseñanzas para nuestra época 2001

Las reuniones del Sacerdocio de Melquisedec y de la Sociedad de Socorro que se llevan a cabo el cuarto domingo del mes se deben dedicar a “Enseñanzas para nuestra época”. Cada año, la Primera Presidencia asigna 10 temas con sus correspondientes materiales de consulta para que se utilicen en estas reuniones. A continuación se proporcionan los temas y los materiales de consulta para el año 2001. Las presidencias de estaca o distrito escogerán los dos temas adicionales.

Los temas que se sometan a discusión en las reuniones del cuarto domingo deben basarse en uno o quizás en dos de los materiales de consulta designados que mejor satisfagan las necesidades de los miembros del quórum o grupo y se adapten a sus circunstancias. No es necesario que los maestros utilicen todos los materiales de consulta. Se alienta a los líderes y maestros a no hacer de los temas un sermón o una disertación, sino a ponerlos a discusión de clase. Ellos deben pensar la forma de alentar a los miembros del quórum o grupo a aplicar los principios que se hayan analizado. En *La enseñanza: el llamamiento más importante* [36123 002] y en la *Guía para la enseñanza* [34595 002] se pueden encontrar sugerencias sobre cómo preparar y realizar discusiones de quórum o grupo.

1. La función de las Escrituras en la conversión de nuestra propia familia

Deuteronomio 11:18–19, 21;
2 Timoteo 3:14–17; 2 Nefi 25:21–23,
26; Mosiah 1:3–7.

Boyd K. Packer, “Enseñen a los niños”, *Liahona*, mayo de 2000, págs. 14–23.

Henry B. Eyring, “El poder del enseñar la doctrina”, *Liahona*, julio de 1999, 85–88.

Enseñanzas para nuestra época, 2002

La lista de temas y fuentes de consulta designadas para “Enseñanzas para nuestra época” en 2002 aparecerá en diferentes idiomas en el sitio web de la Iglesia (www.lds.org) en julio de 2001.



Dallin H. Oaks, “Nutrir el Espíritu”, *Liahona*, agosto de 2001.

“Aprendamos el Evangelio en nuestro hogar”, lección 32, *La mujer Santo de los Últimos Días, Parte A*, págs. 230–234.

2. La importancia de las Escrituras en la vida de nuestros antepasados

Deuteronomio 31:10–13; Juan 5:39; 1 Nefi 3:1–4, 19–20; Mosíah 1:2–7.

James E. Faust, “En cuanto a las semillas y la tierra”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 54–57.

L. Tom Perry, “Enséñenles la palabra de Dios con toda diligencia”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 6–9.

“Las Escrituras”, capítulo 10, *Principios del Evangelio*, págs. 52–56.

3. Sigamos a las Autoridades Generales

Mateo 7:15–23; D. y C. 21:1–6; 43:1–7; 124:45–46.

M. Russell Ballard, “Guardaos de los falsos profetas y de los falsos maestros”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 73–76.

David B. Haight, “El sostenimiento de profetas”, *Liahona*, enero de 1999, págs. 41–43.

“Observemos el consejo de los siervos del Señor”, lección 13, *La mujer Santo de los Últimos Días, Parte B*, págs. 119–121.

4. Un refugio de la tormenta

Isaías 41:10; Alma 36:3, 27; D. y C. 58:2–4; 121:1–8; 122.

James E. Faust, “La esperanza, ancla del alma”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 70–73.

Joseph B. Wirthlin, “La búsqueda de un puerto seguro”, *Liahona*, julio de 2000, 71–74.

Robert D. Hales, “He aquí, tenemos por bienaventurados a los que sufren”, *Liahona*, julio de 1998, págs. 81–84.

“Tribulación, adversidad y aflicción”, lección 15, *La mujer Santo de los Últimos Días, Parte B*, págs. 140–147.

5. Cómo buscar la guía del Espíritu Santo

Juan 14:16–17, 26; 2 Nefi 32:2–5; Moroni 10:5–7; D. y C. 8:2–3.

Boyd K. Packer, “Lenguas de fuego”, *Liahona*, julio de 2000, págs. 7–10.

Jeffrey R. Holland, “No perdáis pues, vuestra confianza”, *Liahona*, junio de 2000, págs. 34–42.

Richard G. Scott, “¡Él vive!”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 105–108.

“El don del Espíritu Santo”, lección 30, *Deberes y bendiciones del sacerdocio, Parte A*, págs. 228–234.

6. Los discípulos verdaderos comparten el Evangelio

Mateo 5:16; D. y C. 4; 18:14–16; 88:81.

Gordon B. Hinckley, “Apacienta mis ovejas”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 118–124.

M. Russell Ballard, “¿Qué debemos hacer nosotros?”, *Liahona*, julio de 2000, págs. 37–40.

Henry B. Eyring, “Una voz de amonestación”, *Liahona*, enero de 1999, págs. 37–40.

“La obra misional”, capítulo 33, *Principios del Evangelio*, págs. 213–218.

7. Cómo fortalecer a la juventud

1 Timoteo 4:12; Alma 37:35; 38:2; 41:10; Artículo de Fe Nº 13.

Gordon B. Hinckley, “El consejo y la oración de un profeta en beneficio de la juventud”, *Liahona*, abril de 2001, págs. 30–41.

Gordon B. Hinckley, “Madre, tu más grande desafío”, *Liahona*, enero de 2001, págs. 113–116.

Gordon B. Hinckley, “Y se multiplicará la paz de tus hijos”, *Liahona*, enero de 2001, págs. 61–68.

La fortaleza de la juventud, folleto (34285 002).

“La pureza moral” lección 34, *Deberes y bendiciones del sacerdocio, Parte A*, págs. 255–260; “La pureza de pensamiento”, lección 9, *La mujer Santo de los Últimos Días, Parte B*, págs. 81–89.

8. El llegar a ser puros ante el Señor

Isaías 1:18; Mosíah 4:10–12; D. y C. 19:16–20; 58:42–43.

Thomas S. Monson, “Tu jornada eterna”, *Liahona*, julio de 2000, págs. 56–59.

Henry B. Eyring, “No demores”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 38–41.

Boyd K. Packer, “Lavados y purificados”, *Liahona*, julio de 1997, págs. 9–11.

“El arrepentimiento”, capítulo 19, *Principios del Evangelio*, págs. 122–127.

9. La santidad de la mujer

Proverbios 31:10–31; Efesios 5:25–28, 31; Jacob 2:28–35.

James E. Faust, “Lo que significa ser una hija de Dios”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 120–124.

Richard G. Scott, “La santidad de la mujer”, *Liahona*, julio de 2000, págs. 43–45.

Russell M. Nelson, “Nuestro deber sagrado de honrar a la mujer”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 45–48.

“La mujer Santo de los Últimos Días”, lección 14, *La mujer Santo de los Últimos Días, Parte A*, págs. 93–99.

10. La gratitud

Salmos 100; Lucas 17:11–19; Mosíah 2:19–22; D. y C. 78:19.

Gordon B. Hinckley, “Gracias al Señor por Sus bendiciones”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 104–105.

Thomas S. Monson, “Una actitud de agradecimiento”, *Liahona*, mayo de 2000, págs. 2–9.

“Formemos el hábito de la gratitud en nuestra familia”, lección 35, *La mujer Santo de los Últimos Días, Parte B*, págs. 349–360. □

Guía de fuentes de consulta

Para utilizar en el año 2001 con *Sacerdocio Aarónico, Manual 2, Lecciones 26–50*

Se pueden usar los siguientes materiales de consulta para complementar las lecciones de *Sacerdocio Aarónico, Manual 2*. Estos materiales no reemplazan las lecciones en el manual, pero se proporcionan para actualizarlas y enriquecerlas.

(A = Amigos o Sección para los niños.)

Lección 26: Pensamientos dignos

Gordon B. Hinckley, “Las palabras del Profeta viviente”, *Liahona*, agosto de 1999, págs. 14–15.

Boyd K. Packer, “El espíritu de revelación”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 26–29.

Richard G. Scott, “Preguntas serias, respuestas serias”, *Liahona*, septiembre de 1997, págs. 28–32.

Nota: Ya no se dispone de la película *Música digna, pensamientos dignos*, que se menciona en esta lección.

Lección 27: La ley de salud del Señor

Boyd K. Packer, “Revelación personal: el don, la prueba y la promesa”, *Liahona*, junio de 1997, págs. 8–14.

L. Tom Perry, “Correrán sin fatigarse”, *Liahona*, enero de 1997, págs. 40–42.

Zoltán Soltra, “¿Cuál es la carga más pesada?”, *Liahona*, abril de 1999, pág. 29.

Lección 28: El día de reposo

Earl C. Tingey, “Santificar el día de reposo”, *Liahona*, febrero de 1999, pág. 48.

H. David Burton, “Una época de oportunidades”, *Liahona*, enero de 1999, págs. 9–12.

D. Kelly Ogden, “Acuérdate del día de reposo”, *Liahona*, mayo de 1998, págs. 16–23.

“Bienvenido, día santo”, *Himnos*, N° 182.

Lección 29: El propósito de la vida

Joseph B. Wirthlin, “Un tiempo de preparación” *Liahona*, julio de 1998, págs. 13–16.

Keith B. McMullin, “Bienvenido a casa”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 93–95.

Duane B. Gerrard, “El plan de salvación: un plan de vuelo para la vida”, *Liahona*, enero de 1998, págs. 92–94.

“La voz, ya, del eterno”, *Himnos*, N° 145.

Lección 30: La caridad

James E. Faust, “Una muestra de amor”, *Liahona*, diciembre de 1999, págs. 2–5.

Stephen A. West, “‘De las cosas pequeñas’”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 32–34.

“Vestidas de caridad”, *Liahona*, noviembre de 1999, pág. 25.

“Amad a otros”, *Himnos*, N° 203.

Lección 31: El perdón

Aurora Rojas de Álvarez, “El perdón nos unió”, *Liahona*, octubre de 1999, págs. 44–46.

Patricia H. Morrell, “¿Me perdona?”, *Liahona*, septiembre de 1998, pág. 7.

Roderick J. Linton, “El corazón que perdona”, *Liahona*, junio de 1998, págs. 28–33.

Lección 32: Cómo cultivar los dones del Espíritu

Mensaje de las maestras visitantes, *Liahona* de 1997 (excepto las ediciones de enero y de julio).

Lección 33: Buscad conocimiento

Gordon B. Hinckley, “Pensamientos inspiradores”, *Liahona*, junio de 1999, págs. 2–7.

Gordon B. Hinckley, “Una conversación con los mayores solteros”, *Liahona*, noviembre de 1997, págs. 16–24.

Darrin Lythgoe, “La recompensa de aprender”, *Liahona*, noviembre de 1999, pág. 48.

Lección 34: El poder del ejemplo

Henry B. Eyring, “Una voz de amonestación”, *Liahona*, enero de 1999, págs. 37–40.

Richard M. Romney, “Hasta lo más alto”, *Liahona*, octubre de 1999, págs. 10–17.

Lisa M. Grover, “Andar a pie firme”, *Liahona*, marzo de 1998, págs. 34–39.

“Quienes nos brindan su amor”, *Himnos*, N° 188.

Lección 35: Obedecer, honrar y sostener la ley

M. Russell Ballard, “En defensa de la verdad y la rectitud”, *Liahona*, enero de 1998, págs. 43–46.

L. Tom Perry, “Juventud bendita”, *Liahona*, enero de 1999, págs. 86–89.

Mauro Properzi, “¿Estoy solo?”, *Liahona*, agosto de 1997, págs. 32–33.

Lección 36: Expresemos nuestra gratitud en todas las cosas

James E. Faust, “Corazón agradecido”, *Liahona*, noviembre de 1998, A5.

Gordon T. Watts, “Gratitud”, *Liahona*, enero de 1999, págs. 99–100.

“Con un corazón agradecido”, *Liahona*, agosto de 1999, pág. 25.

“Por la belleza terrenal”, *Himnos*, N° 43.

Lección 37: Debemos entender la función de la mujer

Gordon B. Hinckley, “Las palabras del Profeta actual”, *Liahona*, marzo de 1997, págs. 16–17.



Jeffrey R. Holland, “‘Porque ella es tu madre’”, *Liahona*, julio de 1997, págs. 38–40.

Virginia U. Jensen, “Superación personal, de la familia y del hogar”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 114–17.

“La familia: Una proclamación para el mundo”, *Liahona*, octubre de 1998, pág. 24.

Lección 38: Vivir con rectitud en un mundo inicuo

M. Russell Ballard, “Guardaos de los falsos profetas y de los falsos maestros”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 73–76.

“¿Cómo puedo contrarrestar las influencias negativas?”, *Liahona*, noviembre de 1998, págs. 38–41.

Jack H. Goaslind, “Para responder al llamado”, *Liahona*, agosto de 1997, págs. 10–15.

“La barra de hierro”, *Himnos*, N^o 179.

Lección 39: La valentía moral

Gordon B. Hinckley, “Pensamientos inspiradores”, *Liahona*, noviembre de 1998, págs. 2–7.

James E. Faust, “La honradez, una brújula de la moral”, *Liahona*, enero de 1997, págs. 45–48.

Vaughn J. Featherstone, “Nos queda todavía un sólido eslabón”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 15–18.

Lección 40: Debemos evitar y superar las tentaciones

Gordon B. Hinckley, “Los pastores del rebaño”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 60–67.

Boyd K. Packer, “El espíritu de revelación”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 26–29.

Richard G. Scott, “Preguntas serias, respuestas serias”, *Liahona*, septiembre de 1997, págs. 28–32.

“¿Quién sigue al Señor?”, *Himnos*, N^o 170.

Lección 41: La Santa Cena: en memoria de Él

Dallin H. Oaks, “El Sacerdocio Aarónico y la Santa Cena”, *Liahona*, enero de 1999, págs. 43–46.

“¿Cómo puedo saber si participo de la Santa Cena dignamente?”, *Liahona*, abril de 1999, págs. 22–24.

“Recordémosle siempre” *Liahona*, mayo de 1999, pág. 39.

“Asombro me da,” *Himnos*, N^o 118.

Lección 42: Seguid a las autoridades de la Iglesia

Boyd K. Packer, “El obispo y sus consejeros”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 71–74.

Henry B. Eyring, “Busquemos seguridad en el consejo”, *Liahona*, julio de 1997, págs. 27–29.

Virginia U. Jensen, “‘Escuchen la voz del profeta’”, *Liahona*, enero de 1999, págs. 13–15.

“Dios manda profetas”, *Himnos*, N^o 11.

Lección 43: Cómo prepararse espiritualmente para la misión

Dallin H. Oaks, “La enseñanza del Evangelio”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 94–98.

F. Onyebueze Nmeribe, “Lo decidieron por adelantado”, *Liahona*, septiembre de 1999, págs. 10–13.

Brian Lewis, “El propósito principal”, *Liahona*, febrero de 1999, págs. 46–47.

“Llamados a servir”, *Himnos*, N^o 161.

Lección 44: Ahora es el momento de prepararse para el matrimonio en el templo

Gordon B. Hinckley, “Sean dignos de la joven con la cual se van a casar algún día”, *Liahona*, julio de 1998, págs. 53–56.

Richard G. Scott, “Recibe las bendiciones del templo”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 29–31.

“El matrimonio eterno”, *Liahona*, octubre de 1998, pág. 25.

Lección 45: La orientación familiar eficaz

Thomas S. Monson, “La orientación familiar: un servicio divino”, *Liahona*, enero de 1998, págs. 53–56.

Russell M. Nelson, “Los pastores, los corderos y los maestros orientadores”, *Liahona*, abril de 1999, págs. 42–48.

Kellene Ricks Adams, “Cómo ser un maestro orientador y una maestra visitante mejor”, *Liahona*, septiembre de 1998, págs. 34–45.

Lección 46: Debemos evitar la degradante influencia de los medios publicitarios

M. Russell Ballard, “Como una llama inextinguible”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 101–4.

Harold Oaks, “La vigilancia contra la violencia”, *Liahona*, mayo de 1998, pág. 24.

Lisa M. Grover, “Cuidadosa sintonía” *Liahona*, mayo de 1997, págs. 32–33.

Lección 47: El lenguaje decoroso y apropiado

Gordon B. Hinckley, “Sean dignos de la joven con la cual se casarán algún día”, *Liahona*, julio de 1998, págs. 53–56.

Robert S. Wood, “‘Con lengua de ángeles’”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 101–2.

“¿Cómo puedo evitar que acudan a mi mente las malas palabras?”, *Liahona*, febrero de 1997, págs. 25–27.



Lección 48: Debemos observar normas correctas

James E. Faust, "Pioneros del futuro: No temas, cree solamente", *Liahona*, enero de 1998, págs. 50–53.

M. Russell Ballard, "En defensa de la verdad y la rectitud", *Liahona*, enero de 1998, págs. 44–46.

James M. Paramore, "El corazón y una mente bien dispuesta", *Liahona*, julio de 1998, págs. 44–46.

"Firmes creced en la fe", *Himnos*, N° 166.

Lección 49: La honradez y la integridad

Sheldon F. Child, "Palabra de honor", *Liahona*, julio de 1997, págs. 32–33.

Robert J. Matthews, "No hablarás contra tu prójimo falso testimonio", *Liahona*, noviembre de 1998, págs. 14–21.

Richard D. Draper, "No hurtarás", *Liahona*, octubre de 1998, págs. 26–31.

"¿Qué es la verdad?" *Himnos*, N° 177.

Lección 50: Debemos apreciar y alentar a los discapacitados

Elizabeth Quackenbush, "Yo fui su respuesta", *Liahona*, junio de 1999, págs. 36–37.

Bart L. Andersen, "Un bautismo inesperado", *Liahona*, octubre de 1997, págs. 6–7.

Lorjelyn Celis, "Lo que aprendí de un hombre ciego", *Liahona*, octubre de 1997, págs. 38–39. □

Guía de fuentes de consulta

Para usar en el año 2001 con Mujeres Jóvenes, Manual 2, Lecciones 25–49

Se pueden usar los siguientes materiales de consulta para complementar las lecciones de *Mujeres Jóvenes, Manual 2*. Estos materiales no remplazan las lecciones en el manual, pero se proporcionan para actualizarlas y enriquecerlas. (A = *Amigos o Sección para los niños*.)

Lección 25: La ley del sacrificio

James E. Faust, "Abrir las ventanas de los cielos", *Liahona*, enero de 1999, págs. 67–70.

Robert L. Backman, "Fe en cada paso", *Liahona*, febrero de 1997, págs. 14–21.

Marvin K. Gardner, "Uno de cada ciudad, y dos de cada familia", *Liahona*, abril de 1999, págs. 36–41.

"A donde me mandes iré", *Himnos*, N° 175.

Lección 26: La Santa Cena

Henry B. Eyring, "Para que seamos uno", *Liahona*, julio de 1998, págs. 72–74.

"¿Cómo puedo saber si participo de la Santa Cena dignamente?", *Liahona*, abril de 1999, págs. 22–24.

Melissa Ransom, "Asombro", *Liahona*, abril de 1999, págs. 8–9.

Lección 27: Fortalezcamos nuestro testimonio por medio de la obediencia

James E. Faust, "El precio de ser discípulos de Cristo", *Liahona*, abril de 1999, págs. 2–6.

Kenneth Johnson, "Conocerás si la doctrina es de Dios", *Liahona*, junio de 1999, págs. 11–15.

"Gozo en seguir al Señor", *Liahona*, octubre de 1999, págs. 44–48.

"Creo en Cristo", *Himnos*, N° 72.

Lección 28: El albedrío

Richard G. Scott, "La fuerza de la rectitud", *Liahona*, enero de 1999, págs. 79–81.

Joseph B. Wirthlin, "Es suya la decisión", *Liahona*, noviembre de 1998, págs. 46–48.

Sharon G. Larsen, "El albedrío: Una bendición y una aflicción", *Liahona*, enero de 2000, págs. 12–14.
"Haz el bien", *Himnos*, N° 155.

Lección 29: La exaltación

James E. Faust, "Examina, oh Dios, y conoce mi corazón", *Liahona*, julio de 1998, págs. 17–20.

Richard G. Scott, "Jesucristo, nuestro Redentor", *Liahona*, julio de 1997, págs. 64–66.

Richard J. Maynes, "Una conexión celestial en la adolescencia", *Liahona*, enero de 1998, págs. 35–36.

"Oh mi Padre", *Himnos*, N° 187.

Lección 30: Fortalezcamos nuestro testimonio por medio del servicio

Robert J. Whetten, "Verdaderos servidores", *Liahona*, julio de 1999, págs. 34–36.

H. David Burton, "Vé, y haz tú lo mismo", *Liahona*, julio de 1997, págs. 85–87.

Jeanie McAllister, "La caridad nunca falla", *Liahona*, febrero de 1999, págs. 26–31.

"¿En el mundo he hecho bien?", *Himnos*, N° 141.

Lección 31: La ley del país

M. Russell Ballard, "En defensa de la verdad y la rectitud", *Liahona*, enero de 1998, págs. 43–46.

L. Tom Perry, "Juventud bendita", *Liahona*, enero de 1999, págs. 86–89.

Mauro Properzi, "¿Estoy listo?", *Liahona*, agosto de 1997, págs. 32–33.

Lección 32: La importancia de la vida

Russell M. Nelson, "Somos hijos de Dios", *Liahona*, enero de 1999, págs. 101–4.

Arthur R. Bassett, "No matarás", *Liahona*, septiembre de 1998, págs. 18–23.

Patricia P. Pinegar, "El cuidado del alma de los niños", *Liahona*, julio de 1997, págs. 13–15.

"Soy un hijo de Dios", *Himnos*, N° 196.

Lección 33: El sagrado poder de la procreación

"Lo que enseñan los profetas en cuanto a la castidad y la fidelidad", *Liahona*, octubre de 1999, págs. 26–29.

Jeffrey R. Holland, "La pureza personal", *Liahona*, enero de 1999, págs. 89–92.

Richard G. Scott, "Preguntas serias, respuestas serias", *Liahona*, septiembre de 1997, págs. 28–32.

Lección 34: Debemos asirnos a las normas morales del Señor

Gordon B. Hinckley, "Pensamientos de inspiración", *Liahona*, noviembre de 1998, págs. 2–7.

L. Aldin Porter, "Pero no les hicimos caso", *Liahona*, abril de 1999, págs. 30–34.

Shannon D. Jensen, "Sé un testigo", *Liahona*, agosto de 1999, págs. 8–9.

"La barra de hierro", *Himnos*, N° 179.

Lección 35: Para escoger con prudencia

Richard G. Scott, "El poder de la rectitud", *Liahona*, enero de 1999, págs. 79–81.

Joseph B. Wirthlin, "Un tiempo de preparación", *Liahona*, julio de 1998, págs. 13–16.

Neil L. Andersen, "Los profetas y los grillos cebolleros espirituales", *Liahona*, enero de 2000, págs. 18–20.

Lección 36: La honradez

James E. Faust, "La honradez, una brújula de la moral", *Liahona*, enero de 1997, págs. 45–48.

Sheldon F. Child, "Palabra de honor", *Liahona*, julio de 1997, págs. 32–33.

Robert J. Matthews, "‘No hablarás contra tu prójimo falso testimonio’", *Liahona*, noviembre de 1998, págs. 14–21.

Lección 37: Conservar la castidad por medio de una vida recta

Jeffrey R. Holland, "La pureza personal", *Liahona*, enero de 1999, págs. 89–92.

Vanessa Moodie, "La bendición de la castidad", *Liahona*, mayo de 1999, págs. 26–27.

Terrance D. Olson, "Verdades sobre la pureza moral", *Liahona*, octubre de 1999, págs. 30–39.

Lección 38: Para conservar el cuerpo sano

Russell M. Nelson, "Somos hijos de Dios", *Liahona*, enero de 1999, págs. 101–4.

L. Tom Perry, "‘Correrán sin fatigarse’", *Liahona*, enero de 1997, págs. 40–45.

Zoltán Soltra, "‘¿Cuál es la carga más pesada?’", *Liahona*, abril de 1999, págs. 29.

Lección 39: Para prevenir enfermedades

Lauradene Lindsey, "La autosuficiencia", *Liahona*, octubre de 1997, págs. 22–24.

Lección 40: El autodomínio

Boyd K. Packer, "El espíritu de revelación", *Liahona*, enero de 2000, págs. 26–29.

Richard J. Maynes, "Una conexión celestial en la adolescencia", *Liahona*, enero de 1998, págs. 35–36.

"En busca del autodomínio", *Liahona*, junio de 1999, pág. 25.

"Sé humilde", *Himnos*, Nº 70.

Lección 41: El optimismo

James E. Faust, "La esperanza, ancla del alma", *Liahona*, enero de 2000, págs. 70–73.

Joe J. Christensen, "Razón para sonreír", *Liahona*, septiembre de 1998, págs. 28–31.

Shane R. Barker, "‘¿Todo te va mal hoy?’", *Liahona*, octubre de 1999, pág. 43.

"Si hay gozo en tu corazón", *Himnos*, Nº 148.

Lección 42: La gratitud y el reconocimiento

Thomas S. Monson, "Demos gracias", *Liahona*, enero de 1999, págs. 20–23.

James E. Faust, "Corazón agradecido", *Liahona*, noviembre de 1998, A5.

"Con un corazón agradecido", *Liahona*, agosto de 1999, pág. 25.

"Por la belleza terrenal", *Himnos*, Nº 43.

Lección 43: El empleo prudente de nuestro tiempo libre

Gordon B. Hinckley, "Las obligaciones de la vida", *Liahona*, mayo de 1999, págs. 2–7.

Joseph B. Wirthlin, "Un tiempo de preparación", *Liahona*, julio de 1998, págs. 13–16.

"¿Es malo ver comedias en la televisión?", *Liahona*, febrero de 1996, págs. 25–27.

Lección 44: Desarrollemos nuestros talentos

Marissa D. Thompson y Janna Nielsen, "Cómo descubrir y desarrollar tus talentos", *Liahona*, mayo de 1999, págs. 40–41.

Anne Billings, "Correr, pero sin cansarse", *Liahona*, septiembre de 1999, págs. 20–23.

Marcelino Fernández Rebello Suárez, "Una oración para Él", *Liahona*, marzo de 1998, págs. 28–29.

Lección 45: Participemos en las Bellas Artes

Jeanne P. Lawler, "Nuestro casi Coro del Tabernáculo", *Liahona*, diciembre de 1998, págs. 36–37.

Beth Dayley, "‘Con la mira puesta únicamente en la gloria de Dios’", *Liahona*, agosto de 1997, pág. 48.

Tamara Leatham Bailey y Christie Giles, "El poder de la música", *Liahona*, marzo de 1996, págs. 40–41.

Lección 46: Nuestra responsabilidad económica

Ronald E. Poelman, "El diezmo: un privilegio", *Liahona*, julio de 1998, págs. 84–86.

"La observancia de la ley del diezmo", *Liahona*, diciembre de 1998, pág. 25.

Theodore G. Baalman, "Poniendo a prueba la promesa del Señor", *Liahona*, diciembre de 1998, págs. 26–27.

Lección 47: Un ambiente edificante

Jack H. Goaslind, "Para responder al llamado", *Liahona*, agosto de 1997, págs. 10–15.

Anya Bateman, "‘Fantástico... de no ser por esa parte’", *Liahona*, junio de 1999, págs. 22–24.

"¿Que puedo hacer para que mi hogar sea más feliz y espiritual?", *Liahona*, agosto de 1998, págs. 26–29.

Lección 48: El arte de la comunicación en el liderazgo

Brad Wilcox, "Cómo ayudar a los jóvenes a sentirse aceptados", *Liahona*, junio de 1999, págs. 42–47.

Marissa D. Thompson, "Sé un amigo", *Liahona*, marzo de 1999, pág. 48.

Janet Thomas, "Diversión con un objetivo", *Liahona*, febrero de 1999, págs. 18–22.

Lección 49: Debemos valorar y dar ánimo a las personas discapacitadas

Joe J. Christensen, "El Salvador cuenta con ustedes", *Liahona*, enero de 1997, págs. 43–45.

Linda A. Peterson, "Mi heroína", *Liahona*, diciembre de 1999, págs. 34–35.

Elizabeth Quackenbush, "Yo fui su respuesta", *Liahona*, junio de 1999, págs. 36–37. □



Nuevas Autoridades Generales



Élder L. Whitney Clayton

De los Setenta

Cuando el élder L. Whitney Clayton, un nuevo miembro del Primer Quórum de los Setenta, estudiaba en la Universidad de Utah y contemplaba el servir una misión, un factor importante en su decisión de servir fue el ejemplo de los ex misioneros en el campus. “No era tanto lo que decían, aunque algunas de sus palabras sirvieron de ayuda”, recuerda, “sino que era la forma en que se comportaban, cómo actuaban. Había algo en ellos que los hacía diferentes a los demás jóvenes que conocía y era obvio que la respuesta de ello era la misión”.

Se le llamó a la Misión Andes Perú en 1970, y con su experiencia contribuyó a poner un firme cimiento para otro servicio de la Iglesia. Un suceso que fortaleció su testimonio tuvo lugar durante una

visita que el élder Boyd K. Packer, del Quórum de los Doce Apóstoles, realizó a la misión. “Cuando el élder Packer compartió su testimonio en una reunión misional en Lima”, dice el élder Clayton, “supe que él sabía que el Evangelio es verdadero”.

El élder Clayton nació en Salt Lake City el 24 de febrero de 1950 y es hijo de L. Whitney Clayton Jr. y de Elizabeth T. Clayton. Se crió en Whitier, California, en los Estados Unidos, se licenció en finanzas en la Universidad de Utah y obtuvo un título en derecho de la Universidad del Pacífico, en California. Tras trabajar para varios bufetes, en 1981 él y un socio abrieron un bufete propio en Newport Beach.

Se casó con Kathy Ann Kipp el 3 de agosto de 1973 en el Templo de Salt Lake, y son padres de siete hijos.

Entre los llamamientos anteriores del élder Clayton se incluyen su servicio como presidente de misión de estaca, líder de grupo de sumos sacerdotes, presidente de rama, obispo, miembro de sumo consejo de estaca, representante regional y Setenta Autoridad de Área.

Agradecido por la oportunidad de servir que le proporciona su nuevo llamamiento, el élder Clayton dice: “Mi testimonio es el centro de mi vida. Es un motivador tremendo para hacer lo correcto, para querer servir, para desear bendecir y ayudar a las personas de todas partes, y de todas las formas posibles”. □



Élder Christoffel Golden Jr.

De los Setenta

“Siempre he tenido un amor profundo por el Salvador. Crecí leyendo la Biblia y orando casi todos los días”, dice el élder Christoffel Golden Jr. “Cuando tenía 20 años, mi madre abrió la puerta a los misioneros. Jamás lo olvidaré. Todos creímos y nos bautizamos”.

El élder Golden nació el 1 de junio de 1952 en Johannesburgo, Sudáfrica, y es hijo de Christoffel y Maria Oosthuizen Golden. Siendo joven completó nueve meses de servicio militar en 1971, y de 1977 a 1979 sirvió en la Misión Sudáfrica Johannesburgo. Sus estudios en la Universidad de Sudáfrica le valieron un título en ciencias políticas en 1986 y luego un título adicional de posgrado en política internacional en 1990.

Tras la misión conoció a su futura esposa, Diane Norma Hulbert, que se había graduado como optometrista licenciada. Él completó sus estudios mientras servía como misionero en Johannesburgo y luego se casaron el 12 de diciembre de 1981 y son padres de cuatro hijos con edades comprendidas entre los 11 y los 17 años.

“Nuestra vida estuvo centrada en el Señor desde el comienzo mismo”, dice. “No hay duda alguna de que nos deleitamos en sostener al Señor, al profeta y a los Doce”.

Es un hombre de negocios de éxito y ha trabajado en la banca y

en el sector farmacéutico. Se le concedió la oportunidad de ascender y mudarse a París, Francia, pero en su lugar decidió permanecer en Sudáfrica. Posteriormente comenzó un negocio de mercadotecnia óptica.

En junio de 1996 empezó a trabajar como director de área para el Sistema Educativo de la Iglesia. “Muchos jóvenes aquí no tienen padres en la Iglesia”, dice el élder Golden, que habla inglés y afrikaans. “Es por medio de los seminarios e institutos que podemos enseñar una cultura del Evangelio”.

El élder Golden, cuyos llamamientos en la Iglesia incluyen los de presidente de Hombres Jóvenes, líder misional de barrio, obispo y presidente de estaca, sirvió como Setenta Autoridad de Área por seis años antes de ser llamado al Primer Quórum de los Setenta.

“Mi amor por Jesucristo me ha acompañado desde que era niño”, dice. “Este nuevo llamamiento es otra oportunidad que tengo de servirle”. □



Élder Walter F. González
De los Setenta

“El Libro de Mormón ha sido el instrumento de mi conversión; verdaderamente lo amo”, dice el élder Walter F. González.

Nació el 18 de noviembre de 1952 y se crió en Montevideo, Uruguay. Un día, cuando tenía 12

años, iba estudiando inglés en un autobús, cuando dos misioneros lo vieron y le preguntaron: “¿Hablas inglés?”.

Gracias a ese primer contacto, el joven Walter recibió un ejemplar del Libro de Mormón. Seis años más tarde, cuando empezó a leerlo, dice: “Supe que era verdadero a las pocas páginas de 1 Nefi”. Sus padres, Fermín y Victoria González, le habían enseñado valores cristianos que le ayudaron a reconocer y recibir el Evangelio restaurado.

Estudió derecho en la Universidad de la República, en Uruguay, estudió economía en la Universidad de la Fraternidad, en Argentina, obtuvo un título técnico en administración empresarial en el Instituto CEMLAD y luego obtuvo a través de unos estudios por correo una licenciatura de la Universidad de Indiana en Bloomington, Estados Unidos.

Un año después de su bautismo conoció a su esposa, Zulma, en una conferencia regional para la juventud. Se casaron el 28 de febrero de 1975 en Montevideo, y se sellaron en el Templo de Washington, D.C. en 1979. Tienen tres hijos y una hija.

“Amo la enseñanza; me gusta la relación con los estudiantes”, dice. El élder González ha trabajado para el Sistema Educativo de la Iglesia desde 1975. Su carrera como maestro y administrador le ha llevado a él y a su familia a Ecuador y Colombia.

El élder González dice que, desde su bautismo, el Señor le ha bendecido con muchas responsabilidades y oportunidades de servir. Su primer llamamiento hace 30 años fue como consejero del superintendente de la Mutual. Ha servido en un obispado y como presidente de estaca, presidente de misión en Ecuador, representante regional y director de asuntos públicos de área. Era Setenta Autoridad de Área cuando fue llamado al Primer Quórum de los Setenta.

“Creo en una vida equilibrada”, dice el élder González. “Debemos

apartar tiempo para estar cerca del Señor, del cónyuge y de los hijos”. En cuanto a otras actividades, añade con una sonrisa: “También es importante dedicar tiempo para el deporte. Particularmente me gusta el fútbol”.

El élder González enseña sistemáticamente a los miembros que “sigan a los profetas. Ellos nos conducirán a Cristo. La mejor póliza de seguros para nuestro bienestar espiritual es el seguir al profeta”. □



Élder Steven E. Snow
De los Setenta

El élder E. Snow y su esposa, Phyllis Squire Snow, sabían que iban a tener un verano muy ocupado, pero desconocían cuán ocupado iba a ser.

El matrimonio celebrará su 30 aniversario de boda en junio, pero no habían dedicado mucha atención a la celebración a causa de los preparativos de las bodas de tres de sus cuatro hijos que se celebrarán en mayo, julio y agosto.

Las cosas se complicaron *de verdad* cuando el hermano Snow fue llamado durante la conferencia a servir en el Primer Quórum de los Setenta. “Los llamamientos para servir no siempre vienen en el momento más conveniente”, dice el élder Snow, “pero siempre son un privilegio. Anhele el prestar todo mi tiempo al servicio del Señor. El despertarse cada mañana y saber que estás haciendo lo correcto es el sentimiento más maravilloso”.



Miembros reunidos fuera de una de las entradas ubicadas al nivel de la plaza del Centro de Conferencias.

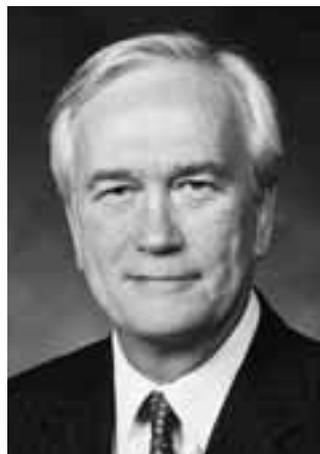
Nació el 23 de noviembre de 1949 y es hijo de Greg E. Snow y Vida Jean Goates Snow, y ha dedicado gran parte de su vida al servicio. Ha sido miembro de un sumo consejo de estaca, obispo, presidente de estaca, presidente de la Misión San Fernando California, y Setenta Autoridad de Área en el Área Utah Sur. De joven sirvió como misionero en Alemania, donde dice que obtuvo un fuerte testimonio del Evangelio.

A través de su servicio, el élder Snow ha desarrollado un profundo amor por las personas. “Al prepararnos para nuestra nueva asignación, deseo conocer gente nueva, en especial las que proceden de entornos diferentes. Recibo mucha dicha y felicidad de mi interés en los demás”.

Su amor por la gente se desarrolló mientras crecía en St. George, Utah. “Mis abuelos tenían una tienda de fruta”, dice, “y cuando iban los clientes yo observaba el trato que les dispensaba mi abuelo. Disfrutaba tanto que mi abuela tenía que recordarle siempre que estaba trabajando”.

El élder y la hermana Snow se casaron en el Templo de St. George, Utah, y criaron a su familia en la cercana localidad de Washington, Utah. Es el socio mayoritario del bufete Snow Nuffer y ha trabajado

como abogado del condado de Washington. Obtuvo una licenciatura en contabilidad de la Universidad Utah State y obtuvo un título en derecho de la Universidad Brigham Young. □



Élder Keith K. Hilbig

De los Setenta

“Creo firmemente en la frase del presidente J. Reuben Clark de que en la Iglesia uno ni busca ni declina una posición, y que no importa dónde se sirva sino cómo”, dice el élder Keith K. Hilbig, recientemente llamado al Segundo Quórum de los Setenta. “Esto se

aplica a toda oportunidad de servir en la Iglesia”.

Los sentimientos del élder Hilbig hacia la Iglesia comenzaron a surgir en su infancia. Él nació el 13 de marzo de 1942 en Milwaukee, Wisconsin, Estados Unidos, y es hijo de Karl y Mildred Hilbig. El ejemplo de sus padres y de otros miembros al aceptar llamamientos fue un elemento clave en su desarrollo espiritual. El verles servir, recuerda, dio forma a su actitud hacia la Iglesia y las cosas espirituales.

El élder Hilbig sirvió como misionero en la Misión Alemania Central, y luego estudió hasta obtener una licenciatura de la Universidad de Princeton y recibir un título en derecho de la Universidad Duke. Después de trabajar como abogado en Los Ángeles, California, Estados Unidos, abrió su propio bufete. En abril de 1998 se convirtió en el Asesor Legal Internacional de la Iglesia y trabajó en ese llamamiento con las áreas de Europa Oeste y Europa Central.

El 1 de junio de 1967 se casó con Susan Rae Logie en el Templo de Salt Lake, y tienen seis hijos y ocho nietos. El élder Hilbig comenta de la influencia de su esposa: “Ella ha sido un ejemplo maravilloso en el estudio y la puesta en práctica del Evangelio. La observo y aprendo”.

Antes de ser llamado al Segundo Quórum de los Setenta, el élder Hilbig fue llamado en 1995 como Autoridad de Área y en 1997 como Setenta Autoridad de Área. También ha servido como maestro de Doctrina del Evangelio, presidente de los Hombres Jóvenes, presidente del quórum de élderes, obispo, presidente de estaca y presidente de la Misión Suiza Zúrich.

“Tengo un testimonio de la divinidad del Salvador y cada vez estoy más maravillado por la Restauración y la labor que hoy día se está llevando a cabo mediante el Espíritu”, indica el élder Hilbig. “Es fantástico poder volver la vista a lo mucho que se ha logrado y mirar adelante y contemplar lo mucho que está por suceder. Ésta es una época magnífica para vivir y contribuir”. □



Élder Robert F. Orton

De los Setenta

“No recuerdo un momento de mi vida en que no supiera que Dios vive”, dice el élder Robert F. Orton, de Salt Lake City. Este testimonio se ha ido fortaleciendo a lo largo de años de estudio de las Escrituras, gran parte del cual lo realiza cuando no puede dormir. “Cuando despierto, en vez de quedarme acostado, estudio las Escrituras”, dice. Él siente que este intenso estudio personal será un beneficio para su nuevo llamamiento en el Segundo Quórum de los Setenta.

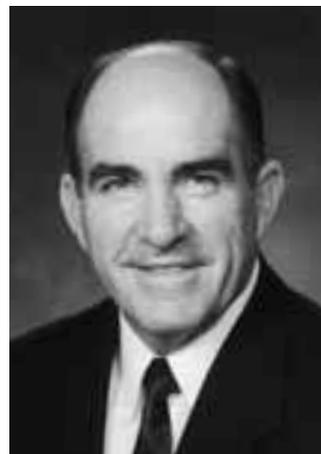
El élder Orton nació el 24 de agosto de 1936 y es hijo de H. Frank y Gwen Riggs Orton, y se crió en Panguitch, Utah. Sus padres se habían casado en el templo, pero al poco su padre se inactivó. No fue hasta que Robert cumplió 12 años que su padre decidió regresar a la plena actividad. “Aquello ocurrió tras muchos años de esperar, orar y suplicar”, dice el élder Orton. “Siempre había sido un buen padre, pero desde entonces hubo calma y dulzura en nuestro hogar debido a la relación espiritual que existía entre mi padre y el resto de la familia”.

Otra gran influencia en la vida del élder Orton fue su abuela Mildred Riggs, que vivió con la familia a la muerte de su esposo. Ella le dio un ejemplo de rectitud personal y autodisciplina al leer las

Escrituras fielmente cada día y decidir servir una misión cuando tenía sesenta años. “Cuando me llegó el momento de considerar servir una misión, empecé a pensar en mi abuela y en la clase de persona que había sido”, recuerda el élder Orton. “Finalmente me dije: *Si la abuela Riggs puede hacerlo, tú también puedes, y debes*”. El élder Orton sirvió en la Misión Francesa, una experiencia que agrandó su amor por el Evangelio restaurado.

El élder Orton obtuvo una licenciatura de la Universidad Brigham Young y obtuvo un título en derecho de la Universidad de Utah. El 13 de junio de 1963 se casó con Joy Dahlberg en el Templo de Salt Lake y tienen seis hijos y nueve nietos.

Los numerosos llamamientos del élder Orton incluyen el de obispo, consejero en una presidencia de estaca y presidente de misión. □



Élder Wayne S. Peterson

De los Setenta

Una corneta guió a Wayne S. Peterson a una de sus primeras experiencias espirituales. Aprendió a tocar el instrumento cuando era un joven que crecía en Roy, Utah. Era miembro de la Banda de Trompetas y el Coro de los Muchachos de Ogden, Utah, un grupo al que se invitó a tocar en la Convención Internacional de

Kiwanis en Atlantic City, Nueva Jersey, Estados Unidos. Como parte del viaje al Este, los jóvenes tuvieron la oportunidad de visitar la Arboleda Sagrada y el Cerro Cumorah, cerca de Palmyra, Nueva York.

“Fue uno de los momentos importantes de mi vida”, recuerda el élder Peterson. “El Espíritu que sentí allí, la certeza de lo que había sucedido en ese lugar, quedó profundamente en mi corazón”.

Ese testimonio personal ha permanecido con el élder Peterson durante su servicio por el resto de su vida. Ha sido misionero en Australia, obispo en dos ocasiones, miembro de sumo consejo dos veces, presidente de estaca, presidente de la Misión California Oakland y representante regional. Había estado sirviendo como Setenta Autoridad de Área desde 1995 en el Área Utah Norte cuando fue llamado como miembro del Segundo Quórum de los Setenta.

El élder Peterson nació en Roy el 6 de octubre de 1939 y es hijo de Rulon y Naomi Skeen Peterson. Él y su esposa de 39 años, Joan Jensen Peterson, tienen seis hijos, la crianza de los cuales ha sido una experiencia rica y recompensante. Un año después de que él y la hermana Peterson se casaron en el Templo de Logan, Utah, nació su primera hija, Linda, con espina bífida. La experiencia condujo de inmediato a la pareja a una mayor madurez. Su fe aumentó al ver cómo sus oraciones eran contestadas y se sucedían los pequeños milagros en la vida de la pequeña. Linda ha servido una misión, enseñó en el Centro de Capacitación Misional, se graduó de la Universidad Brigham Young, se casó en el templo y tiene dos hijos.

El élder Peterson cursó una licenciatura y un máster en administración empresarial en la Universidad Utah State, donde fue presidente del cuerpo estudiantil. Profesionalmente, ha trabajado como agente inmobiliario en Salt Lake City. □



Élder R. Conrad Schultz

De los Setenta

El élder Conrad Schultz ha disfrutado del básquetbol desde que era joven, por lo que fue una sorpresa para todos —él incluido— cuando dejó el equipo de la escuela secundaria. “En aquel entonces no sabía por qué tenía que dejarlo”, dice. “Pero ahora sí”.

Al día siguiente de dejar el equipo, un amigo le invitó a jugar con el equipo de su barrio. Aunque no era miembro de la Iglesia, el joven Conrad aceptó, y ayudó a que el equipo participara en el campeonato de la Iglesia en Salt Lake City. Se colocaron entre los mejores equipos y al fin del mismo asistieron a un banquete donde el orador era el presidente Joseph Fielding Smith, presidente del Quórum de los Doce Apóstoles.

“Cuando volví del campeonato quería saber más de la Iglesia”, dice el élder Schultz. “Así que tomé las charlas misionales”. Al ayunar y orar, recibió un fuerte testimonio de que José Smith es un profeta y de que el Libro de Mormón es la palabra de Dios. Se bautizó poco después, en 1956. Dos años más tarde, en junio de 1958, comenzó su servicio en la Misión de los Estados del Golfo.

Nació en North Bend, Oregón, Estados Unidos, el 11 de marzo de 1938, y es hijo de Ralph Conrad Schultz y Dorothy Bushong

Schultz. Ha vivido en su estado natal casi toda su vida. Obtuvo la licenciatura y el doctorado en derecho de la Universidad de Oregón, y ha practicado la abogacía durante toda su carrera. En junio de 1961 se casó con Carolyn Lake en el Templo de Salt Lake y tienen cinco hijos y ocho nietos. A él y a su familia les gusta acampar, pescar e ir juntos a actividades deportivas. “No puedo expresar lo importante que es la unidad familiar”, dice. “Es muy importante en nuestra vida”.

Antes de ser llamado al Segundo Quórum de los Setenta, el élder Schultz sirvió como obispo, presidente de estaca y presidente de la Misión Colorado Denver Sur. “La obra misional es la pieza fundamental de mi corazón”, dice. “Es muy importante para mí por la forma en que me ha bendecido”. □



Élder Robert R. Steuer

De los Setenta

El élder Robert R. Steuer recuerda lo “amables y considerados” que fueron los miembros cuando se unió a la Iglesia a los nueve años. Gracias a los ejemplos de los amigos, él comenzó a asistir a la Primaria y conoció el Evangelio. A una edad temprana aprendió por sí mismo la importancia de ser amigable y amable con los demás.

A los 14 años, Robert volvió a aprender por el ejemplo la necesidad de tener “un amor verdadero y una preocupación genuina por otra persona”. Recuerda a un compañero de orientación familiar, un hombre de 80 años, que le dio un magnífico ejemplo. “Su idea de la orientación familiar”, dice el élder Steuer, “era la de ir y pintar la entrada de la casa de una viuda”.

Nació el 6 de diciembre de 1943 en Milwaukee, Wisconsin, Estados Unidos, y es hijo de Hulda Hanel y Fritz Steuer. Pasó su juventud en Salt Lake City, Utah, y en Las Vegas, Nevada. Se licenció en medicina en la Universidad de Minnesota. Tras los estudios practicó la medicina y llevó a cabo investigaciones médicas, y terminó por convertirse en médico de diagnóstico. Fue el fundador y director de una empresa de diagnósticos médicos.

Gracias a sus experiencias en la profesión médica, el élder Steuer dice que “el Espíritu da inspiración no sólo en las cuestiones eclesásticas, sino también en los asuntos seculares”. Dice que ha sido una dicha ver la mano del Señor en su investigación médica.

El élder Steuer y su esposa, Margaret Black, de Ogden, Utah, se casaron el 21 de junio de 1971 en el Templo de Logan, Utah. Viven en Pleasant View, Utah, y tienen cinco hijos y cinco nietos. Su esposa y familia “han sido una gran fortaleza para mí”, dice.

Sus llamamientos en la Iglesia incluyeron los de obispo, presidente de misión de estaca y presidente de la Misión Brasil São Paulo Norte.

El élder Steuer dice que las experiencias de la vida le han enseñado que hay muchos momentos de nuestra vida en los que viene “una inspiración apacible”. Como nuevo miembro del Segundo Quórum de los Setenta, él anima a los miembros a “hallar momentos de tranquilidad en nuestros hogares para reflexionar en las necesidades de cada miembro de la familia”. □



Élder H. Ross Workman

De los Setenta

A los 19 años, H. Ross Workman estaba comprometido para casarse y no pensaba servir una misión. Entonces, un domingo por la mañana, su presidente de estaca se le acercó y le dijo: “He sido inspirado a llamarle a servir una misión. ¿Irá usted?”. Sorprendido, pero sintiendo la confirmadora influencia del Espíritu Santo, el joven Ross dijo: “Sí”. Cuando se lo dijo a su prometida, la chica con la que había salido durante la secundaria y con quien se había comprometido el día de la graduación, rompió a llorar, pero acordó apoyarle y retrasar la boda.

Los compromisos de ese día dieron sentido a toda su vida. Él nació el 31 de diciembre de 1940 en Salt Lake City, y es hijo de Harley y Lucille Ramsey Workman. Después de su misión en los estados del sur, se casó con Katherine Evelyn Meyers, su novia de la secundaria, en el Templo de Logan, Utah. Tienen cuatro hijos y siete nietos. Él se licenció en química y derecho de la Universidad de Utah y ha trabajado por más de veintiocho años como abogado de patentes. En sus llamamientos en la Iglesia ha trabajado con los jóvenes durante años y ha servido en varios obispados, en un sumo consejo de estaca y como obispo. Estaba sirviendo como presidente de la Misión Hawai Honolulu cuando

fue llamado al Segundo Quórum de los Setenta.

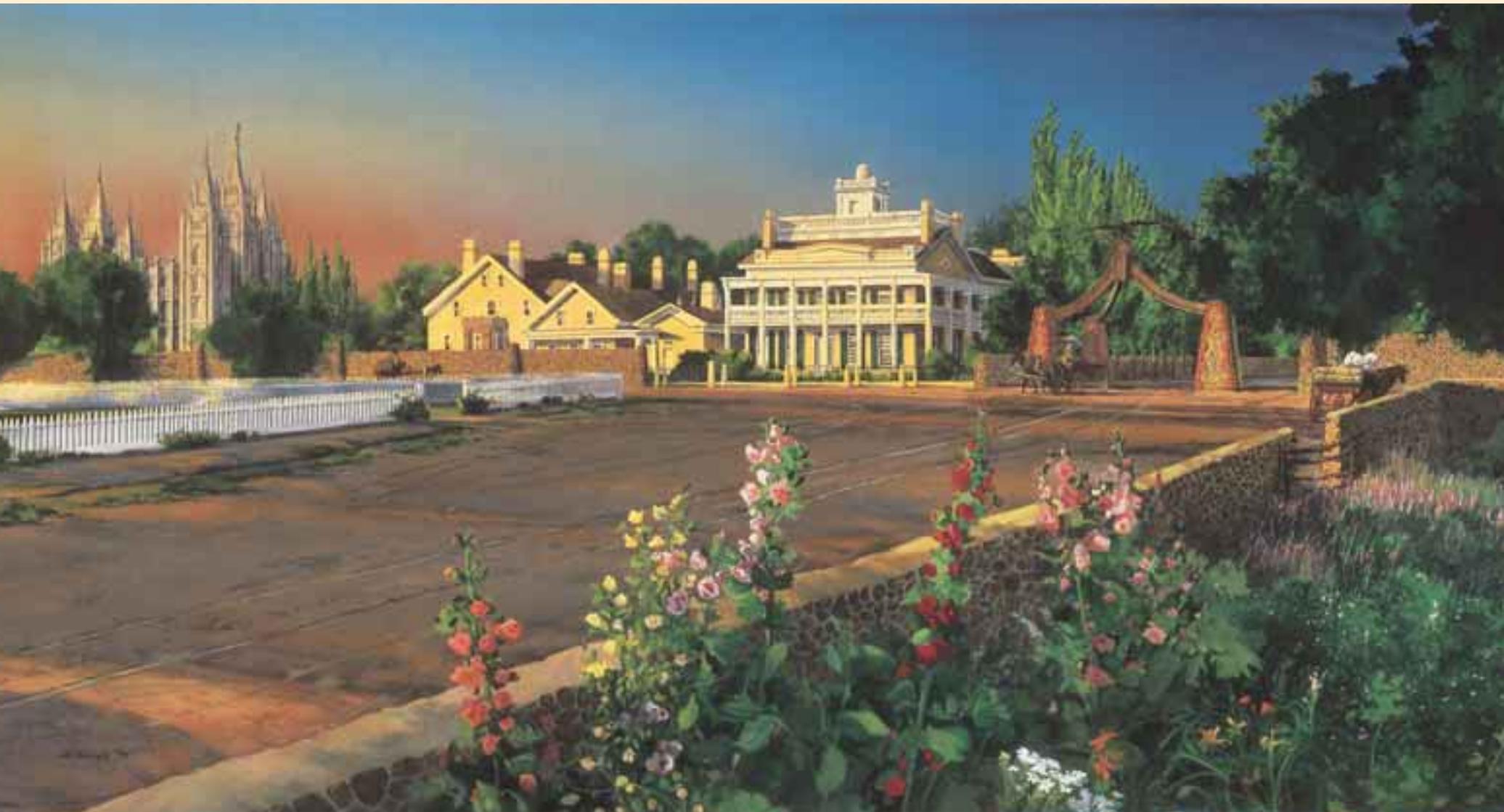
El élder Workman reconoce que la capacitación de liderazgo que recibió mientras servía en el obispado de un barrio de estudiantes “me dio la visión de esta obra”. Considera su servicio como obispo una de las experiencias más grandes de su vida. Entre los éxitos que vio desplegarse como presidente de misión estuvo el notable crecimiento de la fe de los

misioneros y el establecimiento de la Iglesia en la Isla Christmas, en Kiribati, donde la rama ha crecido hasta tener más de 114 miembros.

“Sé que el Señor habla al hombre mediante la dirección del Espíritu Santo”, testifica el élder Workman. El Señor me ha sostenido a lo largo de la vida. He llegado a saber que Jesucristo vive y que es mi Salvador. Siento una profunda gratitud por Él. Es el Cristo viviente”. □

Asistentes a la conferencia cruzan la calle North Temple entre el Centro de Conferencias y la Manzana del Templo.





Panorama de la calle State, por Al Rounds.

La amplia vista de la antigua Salt Lake City es, en efecto, un panorama de la historia. A la derecha se aprecia la intersección de las calles South Temple y State según eran a finales de la década de 1850, con la primera Puerta del Águila sobre la calle State. La Casa de la Colmena, en la esquina, fue edificada en un principio por el presidente Brigham Young en la década de 1850 y se ve tal y como aparecía en la década de 1890, adyacente a la Casa del León. El Templo de Salt Lake, a una manzana hacia el oeste, se dedicó en 1893.



*Imágenes de la conferencia general:
Los líderes de la Iglesia, el Coro
del Tabernáculo y la congregación se
ponen de pie para cantar (frente);
el Centro de Conferencias (arriba) por
la mañana temprano antes de una
sesión, visto desde la plaza ubicada
enfrente del Templo de Salt Lake.*

INFORME DE LA CONFERENCIA GENERAL
ANUAL NÚMERO 171 CELEBRADA DEL
31 DE MARZO AL 1 DE ABRIL DE 2001.

